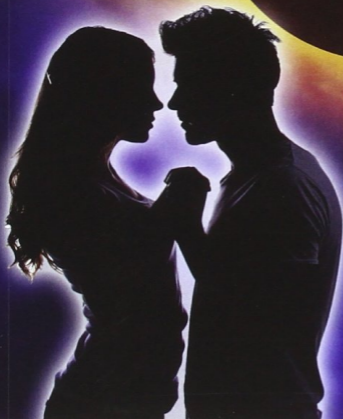


RAQUEL PLAZA

HOY HAY ECLIPSE,
AMOR



EDICIONES
SEIMAS

Título Original: Hoy hay eclipse, amor

Raquel Plaza © 2015

Instagram: raquel_plz

Maquetación: Raquel Plaza

Diseño de Portada: Tiaré Pearl

ISBN:978-84-617-8241-3

Hoy

hay eclipse,

amor

Raquel Plaza

Y viendo tu tobillo,
imaginé qué ocurriría,
si tu sol y tu luna,
se llegasen a juntar...

—1—



Pasaban más de las 3 de la mañana
cuando Eva y Montse salían de la sala
Joy Eslava todavía

bailando como locas. La noche de chicas había sido divertida, ya solo quedaban ellas dos del grupo

de amigas que habían salido y todavía llevaban la adrenalina y las copas muy a flor de piel.

—¿Has visto que no te quitaba ojo el morenazo? Casi te devoraba con la mirada cuando has

hecho el bailecito de marras —dijo sonriendo Eva y todavía bailando con la música que se

escuchaba cada vez que abrían la puerta.

—¿Y por qué crees que lo hago si no?

Quiero que vean lo bien que me muevo
¡Yaa tu sabes

mi amool! —contestó Montse, riendo a
carcajadas, mientras movía la cadera en
círculos.

—Como sigas moviéndote así, lo que
vas hacer es dislocarte una cadera. Mira
que eres

exagerada para todo —Eva no podía
parar de reír al ver los movimientos que
hacía Montse y se

puso a imitarla.

—Evita, todavía te quedan muchas
clases de baile para menear ese cuerpo

serrano que Dios

te ha dado y tú tan poco aprovechas;
sígueme, meneándolo al ritmo Shakira,
mira, miraaaa —

Montse empezó a hacer movimientos de
danza del vientre al estilo de la cantante,
mientras

levantaba las cejitas.

—Que digo yo, que para marcarnos este
pedazo de baile aquí, en mitad de la
acera, podíamos

habernos quedado dentro, ¿no? —Eva
no podía dejar de reír.

—¡Sí, hombre! Y salir resbalando por las babas del grupo que teníamos delante; jaa, prefiero

irme sin tener que soltar ningún borderío.

9

La gente que caminaba por la calle las miraba sonriendo, pero ellas no se daban por aludidas y

seguían con sus bailes y risas.

—Anda, loquita, a ver si cogemos un taxi porque con la melopea que llevamos no pienso

conducir hasta casa. Vamos a ver si paramos uno que no crea que le vamos a decorar de nuevo su

tapicería. Estoy deseando llegar pronto a casa y quitarme estos zapatos, empiezan a matarme. —

Mientras acababa de decir la frase, a Eva se le borraba la sonrisa de la cara y sus pasos eran más

lentos; había visto a alguien en la otra acera, una pareja que desviaba su atención.

—Venga, espabila, que a este paso no llegamos ni el lunes a coger un taxi — dijo Montse al

girar la cabeza y ver a Eva mirando al otro lado y con el gesto torcido—. ¿Qué pasa? ¿Qué me

estoy perdiendo? ¿Algún famoso? — dijo, mientras se ponía a la altura de Eva para ver qué era lo

que hacía que cambiara su gesto.

—Nada, no es nada. Venga, vamos acelerando que no pillamos ni uno — pero ya no tenía

remedio: Montse había alcanzado a ver qué era lo que turbaba a Eva.

—No me jodas, Evita. Ese que se está dando el palo, bueno, que le falta

levantarle la falda y

hacérselo ahí mismo, ¿es Damián?

Bueno, no sé de qué me sorprendo: ese tío cada día está con una

diferente. Tiene que tenerla impresionante porque las colegas repiten como las natillas. ¿No se dan

cuenta de que solo las utiliza para tirárselas? —dijo Montse, muy cabreada.

—Gracias, amiga; tú, como animadora no tienes precio. ¡Eeh, venga! Vámonos, que no

quiero ver el espectáculo. ¡¡¡Taxiiii!!! —

replicó Eva, mientras levantaba la mano para llamar un

taxi. Una vez dentro del vehículo y después de darle indicaciones al taxista de la dirección a la que

debía llevarlas, se hizo el silencio hasta que Montse no pudo resistir más.

—¿Sabes que es un capullo integral? No sé qué puedes ver en ese tío, pero quedas

hipnotizada cada vez que lo ves y... —
Montse quedó callada al ver a Eva levantar la mano haciendo

el símbolo de la paz.

—Que síí, que siií... Venga, vamos a acabar la noche en mi casa terminando esa botellita de

cava que tengo para ocasiones especiales y dejamos el temita de Dami, ¿vale?

10

Damián era uno de los mejores amigos y compañero de trabajo del hermano mayor de Eva, Mario,

pero en caracteres no tenían nada que ver. Mario, se había casado hacía dos años con Inés, el amor

de su vida, con la que llevaba saliendo

desde la pubertad. Su cuerpo era atlético, de carácter

alegre, muy fiel y responsable y con un niño precioso de un año de edad, Miguel.

Dami era el ligón del grupo: tenía un físico envidiable, era muy deportista, un gran amigo, el alma

de la fiesta, siempre risueño, bromista y con mucha labia, lo que le permitía tener un gran número

de admiradoras a las que no pensaba decepcionar. Nunca había tenido una relación seria y cada

noche yacía con una mujer diferente, lo que parecía atraer más a las mujeres, pensando en que

ellas serían las que le harían cambiar.

Los dos eran oficiales del cuerpo de los MOE (Mando de Operaciones Especiales del Ejército de

Tierra), los antiguos Boinas Verdes.

Tenían una pequeña base de acuartelamiento en Madrid a la

que fueron destinados solo unos pocos afortunados. Su misión era ir formando y entrenando a los

nuevos reclutas que superaran las duras

pruebas y entrenamientos. Practicaban escalada, esquí,

buceo, manejo de explosivos, transmisiones, orientación, supervivencia, evasión, tiro instintivo,

defensa personal, combate en poblaciones y bosques, golpes de mano, emboscadas, protección de

convoyes, defensa de puntos sensibles, rescate de prisioneros, obtención de información y guerra de

guerrillas. Además, tenían que estar habituados a vivir en plena naturaleza, donde se entrenaban al

menos diez días de cada mes adaptándose al frío, a la lluvia, a la nieve, a dormir a la intemperie y a

caminar en la oscuridad campo a través por barrancos y montañas. Tenían que dar una instrucción

muy dura y muy distinta a la del resto de los cuerpos del Ejército.

Aunque ellos ya se conocían desde hacía muchos años, fue cuando se alistaron en el Ejército y

decidieron seguir juntos sus carreras militares, cuando Eva se empezó a fijar en Damián:

acompañaba a su hermano Mario a casa de sus padres con los 19 años de ellos recién

11

cumplidos y ella escuchaba embobada las historias que le contaban con tan solo 13. Eran sus

héroes y desde aquel momento siempre lo serían. A día de hoy, con sus 31 años, todavía seguían

siéndolo.

—Vamos, despierta, dormilona. Es la una del mediodía y a las tres me espera una rica paellita

en casa de mis padres; así que espabila, Montse, que hace unas horas no pensabas ni dormir y ahora

no hay quien te despierte.

Montse y Eva eran amigas desde pequeñas y muchas veces dormían en casa de una o de otra, ya que

eran dos mujeres independientes que vivían solas.

—Mmmm... pero ¿por qué quieres madrugar tanto?, es solo domingo. Los domingos se

levanta uno muy tarde y se tira a ver la tele, sobre todo después de la fiesta de

ayer —consiguió

decir Montse, entre bostezos y atusándose su melena corta.

—De eso, nada. Los domingos son para ver a mi familia. Es de los pocos días que nos

podemos reunir casi todos y puedo besuquear a mis sobrinos. ¡Si los vieras! ¿Te apetece venir? Mi

padre siempre echa arroz para un regimiento.

—¿También va tu hermana Laura? No se yo si ir... La oferta de comida gratis me atrae

bastante pero tener a tus sobrinos, con mi dolor de cabeza, no sé si será buena combinación.

—Venga, como cuando éramos pequeñas: te dejo pinchar de mi ensalada y comerte los

calamares de mi plato. ¿Hay trato?

—Vaaalee. Pero conduces tú. Me dejas algo de ropa y después de la comida me llevas a mi

casa, o mañana se va levantar Rita para ir a currar.

—Trato hecho, reina del mambo. ¿Cómo era eso de moverse? —dijo Eva,

riéndose, mientras

recordaba el bailecito de la noche anterior y movía las caderas de un lado a otro.

—Callaa, petarda, hoy me duele todo el cuerpo —Montse le lanzó la almohada y se tapó la

cabeza—. Dame cinco minutos más y me levanto.

Al llegar a casa de Eva, ya se oía el bullicio desde la puerta. Sus padres vivían en una casita a

las afueras de Madrid y allí fue donde criaron a sus hijos.

Mario era el mayor y más responsable; a sus 37 años ya tenía una bonita familia de la que estaba

muy orgulloso y a la que cuidaba cada día. Era moreno, de 1,85 de alto, de constitución delgada

pero con sus musculitos bien puestos. Sus ojos eran verdes como los de su padre y sus otras

hermanas. Inés, su mujer, lo amaba con locura: rubia, con ojos marrones pero muy expresivos,

con el cuerpo modelado como el de una

top model, trabajaba en un banco por las mañanas y tenía

toda la tarde para ocuparse de Miguel, su pequeño de un añito, rubio como su madre y con los

ojitos de su familia paterna.

Laura era la hermana mediana, de 35 años: una morena con el pelo corto, una vida muy ajetreada y

siempre metida en conflictos. Trabajaba de abogada y colaboraba con diferentes ONGs, donde

conoció al padre de su hijo Nicolás, aunque toda la familia lo llamaba Nico:

guapísimo y tan

oscurito de piel como el padre, que le abandonó nada más saber que Laura estaba embarazada.

Tenía los mismos ojos verdes de la familia, 4 años y era muy trasto. Laura tenía que tirar mucho

de sus padres para que la ayudaran con Nico, ya que ser madre soltera y trabajadora no era nada

fácil.

Eva, de 31 añitos, facciones muy marcadas y labios carnosos; sus ojos verdes hacían contraste

con su melena oscura y larga. Siempre alegre y risueña, su cuerpo muy definido, era aventurera y

reportera, lo que hacía que su vida estuviera cargada de emociones.

Sus padres, Antonio y Sara, a sus 65 años eran encantadores. Seguían tan enamorados como el

primer día y se sentían orgullosos de su familia. Ahora, ya jubilados, estaban encantados de poder

seguir cuidando de sus nietos, cuando se los dejaban. También estaba la madre de Sara, la señora

Paca, que tenía un temperamento fuerte pero un gran corazón. Era una gran forofa del Real Madrid,

no se perdía ni un solo partido; fumaba como un carretero a escondidas, vivía con ellos desde que se

quedó viuda, diez años atrás, y dejara el pueblo para vivir allí.

—¡Hoolaaa, familiaa! Hoy vengo acompañada pero no os hagáis ilusiones, que es Montse

quien me acompaña —vociferó Eva al entrar a casa, mientras sacaba su móvil del bolso y lo

colgaba en la entrada. Mientras, Montse ya había entrado hasta el fondo y se oía cómo la saludaban.

13

—¡Hola, morena preciosa! Ya decía yo que no hay hombre en el mundo que se atreva

contigo.

Eva giró sobre sí misma rápidamente. La voz venía de la cocina, era la voz de Dami pero, ¿qué

hacía allí? Se dirigió a la cocina y allí estaba él, untando los canapés con Inés y Mario.

Eva se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos.

—¿Cómo que no hay hombre en el mundo que se atreva conmigo? ¿Tan cobardes sois? ¿Os

da miedo una chica guapa y lista?

—Hermanita, no empieces, que nos conocemos. —Se acercó Mario hasta ella y la besó en la

cabeza, como siempre hacía.

—¿Qué no empiece yo? Pero si ha sido él quien ha empezado. Hola, Inés; no sé cómo

aguantas en la cocina con estos dos.

—Eva, ya estoy acostumbrada a sus tonterías —sonrió Inés, mientras le daba dos besos.

—Preciosa, lo que nos da miedo es ver ese pedazo de culo que estás echando; eso tira para

atrás a cualquiera.

—Eres un imbécil, Dami, mi culo es perfecto —Eva se giró y salió de la cocina cabreada,

dirigiéndose al jardín para saludar al resto de la familia, mientras oía las risas de Dami y Mario y

cómo Inés les echaba la bronca.

La comida transcurrió como cualquier domingo: risas, anécdotas de la semana, juegos con los

sobrinos, pero cada vez que Dami iba a dirigirle la palabra a Eva, ella se giraba y comenzaba hablar

con la persona que tuviera más cerca.

—Tita Eva, ¿me ayudas a bajar un libro? El abuelo lo ha puesto muy alto y no llego.

—Venga, vamos a por ese libro adentro; así me enseñas lo bien que lees, Nico.

Una vez en el salón y cuando Nico le dijo el libro que quería, Eva intentó alcanzarlo, pero no llegaba.

Se puso a saltar, pero tampoco lo lograba, por lo que decidió subirse a una banqueta e intentarlo así.

Lo estaba tocando con la punta de los dedos cuando comenzó a perder el equilibrio.

14

—Mierda, mierda, Nico apartateee.

Mier... —Eva cerró los ojos y se cubrió con los

brazos la cara, pensando en la hostia que

se iba a dar, pero cuando los abrió vio la cara de

Dami: la tenía en brazos y estaba sonriendo. Se quedaron un instante mirándose a los ojos,

cuando Eva fue a agradecerle que la hubiera salvado de caer.

—Preciosa, tienes suerte de que hoy había hecho pesas; si no, no podría contigo —

sonrió Damián con gesto de triunfador, girando su labio a un lado.

—Déjame en el suelo, imbécil, no te he pedido que me cogieras.

—Tus deseos son órdenes, preciosa —
dijo Dami, soltándola de culo contra el
suelo y

guiñándole un ojo—. Nico, dame la
mano, que vamos al jardín. Yo ya te
alcanzo el libro, que

hoy tu tía tenía ganas de volar —y se
alejó con el niño de la mano, no sin
antes dedicarle una

de sus sonrisas. Al entrar Montse en el
salón y ver a Eva en el suelo, quedó
atónita.

—¿Se puede saber qué haces ahí tirada?
¿Nueva manera de limpiar el suelo?

—Dami, que es idiota y no puede dejarme tranquilita.

—Te he visto las miraditas que le echabas comiendo, Evita, a mí no me engañas.

— Caalla mujer, qué miraditas ni miraditas. Todo lo que tiene de guapo lo tiene de

tonto, no pasan ni dos segundos sin que se meta con mi culo o con mi peso o con mi cara. Me

tiene hartita.

—Sí, siií, tú di lo que quieras, pero te lo tirabas.

—Jodeer, Montse, qué brutita eres, hija.

—¡Uy! Perdóne usted, ¿prefieres que diga que le hacía el amor?

Ambas empezaron a reír a carcajadas. Montse siempre conseguía arrancarle esa sonrisa,

incluso en los momentos más tensos.

—Anda, tonti, que te llevo a tu casa. Nos despedimos y nos vamos, que por hoy ya he

tenido suficientes emociones.

— Sí, que estoy cansadísima y necesito pegarle una paliza a mi cama. Mañana hay que

currar y yo no tengo distracciones como las tuyas en el curro, que me hacen abrir los ojos de

par en par; solo tengo viejos verdes.

—Anda tira y vámonos, que siempre me lías y luego yo soy la culpable de tu sueño

semanal.

16

—2—



La semana en el trabajo estaba transcurriendo de lo más normal. Eva hacía los reportajes y su

compañero Pablo hacía sus fotos; juntos formaban un gran equipo y reían mucho. Los dos eran

muy trabajadores y, les mandaran donde les mandaran, lo aceptaban sin rechistar.

Pablo era rubio, de pelo corto, tez blanca y sonrisa picarona; le encantaba hacer el payaso para

ver sonreír a Eva.

—Vamos, Eva, te invito a tomar unas cañitas, hoy que hemos terminado pronto.

—La verdad es que me vienen genial, Pablo. Hoy estoy agotada y necesito desconectar un

poco. Cojo el bolso y nos vamos, ¿vale?

—dijo, mientras le guiñaba un ojo e iba a su mesa a por el

bolso.

—¿Te apetece que vayamos a la tasquilla esa, cerca de tu casa?

— Me encanta ese sitio, ponen unas tapas buenísimas y es un sitio precioso

para poder

charlar un rato tranquilamente.

— Vamos, tardona, date vidilla que todavía lo cierran y yo sigo aquí, esperándote.

— Los hombres y vuestras prisas por llegar los primeros a los sitios, yaa voy
— cogió su

bolso y puso los ojos en blanco mientras se dirigían a la salida.

Una vez en el bar, tomaron asiento en una mesa cerca de un gran ventanal. La Tasca de Pepe era

un sitio muy antiguo de piedra, con
mesas y taburetes de madera y muchos
cuadros de las peñas

ciclistas que se reunían allí los
domingos.

17

—Mira que me gusta este sitio, forma
parte de mi vida —decía Eva, mientras
tomaban

asiento y sonreían.

—Pues me alegro, porque no me gusta
estar cambiando de bar todo el rato;
donde me

siento, termino de tomar las cañas.

—Mira que eres vaguete, Pablito.

Estaban tan enfrascados en su conversación que no se dieron cuenta de que Damián entraba en el

bar, con otros compañeros de la base. Damián, en cuanto oyó esa risa, se giró rápidamente y

quedó extrañado al ver a Eva acompañada. Los observaba con gesto extraño, nunca había visto a

Eva con otro chico; estaba acostumbrado a que ella se acercara e intentara tirarle los trastos o le

echara alguna miradita sugerente y verla acompañada no le gustó nada. No obstante, se acercó a la

mesa a saludarla aunque, esta vez, su actitud era diferente.

—Buenas tardes, Eva.

—¡Heeeyy! Hola, Dami, no te he visto entrar. ¿Qué tal estas? —contestó Eva, muy risueña

y sorprendida por no haberle visto acercarse.

—Todo perfecto, preciosa, he venido a tomar algo con los compañeros y no he podido dejar

de saludar a la mujer más bonita del bar.
—Pero, ¿qué cojones estoy diciendo?,
pensó Dami

después de soltarlo.

—Y ahora me dirás que soy la única,
¿no? Venga Dami, que nos conocemos
—sonrió Eva,

extrañada al ver cómo le hablaba—. Era
la primera vez que no se metía con ella
en mucho tiempo.

¿Qué le pasaba?

—Fíjate si te lo digo en serio, que estoy
dispuesto a invitarte a una cena el
viernes —dijo,

extrañándose hasta él mismo de lo que estaba soltando por su boca, mientras mantenía un duelo de

miradas con Pablo quien, en ese momento, solo pensaba en cargárselo.

—Venga, acepto esa cena y nos ponemos al día en historias que me tienes que contar —no

podía creerlo, le estaba pidiendo una cita Dami, ese Dami con el que ella soñaba desde pequeña;

no podía dejar pasar esa oportunidad después de tantos años.

—Perfecto, Eva; me apetece compartir contigo una noche de esas con la que tanto nos

reíamos antes —guiñó el ojo, mientras le sonreía como un bobo.

—Pues entonces, apuntado en mi agenda: la cena del viernes es contigo.

—Déjame organizar un par de turnos y veremos si el viernes podemos quedar. ¿Te parece

bien? —dijo, rematando la jugada y sin retirar la mirada a Pablo.

—Avísame antes, ya sabes que me gusta organizarme. ¿Vale?

—Te avisaré en el día, Eva; ya sabes que si sale un operativo, tendremos que cancelarla.

—Lo entiendo, Dami, no te preocupes, espero tu llamada —decía, mientras se despedían

con dos besos y cada uno seguía tomando las cañas con su grupo; pero ahora no podían dejar de

mirarse.

Pablo carraspeó e hizo volver a Eva a la Tierra, mirándola con cara de asombro.

—¡Hola! ¡Eeeh, estoy aquí! Gracias por presentarme. ¿Quién es ese gilipollas?

—¡Ostras! Perdona, Pablo, se me ha ido el santo al cielo. No es ningún gilipollas, es Dami,

un compañero de mi hermano y gran amigo de la familia.

—¿Dami? ¿Ese Dami del que no hay una conversación en la que no salga su nombre?

Vamos Eva, que es compañero de tu hermano y, si hablamos de la misma persona, ese tío cada día

está con una. No te conviene.

—Pablo, no empieces, que no eres mi padre, ¿vale?

—Eva, ni empiezo, ni termino, solo te digo que tengas cuidado; no quiero que lo pases mal.

En el fondo, Pablo no se fiaba ni un poco de Dami y menos después de la cantidad de cosas que

le había contado Eva que hacía con las tías. Había observado cómo la miraba y sabía que había

algo entre ellos, y eso no le gustaba.

Durante el resto de la noche, las miraditas iban y venían entre Dami y Eva y, de vez en cuando,

alguna que otra sonrisita. Al finalizar las

cañas, Eva y Pablo se despidieron al salir y Dami se

quedó serio viendo cómo se iban juntos.

Llegó el viernes y Eva anduvo nerviosa toda la mañana, sin despegarse de su teléfono móvil.

19

Oyó el móvil pitar y salió corriendo desde la fotocopidora a su mesa para ver de qué se trataba.

Su sonrisa en el rostro lo decía todo, mientras leía el Whatsapp: era Damián.

—Ponte preciosa esta noche: llevo cena

a tu casa, si te parece bien. Así
podríamos hablar

tranquilamente, sin interrupciones. Dime
algo, preciosa.

Después de dar mil saltitos, sonriendo
como si hubiera ganado la final de la
Copa del Rey, paró

para contestar.

—Hola, guapísimo, me parece un plan
perfecto. Te espero a las 22hrs. No
vengas de

etiqueta.

Dami, al ver iluminarse su pantalla y

leer el mensaje, sonrió y siguió
trabajando, deseando que

llegara esa hora. Le apetecía muchísimo
esa cita.

A las 22:00 horas en punto sonó el
timbre del ático de Eva que, nerviosa y
todavía sin creer lo

que estaba sucediendo, abrió la puerta y
allí estaba él, con unos vaqueros
desgastados y una

camiseta *sport* blanca, con su sonrisa
perfecta y, en la mano, una caja de pizza.

—¿He acertado con la pizza? —Dijo,
mientras pasaba y sonreía al ver a Eva

también en

vaqueros.

—Ya sabes que sí; la verdad, no creía que fueras a venir.

—¿Y por qué no iba ha hacerlo? Tú y yo, cuando no discutimos, nos entendemos muy bien.

—Es cierto, cuando no discutimos, aunque últimamente estás un poco esquivo conmigo.

—Es el trabajo, Eva, y como comprenderás, tener pegado todo el día a tu hermano Mario,

pues me corta mucho el poder hablar contigo.

—¡Aaarrggg, no me digas más, mi hermanitoo...! No se puede enterar de que hemos

quedado a cenar, ¿no?

—Eva, para tu hermano, siempre serás un tema tabú. ¿Te acuerdas de cuando venías a la

base? Siempre liabas alguna, ya no nos haces tampoco visitas sorpresa. Con lo que nos reíamos

cuando aparecías con tus locuras...

—¿Te acuerdas del día que me colé en los vestuarios? El mosqueo que se pilló Mario —

recordó, soltando una carcajada.

Dami no podía dejar de mirarla. Le encantaba verla sonreír, cómo gesticulaba y cómo expresaba

todo de esa manera tan peculiar que hacía que sonara gracioso lo que dijese.

—Ese día viste, a la vez, todo lo que no habías visto en tu vida. Tu hermano casi nos mata

por no echarte del vestuario. —No podía parar de reír a carcajadas, recordando el momento.

—Y el día que me enseñaste a disparar la MG, ¿qué? Ese día fue muy divertido, ¿lo

recuerdas? —dijo, emocionada—.

Uuuuummm, aún te recuerdo rodeándome con tus brazos y

susurrándome al oído... ¡A LA

DIANAAAAA, COÑO! —No podía parar de reír.

—Ese día sí que me acuerdo —sonrió

—. Madre mía, con qué coraje cogiste el arma. Para

cabezona estabas tú y, la verdad, nos reímos mucho; pero demostraste que ese arma tampoco iba a

ser resistencia para ti. Y recuerdo lo que ocurrió cuando conseguiste darle a la diana...

—¡Aaah, siiii...! ¿Qué pasó, listillo?

—¿No lo recuerdas? Porque ahí empezó toda nuestra odisea...

—Yo sí me acuerdo... perfectamente, pero creía que *Don paso de todo*, lo habría olvidado.

—Jamás podría olvidarme de aquello, Eva. A pesar de que tú me esquivaste

durante un mes,

después de lo que ocurrió. Aún me pregunto por qué huiste sin enfrentarte a lo que nos pasó.

—Dami, creo que sigo sin estar preparada para contestarte a esa pregunta pero, mi hermano,

los compromisos que no aceptamos... Todo influye, algún día lo entenderás. —
Sonreía, nerviosa

por las preguntas.

—¿Quién es esta vez la que nombra a su hermano? La verdad es que el hecho de que no me

dijeses nada durante todo ese mes hizo que me planteara algo, y es que jamás, por más que quiera,

podré estar con una mujer como el resto de los mortales. Mi trabajo es mi prioridad y no quiero

arriesgarlo, por nada, ni por nadie.

21

Al escuchar aquello, Eva se puso nerviosa y tiró la cerveza que tomaban encima de los

pantalones de Dami. Ella pensaba que, para él, solo habría sido una más, un día más; pero allí,

ante ella, no solo recordaba ese día, sino que la estaba haciendo culpable de no haber tenido más

días de pasión desenfrenada y deseo.

—¡¡Vaya!! Creo que me he mojado bastante —frunció el ceño.

—Me parece perfecto, Dami. Creo que por hoy ya he oído suficientes gilipolleces... Es tu

prioridad, tu trabajo... Genial, quédate con él... Y nombro a mi hermano porque cada vez que me

acerco a ti, estando él a cinco metros, me huyes... No piensas arriesgar tu

trabajo por nada ni por

nadie... Yo dejo el mío cada vez que me llamas por tus borracheras o porque lías alguna... esa es

la diferencia entre tú y yo.

—Perdona, creo que no me has entendido bien lo que he querido decirte. No creo que sea

una gilipollez reconocerte que sentí algo fuerte por ti, pero que tu forma de actuar, salir corriendo

como una niña pequeña, hizo que me planteara si merecía la pena o no dejarme los cuernos por ti

y apostar por tener algo contigo. ¿Qué querías que hiciese? ¿Llorarte por las esquinas, Eva? No,

ese no es mi estilo y, si decidí que lo mejor sería volcarme en mi trabajo, fue porque ese, seguro

que no me iba a traer tantos quebraderos de cabeza...

—¿Qué tal venir a preguntar qué me pasaba, Dami? ¿Qué tal preocuparte por mí? ¿Qué tal

luchar por nosotros? Yo veo la historia desde otra perspectiva... Desde la que salgo una noche y te

veo con una tía y a la siguiente con otra y así cada noche... ¿Quieres que luche por eso o que me

quede a verlo?

—¿Cómo puedes tener el valor de decirme eso? Saliste corriendo, Eva.

¡¡Huiste!! No

quisiste saber nada de mí y, una vez que pasó ese mes, acercarme a ti era un suplicio, porque tu

mirada me decía que no debía hacerlo. Claro que salgo con otras mujeres, Eva, de la misma

manera que tú sales con otros hombres.

Eso también deberías nombrarlo, porque aquí, preciosa,

¡¡no somos santos ninguno de los dos!!

22

—Dami, ¿te has preguntado alguna vez, una sola vez, por qué huí? Es muy fácil acusar a

alguien sin saber sus motivos.

—Mira, Eva, está claro que esta noche no es la ideal para ninguno de los dos. Solo pensaba

pasar una velada tranquila contigo, reírnos como lo hacíamos antes. Pero lo

único que estoy

recibiendo son reproches que no nos llevan a ningún lado. Será mejor que me marche por donde he

venido y ya, cuando te apetezca hablar tranquilamente, me llamas. Y sí, Eva, me he preguntado

millones de veces el porqué de tu huida, el porqué hacer como si nunca hubieras rozado mis labios.

Pero, ¿sabes qué? Descubrí que me martirizaba día a día por una respuesta que nunca encontraría.

Y necesito tener la cabeza fría para mi

trabajo, no tenerla llena de pájaros.

—Dami, espera... —le cogió de la mano
—. No puedo aguantar más, llevo toda
la noche

deseando hacerlo cada vez que te he
oído decir que sentías algo por mí... —
tiró de él hacia su

cuerpo y le besó apasionadamente.

—Espera, Eva —la apartó unos
milímetros de su boca y la miró a los
ojos—. ¿Estás segura

de lo que estás haciendo? No quiero
confundirme, ni confundirte... —Volvió a
besarla con

devoción.

—Estoy muy segura —afirmaba, mordisqueando sus labios.

—Entonces no pares, no dejes de besarme... Porque no me puedo contener las ganas que

tengo de ti...

—No pienso soltarte ni un segundo, no sabes el tiempo que llevo esperando esto.

Dami introdujo las manos por debajo de la camiseta mientras pedía permiso a sus ojos —

¿Puedo?

—Huummmmmmm. Siiiiiiií, puedes.

Acarició su espalda e intentó desabrochar el sujetador —¡Se atasca, el jodido! ¿Cómo puede

ser que los fabriquen tan complicados?
—consiguió decir, con la respiración entrecortada.

23

—Nunca se te han dado bien —sonrió Eva, mientras empezaba a desabrocharle el pantalón

—. ¿Por qué no baja la cremallera?...

Hostiiiaaaa. ¡Lo sientooo, Dami...! —
logró decir, mientras se

daba cuenta de que le había pillado los
huevos con la cremallera.

—¡¡¡¡Me cuesta respirar!!!! —Con los
ojos llenos de lágrimas y a punto de
salírsele de sus

órbitas, consiguió decir—: No lloro por
vergüenza.

—Lo siento, lo siento, lo siento —Eva
le besuqueó la carita mientras intentaba
arreglar el

desastre y siguió trasteando con la
cremallera.

—Tranquila. Quizá si nos tumbamos o nos sentamos, la molestia desaparezca poco a poco...

—Joder, quién me iba a decir a mí, que iba a tener este tipo de dolor de huevos esta noche, pensó

Dami.

—Ven, vamos a la cama... Ya sabes, conmigo todo es inesperado, cielo — intentaba

aguantar la risa, al ver la carita de dolor de Dami y consiguió librarle de la cremallera.

—Así tumbados estoy mucho mejor.

Esta es la manera con la que soñaba
tenerte algún día...

—¿Así mejor, cariño? —Eva se
posicionó a horcajadas encima de Dami.

—De todas las maneras posibles,
preciosa. Te quiero toda para mí, no
pares... —Eva no

dejaba de moverse, inquieta, encima de
él, con ritmo acompasado a sus
respiraciones que cada vez

se volvían más intensas.

—Dami, ¿se te ha pasado el dolor
hueval? —comenzó a besarle el cuello,
con la respiración

agitada y soltando una sonrisa picarona cada vez que lo recordaba.

—El dolor va mejorando por momentos; está claro que eres la enfermedad y la cura... ¿Te

gusta? —la agarró por la cintura y se posicionó encima de ella para hacerla suya.

—Huuuummm, me encanta... No paaareees ahora... —Eva se preparó para encajar sus

embestidas, cada vez más seguidas y acompasadas.

—No vamos a parar Eva. Esto no

termina aquí, preciosa. La noche va a ser muy larga...

—No me sueltes, Dami. Prepárate para sudar...

—¡No te soltaré, preciosa!...

24

—3—



A la mañana siguiente y después de pasar una maravillosa y agitada noche juntos, Dami

madrugó para ir a trabajar a la base y

dejó una nota encima de la cama. Al despertar, Eva la vio

y sonrió, aún incrédula por la maravillosa y ansiada noche con Dami.

Buenos días, preciosa. Tengo que ir a la base; me encantaría haberte visto despertar, pero el

deber me llama. Luego hablamos por el Whatsapp.

Al acabar de leer la nota, dio vueltas en la cama, sonriendo. Enseguida cogió su móvil y le envió

un mensaje.

— *Buenos días, cualquiera diría que estaba deseando abandonar mi cama, Sr. García.*

¿Qué tal va la mañana?

— *Buenos días, preciosa. La mañana va tan bonita y perfecta, como tú... Si no hubiera sido*

por el deber, no hubiera salido de esa cama en días. ¿Y tú?, ¿cómo llevas el día?

— *El día, genial. ¿Y tus... cómo van? —*
Río a carcajadas al recordar la situación.

— *Un poco morados, pero ya no duelen*

apenas.

—No sabes cómo me alegra escuchar que van mejor... Me siento fatal por el incidente.

—Tranquila, preciosa. Sé que no fue aposta, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Por quién me tomas? ¿Por Al Pacino?

—Se me está ocurriendo una idea para volvernos a ver un ratito, ¡si tú quieres, claro!

25

—Yo estoy impaciente por volverte a

ver: dime qué se te ha ocurrido.

— He oído decir a tu hermano que esta noche, Inés y él, están de aniversario y que le iba a

preparar una cena de las buenas. Ya sabes que yo, por una cenita de las buenas, soy capaz de

cualquier cosa. ¿Qué te parece si aparecemos por casualidad en su casa?

— Me parece que mi hermanito nos mata, pero la recompensa valdrá la pena — sonreía a

carcajadas —. Te veo en la cena, entonces.

La jornada en la base fue muy movida; habían aparecido altos mandos y pusieron todos los

expedientes que Damián acababa de ordenar patas arriba, teniendo que volver a repetir todo

su trabajo. Damián estaba muy cabreado y, en cuanto terminó, se preparó para ir a casa de

Mario.

Por fin iba a poder tener una velada con su adorable mujer, aunque tenía un par de *autoinvitados*

en ella.

—Es que parece que Dami y mi querida hermana Eva no tienen casa...

Esperemos que se

retiren pronto, que para una vez que tengo al niño dormido... —dijo con resignación Mario,

mientras terminaba de hacer la cena.

—Buenas noches, parejita, qué ganitas tenía de volver a veros —sonrió Eva al entrar en la

casa de su hermano y escuchar ya de fondo la voz de Dami.

—Buenas noches, hermanita, me alegra verte.

—Buenas noches, hermano —se abalanzó Eva y le abrazó—. Ya veo que tenemos

compañía —dijo Eva para disimular.

—Sí, ha venido Damián; está fuera con Inés, hablando de trabajo —contestó Mario

sonriendo, mientras entraban en el porche los dos.

—¡Buenas noches, guapaaaaaa! —dijo Inés—. Me alegra verte por casa.

—Buenas noches, Inés —la abrazó fuerte—. Mira lo que traiiigooooo... —gritó, emocionada

y enseñando el vino y las cervezas.

—¡¡¡Genial, Eva!!! —contestó Inés.

26

—Hola, Damián —le dio un beso y sonrió, pero intuyó que algo no iba bien por la forma en

que la miró Dami. A Damián no se le había pasado el cabreo de la base y estaba muy serio.

—¡Damián, vamos a abrir una cerveza!

—dijo Mario, encaminándose a la cocina.

—Vamos, Mario, que vengo sediento.

Entraron en la cocina y tomaron unas cervezas fresquitas; mientras charlaban, entraban y salían

a poner la mesa en el porche.

—Bueno, creo que en la mesa no falta nada, solo el vino que ha traído mi hermana y unas

ensaladas y, en breve, podremos cenar —dijo Mario, saliendo de nuevo.

—Damián, ¿me abres una cerveza, por favor ? —le pidió Inés.

—Sí, claro Inés —Damián cogió una cerveza y se la dio abierta, pero al hacer Eva el gesto

de darle su cerveza para que se la abriera, Dami la cogió y la puso encima de la mesa, dejándola

allí encima y pasando de Eva.

—Inés, ¿quién es el cocinero esta noche?, ¿Mario o tú? —Eva sonrió, intentando disimular

que estaba molesta por el desprecio que le había hecho Dami.

—Eva, ¿bromeas? Yo no sé ni hacer un huevo frito —rió a carcajadas Inés.

—Hermanita, la cena es cosa mía.

—Inés, pensé que habías hecho un

curso de cocina de fin de semana y ya
habrías

solucionado el problema culinario —
intentó picar Eva a su cuñada—. ¡Ay,
hermanito! Qué pocos

HOMBRES quedan como tú... —se giró
Eva con sonrisa pícaro, mirando a
Damián mientras

llevaba las ensaladas a la mesa.

—Cuenta, Eva, ¿cómo van las cosas?
Me refiero a TODO, ligues incluidos.
He visto lo bien

que te llevas con tu compañero de
trabajo y es muy mono —dijo,

devolviendo la pullita Inés por

el curso de cocina y habiendo observado las miraditas de Dami y Eva. A Dami no le gustó nada

escuchar todo eso.

27

—La abuela sigue igual —rio a carcajadas—; hecha un amor y fumando a escondidas como

un carretero —contestó Eva, poniendo los ojos en blanco—. Y mi compañero Pablo es

encantador, da gusto trabajar con él.

—Entre nosotras... —Inés miró a los ojos a Eva y le susurró—: ¿qué es ese comentario de

que pocos hombres son como tu hermano?... Vamos, que Damián es una *lindura* como persona —

Inés ya se había dado cuenta de que algo pasaba entre Damián y Eva, pero no sabía exactamente

qué era.

—Ufff, Inés... Dami —se giró para mirarle— tiene sus días y parece que hoy no es uno de

ellos...

—Ya veo que hoy estáis con el hacha de guerra afilada. Bueno, como hay que esperar al

chef, si me disculpáis iré a ver a mi niño —dijo, subiendo las escaleras y dirigiéndose al cuarto

donde el pequeño Miguel estaba dormido.

Eva no sabía qué sucedía con Dami y no podía preguntarle allí, pero comenzaba a cansarse de

cómo la estaba tratando; una cosa era mantenerlo oculto a su hermano y otra, cómo le hablaba.

—Eva, ¿podías hacer algo de provecho y traernos, a tu hermano y a mí, otra cerveza fresca?

—le espetó Dami.

—¿Y por qué no mueves tu culo hasta la cocina y vas tú a por ella, Damiancito?
Yo estoy

preparando otra cosa... Ahhh y, de paso, me traes una a mí también.

—Pues te la pido a ti porque, si te soy sincero, tu culo es más *sexy* que el mío; se movería

mejor hasta allí...

—Como sigas por ahí, vas mal, Damián
—contestó Eva.

—Venga, dejaos de tonterías y vamos a cenar. Inés está a punto de bajar y está todo

preparado —les regañó Mario, que salía con la comida de la cocina.

—Macho, te lo has currado, ¿eh? —dijo Dami, al ver todo lo que había de cena.

—Desde luego que sí, ¡mamonazo!, te recuerdo que era mi cena de aniversario.
Dami

estaba mirando que Eva se había servido ya la comida en el plato.

—Eva, si comes de todo eso, se te va a poner el culo como la plaza de las Ventas, así que

córtate, morena, que creo que este finde ya has comido bastante —soltó, sin venir a cuento, Dami

y sin dejar de mirarla.

—La verdad es que está todo muy bueno y no porque el cocinero sea mi hermano, ¡eh!

Dami, corazón, tengo mis métodos para quemar la grasa... Hermanitoo, te has superado... ¡¡Hoy

no hay bocataaa!! —Miraba a Dami mientras decía esto. La guerra estaba oficialmente declarada

entre ellos.

—Eva, ¿qué métodos son esos, si se puede saber? ¿Alguna poción *quemagrasa*? —contestó

Dami, sin mirarla.

¿Esta morena viene con golpes bajos? Pues va a ir fina, pensó Dami y sin cortarse de que estuviera

su hermano delante, soltó:

—¿Sí, morena? De la postura de la

carretilla, poco puedes quemar, a no ser que no te de por

cansarte cabalgando.

—¿A los polis nacionales les gustan carretillas? No sé, preguntaré la próxima vez —dijo

Eva, sirviéndose más comida en el plato.

—Dami, córtate un poco... —le dijo, con mirada de pocos amigos, Mario.

—Anda, Eva, métete un canapé de esos y así cierras la boca mientras lo engulles

—Damián

se llevó la mano a la pierna: no había terminado de soltar la frase y Eva le había soltado una

patada por debajo de la mesa—. Eva, los MOE usamos cosas más interesantes que eso, preciosa.

Al recibir un patadón de los grandes, miró a Eva, enfurecido.

—Eva, ¿tienes lombrices en el culo? Te veo incómoda en la silla...

—Hermano, buenísimos los canapés. Dami, este a tu salud, «cariño». Huuummm, sabe

aaa... esto no lleva huevos, ¿no, Mario?

Dami se encogió al escuchar lo del huevo; aún los tenía morados.

— ¡Ojo, Eva! No vaya a ser que el huevo te haga reacción y salgas escaldada.

29

—Ya os vale a los dos, sois como niños... —comenzó a reír Mario, al ver que esto era

imposible de parar.

—La verdad, hermanita, es que no te quedas atrás; sois los dos tal para cual...

—Mario se

dio por vencido, a estos dos no había quien los parara.

—Un manjar lo que veo, amor, está delicioso —Inés lo besó en los labios.

—¡Eh, vosotros dos! Cortaos un poco, pareja, y dejad los besos para luego —sonrió Dami,

al ver a Inés ya sentada en la mesa.

—Para ti, princesa, lo mejor —le devuelve el beso Mario a Inés—. Sabes que cocino muy

bien, hermanita.

—Dami, ¿es envidia lo que detecto? —

le dijo, en tono jocoso, Mario.

—Oye, ¿os vais a estar comiendo los morros toda la cena? Macho, cortaos un poco, que

luego uno aprende...

—Macho, es mi aniversario. Que menos que uno bese a su mujer, ¿no?

—Capullo, además, ¿envidia de qué? Si yo estoy servido... —Dami se removía en la silla,

elevando el tono.

—Ya lo sé, Dami; ya veo el desfile que viene a buscarte a la base.

—Pero, ¿qué humor tienes hoy, Dami?

—le dijo Inés, mirando a Mario, sin saber qué

pasaba.

—Ya sabes, Inés: el humor que gastamos los de Ávila —dijo Dami, elevando el tono.

— Tengamos la cena en paz, aunque sea un momento... —subió el tono Mario—.

Tranquila, Inés, ya los conoces.

—Yo, Mario, estoy en son de paz, así que tranquilo, amigo.

—¡Si tú lo dices, Dami! ¿Qué pasa aquí,

amor? —susurró al oído de Mario, Inés.

—No lo sé, princesa, pero algo pasa; estos dos están peor de lo normal —le contestó al

oído.

30

—Bueno, Inés, cuéntame: ¿qué tal tus últimas compañeras, esas que vienen de prácticas de

otros países? ¿Has conseguido algún teléfono de alguna interesante para mí?

—sonríe Dami,

mirando a Eva.

—Pues ahora que lo dices, he tenido una compañera francesa.

—¿Y cómo está de buena, Inés? ¿Las tiene en su sitio y bien puestas?

—Pero qué básico y primitivo eres, Damián —se carcajea Eva.

—Eva, si quieres que siga haciendo el primitivo, puedo cogerte de los pelos y arrastrarte por

mi cueva. Eso, a las mujeres de esa época, les molaba.

—¿En serio? ¿Tú crees que podrías hacerlo? ¿No te acojonaría, Damián?

—Yo voy a por el segundo plato, porque estáis insoportables —dijo Mario según se

levantaba de la silla y traía de la cocina los platos—. ¡Espero que os guste!

—Joder, macho, qué buena está esta carne. ¿Qué lleva?

— Hummmmm, hermanooo. Te has equivocado de oficio.

—Es entrecot a la pimienta con patatas, me alegro de que os guste tanto —sonrió Mario

pensando que se habían calmado; pero volvían a la carga.

—Eva, ya sabes que si me provocas, soy capaz de arrastrarte por el suelo y de subirte a las

estrellas, preciosa. Anda, mira qué curioso, Eva: lleva pimienta, como tú. Lo bueno es que ésta no

pica tanto, preciosa.

—Dami, ¿quieres que luego, por Skype, pregunte a la francesa si está interesada en conocer

gente? Lo

—Princesa, esto se está calentando —le dice Mario al oído.

—Ya sabes, rubia: tú le das mi número y yo, encantado de enseñarle Cuenca.

—Dami, yo soy una chica muy, muy picante... pero mi pimienta la probará alguien que se

lo merezca y que apueste por mí —dijo Eva, indignada al ver cómo se interesaba por la francesa.

31

—No lo pongo en duda, Eva. Entonces, espero que ese alguien no sea alérgico a ella. Yo

solo apuesto si sé que voy a ganar, morena.

—En la vida se arriesga, Dami... ¿O lo de la francesa es seguro?

—Eva, la francesa querrá hacer turismo primitivo una temporadita y, como todas las que me

prueban, querrá volver en vacaciones y así uno no se come la cabeza.

—Amor, estaba todo buenísimo... ¡Pero no puedo más! Dejaré un hueco para el postre —

besaba Inés a Mario.

—Inés, qué poco me comes, mujer, no como otras... Así no le aguantas a Mario ni el primer

asalto. Anda, mujer, ¡come!

—Prefiero reservarme para el postre, Damián. Creo que Mario me tiene una sorpresa —

guiñó el ojo Inés con gesto cómplice a Dami.

—Hermano, ¿te ayudo con el postre? ¿Qué hay? —dijo Eva, deseando levantarse de la

mesa. Ese último comentario de Dami sobre arriesgar por ella se le había clavado en el alma y

estaba furiosa.

—De postre hay tarta casera. Sí, Eva, ven a ayudarme; no puedo con todo.

—Vamos, hermano, que necesito estirar las piernas —salió Eva tras su hermano sin decir

nada más.

—¿Qué pasa, Damián? —le preguntó Inés al quedarse solos.

—No pasa nada, Inés, ya sabes cómo es Eva. Vamos dentro a ayudarles.

—Coge la tarta, Eva, está en la nevera —dijo Mario, mientras cogía los cubiertos.

—Eva sabías que...discutir con una mujer es como ser arrestado, todo lo que digas puede ser

y será usado en tu contra, así que utiliza tu derecho a guardar silencio —le dijo, nada más entrar

Dami a la cocina.

—¡Tú ereees...! —le estampó la tarta en toda la cara, con toda la furia que llevaba dentro,

dejando a todos atónitos por su reacción.

—Joder... Hermanita, nos has dejado sin postre...

—¿Pero se puede saber qué te ocurre, Eva? —gritó Dami, al verse pringado de tarta e

intentando quitársela de la cara para poder ver.

—Mirad, lo siento mucho, pero me voy a casa. Estoy harta de gilipolleces. Siento haberos

estropeado la noche, Inés, y siento haber estropeado el postre que Mario te había hecho con tanto

cariño.

—Dami, ve al baño a limpiarte un poco
—le dijo Mario, sin saber qué hacer.

—Mario, ¿tienes una camiseta para dejarme? Tu hermana me la ha puesto perdida.

—Hermanita, cálmate. Creo que te has pasado un poco.

—Sí, ¿qué te ocurre, Eva? —dijo sonriendo Inés, mirando a Dami.

—Claro, Damián; ahora te doy una camiseta y lo que necesites para que puedas cambiarte.

—Eva, si quieres postre, siempre te queda poder chupar de mi cara; no te

jode, la niñata, la

que me ha liado...

—Eva, intenta calmarte, ¿quieres que te acompañe? —le dijo Inés, viendo cómo cogía sus

cosas para marcharse.

—No me puedo calmar... ¡Ese tío me desesperaaaa! Me voy a casa. Mario, Inés,

perdonadme. No hace falta que me acompañes, disfruta de Mario.

—Hermanita, mañana hablamos. Intenta descansar y calmarte —le dio un beso

en la

cabeza.

—¡EVAAAAAAA!, QUE TRANQUILA,
¡EH! ¡¡DUERME EN PAZ, QUE ESTÁS

PERDONADA!! —no te jode, la tía...

Que ni perdón me ha dicho —gritó

Damián, entre la

desesperación de saber que Eva se iba y
el cabreo de verse lleno de tarta.

—Mario, ¿no es mejor que la

acompañemos? —miró preocupada Inés,
viendo cómo Eva se

alejaba con lágrimas en los ojos.

—Princesa, es mejor dejarla. Te lo digo yo, que la conozco bien. Déjala que se calme.

—Bueno, Mario, yo me marchó. Mañana nos veremos en la base. Gracias por la ropa,

colega.

33

—Damián, mañana nos vemos, amigo. Buenas noches y lo siento.

—Inés, que pases buena noche y siento llevarme el postre encima; la verdad es que tenía

buena pinta... —dijo Damián mientras salía de la casa y les decía adiós con la mano.

Apenas había pasado media hora y Damián estaba más calmado. Sentado en su coche, cogió

su móvil y marcó el número de Eva; necesitaba hablar con ella.

—¿Qué quieres ahora? —contestó Eva, mientras intentaba disimular que estaba llorando.

—Hablar contigo...

—¿De qué? ¿De lo que me engorda el culo? ¿De la posición de la carretilla?

O, ¿de qué?

—De lo tontita que te pones y del carácter ese tan fuerte que te gastas... — contestó Dami, al

notar en la voz de Eva que estaba aguantando el llanto.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que sonría mientras te metes conmigo?... Pues lo siento: me

has pillado con la tarta en la mano y te la has tragado entera... Bueno y no lo siento en

absolutooo... Me he quedado como Dios cuando te la he estampado. Lo siento por

Inés y mi

hermano, que se han quedado sin postre.

—Y tú te has quedado sin postre... Y como aquel que dice, me lo he comido yo solito.

—El postre te lo has comido enteritooo... y te lo volvería a estampar otra vez... ¡porque

tienes una boca^zaa!

—Perdona, bonita de cara ¿Una boca^za, dices? Porque tu no te has quedado atrás.

—Es que lo que pasó entre nosotros ha

sido lo más bonito de mi vida y no entiendo por qué

no puedo hablar de ello a nadie... ¿Por qué? ¿Por qué tengo que ocultar lo que tenemos? ¿Por qué

te has comportado hoy como un imbécil?

—Porque es lo mejor para los dos, Eva. ¿Cómo no te puede entrar eso en la cabeza? Siento

cómo te he hablado en casa de tu hermano; no he tenido buen día y lo he pagado contigo. No

quiero problemas con tu hermano. ¿Qué tengo que hacer para que te metas eso en

la cabeza?

Preciosa, estoy en la puerta de tu casa.
¿Me abres para que podamos hablar?

34

Eva, sorprendida, se dirigió hacia la puerta. Antes de abrir se limpió las lágrimas, para que

no notase que había estado llorando... Y abrió.

—Hola, preciosa... — esbozó una enorme sonrisa Dami, al verla.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Venir a hablar contigo, Eva. Eso es lo que hago aquí, cabezona. Reconoce que eres

muyyyy cabezona.

—No soy cabezona... Lucho por lo que creo.

—Me parece muy bien que luches pero, si no te importa, hazlo en secreto.

—Pero, ¿por qué en secreto? No lo entiendo, ese empeño en que no se sepa que estamos

juntos. ¿Por qué tengo que esconderme? Mi hermano está con quien quiere, ¿por qué yo no?

—Porque adoro mis pelotas. Y tu hermano me las va a cortar cuando se entere de que

estamos juntos.

—Dami, ¿me estás diciendo que si quiero estar contigo siempre vamos a estar escondidos?

—Preciosa, una temporada corta...

—Dami, eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida, pero no quiero esconderme.

Quiero pasear de la mano sin pensar que nos puedan ver, quiero besarte en las cenas de mi

hermano... ¿Quieres un tiempo? ¿Una temporada?

—Quiero ir despacio, Eva, que yo no sé si estoy preparado para todo esto. Y encima, eres la

hermana de uno de mis mejores amigos y conozco a tu familia. Como comprenderás, cagarla

contigo no es algo que quiera que entre en mis planes.

—Puedo entenderlo y comprenderlo; llevas parte de razón.

—¿Entonces, Eva?

—Entonces te doy un tiempo, pero no te pases.

—Pero un tiempo... Significa que estás conmigo, ¿verdad?

—Sí, estoy contigo —se acerca, le abraza y comienza a besarle por el cuello.

35

—Mmmmmmm... Eso me gusta más... Ven aquí, preciosa... —la rodeó con sus brazos y

devoró su boca.

—Tranquilo, que hoy no te pillo,

campeón— sonrió al ver que se encogía cuando bajó su cremallera.

—Hoy se nota que no estás tan torpe... Vamos, morena, que ahora sí que te voy a dar un

postre de los de verdad, no como el que me has puesto tú en la cara... —agarró su mano y tiró de

ella hacia la habitación, sin dejar de besarla.

—Dami, siento que a tu lado todo son caricias y sonrisas; no me sueltes, no quiero salir de

aquí, me siento feliz —sus cuerpos se entrelazaron y se fundieron en caricias.

— Preciosa, no te soltaré...

36

—4—



Los días pasaban y la relación iba viento en popa; se veían a escondidas, donde nadie pudiera

verlos y siempre terminaban en casa de Eva, ya que Dami compartía piso con una amiga y a Eva

no le hacía ninguna gracia encontrársela por la noche por el pasillo.

Eva le propuso llevarse algo de ropa y le compró un cepillo de dientes ya que, si no, Dami tenía

que madrugar demasiado para ir a por ropa a su casa.

—¿Qué te parece si esta tarde preparo un picnic y nos vamos a las afueras a ver el eclipse?

—soltó Eva, aburrida de ver el fútbol en la tele.

—¿Un eclipse? ¿Qué le encuentras de emocionante a eso, preciosa?

— ¿No sabes la historia que se cuenta, Dami?

— ¡Ey! Pues no, no sabía que esas cosas tuvieran historia...

— Cariño, déjame que te cuente la historia de cómo el SOL amaba tanto a la LUNA, que

moría cada noche para dejarla respirar.

Cuando el SOL y la LUNA se encontraron por primera vez, se enamoraron perdidamente y

desde

ahí, comenzaron a vivir un gran amor.

El mundo aún no existía y el día que Dios decidió crearlo, les dio un toque final... ¡El brillo!

Dios decidió que el SOL iluminaría el día y que la LUNA iluminaría la noche y por ese motivo

estarían obligados a vivir separados.

Ambos fueron invadidos por una gran tristeza y cuando se dieron cuenta que nunca más se

encontrarían...

La LUNA fue quedándose cada vez más

triste. A pesar del brillo dado por Dios, ella se sentía

sola. El SOL, a su vez, había ganado un título de nobleza: astro rey. Pero eso tampoco le hizo

feliz. Dios, viendo esto, los llamó y les explicó:

Tú, LUNA, iluminarás las noches frías y calientes, encantarás a los enamorados y serás

frecuentemente protagonista de hermosas poesías.

En cuanto a ti, SOL, mantendrás ese título porque serás el más importante

de los astros:

*iluminarás la Tierra durante el día,
darás calor al ser humano y solo eso
hará a las personas*

más felices.

*La LUNA, más triste se puso con ese
cruel destino y lloró amargamente y el
SOL, al verla tan*

*triste, decidió que no podría ser débil,
ya que debía darle fuerzas y ayudarla a
aceptar lo que*

Dios había decidido.

Aún así, él estaba tan preocupado que

decidió pedirle algo a Dios:

*—Señor, ayuda a la LUNA, por favor;
es más frágil que yo, no soportará la
soledad...*

*Y Dios, en su gran compasión, creó las
estrellas para hacerle compañía a la
bella LUNA.*

*La LUNA, siempre que está muy triste,
recurre a las estrellas, que hacen de
todo para*

*consolarla, pero casi nunca lo
consiguen.*

*Hoy ambos viven así, separados: el
SOL finge que es feliz, y la LUNA no*

puede disimular su

tristeza.

El SOL arde de pasión por ella y ella vive en las tinieblas de su pena.

Dicen que la orden de Dios era que la LUNA debería ser siempre llena y luminosa, pero no lo

38

Logró, porque es mujer y una mujer tiene fases. Cuando es feliz, consigue ser llena, pero cuando

es infeliz, es menguante; ni siquiera es posible apreciar su brillo.

*LUNA y SOL siguen su camino. Él,
solitario pero fuerte, y ella,
acompañada de las estrellas,
pero débil.*

*Los hombres intentan constantemente
conquistarla, como si eso fuese posible.
Algunos han ido*

*incluso hasta ella, pero han vuelto
siempre solos. Nadie jamás ha
conseguido traerla hasta la*

*Tierra, nadie realmente ha conseguido
conquistarla, por más que lo
intentaron.*

Sucede que Dios decidió que ningún

amor en este mundo fuese realmente imposible, ni siquiera

el de la LUNA y el SOL. Fue, en ese instante, cuando Él creo el eclipse.

Hoy, SOL y LUNA viven esperando ese instante, esos momentos que les fueron concedidos y que

tanto cuesta que sucedan.

Cuando mires al cielo, a partir de ahora, y veas que el SOL cubre a la LUNA es porque el SOL

se acuesta sobre ella y comienzan a amarse. Es a ese acto de amor, al que se le dio el nombre de

eclipse. Es importante recordar que, el brillo de su éxtasis es tan grande, que se aconseja no

mirar al cielo en ese momento: tus ojos pueden cegarse al ver tanto amor.

Dami había estado escuchando, atónito, la historia; cómo Eva vivía cada palabra que decía, cómo

te hacía sentir la historia, la emoción con la que lo contaba hacía que se le iluminaran sus ojos

verdes y que a él se le acelerara el corazón.

—Y ahora, ya sabes... esta es la bella

historia del SOL y la hermosa LUNA,
esa historia que

fue capaz de erizar tu cuerpo al pensar
que puede ser tu historia de amor.—
terminaba Eva la

historia viendo como la miraba Dami.

—Dami, abrázame fuerte, cariño. Solo
pensar que no estoy entre tus brazos me
entristece, tú

eres mi sol...

—Es preciosa la historia y ahora vamos
a hacer un eclipse, preciosa —dijo
sonriendo Dami.

—A mí me eclipsas tú solo con mirarme... —le acarició el pelo echándoselo hacia atrás y

le besó, apenas rozándole los labios—. Cariño, tu romanticismo brilla por su ausencia, ¿sabes?

—Eva, preciosa mía, la historia es bonita, pero solo falta que me digas que también pides

un deseo a las estrellas fugaces...

—¿Cómo? ¿Acaso tú no lo haces?

—No, preciosa. No hace falta ver cómo

llueven estrellas del cielo, porque cada una de

ellas se deslizará por tu piel esta noche... Pienso hacer que la habitación se ilumine con todas

ellas.

—Huummm, Dami, cada vez que tus dedos tocan mi piel, me elevas al cielo... Hoy vamos

a hacer temblar el firmamento... Tú iluminas la habitación solo con tu sonrisa.

—Entonces, iré quitándote esto que estorba por aquí —le quitó la camiseta

mientras le

daba pequeños besos alrededor de su
cuello—. Y dejaremos que esa lluvia de
estrellas comience

a humedecer tu piel...

—Uff... Con tus besos veo miles de
estrellas fugaces... —le quitó su
camiseta y acarició

su espalda mientras le abrazaba y le
mordisqueaba el cuello... Notó cómo se
le erizaba la piel...

—Como sigas así de juguetona... No voy
a querer parar. —Desabrochó su
pantalón y la

tela se deslizó por sus piernas, dejando que la luz que entraba por la ventana dejase a la vista lo

esbeltas que eran.

—¿Parar? Ahora que me prometiste ver las estrellas... quiero verlas en tu mirada... —le

dijo mientras desabrochaba con cuidadito su pantalón.

—No sé cómo debo tener la mirada, pero tengo la sensación de que los ojos me hacen

chiribitas —le contestó mientras sonreía y la desnudaba del todo, mientras sus

manos

acariciaban su cuerpo hasta llegar a su cuna del placer.

Eva acercó los labios al oído y susurró que no parase; su cuerpo se acopló al de Dami. Cerró los

ojos y se dejó llevar por las caricias y los besos mientras imaginaba reflejadas las estrellas en su

mirada. Sonrió, lo que provocó que Dami también sonriera... y la habitación se iluminase.

—Eva, no dejes de mirarme, no cierres los ojos —le dijo, mientras entraba en su interior

—. Hoy hay eclipse, amor.

41

—5—



Ese viernes se le estaba haciendo eterno a Eva, no hacía más que mirar el reloj. Deseaba que

dieran las 15hrs para salir del trabajo y preparar algo especial para esa noche. Dami había estado

cuatro días fuera, en la montaña, instruyendo a los novatos y quería recibirle como se merecía, con cena y velitas incluidas.

—Al fin las tres —soltó, liberada cuando el reloj dio la hora.

—¿Qué prisa tienes hoy, Eva? ¿Te vas de fin de semana? —le preguntó Pablo, que llevaba

todo el día viéndola nerviosa.

—Pablo, quiero preparar una sorpresa para Dami, que regresa esta tarde, y todavía tengo

muchas cosas que comprar.

—La cena la comprarás, ¿no? Porque, o le gusta la comida muy, muy hecha, o poco vais a

comer.

—Estás muy gracioso tú hoy, ¿verdad? Para tu información, sé hacer un par de platos muy

ricos que te acabas de quedar sin probar, por listillo. Hoy tiene que salir todo perfecto.

—Pues habrás aprendido ahora, porque a mí, el pollo que «hiciste» era primo de Karembeu

—dijo Pablo, riendo a carcajadas.

—Serás tontooo... Se me doró un poquito más de la cuenta... —respondió Eva, aguantando la

risa.

—Eeevaaa... —le dijo Pablo, rodando los ojos.

—Valeee, se churruscó, se quemó enterito. Un fallo lo tiene cualquiera, ¿no?

42

Pablo no podía parar de reír al recordar aquel pollo y cómo Eva, aún después de

quemarlo,

intentaba que lo probaran los amigos a los que ese día había invitado a cenar.

—Lo tuyo es de traca, guapa. Tú, por si acaso, compra sales de frutas, que creo que te van

hacer falta esta noche.

—Anda, deja de reírte de mí y acércame en un momento a comprar lo que me falta; voy muy

justa de tiempo para todo lo que quiero hacer —le dijo Eva mientras ponía carita de pena para

convencerlo.

—Vamos antes de que me arrepienta.

Damián, al regresar por la mañana a la base lleno de barro, fue llamado a comandancia; habían

ido todos los mandos a pasar revisión y con ganas de abrir algún que otro expediente y, por suerte

para Dami, le había tocado comerse el marrón.

Tras varias horas de explicaciones y alguna salidita de tono, Dami pudo ir a las duchas a cambiarse

para quitarse la mugre que traía pegada de todo el día de maniobras. Su amigo y compañero,

Quique, se había quedado esperándole tras enterarse de la encerrona que le tenían organizada

algunos mandos a su llegada.

—¿Qué tal ha ido, Dami? —preguntó, preocupado, Quique al verle la cara.

—Pues al final he conseguido convencerlos, porque ya venían a por mí por un puto papel

¿Qué prefieren, que instruya bien a los novatos o que ponga los puntos y comas

donde se

corresponden en un puñetero informe?
Lo segundo no va a salvar, ni a poner en
peligro la vida de

nadie, cosa que lo primero, sí. Qué
ganás de tocar los cojones, jodeer.

—Venga, anda, si quieres nos tomamos
un par de birritas en la cantina, a ver si
así se quita la

cara de *avinagrao* que se te ha puesto.

—Vamos, que necesito despejarme un
poco y, esos choricitos a la sidra de
Esteban, levantan

el ánimo a cualquiera.

Se dirigieron a la cantina, donde pasaron horas y horas contándose sus cosas, entre cervezas y

risas. Cada vez se hacía más tarde y a Dami se le olvidó el incidente y llamar a Eva que, poco a

43

Poco, se iba preocupando por la hora que era y Dami sin aparecer.

¿Le habrían llamado para un operativo?
Se preguntaba Eva, sin atreverse a llamar al teléfono de

Dami. ¿ Y si le había pasado algo? Solo pensar que le hubiera pasado alguna cosa a Dami le

ponía el cuerpo revuelto así que, toda decidida, cogió su teléfono y marcó.

—Espera un momento, Quique que me llama Eva. Hola cariño, ¿qué pasa? — dijo Dami

sonriendo, ya que habían empezado a hacer efectos sobre él las cervezas que se había tomado.

—¿Estás bien, Dami?

—Claroo, ¿por qué no habría de estarlo?

—Dami, son las 22hrs y ni siquiera me has llamado para decirme que estás bien; estoy

preocupada y tú... ¿Tú dónde estas?

—Yo, yo estoy de cañas con Quique. No he tenido buen día, preciosa —dijo, con tono de

coña Dami, lo que repateaba a Eva.

—Aaahh... ¿Qué estás de cañas con tu colega? ¿No has tenido un buen día? Me parece

cojonudo, Dami, pero el teléfono existe para algo y lo mínimo que puedes hacer es llamarme para

avisarme de que vas a venir más tarde.
¿Sabes?, yo también tengo vida, Damián.

—Mira, preciosa; que yo sepa, tú no eres mi madre y no tengo que darte explicaciones. Si me

apetece tomarme algo con mi colega, me lo tomo y punto —contestó Dami, en tono machito, para

que le oyeran bien en la cantina.

—Me parece genial, «precioso», haz lo que te PLAZCA —dijo Eva, antes de colgarle el

teléfono.

—No veas la parienta cómo está hoy, Quique. Si yo tenía razón cuando decía que lo de

echarse novia era como ponerse la cadenita al cuello, que eso no va conmigo... ¡¡Mujeres!! —dijo,

poniendo los ojos en blanco y con resignación.

—Macho, no hay quien las entienda. ¿Otra birrita? —dijo, riéndose, Quique.

—¡Por supuesto! Solo me falta que me diga a qué hora tengo llegar a casa... ¡Esteban, ponte

otro par de cañitas por aquíí!

Y allí estaba Eva, con un vestido impresionante, la mesa preciosa, llena de velitas aún sin

encender, pétalos de rosa y una cena deliciosa, esperando a alguien que no tenía pensado aparecer.

De música de fondo sonaba *My Way*, de Frank Sinatra.

—Sí, Frank, sí... Hoy serás mi única compañía. Yo también lo hice a mi manera, aunque

parece que no va a salir bien, ¿verdad?
—hablaba sola Eva, girando al son de la

música y con los

ojos vidriosos por las lágrimas
contenidas.

Abrió la botella de vino que había
elegido cuidadosamente para esa cena,
un Vega Sicilia; se

sirvió en la copa y la alzó al aire.
«Felices seis meses juntos, cariño».
Suspiró al decirlo y, al

llevarse el vino a sus labios y probarlo,
rompió a llorar.

Mientras, Dami había pasado por su
casa a coger algo de ropa y se encontró
con Vanesa, su

compañera de piso, que entraba a la casa. Vanesa era rubia platino, con curvas bien definidas, de

tez muy fina y clara, muy Marilyn toda ella.

—¡Hola, melón! Dichosos los ojos que te ven, ya creía que tenía la casa para mi solita —le

dijo mientras le abrazaba.

—Hola, mi pesadilla favorita. Me pillas de casualidad, he venido a por algo de ropa —sonrió

Dami; le hacía gracia que le llamara melón.

—¿A estas horas? Son casi las doce de la noche —le dijo, sorprendida, Vanesa.

—¿Ya? Mira qué horas... Yo sin cenar y con estos pelos —comenzó a carcajearse Dami,

haciendo burla y tocándose el pelo. Lo de los pelos siempre lo decía Vanesa, que solía llegar tarde a

todos los sitios y llevaba la melena revuelta.

—Mira que te gusta hacer el payaso, melón. Yo voy a tomar un sándwich, si quieres te

preparo uno y tienes un problema

solucionado, aunque lo de tu melena va ser que no tiene

solución... —dijo Vanesa, y comenzaron a reír los dos.

Entraron a la cocina y, mientras preparaban los sándwiches, hablaron como siempre de sus

cosas de la casa; los dos se entendían bastante bien y se reían mucho juntos, pero entre ellos no

había esa

45

chispa. Eran tan solo buenos amigos, lo

que les facilitaba poder hablar sin tapujos de todos los

temas, incluido el de parejas.

—Bueno, y ahora, ¿me vas a contar quién es?, ¿quién te retiene todas las noches?

—La verdad... No sé ni por dónde empezar, porque ni yo mismo me creo dónde me estoy

metiendo.

—Me estas asustando. Que te estas metiendo, ¿dónde? ¿Qué has hecho?

—Hacer, lo que se dice hacer.... Vamos,

que no se cómo ha sido, pero me he
liado con la

hermana de mi compañero Mario, Eva.
Pero que no se entere Mario, ¿eh? ¡Que
me corta el

miembro!

—Perdona, que creo que no te he
escuchado bien... ¿Que has hecho qué?
¿Te has liado con la

hermana de tu mejor amigo? Joder, tío,
para un finde no hay otraaa...

—Te aseguro que no tenía pensado que
pasara esto, pero...

—A ti te gusta, ¿no?

—Para que negarlo... Tiene algo que me atrae. Pero no te hagas pajas mentales, que eso del

enamoramiento conmigo no va, ¿eh? De momento me gusta mucho y estoy a gusto con Eva, muy a

gusto, para que negarlo. Lo demás, deberá venir .

—Solo oír de tu boca que te gusta mucho, ya es un logro —sonrió, viendo la cara de

situación que ponía Dami—. Y no me hagooo eso que diceees, pero... Y

entonces, sois, ¿qué?

¿Amigos con derecho a roce? ¿Pareja?

—Uffffff, todo eso que me dices suena a mucha responsabilidad. Digamos que somos amigos

fuertes. Aunque, de esto, te recuerdo que, a Mario, ni palabra, ¿Eh?

—Dami, sabes que puedes confiar en mi... Te lo he demostrado todo este tiempo... —le guiña

el ojo.

—Ya lo sé, pesadilla, pero a veces las mujeres os embaláis y soltáis las cosas

sin querer... De

todos modos, el hecho de que comience una relación, no quiero que sea un problema para que tú y

yo sigamos siendo los mejores compañeros de piso y los mejores amigos...

46

—Hmmm, qué serio te pones al hablar de relación... Ya sabes que yo no soy como las demás

mujeres... Yo solo quiero que seas feliz y si Eva va ser la que lo consiga, pues estaré contenta por ti...

Por supuesto que seguiremos siendo los mejores amigos y los mejores compañeros de piso... Eso sí,

avisadme de vuestras nochecitaas, que paso de estar aquí escuchando, ¿eeehh?

Dami se gira a Vanesa y la abraza muy fuerte.

— Mi pesadilla, menudo peso me acabo de quitar de encima. Sabía que me ibas a comprender, porque siempre lo haces. Pero por otro lado, tenía miedo de hacerte daño con esta

confesión; eres muy importante para mí

y no quiero ocultarte nada.

—Andaaaa, melón —le acompaña en ese abrazo que le hace cerrar los ojitos —. Sabes que tú

también eres muy importante para mí y agradezco tu sinceridad. Solo quiero que seas feliz y que no

se te borre esa sonrisa de la cara nunca.

—Esta sonrisa acaba de ensancharse otros cinco centímetros.

—Melón, mira qué tontiiiiitoo que eres. ¿Te apetece una peli? —da la vuelta a la silla, va

corriendo, le abraza y le da un beso en la mejilla—. Me alegro por ti, amigo.

—Venga, me quedo un ratito y luego me voy. Dale al *play*, pero nada de pelis de esas de

llorar que tanto os gustan a las tías...

Empezaron a ver la película, pero estaban los dos tan cansados que se quedaron dormidos hasta el

día siguiente en el sillón.

—Dios, me duele todo el cuerpo —dijo Dami al desperezarse—. ¿Qué hora es? —dijo,

pensando que solo se había dormido un par de horas.

—Melón, déjame dormir. Son solo las nueve de la mañana y es sábado, necesito descansar —

contestó Vanesa, aún medio dormida.

—¿Sábado? Me cagüen la hostia... Me he quedado dormido —De ésta, Eva me mata. Entre

que me colgó ayer el teléfono y no he aparecido por su casa, me castra en cuanto me vea, pensó

Dami.

—¿Me haces café, melón? —preguntó Vanesa, con la cabeza aún cubierta por una pequeña

mantita que tenían en el sillón.

—Lo siento, pesadilla, pero no puedo quedarme más rato. Voy a ver si me libro de que me

hagan el cascanueces, aunque lo veo difícil.

—¿Qué dice éste de las nueces? Bah... está fatal —dijo Vanesa y se volvió a tapar la cabeza

para seguir durmiendo al oír a Dami salir de la casa.

Damián salió rápidamente hacia casa de Eva, preparándose física y mentalmente para una

discusión con ella. Intentaba pensar lo que iba le iba a reprochar para prepararse las respuestas e iba

hablando en el coche, solo como los locos; pero al llegar a casa, Eva no estaba.

Eva se había ido, había salido de fin de semana: era el regalo y la sorpresa que le tenía preparada

a Dami por los seis meses que llevaban juntos. Quería ir donde se fugaron la primera vez, a la

playa, pero al no presentarse Dami a la cena, decidió hacer la maleta e irse sola, pensar si todo

aquello le merecía la pena.

Esta vez es a él a quien le toca asumir sus errores y luchar por mí, si esta dispuesto... Yo ya hago

todos los días mil esfuerzos por él, entre ellos, uno muy importante para mi...

Ocultarle lo nuestro a

mi hermano, que es una de las personas

más importantes en mi vida y lo hago por Dami..., se

repetía una y mil veces Eva, mientras paseaba por la orilla de esa playa que, en otra ocasión, la

había visto caminar feliz cogida de la mano de su gran amor.

Dami estaba en casa de Eva, esperando a que regresara. Había pensado que salió a comprar o que

se fue a tomar algo con sus amigas, pero las horas pasaban y Eva no regresaba.

La llamaba al

móvil y daba apagado o fuera de

cobertura, lo que empezó a poner nervioso a Dami.

¿Dónde cojones se habrá metido esta mujer? Porque... no le habrá pasado nada, ¿verdad? No,

seguro que no, porque me hubieran avisado. ¿Cómo me van avisar a mí, si nadie sabe que estoy

con ella? Dami empezó hacerse miles de preguntas en voz alta y dando vueltas por la casa; creyó

que iba a enloquecer, solo de pensar que le podía haber pasado algo...

Se fue a la cocina y, al abrir el frigorífico, vio los Tupper con la cena que Eva había preparado

la noche anterior. Al ver la tarta, se acordó de que hacían seis meses.

Esta vez sí que la he cagado. Ella con todo preparado y yo... vacilándole desde la cantina de la

base y sin venir en toda la noche. Pero, ¿dónde se ha metido? Me estoy volviendo loco— decía

mientras apoyaba la cabeza en la nevera y se daba golpecitos.

Fue a su habitación y entonces se dio

cuenta de que Eva se había ido. No estaba su neceser, ni su

bolsa de viaje. Creía que el corazón se le salía del pecho, cuando vio el resguardo de la agencia de

viajes; rápidamente cogió su móvil y, con su labia, no le fue difícil de convencer a la señorita de

la agencia para que le facilitara qué era lo que Eva había contratado para ese fin de semana. Ahora

ya sabía dónde la podría encontrar: en su rincón secreto. Sin esperar ni un segundo, metió cuatro

cosas en una bolsa de deporte y se fue a buscarla.

Tras varias horas de coche, llegó a la playa y vio desde lejos la silueta de Eva. Puso en su coche la

canción *El regalo más grande*, de Tizziano Ferro y Amaia Montero a todo volumen y, cuando

estaba al lado de Eva, hincó una rodilla en el suelo, como en esas pelis de amor que tanto le

gustaban a ella.

—Por ti recorrería el mundo de rodillas. Por ti volvería mil veces, arrepentido, a

pedirte

perdón. Por ti, si me perdonas, prometo cada día apuntarme en los brazos que debo avisarte cada

vez que me líe con alguna de mis historias, hasta el punto de tatuarlo, si hace falta, en mi piel. Por ti

soy capaz de cambiarlo todo, Eva. Soy un caso, una calamidad, y si me pongo en lo peor, una

catástrofe. Pero necesito que me perdones para ser esa catástrofe que, día a día, aprenda contigo lo

que significa el compromiso de pareja,

la responsabilidad y el respeto hacia ti.
Por ti, no solo quiero

bajar la luna, cariño, sino que quiero
compartirla contigo, todos los días...
Perdóname, Eva. No

dejes que me vuelva a casa sin ti,
preciosa mía. TE QUIERO.

Con los ojos todavía llenos de lágrimas
por lo que acababa de escuchar, y
apenas sin poder hablar:

— Sé lo que te cuesta decir estas cosas
y solo estaba deseando que llegaras...
No puedo

imaginarme ya ni un segundo sin tu

sonrisa iluminando mis mañanas, mi sol
—logró decir Eva.

49

—Es lo que siento, Eva, y callarlo no me ayuda. Tenía claro que, para esta cagada, iba a tener

que sacar todo el arsenal de la base así que, aquí estoy, porque no puedo estar sin ti...

—Solo necesito que me lo demuestres cada día; claro que, escucharlo de tu boca... Venga

dímelo otra vez...

Dami se acercó a ella y, mirándola fijamente a los ojos, cogió sus manos entre las suyas.

— TE QUIERO.

Apenas le dejó terminar; Eva se acercó a sus labios y los besó apasionadamente.

—Había soñado tantas veces este momento...

Dami la besó con el ansia de saber que podía acabarse el mundo.

—TE QUIERO —la vuelve a besar, esta vez mucho más suave y, mirándola a los ojos, le

dice—: PERDÓNAME.

Eva le miró a los ojos y despeinándole con la mano— PERDONADO —le besó suave, le

volvió a mirar a los ojos—. Yo también TE QUIERO. —Le vuelve a besar.

—Estaría toda la noche besándote cariño, pero tengo un hambre... ¿Vamos a cenar algo, al

restaurante ese que tanto nos gusta?

Sonriendo, Eva le contesta:

—¡Dami ha vuelto! Recuerda lo que me has prometido, ¡¿eeh?! Venga, vamos a

cenar; ese

restaurante es perfecto.

Dami pone cara de acojonado.

— En lo de cambiar por ti, no entrará el dejar de comer, ¿verdad?

— Con lo que me gusta a mí verte comer... Si hasta estás de mejor humor. Eso no te lo quito

nunca, cariño. ¡Ah, por cierto! La canción me encantó. Eso es romanticismo.

— La escuché ayer y me recordó a nosotros. Lo del romanticismo será

porque me he debido

dar un golpe al venir aquí.

—Damián, no empieces con dejar el romanticismo, que nos conocemos...

50

—Eva, que no te puedes hacer una idea de lo que me ha costado decírtelo... Que eso no

significa que no lo sienta. Pero delante de mis colegas, eso no te lo voy a decir nunca, ¿eh?

—Nunca es mucho tiempo... Algún día me lo dirás, ¿no? Que ellos se lo dicen a

sus parejas y

no pasa nada... Ya sé que te cuesta decir
te quiero —Eva le besó en la mejilla y
le acarició la cara

—; pero miiiira, reto superado —le
dijo, sonriendo.

La miró de reojo y torció la sonrisa,
mientras la sorprendió cogiéndola de la
cintura, haciendo que

volase mientras daba una vuelta

— ¿Sabes una cosa? Me gusta llamarte
cariño.

Eva sonrió, dando la vuelta en sus

brazos.

—¿Sabes tú otra cosa? Que me encanta que me llames cariño... —le besó al bajar entre sus

brazos y le sonrió—. Hoy eres una caja de sorpresas y me encantaaa —le guiñó un ojo.

Dami pasó su brazo por el hombro de Eva y echó a andar con una sonrisa, mientras la brisa del mar

les golpeaba en la cara. Respiró y es cuando, de verdad, pudo decirlo.

—¿Sabes Eva? En estos momentos, soy el hombre más feliz del mundo. Gracias.

—Humm... No quiero que este momento acabe nunca —dijo Eva, suspirando y abrazándose a

su cintura. Dami, hagámonos felices todos y cada uno de los días —le sonrió—. Gracias a ti,

amor.

—Que así sea...

51

—6—



Los días pasaban; Damián y Eva se

entendían mejor que nunca. Una noche,
las locas de sus

amigas y de su hermana tenían ganas de
marcha y, aprovechando que Damián
había estado de

maniobras y solo quería descansar, Eva
decidió que era el mejor momento para
quedar con ellas

y rememorar viejos momentos que
habían pasado en el karaoke.

—Vamos, chicas, que necesito
desahogarme un poco y eso de gritar,
como que no. Así que

voy entonandooo... Aaaaaaaa, aaaaaa,

Montse, Laura, Yoli, Ana y Elsa, ¿ya tenéis pensados temas?

A, a, aaaaaaaaaa —iba entonando Eva y riendo, mientras entraban en el karaoke.

—Pues preparaos; hace mucho que no canto —dijo Yoli, sonriendo.

—Yo, eso de cantar, como que no, ¿sabéis? Mejor os escucho cantar a vosotras —dijo Laura,

mientras tomaba asiento—. Nico me ha dejado muertecita hoy de cansancio.

—Ejem, claro, te recuerdo que del último te tuvimos que quitar el micro,

Yoli. Vaaa, Laura,

no seas aguafiestas, vaa, que cantamos igual de bien —rio Eva—, (como un gato medio ahogado).

—No soy aguafiestas, es que no quiero que haya un diluvio —contestó Laura.

—¡¡Yo, cuando me pongo, no paro!!
Traigo ensayados mis movimientos de cadera *sexys* —

rio Montse.

—Vale, pero como mañana llueva... —
se fue animando Laura.

—Si llueve, no es culpa mía. Si veis que

Laura se arranca con los Chunguitos...
preparad

paraguas— dijo Elsa, buscando el libro
de las canciones y sonriendo.

—Claro que será culpa vuestra...

Mañana diluviarán, veréis —dijo Ana,
haciéndoles burlas.

—Venga, ¿quién se anima a cantar? —
dejo Montse, mientras cogía los micros.

52

—Calla y tira a por la lista de
canciones, que yo tengo ganas de darle
al micro —contestó,

emocionada.

Eva, mientras, las veía a todas felices.

—Pues ve. Mirad, yo os espero ahí sentada en esa mesa, para ver que tal lo hacéis, ¿vale,

chicas? —dijo Laura, alicaída.

—La, la, la, laaaaaaaa, la, la, laaaaaa, la, la, laaaa —sonrió Ana—. ¿¡Qué!?
Estoy calentando

la voz.

—Que no valeee, que tú cantas conmigo hoy aunque sea Rafael o Luis Miguel —dijo Yoli a

Laura, guiñándole un ojo—. Ese enano te tiene agotada.

—Ufff —Laura miraba hacia todos los lados, haciendo como que no la conocía.

—Venga, Laura, anímate y cántate algo, hermanita.

—O levantas el culo de ahí o me pongo a bailar como Chiquito de la Calzada y a decir «no

puedooooor con la Lauraaaa

Candemooooor» —dijo Elsa, a la vez que imitaba a Chiquito.

Todas comenzaron a reír como locas, mientras el resto de la sala las miraban,

atónito. Comenzó a

sonar la canción *La chica ye-yé*, de Concha Velasco y ya se desató la locura.

—No te quieres enterar, ye-
yeeeeeeeeeeee, que te quiero de verdad,
ye-ye-yeeeeeeeeeeeeeeee

—bailaba Montse, entusiasmada.

—Sí, sí ahora voy; id mirando canción
mientras pido algo de beber —dijo
Laura, mientras

intentaba escapar de su lado.

—Lauraaaaaa... y vendraaás a pedirme y
a rogarmeee un poquiiiiii-iii-iii-tooo de

a-moor —

se pusieron a bailar Eva y Yoli, dejando a Laura entre medias de las dos.

—Estáis como cabras —repetía Laura mientras no podía parar de reír.

—Mmm..., beeee..., ¿quiiiiieeeeén?..., beeee..., ¿nosotras? —hacía burla Yoli.

Se tapó la cara con las manos, por la vergüenza que le daba verlas así, cantando. Entre dientes,

logra decir Laura:

—¿Queréis dejarlo y cantar vosotras? Yo luego os acompaño, pero ahora no.

—Yeee, yeeee, ¡vamos, Montse! Ese movimiento de caderas y desmelénate.

—Búscate una chica, una ye-ye —se ponen a bailar Ana y Eva delante de Laura, muertas de

risa—. Noooooooooo te quiiiiieeeressss enteeeraaaaar... que te quierooo de verdaaaaad,

jajajajajajaja. ¡Toma yaaaaa! La primera la hemos bordaooo, igualita que Conchita nos ha

quedado —dijo Elsa mientras se mordía las uñas y empezaba ya a buscar la

segunda.

Laura se las quedó mirando a las dos y empezó a reír.

—Chicas, estáis muy mal las dos, así, cantando como locas.

—¡A mi me ha quedado genial! —decía Yoli.

—¿Vees? Laura, no puedes resistirte a nuestro encantoos —sonrió Ana, pestañeando.

—Sí, chicas, pero yo, de momento, no cantoooo... —contestó Laura.

—Ni a nuestros bailables —dijo Eva.

—Venga, va. ¿Qué canción elegimos ahora que ya hemos calentado la voz?

—dijo Yoli,

impaciente.

—Tengo un tractor amarilooooooooooooooooooooo, que es lo que se lleva ahoraaa, ¿esa? —eligió

Montse, saltando.

—Me miraste con ojos de gacelaaaaa... cuando fui a visitarte en mi seiscientooss... me

pusiste cara de panteraaa...

Aaaaaarrrrrrggggggg —empezó a hacer la tigresa Eva.

Ana cantaba pegando saltos.

—¡Venga, chicass!

—Laura, comienza a cantar bajito para que no la oiga ninguna: tengo un tractor amarillo que

essssss loooo queee seee lleva
ahoraaa...

— *Amooos pa allaaaá...* — se puso a saltar Montse y cantaban cada vez más fuerte—. Nunca

pincha tiene aire acondicionado y meneo que le pone juguetón —¿De qué estará hablando aquí el

de la acción?, pensó mientras reía.

—¡Vamos, gente! —se envalentonó Elsa, mirando a la sala—. Mañana dan lluvia en el

tiempo pero, vamos, que lo asumimos cantando y sonriendo, ¿no? Hay que comprar un tractor, ya

54

lo decía mi madreeeeeeeeeeeeeeeeeee, que es la forma más barata de tener descapotableeeee pa-pa-

papa. Lauraaa, vengaaaaaa...

—Paaaaaa, paaaa, pa, pa, paaaaaaa...

Lauraaa ven pa-caaaaá, paaaa, paaaa, pa,
pa, paaaaaa, no

te quiero atropellaar —gritaba Eva,
intentando entonar la canción.

Laura ya reía y se acercó a ellas— pa,
pa, paaaaaaaaa —saltó con ellas,
cantando.

La sala estaba súper animada y ellas
disfrutando como locas, haciendo reír a
todo el mundo; se

habían hecho las dueñas del karaoke y
querían dar su propio concierto. En la
sala había un grupo

de chicos que estaban celebrando una

despedida de soltero y animaban al novio a subir con ellas

a cantar, lo cual fue muy bien acogido.

—Vamos, panocha, que lo vas a bordar —le dijo Ana, muerta de la risa.

Cuando terminó la canción, los chicos las invitan a una ronda y cada grupo volvió a su mesa.

—A ver, las solteras disponibles y ya no tan enteras —rio Eva—; creo que les habéis gustado

a los de la despedida.

—Venga, hermanita, tú siempre viendo

fantasmas donde no los hay —replicó Laura.

—Si no te lo crees, solo tienes que girarte un poquito y verás que el rubio que se parece a

Cantizano no deja de mirarte la retaguardia —le contestó Eva—; y porque estás de espaldas, si no

sería también la... Todas giraron a la vez para mirarlos; les saludaron con las manitas y rieron a

carcajadas. Ellos les devolvieron el saludo sin saber qué les pasaba.

—Calla, Eva... y vosotras, qué discretas

que sois, la madre que os parió —dijo
Laura,

avergonzada.

—Venga, Laura, sácalo a bailar —
improvisó Yoli.

—¿Pero tú qué estás bebiendo? —le
contestó Laura—. ¿Cómo le voy a sacar
a bai... —se

quedó su gesto helado cuando giró la
cabeza y vio que Elsa ya había ido a por
el rubio en cuestión

y se ponía a bailar con él; según iban
bailando, se iban acercando al grupo de
las chicas.

—Cambio de pareja —escuchó decir a Elsa, que la cogió de la mano, juntándola con el

rubiales. Laura se quedó tan cortada que se levantó y comenzó a bailar.

55

—Hola, soy Alberto —le plantó dos besos—. ¿Tú cómo te llamas? Bailas muy bien.

—Soy Laura, muchas gracias; no dirás lo mismo cuanto te duelan los pies de mis pisotones

—rió Laura.

—Creo que esos pisotones merecerán la pena... —dijo Alberto, mientras deslizaba sus manos

al bailar por el cuerpo de Laura.

Laura, después de la sequía sexual que llevaba esa temporada, ni corta ni perezosa, le agarró del

culo. Las chicas, que no les quitaban ojo, empezaron a reírse y a hacerle la señal de *ok* con el

pulgar hacia arriba a Laura, que les correspondió con el mismo gesto, dando el visto bueno al

culo de Alberto.

—Sufre, mamón —rio Yoli.

—Yo de aquí no me muevo sin cantar el toritoo... que lo sepáis —afirmó Eva—.
Sufreee

Ramooooón, devuelve el jamón, uy, se me ha ido la letraaaa.

—Evaaaa, ya te vas de la canción, tienes que leer —le dijo Ana.

—Sí, como el Printer de las noticias, pero que se me ha ido la pelotaaa —rio Eva, después de

hacer la gracia.

—Sí, ya se le pega lo de Dami y ve

jamón por todos los sitios —le guiñaba el ojo Yoli.

—Tú mira la pantalla, sufreeeeeeee, ya no se por donde voyyyyyy, hala, ya nos queda como

el churro —se empezó a reír Ana.

—Yo me perdí cuando oí lo del jamón —dijo Elsa.

—Hay de bellota, de recebo, de la dehesa extremeña... Mira que vi una cerdita muy graciosa

allí... Naa, que se va la olla otra vez... Uuufffff, bueno, esta canción ha quedado así, así. Más

concentración para la próximaaaa —dijo, en tono de coña, Eva.

—A ésta —dijo Elsa, señalando a Montse— le quitamos el micro en cuanto nos queramos ir

o nos la lía como la otra vez, diciendo que había ganado, puntuación máxima y no sé que más.

—Siempre os gano en *I just dance*, envidiosas —rio Montse.

56

Eva sacó del bolso el móvil y le escribió un Whatsapp a Dami: «Cariño, noche de karaoke

de chicas, lo estoy pasando genial; luego
prepárate para el toritoo, hoy hay
eclipse, amor,

TQ».

—Mira que estas empalagosa, Evita—
le dijo Ana al ver el mensaje que había
puesto.

—Anda, vamos a tomar algo, cotilla —
le guiñó Eva—. Chicas, ¿queréis unas
Coca-colas? Y

no me digas, Yoli, sin azúcar, ni sin no
sé qué, ni sin no sé cuantitos, que te
pongo un agua sucia y

vas que chutas.

—Yo quiero una *coke light* o *zero* sin cafeína —comenzó a reír.

— Cuatro Coca-colas y un agua sucia, por favooor —pidió Eva al camarero, que miraba con

cara de asombro cómo reían todas.

—Chicas, voy al baño, ¿quién me acompaña? —dijo Elsa.

—Vamos todas y te aplaudimos —le dijo Yoli.

Se encaminaron todas hacia el baño, haciendo gracias y bailando. Cuando llegaron allí, oyeron

unos gemidos que venían de una de las puertas del baño y no pudieron aguantarse las risas; de

repente, la puerta se abrió y las risas se cortaron de golpe. Se quedaron todas con la boca abierta.

Eran Laura y Alberto los que salían, colocándose la ropa.

—Ha sido un plaacer, Alberto —dijo Laura, despidiéndolo y dándole un largo y profundo

beso en la boca.

—Y nunca mejor dicho —le contestó Montse, lo que provocó la risa de todas

otra vez.

—¿Serás pendón? —le decía riéndose Ana—. Con razón no te veíamos, jodida.

—Mi cuerpo necesitaba un *tristras* por delante y por detrás y ese rubio se mueve... que me ha

dejado el cuerpo arreglado para otra temporadita —dijo Laura, poniendo los ojos en blanco.

—Hermanita, habrás tomado precauciones, ¿no? No acabarás de encargarme otro sobrinito,

¿verdad? —Le dijo Eva.

—Hermanita, desde ese incidente, no te preocupes, que me puse el DIU y eso no vuelve a

pasarme —sonrió pícaramente Laura—. Bueno, ¿qué? Cantamos la última y nos vamos —dijo,

colocándose el tanga.

Todas se echaron a reír y se encaminaron a la sala. Laura al pasar, al lado de Alberto, estiró la

mano, le dio un papelito con su teléfono y le hizo el gesto de «llámame».

—No hay karaoke que se precie sin mi buen amigo Manolo —sonrió Eva.

—¿No me digas que vas a cantar *Mi carro*? —rio a carcajadas Elsa.

—Miiii carrooo *was is stolenn, tonight* cuando dormíaaaaa, megamix como Enrique Iglesias,

que se ha *forraooo* — cantaba Eva—, en mis noche de amoor llevé la lunaaaa... coñeee, acabo de

descubrir... ¿¿Que este hombre encuentra el carro?? No me jodas, que yo lo sigo buscando —dijo,

asombrada, Eva.

—Vamos con el torito, hermanita.

—Jodíaaas, que me queréis copiar el baile *sexyyyy* —Eva empezó a moverse exageradamente, haciendo el chorra.

—Siiiiiií —comenzaron aplaudir todas.

—Cariñooooo, ésta va por tiii... Ese toritooo bonito ya ha *nació pa* sementaaaal... —siguió

bailando Eva.

—¿¿Semental?? —se reía Montse de ver bailar a Eva—. Me la imagino delante de Dami,

bailando —acertó a decir, entre carcajadas.

—Hala, ahora vais y lo cascáis; venga para casa, todas —dijo Eva, mientras comenzaban a

sonar canciones populares y, mientras salían, iban cantando al unísono—: Las vacas del pueblo ya

se han *escapauuu, riau, riauuuuu*.

—Vengaaa, arreando para casa que mañana me va levantar la grúa —dijo Laura.

—¡¡¡Parecemos la tuna!!! ¿Pasamos el platillo? —rio Ana.

—Es que somos muy tunaaas, Ana, que no es lo mismo; ahora, si pones el platillo, lo mismo

te tiran alguna colilla o papel o algo — contestó Eva.

58

Cogieron varios taxis para regresar a su casas; el trayecto fue muy ameno y el conductor se reía

muchos con ellas. Al llegar a su destino, Eva se despidió de sus amigas y de su hermana. Subió a la

habitación y se acercó a la cama donde ya dormía Dami. Le acarició suavemente

las mejillas y le

echó el pelo hacia atrás, contemplando su rostro. Dami despertó entre las caricias de Eva.

—Cariño, ¿ya has vuelto? ¿Cuándo empieza la actuación? —rio—. Me encantó recibir tu

mensaje y no te preocupes... Hoy tendrás tu eclipse, amor.

59

—7—



Aquella noche, aunque hacía fresco, el cielo estaba despejado; podía verse el manto de

estrellas que cubría el cielo. La noche estaba tranquila y Dami y Eva se disponían a preparar la

mesa para cenar.

—¿Te apetece cenar en la terraza, preciosa? —le dijo Dami al besarla en la mejilla.

—Me parece una idea estupenda; me pondré una chaquetita para no coger frío. La verdad

es que hoy las vistas son espectaculares.

—Voy poniendo la mesa fuera, mientras la coges.

Los dos se acomodaron en sus sillas y comenzaron hablar de cómo les había ido el día; nada

fuera de lo normal, hasta que Dami se acordó:

—¡Jodeeeeer! —dijo Damián.

—¿Qué pasa? —contestó Eva, asombrada.

—Mira la hora que es y se me ha olvidado ir a coger ropa a mi casa...

—¿No te vale nada de lo que hay aquí?

—Sabes de sobra, Eva, que soy un desastre y se me ha olvidado echarla a lavar; la tengo

sucia en la mochila del coche. Esto no puede continuar así —dijo Dami, bajando la cabeza.

—¿Y qué quieres hacer, Dami? O madrugas mañana o te toca ir ahora. — Otra cena que se

va al traste, pensó Eva.

—Cariño, hay pequeños detalles que, a veces, en la vida, hacen que tu manera de pensar dé

un giro de 180 grados. Y aquí estoy,

Eva, frente a ti, después de comprobar cómo con tu

60

sencillez, has llegado a conquistarme el corazón. Llevo tiempo planteándome algo y creo que ha

llegado el momento... —Eva empezó a palidecer. Uuuffff. ¿Qué va decir este loco? Pensó y

comenzó abanicarse con la servilleta.

—Eva, quería proponerte que viviéramos juntos. ¿Estarías dispuesta a compartir tu vida

conmigo, cariño?

—¿Pero? ¿Tú estas seguro de lo que estas diciendo? ¿Sabes lo que eso conlleva?

—Lo sé, sé que voy a tener que enfrentarme a tu hermano y a toda tu familia, pero creo que

nosotros también nos lo merecemos. Ya ha llegado el momento que te prometí, ya no tendremos

que escondernos más. Ahora estoy seguro, Eva: te quiero.

Eva no podía contener las lagrimas de emoción, solo podía abrazarle y besarle

y entre sollozos

de alegría logró susurrar:

—Cariño, yo también te quiero.

Los dos se fundieron en uno, entre caricias, abrazos y besos.



A la mañana siguiente, los dos se levantaron temprano para ir a trabajar; no podían

parar de acariciarse, de besarse, de sonreír...

—Cariño, hay que hablar con mi familia y con tu compañera de piso; quiero hacer las

cosas bien —dijo Eva, sin poder dejar de besarle la cara.

—No te preocupes, preciosa, no va a haber ningún problema. —La besó en la frente

mientras sonreía, no podía dejar de mirarla—. Yo hablo con Vanesa; después, si te parece bien,

vamos juntos a hablar con tu familia.

—Me parece genial. Me voy pitando, que llego tarde —dijo Eva, mientras

cogía un Donut

para el camino y lo mordisqueaba—.
Luego me cuentas qué tal con tu compi.
Te quiero —le besó

en los labios y salió acelerada por la
puerta seguida, a los pocos minutos, por
Damián.

61

A mediodía, Damián cogió el móvil y
mandó un Whatsapp a su compañera de
piso, Vanesa:

— *Rubia miaaaaaa! Llevo sin verte
tres días, pero de hoy no pasa, porque
tengo que*

contarte una cosa. ¡Y te va a encantar!

— Mmmm... Me tienes intrigada con lo que me tienes que contar, jajaja. ¡Pero si tú dices

que me va a encantar...! No será que me regalas un perro, ¿verdad? Ostras, Dami, ya no puedo

parar de pensarlo —respondió Vanesa.

—¿Comemos juntos y te lo cuento?

—Perfecto.

—Te recojo en media hora —dijo Dami mirando el reloj y buscándose las llaves del coche

para ir a buscarla.

Pasada la media hora estaba, puntual, esperándola en la puerta, como nunca antes había

ocurrido.

—¿Lista para ir a comer? ¡Porque tengo más hambre que el perro de un ciego! —
sonrió

Dami.

—Siiií, venga, vamoos... Yo también estoy hambrienta e intrigadísima.

—¿Dónde te apetece comer?

—Pues chino o la Tasca, ¿qué prefieres?

—contestó Vanesa. imaginando la repuesta.

—Tasca, Tasca... prefiero ir a la Tasca

—reía a carcajadas Dami, intuyendo que Vanesa ya

sabía la respuesta.

Una vez llegaron, se acomodaron en una mesa, pidieron y comenzaron hablar.

—Vanesa, quería proponerte una cosa.

—¿A quién?, ¿a mí? Uy, uy, uyyyyyy...

Que no tengo pensado casarme, ¿eeh? —
se

burlaba de Dami.

—No es eso. ¿Recuerdas que siempre me decías que te gustaría vivir en el centro? —se

puso serio Dami, lo que provocó que Vanesa parara de reír.

62

—Siiiií. ¿Por qué? ¿Nos mudamos? ¿Qué le pasa a la casa? Si esta muy chuliii...

—Eva se viene a vivir a casa y ha tenido el detalle de cederte su casa, si con nosotros te

sientes incómoda de convivir. ¿Qué te

parece la idea? —la miró abriendo los ojos Dami y

esperando su respuesta.

—Espera, que casi me atragantoooo...
¿Cómo que Eva se viene a vivir con nosotros? ¿La

has dejado preñaadaa? ¿Te ha dado fiebre o qué?

—¿Preñada? ¡No me jodas! ¡Que yo controlo esas cosas! Y respecto a la fiebre... Yo creo

que estoy enfermado por momentos —sonrió—. ¡Pero es que esa tía me tiene loco! Me he

pillado, rubia, y me temo que estoy hasta las trancas, por mucho que me cueste reconocerlo.

—Jodeer, Dami. ¡Quién me iba a decir a mí que te iba a oír decir eso de una tía! No sé si

alegrarme porque estas enamorado y quiero que seas muy feliz, o llorar por dejar de ser tu compi

de casa...

—¡Ooooh!, ¡no me digas eso, rubia! Yo, si puedo elegir, elijo que te alegres; además, ya

sabes que las llaves de mi casa siempre

las vas a tener. Si en el centro no te sientes cómoda,

siempre puedes volver a casa...

—¿Tú me has visto cara a mí de *sujetavelas* o que? —rio a carcajadas, mientras daba un

sorbo a la bebida—. No, Dami, tenéis que vivir solitos y disfrutar vuestra convivencia. Yo, de

momento, me voy al centro, pero necesito buscar compi de piso, a poder ser chico guapo.

¿Voluntarios? —sonreía mientras levantaba la voz al decir la última frase

y miraba hacia los

lados—. Sabes que, si no, me empiezo aburrir y las voy liando por todos los lados... Sabes que

me alegro mucho por vosotros pero, en especial, por ti. Ya te tocaba, ya era hora de que sentaras

un poquito la cabeza, so melón, ¿no crees?

—¡Sabía que te alegrarías! Míralo por el lado positivo. Ahora, el gruñón de Damián no va

a controlar a quién metes en casa y tampoco protestará por los pelos del

baño —rieron los dos a
carcajadas.

63

—¡Anda, abrázame, melón! Y de paso,
me invitas a un helado, me ayudas con la
mudanza

y... — comenzó a reír, viendo cómo se le
iba cambiando la cara a Dami cada vez
que aumentaba

su lista de favores—. ¿Ves? Ya me has
puesto nerviosa con todo lo que tengo
que hacer... Pero

que sepas que de mí no te librarás tan

fácilmente, ¿eh? ¡Hostiiii, un piso en el centro para fiestas

para mí sola!

—¡Claro que no me libro de ti! Te quiero en casa pasando revista todos los días; gracias

por entenderlo —dijo Damián mientras la besaba en la mejilla.

Dami y Vanesa estuvieron varias horas hablando y recordando viejos momentos que

habían compartido; se despidieron hasta el día de la mudanza, con besos y risas. Después, Dami

se fue a recoger a Eva al trabajo. Les quedaba la parte más dura, contárselo a la familia de Eva,

con la que habían quedado para cenar; pero lo que más le preocupaba a Daniela era Mario, el

hermano de Eva. ¿Cómo se lo tomaría su amigo?

—Buenas noches, familia —sonrió Eva al entrar en el patio, donde se estaba preparando la

mesa para la cena.

—¡Buenas noches, hermanita! —contestó Laura— ¿Se puede saber qué

sorpresa tienes que

darnos a todos juntos?

—¡Qué va ser! Que la han ascendido, seguro; con las horas que echa en el trabajo, que ni la

vemos, no puede ser otra cosa —dijo su padre.

—¡Buenas noches, familia! ¿Se puede?
—dijo Dami, que se había retrasado un poco al

aparcar el coche fuera y había dejado que Eva se adelantase.

—¡Hombre, colega! No sabía que tú

también venías al notición... ¿Os habéis encontrado en

la puerta? —Preguntó Mario, asombrado al verlos entrar casi a la par.

—No exactamente —sonrió Dami.

—Precioso, ven a saludar a la abuelita, que hace tiempo que no veo un buenorro de cerca

—levantó los brazos la señora Paca al ver a Dami, como para abrazarle y cuando se acercó, al

64

abrazarle, le susurró cerca del oído—:

No te habrás acordado de traer unos cigarritos a esta pobre

anciana, ¿verdad, guapetón?

—Paca, cualquier día me pillan sus nietos o su hija y me la cortan por suministrarle tabaco

—le susurró Dami.

—Calla, calla y pásamelo discretamente. Pónmelo debajo del mandil, no te preocupes si

me metes mano, que todavía me alegras el día— le guiñó un ojo.

—Paaca —sonrió Dami—: si tuviera

unos años más, no se me escapaba un
bellezón como

tú.

—Si yo tuviera unos años menos, ibas tú
a saber lo que es bailar el mambo, so
joío

adulador —rieron ambos.

—Venga, todos a la mesa, que estoy
deseando soltar el notición —dijo Eva
mientras

guiñaba un ojo en la distancia a Dami,
que ya se acercaba con la abuela.

Una vez que todos tomaron asiento, Eva

se puso de pie; a su lado se había
sentado

Dami, y comenzó a hablar.

—Familia quería deciros que..., que...,
joder, pensaba que era más fácil soltarlo
—dijo Eva,

poniéndose roja.

—Vale, cariño, ha llegado el momento
de coger al toro por los cuernos —dijo
Dami,

poniéndose en pie al lado de Eva.

—¿Cariño? —dijo Mario, extrañado.

—Sí, cariño. Mario, tu hermana y yo...

—las caras de todos eran un poema y

Dami se

estaba quedando cortado al ver cómo todos los miraban.

—¿Cómo que mi hermana y tú? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, hermano, que Dami y yo...

—se atrevió a decir Eva.

—Hermanita, no sé si quiero entenderte...

—Pues que estamos juntos —dijo Dami, dejando boquiabiertos a todos.

—¡Oleeé, mi nieta, que se tira al buenorro! —dijo la abuela levantando los brazos y

haciendo sonreír a Eva y Dami.

Mario se levantó de la silla, que cayó al suelo, y comenzó a levantar la voz.

—Maldita sea, Damián. ¿Qué te has metido con mi hermana?

—¿Meterme?, ¿dónde, exactamente?

—¡Amigo, te has equivocado! ¡Mi hermana no es uno de tus entretenimientos de una

noche! —Le agarró por la camiseta...

Se levantó el padre de Eva e intentó separarlos.

—Mario, hijo, tranquilízate, deja que se expliquen.

—Padre, no te metas; a este le parto la cara ahora mismo...

—¡Mario, nooo, por favor, que no hemos estado solo una nochee...! — dijo Eva, intentado

separarlos sin éxito tampoco.

—Hermanita, no te acerques a mí ahora mismo, porque este se va a enterar...

—Colega, esta vez estás equivocado.
¡Tu hermana es especial!

—Dios, la que estáis liando. Mario,
suéltalo y deja de asustar a los niños —
dijo Laura,

viendo cómo los niños se quedaban
mirándolos.

—Mario, haz caso a Laura e intenta
tranquilizarte —le dijo Inés.

—¡Soltadme, coño! Damián, no hay
nadie especial para ti. Yo lo sé muy
bien, porque te

conozco y esa frasecita la he oído decir
millones de veces. ¡Y de mi hermana no

se ríe nadie!

—¿Y ahora, por quién apuesto? ¿Por el buenorro o por mi nieto, el cachitas? —
decía,

divirtiéndose, la abuela.

—Madreee, no haga bromas de esto, por favor, que están todos muy alterados —
dijo la

madre de Eva, bajándole los brazos.

—Ya me habéis *jodío* la diversión. ¿Os vais a zurrar o empiezo a cenar? Tanto grito para

dejarlo en nada... —dijo la abuela,

pinchando la comida del plato y llevándosela a la boca.

66

—Jodeer, escuchadnos primero antes de juzgarnos, ¿no?... Yo..., yoooo le quiero —dijo

Eva, abrazándose a Dami.

—Eva, ¿estás loca? ¿Cómo que le quieres? ¡Es un capullo mujeriego! — gritaba cada vez

más alto Mario.

—Que no, Mario... ¡Que ha cambiadoooo! Por favor, tranquilízate y

suéltale.

—Mario, yo también quiero a Eva —
dijo, mirándole a los ojos.

Mario soltó a Damián, que cayó al
suelo.

— Vale lo suelto, pero no lo creo. El
mamonazo no cambia y mejor me voy a
dar una

vuelta para calmarme o le acabo
partiendo la cara. Ya hablamos mañana
cuando me calme.

Vamos, Inés; coge al niño, que se me ha
pasado el hambre, vámonos —dijo
mirando a su mujer,

que no podía vocalizar palabra.

—A tomar por culo, adiós al combate de boxeo —dijo la abuela Paca, decepcionada.

—Abuela, mira que eres, ¿eeeh? —le dijo Laura meneando la cabeza, regañándola.

—Para un día que dan algo interesante y no es en la tele, me lo jodéis separándolos; que

digo yo que tampoco se iban a matar. Unas hostias con la mano abierta y lo hubieran

solucionado, que sois *mu exageraos*,

coño —contestó la abuela, un poco molesta, y siguió

cenando.

—Ve a pasear y relájate... Esta vez te estás equivocando. Mañana hablamos.

—Dami

suspira, aliviado.

—¡Joder! Casi no lo cuento —dijo, intentando bromear Dami, aunque en el fondo le dolía

que su amigo pensara eso de él.

Eva se giró hacia Dami, le abrazó muy fuerte y le besó en los labios.

— Cariño, te quiero.

—¡Joder! ¡El muy cabrón casi me mata!
Mañana me va a putear de lo lindo —se
quejó

Dami.

67

—¡Eeeeeeeeh! Habla bien de mi nieto,
buenorro —grita la abuela, mientras
sigue comiendo

y escuchando la conversación—. Esto
parece una telenovela; solo os hubiera
faltao llamaros

Carlos Alberto Jesús de Todos los

Santos Amén —rio sola la abuela.

—Ya hablaré yo con él... Esto tenemos que hablarlo con calma; te dije que no había que

ocultárselo...

—¿Ocultárselo? Por lo menos, gracias a ello, he vivido más tiempo —ironizó Damián.

—Damián, es que la famita que tienes, mi vidaaa... No veas... ¿Cómo querías que se lo

tomara Mario? —intervino Laura.

—Pues que se alegrara un poco, Laura,

pero va a ser que no ha sido así.

—Es solo que no se lo esperaba, cariño; no se lo tengas en cuenta, por favor...

Tenemos

que explicárselo y, sobre todo, demostrarle que nos queremos...

—¿Y usted qué piensa, Antonio?

¿También quiere partirme la cara, como su hijo?—

Preguntó Dami, dirigiéndose al padre de Eva.

—Mira, Damián: te conozco de hace muchos años y tu fama te precede — comenzó

diciendo Antonio.

—Ya estamos con la fama otra vez... —
dijo en alto Dami.

—Déjame terminar, Damián —le cortó
el padre de Eva—. Decía que tu fama de
mujeriego

te precede, aunque yo sé el cariño que
tienes a esta familia; por eso me niego a
pensar que

podieras hacer sufrir a cualquiera de
nosotros y, en especial, a Eva. Así que
prefiero confiar en

que la vas a hacer feliz o, por cada
lágrima que ella derrame por ti, tendrás

que rendirme cuentas

—dijo, tendiéndole la mano.

—Tranquilo, Antonio. Esta vez estoy convencido de que su pequeña me ha robado el

corazón —dijo, guiñándole un ojo, metiéndose a toda la familia en el bolsillo—. Voy a cuidar de

ella —tendió la mano a la par que su ahora suegro y se la estrechó fuerte.

68

—¿Entonces? ¿El buenorro ya es nieto mío también? —preguntó la abuela—.

Pues yo voy

a seguir mirándole el culo, ¿eeeh? Para uno bueno que viene a casa... Laura, toma nota y mira lo

que tienes que traer para alegrar la pobre vista de tu abuela.

—Abuela, a mí me gusta la variedad, ¿no dicen que ahí está el gusto? Pues eso, abuela, es

lo que yo quiero: gusto y no disgustos. Y deja de fumar, que se ve el humillo que sale de debajo

de la mesa y además huele todo el patio, ¿acaso crees que no te he visto,

abuelita? —dijo Laura.

—Coño, qué lista eres cuando quieres, *joiíaa* —rio la abuela, al ver que la habían pillado.

Había aprovechado toda la confusión para fumar sin que se dieran cuenta, pero Laura la llevaba

viendo bastante tiempo: cómo se agachaba y salía humillo.

—Madreeeee... No fume, por Dios, que luego no puede respirar —dijo Sara, empezando a

recoger la mesa; ya nadie quería cenar, después de la discusión entre Dami y

Mario.

—Será mejor que nos vayamos, cariño; mañana hay de madrugar. Buenas noches a todos

—dijo Eva, agarrándose a la cintura de Dami mientras salían por la puerta—. Cariño —le susurró

—, no te preocupes. Te voy a compensar todo lo que estas pasando por estar conmigo, te voy a

querer hasta que me duela el alma, amor.

—No hace falta que me compenses Eva; no hay mayor recompensa que despertar cada día

a tu lado, pequeña.

69

—8—



A la mañana siguiente despertaron abrazados. Dami, aunque disimulaba, estaba bastante

preocupado por la discusión que había tenido con Mario la noche anterior. Eva tampoco había

pasado buena noche; rodaba de lado a lado de la cama, hasta que Dami la abrazó y cayó rendida.

—Pequeña, este fin de semana voy a compensarte por lo el disgusto de ayer —dijo,

besándola.

—¿En serio? Hummm, ¿Vas a comprarme un deportivo? — dijo riendo Eva y abriendo

mucho los ojos, como una niña pequeña.

—Nooo, mucho mejor que eso.

—¿Mejor que un deportivo? —se carcajeó Eva—. ¡Sorpréndeme!

Damián cogió las manos de Eva entre las suyas, entrelazándolas; la miró a los

ojos y le sonrió.

—Eva, necesito que mis padres
conozcan a la mujer que me ha robado el
alma, la que me

quita el sueño por las noches y por la
que andaría descalzo sobre piedras
calientes, que eso debe de

quemarte hasta en el cielo de la boca.
Quiero demostrarte que eres la persona
más importante de mi

vida y, ya que a mis padres nunca les he
presentado a ninguna mujer... ¿Te parece
buena idea

venirme conmigo a Ávila a conocer a mis

viejos? Quizá ya es hora de empezar la casa por los

cimientos y no por el tejado... Cariño, te quiero a llevar a Ávila a que conozcas a mis padres. Les

vas a encantar; luego llamo a mi madre y se va volver loca de contenta.

—Cariño, sí me has sorprendido, siií... ¿Cómo? ¿Tus padres? —El corazón de Eva se

aceleraba por momentos.

—Claro, Eva, también tendremos que darles la noticia de que estamos juntos a ellos, ¿no? —

le dijo, tocándole la nariz.

70

— Sí, siií, Dami, pero estoy todavía en estado de shock. No me esperaba esta noticia.

—No metas ropa elegante en la maleta; seguro que mi viejo nos pone a ordeñar las vacas y mi

madre nos mete algún que otro Tupper. Nos echará el sermón, de que en la ciudad no sabemos

comer. Ya verás, ¡te van a encantar! Son... muy rurales.

—Dami, me estas poniendo nerviosa dándome tanta información seguida.

—Les vas a caer fenomenal. Quizá mi madre te diga que estás un poco esmirriada, pero no se

lo tomes en cuenta, que son de las que se obsesiona mucho con el comer. Ya he dado parte a los

amigos del pueblo y han organizado una subida al monte el domingo, así que mete ropa cómoda,

que de las costillas y el vino se encargan ellos. ¡Ah!, y el sábado hay *derby*, así que también han

organizado cena con los del pueblo de al lado. Ya verás qué risas cuando pierde uno de los dos

equipos, hasta la guardia civil aparece. Es que las lían muy bien. Va ser un fin de semana diferente,

pero te prometo que va ser especial.

—¡Ayy, madreee! ¿Dónde me estoy metiendo? Ahora ya estaré nerviosa el resto de la

semana hasta que llegue el viernes.

—Venga, no lo pienses y vete preparando la maleta, que el viernes nos vamos. Ya me

encargo yo de hablar con mis padres para que te reciban con todos los honores. Ahora, espabila y

levanta tu culito de la cama o no llegamos a currar ninguno de los dos, preciosa mía.



Los días en la base para Dami fueron duros; Mario apenas le dirigía la palabra porque pensaba que

su hermana solo era otro de los caprichos que Dami había elegido para una temporada, y eso le

hacía mosquearse bastante con Damián.
Por su parte, Damián estaba alicaído ya
que no se podía

creer que su mejor amigo no creyera lo
que le estaba diciendo y no entendiera
que nunca le haría

daño queriendo.

71

La semana para Eva pasó rapidísima,
solo podía pensar en el fin de semana.
¿Qué tiempo iba a

hacer? ¿Qué ropa echaba en la maleta?
¿Les caería bien a los padres de Dami?

El fin de semana llegó y Eva quedó fascinada con los padres de Dami: eran gente sencilla, sin

más pretensión que vivir su vida tranquilamente. La madre de Dami, como bien había predicho

él, estaba obsesionada con que Eva comiera más y, sobre todo, con que probara los callos que a

ella la salían buenísimos y era uno de los platos predilectos de Damián. Para escapar de la

comida, Dami le propuso ir a ordeñar las vacas.

—Cariño, ¿¿me tengo que poner celosa de la Fernanda y de la Bernarda?? Aaah, no, noo,

noo, a mí no me beses después de besarlas a ellas —dijo Eva entre risas y corriendo por el campo

—. Damián, ¿sabes que sienta genial tu tierra? —acierta a decir, sonriendo, cuando la atrapa—.

Venga, vamos a llevar la leche, que quiero ver a Pepa Pig —dice a carcajadas.

La agarra de la cintura y la besa el cuello.

— ¿Sabías que estas vacas tienen su historia?

—¿En serio? Quiero oírla por favor...

—Mi tío José se enamoró perdidamente de una chica del pueblo y, como nunca fue

correspondido, en su honor, le puso *La Fernanda* el día que nació. Pero te diré que su madre era *La*

Juaquina, cuyo nombre le puso el hermano de mi abuela, por una novia que lo plantó en el altar.

—¿En serio? ¿ Y Bernarda? ¿Otra historia de desamor?

— *La Bernarda* tiene su historia también, ¿eh? —Dami abrazó con fuerza a Eva—. Así que ya

sabes, mi amor: no me dejes nunca, para que no tenga que seguir la tradición familiar... —Dami se

rio para sus adentros mientras le pellizcaba el culo

—¡Aaauuu! —Eva dio un saltito por el pellizco y Dami le dio una palmadita en el culo—.

¿Serías capaz de ponerle a una vaca mi nombre? —le paró y le abrazó—.

¿Sabes que me encantan

tus historias? No tanto algunas tradiciones... —dijo Eva, levantando la ceja y besándolo—. ¿Los

cerdos también tienen historia? Porque aquella cerda me recuerda a alguien...

—Eva comenzó a

reír.

72

—¡Claro que tienen su historia! ¡Yo hace años le puse a una cerda el nombre de mi profesora

de sociales! —sonrió Dami—. ¿Te sientes bien aquí? —Acarició su cara—. ¿Tienes frío?

A Eva se le erizó la piel al sentir que la acariciaba.

—Me encanta estar aquí contigo, cariño —le besó—. ¿Frío a tu lado? Imposible, mi sol. Es

más, quiero que vengamos más a menudo; me encanta verte feliz .

—Vamos, que nos llama mi madre. ¡Hora de almorzar! Ojalá nos haya hecho callos... ¡Sueño

con ellos! ¡Ya verás qué buenos están!

—La cogió de la mano y se encaminaron hacia la casa.

—Aiins ¡¡Qué ilusión, callos!! Aunque,

yo no tengo mucha hambre ahora, ¿eh?

Con una

Coca-cola y un poco de queso... —A
Eva le cambió la cara con la palabra
callos, se le revolvió el

estómago solo olerlos—. Aquí había un
bar cerca, ¿no, cariño? Que quiero
comprarme unos chicles;

pero ya voy yo solita, no te preocupes.
—Espero que tengan bocatas de tortilla,
porque si no, me da

algo, pensó Eva mientras apretaba fuerte
la mano de Dami.

—Cariño, le has robado el corazón a

todos con tu dulzura y tus ocurrencias.

Apenas te

conocen de unas horas y ya les has
llegado al corazón. Cada día estoy más
seguro de que eres la

mujer de mi vida —dijo Dami,
agarrándola por la cintura.

—Es que estoy tan a gusto aquí, son
todos tan cariñosos conmigo, que es
difícil no estar bien

con ellos. Solo te voy a pedir una cosa,
cariño —contestó Eva, mirándole a los
ojos.

—Venga, pide —dijo Dami, preparando

sus labios para recibir su boca.

—No me hagas probar los callos, por favor, me dan mucho asquito —y comenzaron a reír

ambos.

El fin de semana se les hizo muy corto y lo pasaron en grande, con los amigos y familiares de

Dami. Cuando el domingo se despidieron con besos y abrazos, prometieron regresar pronto a

verlos.

—Gracias por darme un fin de semana

inolvidable, pequeña —le dijo Dami,
camino de vuelta

a casa, mientras le sujetaba la mano.

73

—Gracias a ti por darme la oportunidad
de conocer un pedacito de tu vida —
contestó Eva,

mientras se le cerraban los ojos por el
cansancio de todo el fin de semana.



La semana estaba pasando muy deprisa;

en la base tenían mucho trabajo y Eva no paraba en la

redacción. Su hermano Mario le había pedido si se podía quedar con Miguel el viernes, ya que Inés

y él tenían que solucionar unos papeles con los padres de Inés y no sabían cuándo acabarían.

El viernes por la mañana, Dami amaneció con fiebre y un virus estomacal, por lo que se quedó en

casa, sin ir a trabajar y Eva esperó a que su hermano le trajera a su sobrino Miguel.

—Qué malito estoy, Eva, tengo el estomago vacío... —gritaba Dami desde la cama.

—Cariño, hoy con esto te apañas —le dijo, dándole un vaso de leche y una magdalena—; que

tengo que cuidar muy bien a Miguel. Me ayudarás un poco, ¿no?

Era la primera vez que los dos se hacían cargo de un niño, no tenían ninguna experiencia con ellos,

por lo que el día prometía.

—En cuanto desayune, te ayudo —dijo Dami, engullendo la magdalena.

—Cariño, ¿tú sabes para qué sirve algo de lo que hay en esta bolsa? —dijo Eva, dirigiendo la

mirada a la bolsa neceser que le había dejado su hermano con pañales, biberones, toallitas, cremas...

—No sé, pero estos polvos tienen pinta de estar ricos —dijo Dami mientras metía el dedo en

lo polvos y se lo llevaba a la boca.

—¿Qué haces con eso en la mano? ¿No ves que son polvoos...? Serán para el culooooo.

Vaya, qué pijos, y se los compran ocho

cereales.

—¿Pero no ves que esto huele a comida, mujer? ¡Mete el dedo y prueba! ¡Esto no es para el

culo, ni de coña! Y los Tupperes pequeños saben a puré, porque ¡los he probado! Y no sé cómo el

niño se puede comer eso, porque le falta sal. Qué mal cocina Inés, ¿no?

74

—Dami, que ahora los polvos del culo vienen perfumados... ¿No ves que yo uso gel de chocolate.?

¿Has probado los tarros esos que parecen mascarillas? Yo le hago unos espaguetis al niño... Eso les gusta a todos.

—Pero, ¿este niño ya puede comer espaguetis? ¡Si solo tiene tres dientes! Mira, cariño, en

esta bolsa hay un pañal con un dibujo y con un 3, y una crema que pone «protege de irritaciones y

escoceduras». Así que, según el pañal, hasta las tres no toca cambiarlo.

—Si pone un 3 y tiene tres dientes, es por eso, seguro. Para niños de tres

dientes. ¿Cómo va

ser la hora? Aunque ya no me fío, lo mismo siiii... Que a mí, Inés, me dijo la otra vez que hasta que

no oliera a podrido... ¿Y los espaguetis se los partimos? No sé, como los gusanitos esos... Pues

igual...

—Vamos, Eva, en serio; que se va a atragantar con unos espaguetis.

—¿Qué quieres que le dé? ¿Las mascarillas esas que no saben a *naá*... ?

—Creo que antes de comer hay que

echarle, cambiarle y echarle polvos en el culo. Mira que

manchan los polvos esos, ¿eh? Ahora hay que girar al niño encima de ellos, ¿noo? Por eso se dice

rebozado en polvos. Venga, ayúdame, no se nos vaya a caer.

—¡Joder! Pero, ¿cuántos había que ponerle? ¿La caja entera? —dice Dami cuando ve cómo

ha quedado el sofá, lleno de polvos—. ¡Evaaaaaaaaaa, que está llorando! ¿Le pongo la tele? ¡Igual

quiere eso!

—Anda, cariñooo, deja de quejarte y cógele un poquito, que voy a terminar de preparar la

comida.

—Dami, te dejo un segundo solo con el niño y me lo encuentro con estas pintas...

—Dami le

había pintado una barba, puesto un *tattoo* y atado un pañuelo de motero a la cabeza; parecía que

llevaba un Harley—. Échale una foto y pásamela al Whatsapp; me partooo, está monísimoo. Le

falta la moto del tito —decía Eva a

carcajadas.

—¡Es que no sabes entretener a un niño!
¡Mira el pedazo *tatu* que le ha puesto el
tío Damián!

¡Soy un genio! Solo le falta la moto.

75

—Dami, noo, no pongas esa cara, que si
le compras la moto se enfadan Inés y
Mario...

Además, estás malo... Y te necesito aquí,
que eres capaz de salir volando ahora
mismo.

—¿En serio hay motos de esas? ¡Ya sé

lo que le voy a regalar para Navidad!
Oye, ¿el niño

este cuándo come?

—Pues yo creo que ya va siendo hora;
cuando llamo a Inés, siempre ha comido.
¿Probamos

con los espaguetis? ¿O con la mascarilla
insípida esa?

Eva le puso los espaguetis y el niño se
los iba tirando por encima.

—Creo que le gustan, pero no para
comer —dijo Eva, mirándole con la
boca abierta—. Mira

cómo se ríe, el *jodíooo*. De esto, ni muú a tu madre, Miguelito. Dami, creo que tenías razón,

cariñooo. A ver, ¿qué le damos?

—La mascarilla, digo, lo del bote insípido ese —propuso Dami.

Eva calentó un tarrito que le habían dejado en la bolsa del niño y se lo puso delante.

—Madre mía, cómo se está poniiiiendo... Pero, ¿cómo le han enseñado a comer? —Se lo

estaba tirando por la cara y el cuerpo cada vez que intentaba comer—. Dios

mío, vaya modales le

está enseñando mi hermano a este
pequeño. Cariño, ¿te pongo una
cervecita mientras acabo de

preparar nuestra comida? —dijo Eva y
puso las dos cervezas delante del
pequeño Miguel.

—Cariño, ¿te has bebido tú la mitad de
mi cerveza?

—¿Yoo? Noo, ¿por qué?

—Pues porque, si no has sido tú... ¡Ha
sido Miguel! ¡Evaaaaa, llama al 112,
rápido! —gritó

Dami, alarmado.

Eva cogió rápidamente su móvil y marcó el 112, el teléfono de emergencias y expuso su caso.

—Cariño, dicen que lo hagamos vomitar.

Dami se lo apoya sobre su pecho, mirando hacia la espalda y le da un golpecito, provocando

el vómito de Miguel.

—Ostras, Damián, te ha llenado de vómito, pero mira que agustito se ha quedado. ¿A ti no te

huele mal?

76

—Cariño, coge a Miguel que voy...
Glup... Un momento —Dami se tapa la boca y echa a correr al baño.

Eva cogió a Miguel; ya casi se le había olvidado de que Damián también estaba malito y el pobre

llevaba toda la mañana ayudándola... ¿O sería la peste que echaba el niño? Dios, Damián, no toques

eso; vamos a necesitar pinzas y

mascarillas, eso tiene que ser lo que usaron en Hiroshima... Pooooor

faaavooooor... Creo que me voy a marear del tufo .

—Cariño, creo que voy a volver a... Glup! Un momento —echó a correr al baño otra vez.

—¿Otra vez, Damián? Ains, Dios, que no doy abasto. Cariñoooooo, ¿estás bien?

—¡Noo, socorroooooo! ¡Joder! ¡Si algún día quiero tener un hijo, dadme un golpe fuerte para que cambie de opinión!

—Y yo que pensaba que este día iba a servir para que nos animara a tener uno —le guiñó un

ojo Eva a Dami. La madre que lo... ¡¡Que ya te iba yo a preparar la merienda, impaciente!! —

dijo Eva, al ver que Miguel había abierto el tarro de Nocilla y se había pringado entero—. Otro

baño... ¿Los enanos estos no encogen, con tanto baño? ¿A partir de qué hora no lo puedo bañar? No

me pasará como con los Gremlins, que si los baño a partir de una hora se reproducen... —se

carcajeo Eva, al ver cómo estaba el niño.

—¡¡¡Este niño está poseído!!! —Reía Dami.

—¿No sabe comer con cucharita este niño o qué? Ya me ha *jorobao* la tarta sorpresa que le

tenía a Dami y mira como está...

Daaamiiii, ¿te importa comer de ahí?

—Pero, ¿cómo puede entrar tanta comida en un cuerpo tan pequeño? —Se extrañó Dami.

Venga, vamos a dormir, enano.

Dami se va a la cama con Miguel y empieza hacerle cosquillitas.

—¿Te puedes creer cómo se ha quedado ahoraaa? ¡Ahoraaa que va a venir su madreeeee! —

susurró Eva al verle dormido al lado de Dami—. Es tan boniitoo.

Llaman a la puerta de la casa y es Inés, que viene a recoger a Miguel.

—Buenas tardes, Eva, ya estamos de regreso. ¿Qué tal ha ido todo? ¿Dónde esta mi bebé?

—El enano se ha quedado dormido con Damián, en la cama. Espera, que lo traigo ahora

mismo... Está tan bonito —Ahora que duerme, pensó Eva.

Eva fue a la habitación y cogió a Miguel para devolvérselo a su madre. Estaba tan bonito entre los

brazos de Dami... que se quedó unos segundos observándolos. Quizás algún día, pensó Eva y cogió

al pequeño entre sus brazos.

—Toma, Inés —dijo, entregándoselo en sus brazos—. Creo que hoy estará

agotado, no ha

parado ni un momento —sonrió Eva.

—Gracias por todo, Eva; dale besos a Dami de mi parte cuando despierte y que se mejore.

Muchas gracias por cuidar al peque — dijo Inés saliendo por la puerta y lanzándole un beso.

—Hasta la próxima, Inés, ha sido un placer pasar el día con mi sobri — contestó Eva,

diciendo adiós, cerrando la puerta y tirándose al sofá del cansancio que llevaba.



Eran días previos a Navidad, unas fechas muy especiales para Eva, que siempre la celebraba

en familia y más aún desde que les dejara su abuelo.

Eva había comprado un belén de galletas y lo había dejado en la entrada, de adorno. Quería

sorprender a Damián cuando abriera la puerta, pero Damián se retrasaba y ella

tenía que salir a

comprar.

Damián abrió la puerta y vio el belén de galletas. Llegar a casa con un hambre atroz y

encontrarme con esta sorpresa que me ha comprado Eva. ¡Esta mujer es increíble a la hora de

sorprender a mi estómago!, pensaba mientras devoraba el belén al completo, dejando solo

migajas.

—¿Qué le ha pasado al belén de

Navidad? —gritó Eva, sorprendida, al regresar de la compra.

—¿Qué significa eso de belén de Navidad, cariño? —preguntó Dami, extrañado.

—Ni cariñooooo... ni lecheees. ¿Qué has hecho con el belén.

—No entiendo tu pregunta, cariño... ¡Si eran unas galletas! ¿Qué voy a hacer?, comérmelas.

—Cariño, que hasta que no pasan las fiestas de Navidad no te lo puedes comer, es el

nacimiento del Niño Jesús.

—¿Cómo? ¿Qué nacimiento? No cariño, yo no he visto ningún belén, ni ningún nacimiento de nadie,

¡ yo he visto unas puñeteras galletas!

—¡Que no eran para comeer, Damián!

—Entonces, ¿me explicas qué función tienen esas galletas?

79

—Cariño, que era un adorno navideño... Que no se come, ¡¡¡hasta que no pasan las fiestas

navideñas!!! Era nuestro primer belén juntos —contestó Eva, un poco triste por

la situación.

—Cariño, haré caso a un viejo amigo y voy a dejar de discutir. Una retirada a tiempo, es una

victoria. Me toca entrar hasta mañana de guardia en la base —le da un beso rápido en los labios y

sale disparado por la puerta.

Eva, aunque un poco decepcionada por el incidente del belén, había ido a comprar adornos

navideño y decoró toda la casa para sorprender a Damián cuando llegara de la base.

Aiiiiins, qué ganitas tengo de que Damián llegue a casa. Llevo toda la tarde decorándola para darle

una sorpresa, creo que me ha quedado chuliiísima... He puesto hasta muérdago encima de la puerta

de la cocina; con las veces que pasa a por comida me voy hartar de besos, sonrió Eva.

—¿Será posible? Estoy hasta nerviosa.

— dijo Eva al oír entrar a Dami en casa.

—¿Qué cojones es esto?

¡EVAAAAAAAAAAAAAAA! ¿Me puedes explicar qué le ha pasado a la

casa? —gritó Damián, enfadado.

—Damián, cariño, ¿qué te pasa? Que he decorado la casa para darte una sorpresa, ¿no te

gusta cómo ha quedado la casa?

—¿Esto es una sorpresa? Esto lo que es es una mierda... Esto, esto es... Pero, pero... ¡Esto es lo

más cursi y horroroso que he visto nunca! En mi vida, Eva, en mi puñetera vida he decorado mi

casa con gilipolleces navideñas y vienes tú, sin decirme nada, sin preguntarme, ¿y me das vuelta a

la casa? Estoy... Ufff! Estoy muy cabreado, Eva. ¡Esto se avisa, joder!

—¿Qué? ¿Qué es qué? ¿Tú te estas oyendo? ¿Me estas llamando cursiii? Solo quería

sorprenderte; no creo que tenga que consultarte cada vez que respiro y yo celebro Navidad, Papa

Noel y hasta canto villancicos... ¡Increíble, cómo se pone por la sorpresitaa!

—¡Y tanto que me has sorprendido! Sabes perfectamente que estas gilipolleces no van con mi

estilo y, ¿vienes tú a dar la vuelta a todo? Y con estos artilugios tan absurdos.

—Ufff, me estoy mosqueando por momentos, Damián... Para mí no son gilipolleces, son

tradiciones que tengo muy arraigadas desde pequeña y todavía hacía. Me gustan los regalos debajo

80

del árbol y saber si he sorprendido con los míos; me gusta cenar esos días mágicos en familia y ver

los ojos de ilusión de mis sobrinos...

¿Eso es una gilipollez para ti? Pues para mí es muy importante.

—De todo que acabas de soltar por tu boquita, solo me quedo con que te gusta cenar. Esta

casa no es de niños y tú ya estas entrada en edad. No me entra en la cabeza que, de repente, te hayas

vuelto tan infantil.

—¿Qué yo soy infantil? Mira como te has puesto porque he decorado la casa, cuando solo

quería darte una sorpresa y alegrarte la tarde, y si yo estoy entrada en edad... Te

recuerdo que eres

más mayor que yo. Ya que hablamos de niños, creo que esa decisión es de los dos y quedamos en

tenerlos más adelante, así que esta casa tendrá que empezar a ser de niños, Damián.

—¿Y cómo querías que me pusiera? ¿Que aplaudiera la acción de decorar la casa sin ni

siquiera preguntarme qué opinaba al respecto? Porque a mí, las Navidades me la pelan y no necesito

que tengas que venir tú, con tus

frikilandias en la cabeza, a poner la casa patas arriba como la has

puesto Y sí, soy mayor que tú y asumo que, a mi edad, lo último que pensaba encontrar al llegar a

casa es, ¡la tienda de chinos instalada en mi casa! Y en lo que respecta a los niños, ese tema prefiero

ni tocarlo. Con lo encendido que estoy, podría soltar cualquier impropiedad al respecto.

—Para mí, Damián García, en el momento que vengo a vivir contigo asumo que es

NUESTRA casa, pero parece que debe ser solo idea mía, parece que te mola mucho Pablo Alborán

porque sigues diciendo TÚ, TÚ y solamente TÚ. Que no necesitas que vaya yo ¿con qué? Y no te he

llenado TU casa con cosas del chino, sino de espíritu navideño, cosa de la cual tu prescindes,

uuuuffffff... ¿Que no quieres hablar de niños? ¿Por qué? Es que no veo nada de malo en poner la

casa tan bonita, con su muérdago y todo; está tan preciosa... No puedo entender cómo no te gusta.

—¿Y no me puedes respetar que no tenga espíritu navideño? Por curiosidad, ¿cuánto dinero

te has gastado en darle la vuelta a la casa con tu espíritu navideño? ¿Quieres tener espíritu navideño?

Ve a ayudar al que verdaderamente necesita un hogar en estas fecha... Si querías hacerlo con buena

intención, deberías haberme hecho partícipe a mí, ¿no crees?

81

—Damián, cada día me doy cuenta de que me conoces menos... Dami, ya

colaboro con

comedores sociales y con bancos de alimentos. Pero, claro, el señor ególatra no ve más allá de su

nevera. Creo que no me he gastado más que tú en tu última juerga de cervezas con tus colegas y esa

acaba en el wc. ¿Me estas llamando niña o infantil?, ¿o te estas mirando al espejo? Porque aquí, el

único que ha montado en cólera por poner adornos has sido tú. ¿No me puedes respetar tú a mí, que

me encante la Navidad?

—Qué ganas tenías de echarme en cara que salgo con los colegas, ¿verdad? ¡Ya tardabas, ya!

Al espejo me miro todos los días y, si he montado en cólera, ha sido porque jamás en la vida he

visto derrochar el dinero en muñecos para la casa y arbolitos.

—¿Qué yo te he echado en cara qué? De verdad, no sé qué te pasa conmigo hoy... Me has dicho que

tiro el dinero y yo te he comparado los gastos; te vuelvo a repetir que para mí no son simples

juguetitos, ni muñecos... Ve bajando el tonito, que no me gusta nada que me griten... Hoy estas muy

insoportable... Uuff estoy muy, muy mosqueada; he estado toda la tarde decorando y poniéndolo

bonito, he puesto hasta muérdago, para besarte mil veces y mira cómo me hablas... Damián, no estoy

dispuesta aguantar ni una mala contestación más por tu parte, ni una salida de tonito, porque no me lo

merezco. Intento agradarte en todo lo que puedo, pero no pienso consentir que me hables así, ni que

me grites por poner unos adornos navideños. No sabía que no te gustaban, pero a mí, sí, ¿sabes?

Estoy harta de que seas TÚ, TU casa y TUS cosas, así que disfrútalas. Veo que soy muy «cría» y

que digo muchas «gilipolleces» para estar con alguien tan maduro como TÚ. Además, yo sí quiero

niños y, como TÚ dices, ya tengo cierta edad y no quieres ni oír hablar de ello. Creo que no puedes

hacerme sentir peor por nada más; en eso sí has sido muy detallista y no te has dejado nada. —Eva

levantó la pierna y... Ahí va el cascanueces, se dio la vuelta con los ojos llenos de lágrimas, de rabia

e impotencia y se fue de SU casa dando un portazo. Al salir, llamó por teléfono a su hermano Mario

y a Inés— Por favor, preparadme la habitación de invitados. He tenido una fuerte discusión con

Dami, en cuanto llegue a casa os explico.

Lo que me faltaba; ahora me deja retorciéndome de dolor, pensó Damián.

—Joder, Eva, ¿era necesario esto? —
gritó con rabia.

Eva pasó la noche llorando en casa de su hermano Mario; no pudo pegar ojo en toda la noche y

Mario e Inés, de oírla llorar, tampoco durmieron mucho.

Por su parte, Damián no dejaba de dar vueltas a lo sucedido. Había pasado solo un día sin ella en

casa y ya la echaba de menos. ¿Quizá habría exagerado con el tema?

—Vamos, Eva, tienes que desayunar algo —le dijo Mario, dejando sobre la

cama el desayuno

que le había preparado.

—Gracias, hermanito, pero no me entra bocado. Hoy no tengo ganas de nada; hoy mi sol no

saldrá a iluminar mi día. ¿Tanto odia las Navidades como para decirme todas las cosas horribles que

me dijo ayer? O quizá, como dijo, ¿soy demasiado cría para él? Me siento perdida y confundida,

solo quería sorprenderle... y me dijo tantas cosas que no le gustan de mí.

—Eva, se me parte el alma verte así. Quizá tenga motivos para odiar la Navidad, pero nunca

hay motivos suficientes para hacer daño a las personas que amas. Tras la tormenta siempre llega la

calma, aunque hay palabras que se enquistan en el corazón. Espero que solo haya sido un mal día y

lo arregléis pronto. Sigue adelante; una estrella como tú solo sabe brillar y yo, sintiéndolo en el

alma, me tengo que ir a currar —la besa en la frente y le guiña un ojo antes de salir por la puerta.

Al llegar a la base, Mario se encuentra con Damián: la cara de no haber pegado ojo y su cabeza

cabizbaja lo dicen todo.

—¿Qué tal está Eva? Porque está en tu casa, ¿verdad? —preguntó Damián, inquieto. Solo

pensar dónde podría haber pasado la noche, le ponía la piel de gallina.

—Sí, tranquilo, está en casa. Eva está... está jodida, Damián. Yo no voy a entrar en vuestras

discusiones, pero es que ésta me parece tan absurda...

—Pero es que llegar a casa después de un día duro en el curro y encontrarme la casa como si

fuese el bazar chino de la esquina, pues
qué quieres que te diga, no me gustó
nada. Pero está visto

que mi opinión no es valorada, porque
con el golpe que me arreó en mis partes
y el portazo que dio

83

al marcharse, su decisión está tomada.
Si antes no me gustaba la Navidad,
después de lo de

anoche... aún menos.

—Damián, la vida en pareja se basa en
el respeto mutuo, llegar a acuerdos,
ceder; no es un

campeonato para ver quién manda más. Debes amar, proteger y cuidar a Eva. No es una imposición,

es la base de la convivencia. Solo así seréis felices.

—¿Me estas diciendo que tengo que dar mi brazo a torcer? Pero podía haberme comunicado

su intención, ¿no? Nos estamos conociendo y, la verdad, el tema de la Navidad no lo habíamos

tratado; ella no sabía que no me gustaban ese tipo de festividades.

—Solo quiero que te preguntes si

estarías dispuesto a perderla por unos adornos de Navidad.

Creo que ayer os hicisteis daño por algo insignificante.

—Nos hicimos daño mutuamente: yo, con mi lengua kilométrica y ella, de manera física. No

veas que rodillazo tiene tu hermanita.

—Venga, colega, vamos a currar y piensa lo que te he dicho. Hoy toca ir al monte con los

novatos, respira el aire puro y reflexiona.

—Eso haré, gracias por el consejo. Voy a buscar a mis novatos, luego nos vemos.

Al salir de la base, Dami se fue a casa. Había tenido una idea mientras estaba en el monte

y escuchaba hablar a los novatos de sus familias, las Navidades y sus hijos.

Si alguien me dice a mí que, a mi edad, iba a escribir una carta como esta, le hubiera tachado de

loco. Pero aquí estoy, el antiNavidad, sentado en el salón de casa y echándote mucho de menos.

Ya sabes que mis costumbres son otras en Navidad, pero no por ello debo de hacer de menos tus

ilusiones en estas fechas — empezó escribiendo Dami, en una carta de Reyes Magos.

A estos monarcas tan simpáticos, les voy a pedir varias cosas.

La primera, la más principal, que me traigan un detector para mi lengua y cada vez que vaya a

salir un improprio de mi boca, me dé un latigazo.

La segunda, que no me faltes nunca,

Eva, porque sin ti me falta el aire y me ahogo; no puedo

vivir sin ti.

84

La tercera y más importante, después de meditar mucho, quiero pedir a estos tres, que el año que

viene nos regalen la mayor ilusión que se puede pedir porque, si tú quieres, yo quiero. Porque si

te hace feliz, a mí me hace feliz. Porque si eso te completa, a mí también me completa. Y quiero

disfrutar unos cuantos meses más de ti y de mí pero, ¡qué leches! Estoy seguro de que, si para las

siguientes Navidades, estos monarcas tan simpáticos, nos conceden la posibilidad de vivirlas con

algo nuestro creciendo dentro de ti, la ilusión de la Navidad volverá a mi vida y, con ello, toda la

magia que eso lleva. Queridos reyes magos... Hagan llegar esta carta a mi otra mitad y luego,

guárdenla como oro en paño, porque les aseguro que, otra igual, no pienso escribiros en toda mi

vida...

Dami terminó de escribir su carta a los Reyes y se fue a casa de Mario a entregársela a Eva. Llamó a

la puerta y abrió Eva y, sin mediar palabra, le entregó la carta, la cual Eva miró asombrada y

comenzó a leer... Mientras la leía, sus ojos se llenaban de lágrimas y le miraba entre líneas.

—Pero, ¿esto es verdad? Se me hace un nudo en la garganta, me duele el pecho, no puedo

respirar... Uuuffff, Dios, Damián. ¿De

verdad me estas diciendo esto? —
consiguió decir Eva, entre

sollozos—. Dami, yo quiero pedirte
disculpas por no consultarte las cosas y
por lo de... El

cascanueces... Los días se me han hecho
eternos y las noches, no he podido
dormir porque me

faltaban tus brazos. Yo no entiendo, ni
concibo mi vida si no es a tu lado.
Siempre te digo que eres

mi sol, el que me ilumina las sonrisas y
he comprobado que es cierto: te necesito
cada segundo de

mi vida.

—Eva, no te puedes hacer idea de lo duro que se me hace estar separado de ti. Llevamos tan

poco tiempo viviendo juntos que esto entra dentro de la normalidad de una pareja que se está

conociendo. Aún nos queda mucho camino por recorrer juntos y muchas serán las discusiones que

tengamos para poder llegar a entendernos. Pero lo que tengo claro es que, hasta discutiendo contigo,

me siento feliz a tu lado.

—Cariño, ya sabes que mi carácter es fuerte y que a veces pierdo el control, pero quiero

disfrutar de ti y haré un esfuerquito por controlarme. Hoy me has hecho muy, muy feliz y pensar que

85

algún día podamos tener un bebe, uuff, no sabes lo feliz que me hace. TE QUIERO y te lo voy a

demostrar día a día.

—Yo también te quiero a ti, pequeña... Anda, vamos a casa a ponernos debajo de esa lechuga

que has colgado en las puertas, antes de que las arranque y las eche en la ensalada de la cena.

—Muérdago, cariño; lechuga noo, muérdago... —Eva acercó sus labios a los de Dami y le

mordió el labio inferior; sonrió al verle la cara, le besó lento—. He deseado tanto este beso que no

quiero que se acabe nunca. —Mira a Damián, sonriendo—. Y usted, caballero —le dijo mientras no

paraba de besarle—, creo que debería acompañarme. Hoy tenemos la primera lección... Mmm... No

sabes cuánto te he echado de menos, cariño... Hoy no me sueltes de entre tus brazos...

—Detrás de usted, bella dama, y cuando lleguemos a casa da la vuelta a la carta, que no me

mola tener de público a estos tres monarcas. Que Baltasar mira cómo se ríe...

Al llegar a casa, Damián se dio cuenta de toda la decoración que había puesto Eva.

—¡Evaaaaaa! Colgaste las lechugas de los marcos para decorar la casa. ¡Y no me has dado ni

un beso! ¿No decías que esto se cuelga en las puertas para que las parejas se atraigan? Porque yo sigo

pensando que, aliñando un poco esto verde, por lo menos al comerlo tendrá una utilidad más

productiva, ¿no?

—Cariño, te voy a enseñar a usar el poder del muérdago... Mira, ven... —le colocó debajo del

muérdago, se abrazó a su cuello y le besó, rozándole los labios—
...Mmmm....

Dami rodeó su cintura y la atrajo hacia

él, mientras saboreaba ese beso que tan ansioso esperaba.

— Mmmmm, me va gustando esta hortaliza, pequeña... Quiero más.

Eva acarició su pelo y le mordisqueó el labio. Sabe que le ponía nervioso.

— Creo que esta hortaliza te va a acabar por gustar —vuelve a devorar sus labios.

A Dami le atrapó su beso con el mismo control que la subida de temperatura de su cuerpo.

—Vamos, morena, que estoy totalmente descontrolado. —Esta mujer me hace

perder la razón

—. Cariño, y ¿esto solo se cosecha en esta época del año?

86

—¿Te empieza a gustar la Navidad, cariño? —Jodeer, yo congelo muérdago para todo el

año, pensó Eva mientras le mordisqueaba el cuello.

—No, mi amor, lo siento, pero aún eso que llaman espíritu navideño no me ha poseído

todavía —se agachó y, de improviso, la

cogió en brazos—. Creo que va siendo hora de avanzar al

siguiente marco, que tiene otra cosa de éstas colgando de él, ¿no crees?

Eva se sorprendió cuando la subió en sus brazos y aprovechó para ir saboreando sus labios mientras

la llevaba a un nuevo destino.

—Creo que hoy no te va poseer el espíritu precisamente, cariño.

—Si ese espíritu va a tenerme en vela toda la noche, tendré que plantearme eso de que la

Navidad quizá no sea tan mala... —La besó mientras caminaba con ella en brazos hasta el marco de

la puerta de su habitación.

—Dami, ese espíritu te va tener cubierto de besos, de caricias, va a hacer que te encante la

Navidad —sonrió al ver dónde la había traído y volvió a besarlo.

Dami la depositó lentamente en la cama, mientras la besaba y se colocaba con cuidado encima de

ella.

—¿Y cómo debo llamar a este espíritu?
¿Ayudante de sus majestades, quizá? —
sonrió

mientras le repartía besos alrededor del
cuello, con cuidado de no rozarla mucho
con su barba de

varios días.

—Huuuummmm... —Eva cerró los ojos
y le susurró muy despacio, tocando con
sus labios su

lóbulo—: No pares, creo que sería
mejor llamarlo espíritu de tu noche
perfecta.

Dami seguía haciéndole un surco de

besos hacia su escote mientras soltaba,
poco a poco, cada botón

de su camisa. Esta vez, le rozó con la
barba y se le erizó la piel en respuesta.

—¿Tienes frío, mi amor? —sonrió, con
los labios pegados a su piel.

—¿Frío, dices? Va ser que más bien
caloor... —metió sus manos debajo de
la camiseta de

Damián y, a la vez que le acariciaba la
espalda, se la iba subiendo hasta que
logró quitársela—.

Dami, me haces cosquillas con tu barba
—sonrió.

—¿Te he dicho lo loco que me vuelven tus uñas cuando rozan mi espalda? No puedes hacerte

una idea de las ganas que tengo de ti. —
Siguió repartiendo besos mientras su barba le rozaba el
pecho.

Eva se arqueó cuando notó la barba rozar su pecho; se agarró fuerte a su espalda y empezó a

mordisquearle por todo el cuello.

Dami siguió rozando su cuerpo mientras

se deslizaba hacia su cintura con pequeños besos, y

soltó el botón de su pantalón, deslizándolo por sus piernas.

—Cariño, tu olor me hipnotiza.

—Huummmmmmmmm... —Suspiró Eva, agitada, mientras le ayudaba a quitarse sus pantalones

y lo atraía hacia su cuerpo—. Me vuelven loca tus besos, hacen que pierda el control. —Se apoyó

sobre su cuerpo y le repartió besos por su torso desnudo.

Dami estiró la mano y cogió la cartera de su pantalón, para poder coger una goma, no fuera a ser

que la carta de los reyes llegase antes de tiempo y no pudiera disfrutar de su chica como él quería.

— Cariño, me muero por estar dentro de ti...

Eva le atrapó entre sus brazos y piernas; necesitaba sentirse suya, que la poseyera.

— Cariño, me tienes loca, ¿lo sabes?

— Loca pretendo ponerte en breve — le dijo Dami mientras, lentamente y sin

dejar de

besarla, consigue introducirse en ella—. Uffff, cuánto te deseo, mi amor, no sabes cuánto...

Eva acomodó sus piernas para recibirle; no podía dejar de mirarle a los ojos y su cuerpo se arqueaba

con cada uno de sus besos.

—...Huummmmmmm... —Le atrapó entre sus brazos y sus uñas le hacen saber que siente

placer—. Cariño, no dejes de besarme. Me haces tocar el cielo, no sabes lo que deseaba esto...

—Vamos, cariño, ¿así vas bien? En nada, de tocar el cielo, pasaremos a tocar las estrellas...

Así siempre, mi amor, siempre....

—Me encantan las noches de eclipse; voy rozando las estrellas, cariño — consigue decir Eva,

sin poder dejar de besarle, hasta que los dos llegan al *summun* del placer.

88

—10—



Era Nochevieja y habían quedado para cenar en casa de los padres de Eva, con toda su familia. A

la familia le encantaba reunirse en estas fechas, cantar villancicos con lo niños y hablar de sus

recuerdos de cuando eran pequeños.

La mesa estaba dispuesta para sentarse; la habían decorado para la ocasión con servilletas rojas,

copas y Nico había puesto algún que otro espumillón.

—Cariño siéntate a mi lado —le dijo Eva a Dami cuando empezaban a tomar

asiento.

—Si no quieres tener problemas con tu nueva abuela, lo mejor será que te sientes a mi lado,

buenorro, y así me vas pasando los platos que te pida, que tienen la manía de sentarme presidiendo

la mesa y no llego a nada. ¿Tú vienes con hambre? —contestó rápidamente la abuela de Eva,

sonriendo.

—Paca, llevo soñando desde ayer con esta cena. Me sentaré con las dos mujeres más guapas

de la noche —susurró Dami, mientras se sentaba entre la abuela y Eva.

—Dami, ¿qué es un golfo?— preguntó Nico antes de sentarse y acercándose a su silla.

—Pues un golfo... es un trozo de mar que se adentra dentro de la tierra ¿A qué viene esa

pregunta ahora, Nico? ¿Te han puesto deberes estas vacaciones?

—No, no me han puesto deberes; es que mi madre estaba hablando con una amiga y le ha

dicho que la tita Eva se había echado

novio y que era un golfo... —dijo
mientras volvía a su sitio.

89

Eva intentaba aguantar la risa al ver la
cara que se le había quedado a Dami
con la contestación

de Nico y cómo miraba hacia donde
estaba Laura, que estaba ajena a todo lo
que estaba

sucediendo.

—Pues no va muy desencaminada,
Laura... Un poco golfete sí que eres,
aunque si yo me

entero que rondas a otra estando con mi nieta, vete olvidando de poder procrear en tu vida, porque

te la arranco y se la doy a los marranos. Pásame el jamón, haz el favor, hermoso —dijo la abuela,

sin ni siquiera mirarle.

—Joder, Paca, creía que me tenía en mejor estima —contestó Dami, pasándole el plato del

jamón.

—Si en estima te tengo, precioso; si no, ya no tendrías tus bolas decorando el árbol. Pásame

las gambas, hermoso.

De repente, Mario comenzó a tocarse por los bolsillos: le estaba pitando el busca.

—Llamada desde la base, Damián: hay que presentarse en veinte minutos, tenemos una

emergencia —dijo, con cara de circunstancia y besando a Inés—. Lo siento, cielo.

—Macho, parece que nos ven sentarnos a la mesa, ni cenar tranquilo le dejan a uno —dijo

Dami, levantándose y metiéndose un

trozo de queso en la boca—. Preciosas mías, el deber me

llama —dijo, besando la mano de la abuela y en los labios a Eva.

—Yo hubiera preferido un beso como el de mi nieta, pero te voy a perdonar, ¿eeh?, por el

cariño que te tengo —sonrió la abuela.

—Abuelaaa, no te pases, que esos besos están reservados para mí —Eva le guiñó el ojo a su

abuela y se apartó con Dami a un lado.

—Cariño, por favor, ten mucho cuidado.

Vuelve pronto y en perfectas condiciones. Te

quiero. —Le abrazó y besó sus labios.

90

—Tranquila, pequeña; en esto somos los mejores. Volveré enseguida, no te preocupes —le

dijo echándole el pelo hacia atrás y besándola—. Vamos, Mario, que tengo prisa por volver. —Y

antes de salir por la puerta, se giró, sonrió y le guiñó un ojo.

Dami y Mario llegaron a la base, se

cambiaron y se reunieron con los
compañeros, que ya

los estaban esperando.

—Aquí tenéis los planos, estudiadlos en
el avión. Hay que desactivar un
artefacto; hemos

recibido una llamada de un posible
atentado —dijo uno de los mandos—.
Mario, estás al mando de

la misión. Suerte, chicos.

—Joder, este helicóptero es el más
pequeño, vamos a salir como sardinas
en lata y encima

me joden la cena —dijo Dami cuando estaban ya dentro del helicóptero que los llevaría a su

destino.

—A mí, las vacaciones, que me había pillado unos días para estar con la familia —dijo

Quique.

—Ya basta de quejas: concentración y estudiad el puto plano de organización. Las

lamentaciones de las vacaciones para otro momento —los cortó Mario, que intentaba concentrarse.

—¡Joder! ¡Y ahora me meo como una persona mayor! Ufff... ¿Cuánto queda?
—dijo Dami.

—Damián, estamos llegando. Y estate quieto, joder, que pareces nervioso —le volvió a

cortar Mario.

—¿Nervioso? ¡Lo que me estoy es meando! Que eres un cagaprisas y no me has dado tiempo

de hacerlo en la base —dijo Dami, dirigiéndose a Mario.

—¡No teníamos tiempo, el operativo no puede esperar! —sonrió Mario.

—¿Alguien tiene galletas? ¡Joder, qué hambre! Bufff, me estoy poniendo malo. Voy a cerrar

los ojos, a ver si me relajo y me duermo
—seguía diciendo Dami.

—Joder, Damián, no te duermas, mamonazo, que ya hemos llegado. El helicóptero es

antirradar, así que estad preparados para saltar, ¡Vamos, ya estamos listos! ¡A trabajar! Venga,

saltando, en orden Damián, Quique, Víctor y yo los últimos; ya sabéis lo que tenéis que hacer...

El salto fue perfecto y se reunieron en el punto de encuentro.

—Aquí está el plano. ¿Cómo nos distribuimos? —dijo Víctor.

—Yo me voy con Moreno hacia el sur —contestó Quique.

—Damián y Sánchez, norte; Víctor y López, este. Martínez, tú conmigo. Vamos avanzando

despacio, nos comunicamos por radio —organizó Mario.

—Vamos, que ya estoy en el lado norte

—se oía por la radio a Damián—.

Dadme

instrucciones.

—Quique, ¿estás posicionado? Desde aquí se divisan unas macetas gigantes; cubrios y quedaos en

esa posición —ordenó Mario.

—Recibido, jefe; voy a tomar la posición, parece despejado —contestó Quique.

—Mario, avisa a Víctor de que necesitará el robot AUNAV —dijo Dami.

—Quique, céntrate y mira si en tu posición hay artefactos. Damián, la radio está abierta, te

estará oyendo. —O eso espero, pensó Mario.

—Pero míralo, si parece que anda escocido. Con eso para mear, ¿cómo lo haces? ¿Como los

ciclistas? —Bromeó Dami por la radio, viendo cómo Víctor se acercaba a la bomba con el traje

especial.

—Joder, ya vale de cachondeo, Dami. ¡Víctor se juega la vida para desactivar

la bomba y

nosotros le cubrimos! ¡Vamos,
concentración!

—Dami, cuando salga del traje, tú vas a
andar como Don Pimpón, de la patada
en los huevos

que te voy a dar, gracioso. Déjame
concentrarme si no quieres volar por los
aires.

El silencio se hizo en el lugar, mientras
todos estaban atentos a cómo se
acercaba Víctor al

artefacto y separaba los cables.

—¿El cable rojo para que sirve, Mario? Porque lo menos hay cinco en este lado y tres en este

otro —bromeó Víctor por la radio—. Pedazo de artefacto han preparado.

Víctor cortó dos cables bajo la atenta mirada de sus compañeros y el reloj se detuvo.

—Al final, ¿que cable era? —dijo Quique.

92

—El de la tranquilidad, Quique, aunque parece que aún no ha finalizado. Tenemos que

vigilar y ahora están trabajando los perros —contestó Víctor mientras se quitaba el casco.

Mientras los perros trabajaban para detectar si había algún otro artefacto, los chicos

aprovecharon para sacar bebida de la máquina que se encontraba en el edificio y refrescarse un

poco; esos trajes les daban mucho calor

—Bien, chicos, el operativo ha sido un éxito. Recogemos el equipo y volvemos a la base.

¡Andando, que es para hoy! —Se acercó hasta ellos Mario, después de supervisar que el operativo

hubiera finalizado—. ¡Por fin! Ahora, dejadme dormir un rato en el helicóptero —contestó

Damián, rodando los ojos.

—Mamonazo, qué pesado. Duerme, si es que puedes —rio Quique.

—Me tendréis que invitar a unas birritas, ¿no? Que acabo de salvar al mundo —se carcajeó

Víctor.

—Venga, recoged el equipo. ¿O no queréis volver a casa? —repitió Mario.

—Macho, espero que tu abuela me haya dejado alguna gamba... Estoy hambriento —dijo

Dami, mientras comenzaba a recoger.

—Capullo, qué formal te veo cenando con la familia de Mario. ¿No vas a salir esta noche?

—dijo Quique.

—Pero, ¿tú no ves lo cansado que estoy? Como para salir de fiesta estoy yo —contestó

Damián.

—Tú, lo que estás es mayor... Mira qué arruguitas tiene... —se mofaba Víctor.

Los chicos comenzaron a recoger todo el material; el operativo había salido muy bien, por lo

que todos estaban contentos y se subieron al helicóptero de vuelta a casa.

Al llegar a la base eran más de las tres de la madrugada y Mario se ofreció a llevarle a su casa, ya

que habían ido juntos en el coche.

—Recuerda que mañana tenemos

comida familiar; descansa —le recordó
Mario cuando se

bajaba del coche.

93

—Pues no creo que podamos ir, Mario.
Dentro de unas horas le tengo una
sorpresa a tu

hermana: me la llevo de viaje —sonrió
Damián.

—Entonces, disfrutad. Seguro que le
encanta; tened cuidado y ya me contareis
a la vuelta—

se despidió Mario.

Damián llegó a casa y, sin hacer ruido, giró la llave y entró; se dio una ducha y metió algo de ropa

de Eva y suya en una maleta y se acercó a la cama.

—Despierta, preciosa: te tengo una sorpresa —le susurró mientras sus labios rozaban su

cuello, sin apenas tocarla.

—¿En serio? Has echado tu busca al water y has tirado de la cadena, ¿verdad? Ese regalo me

encantaría —dijo, intentando abrir los ojos.

—No, pequeña; ese regalo no va ser posible, pero el que te he preparado también te va

gustar. Venga, vístete rápido —sonrió Dami.

Una vez que Eva se había vestido, Dami le vendó los ojos, la llevó al aeropuerto y la subió al

avión. Eva no dejaba de preguntar el destino durante todo el camino; estaba tan nerviosa como una

niña el día de Reyes, le encantaban las sorpresas. Al bajar del avión, Dami le quitó la venda de los

ojos y, por fin, pudo ver dónde estaban.

—¡Ámsterdam! Esta sorpresa solo se te podía ocurrir a ti. Gracias, cariño.

—Deja los agradecimientos para el hotel, que te va encantar, preciosa.

—Estoy deseando verlo —sonrió Eva pícaramente—; pero esta noche. Ahora, vámonos, hay

muchas cosas que ver.

—Te voy a enseñar lo más bonito de la ciudad pequeña.

El chofer ya les estaba esperando para la primera visita a Ámsterdam. Cuando

les dejó en su

destino,

Eva quedó alucinada.

—Venir a Ámsterdam y no visitar la fábrica de una de las cervezas más famosas, es como ir

a ver Barcelona y no ver el Nou Camp. ¡No entiendo, Eva, cómo tienes esa cara de asombro! Te he

94

dicho que vamos a visitar todo lo más bonito de ésta ciudad. ¿No te parece esta fábrica un lugar

romántico?

—Damián, tu concepto de romanticismo y el mío está en diferentes páginas del diccionario.

¿O qué?

Si quieres visitar la Heineken, pues vamos; pero que de romántico no tiene nada. De

verdad... —¡Como todas las visitas que me tengas preparadas sean como esta!
Menudo viajecito

que me espera, pensó Eva.

—Está claro que no hay Dios que os

entienda. Si vuelvo el lunes a la base y les digo que no

he visto esta fábrica, me van a decir que soy gilipollas.

—A ver, Damián, que si hay que visitar la Heineken, ¡vale! Se visita y punto... pero no me

digas que es romántico, joder, porque no lo es... Cuando volvamos a España te llevo de visita a

Cruzcampo —dijo Eva, irónicamente.

—¿En serio me vas a llevar a la Cruzcampo? Guau, Eva, ¡eres la repera!

—Dami la abraza,

emocionado y le da una vuelta, mientras la besa—. ¡Graciaaaaaas!

¡Alucinante! Ya sé qué regalarles para sus cumpleaños a los chicos, piensa mientras gira en el aire.

En fin, disfrutaré de las birritas y de la compañía, porque romanticismo, cero patatero... Pero me

encanta verle tan ilusionado como un niño con zapatos nuevos, así que...

—Venga, Damián, cuenta. Esto, ¿para qué servía?

—Eva, ¡pero si esto enamora a cualquiera! Si escuchamos la

explicación del guía, nos

enteraremos mejor, ven —la coge de la mano—, vamos a la parte de delante, que aquí no se

escucha bien para qué es esto.

Ay. Verle esa carita de ilusión, piensa sonriendo Eva, me vale. Seguro que luego hace algo de

magia y me compensa.

—Dami, que ha dicho que lo ponen en verde, ¿por qué? No me hagas cosquillas, que no me

entero... —se carcajeaba Eva.

—¡No me lo puedo creer! Mira qué lugar más bonito, pero ¡si se me saltan hasta las lágrimas

de la emoción!

—Ains, Damián, a mí también se me saltan las lágrimas... Yo tampoco me lo me lo puedo

creer... Bésame para saber que esto es real...

Eva le besa, sonriendo, mientras disfrutan de la visita entre besos y arrumacos. Pasan la tarde

paseando por las calles de Ámsterdam y, al caer la noche, después de tomar una maravillosa cena,

se disponen hacer la última visita del día.

—Eva, ¿quieres hacer el favor de cerrar la boca? Te van a entrar las moscas, mujer. ¡No me

digas que este lugar no es una pasada! Lo que me estoy acordando de Quique y Víctor, lo que iban

a disfrutar viendo todo esto. El lunes sin falta le digo a tu hermano que tiene que traer a Inés para

enseñarle Ámsterdam. Me está encantando, ¿a ti no, preciosa?

—Estoooo... Siiií, siií, es una pasada, pero pasadaaa, las lucecitas rojas me están dejando

hipnotizada. Creo que lo mismo Quique y Víctor sabrían apreciar más a las chicas que hay detrás

de las ventanas que yo.

—¿Te tienes que quejar de todo? Joder, Eva, parece que no te conformas con nada de lo que

quiero ver... —Dami le pone morritos, mientras baja la cabeza.

—Pero, ¿que encima me vas a poner tú morritos? Me cagüen la leche divinaaaa... Uffff, voy

a respirar, voy a respirar.

—Si es que no te gusta nada, Eva, me estas jorobando el viaje romántico con tu actitud.

—Mira, Damián, no me toques los ovarios a estas horas de la noche en pleno barrio rojo de

Ámsterdam, que esto era un viaje romántico... y a ver *putis* no le veo yo el romanticismo... Y

encima que estas diciendo que vas a

volver, ¿a qué? ¿A qué huevos tienes que volver aquí?

—¿Me dirás, Eva, que este lugar no tiene un encanto especial? ¿Te parece a ti que este lugar

no es para venir y sorprender a tu chica? Encima que uno hace el esfuerzo por intentar ser

romántico...

96

—Si lo de encanto lo dices por las veces que te lo han llamado... tiene mucho «encanto» y

venir a sorprenderme, desde luego que me has sorprendido; vamos, que se te habrán roto las

pelotas pensando en el romanticismo... No me jodas, Damián... No me jodas que has *pensao*

mucho...

—Pero lo que no entiendo, Eva, es por qué te pones así. A mí me dijeron en la base que no

podía perderme ciertas cosas de Ámsterdam, y esta es una de ellas. Además, mis compañeros

tenían razón: este lugar es

impresionante. Venga, preciosa, ¡relájate y disfruta!

—A ver, Damián, como te diría yo esto sin convertirme en la niña del exorcista... Que no es

lo mismo un viaje con los colegas de la base, que un viaje con tu novia; que no es lo mismooo,

jodeer, no puedes llevarme de *putis*... No sé cómo te lo tengo que decir...

—Venga, vamos a intentar disfrutar, ¿vale?

—¡¡Anda, miraaaa!! Un museo, «Museo del Sexo». Dami, ven, que lo mismo

mejora la

noche. —Le coge de la mano y tira de él hacia dentro.

—¿Me llevas de museos? ¡No me jodas!
¡Esto de romántico no tiene nada!

—Cariño, ¿tu has visto eso? —dice Eva, asombrada al ver un juego de esposas dobles para

manos y piernas.

—Son unas esposas, no veo nada de especial; las esposas mías te las pongo cuando quieras.

Pero no entiendo la indirecta de

llevarme a ver esas. No entiendo qué tienen de especial.

— Dami, son dobles...

—Eva, esas esposas las dejas donde estaban, que ya te pondré yo las mías. Esto es un viaje

romántico —dijo Dami al ver a Eva jugar con ellas y cómo la miraban los tíos de la tienda.

—Perdona, deja la frase en que me has traído a un viaje... A ver, esas esposas las quería para

esta noche enseñarte un par de cosas, pero como el señor me ha ordenado que

las suelte

inmediatamente, pues se quedan ahí.

97

—Anda, vamos fuera, no te enfades como una leona —le sonrió Dami, abrazándola por

detrás y empujándola hacia la calle, haciendo ver a todos que era suya. No le gustaba cómo la

miraban los tíos de la tienda con cara de deseo.

—Venga, Damián, mira... Minicruceros, aunque sean por el barrio rojo; podré

disfrutar de la

copita de champán contigo... Vamos, venga, mira qué vistas...

—Paso de crucero —le rodeó la cintura y comenzó a darle besos por el cuello —. Vamos al

hotel, leona: quiero que seas malota conmigo...

Eva comenzó a dejarle un reguero de besos por todo el cuello.

— Vamos rápido o no respondo de mí —dijo, sonriéndole.

Pasaron la noche entre caricias, besos y

risas. A la mañana siguiente sonó el despertador

temprano; solo tenían unas horas para aprovechar su maravillosa escapada.

—Buenos días, preciosa —la abrazó y la besó—. ¡Qué bien he dormido! Hoy quiero ir a ver

esta ciudad tan bonita, así que habrá que mover este precioso culo —se lo pellizcó—, y salir a ver

el mundo. ¿Te parece bien?

—Huuuumm, ¿no nos podemos quedar otro poquito en la cama? —dijo Eva, mientras veía

cómo Dami le sonreía y negaba con la cabeza—. ¿No cuelaaa? —Mientras estaba sentado en la

cama, negando, Eva se acercó y le dio muchos besos por el cuello y las mejillas—. Buenos días,

gruñón; me encanta despertar con tu sonrisa —le abrazó y acabó dándole un beso en los labios,

devorándole la boca.

Dami le hace cosquillas.

— Si sigues besándome así, no respondo de mis actos.

Eva estaba revolviéndose por la cama, riendo.

—Sabes que tengo muchas cosquillas. Así no puedo besarte —sonrió—. Me vas a tirar de la

cama... Anda, vamos a la ducha —le hizo cejitas—, a desayunar y ver qué hay por estas calles...

—¿A desayunar? ¿No has tenido bastante? —giró la cabeza a un lado y ladeó los labios en

señal de protesta.

Ambos se vistieron y salieron a conocer la ciudad.

—Venga, Dami, vamos a alquilarnos unas bicis y a conocer esos rincones recónditos y

maravillosos que todavía nos quedan por ver en esta ciudad. Vamos, te echo una carrera —le dijo

mientras reía a carcajadas, dando ya pedaladas .

Damián iba detrás de ella; le encantaba verla sonreír y pletórica por las mañanas, le contagiaba

su energía.

—Con la carrera que te has pegado, no has podido disfrutar de lo bonita que es la ciudad...

Para que luego digan que el romántico no soy yo.

—Anda que... Solo he corrido hasta la Plaza Dam para ganarme tu beso de película. Anda,

románticooo, acércate y bésame.

Dami dejó la bici en el suelo, se acercó a Eva, cogió su cara entre las dos manos y tomó su boca;

mordió el labio superior, luego le lamió el inferior, se lo mordisqueó y poseyó su

boca con su

lengua durante unos instantes. Cuando dejó de besarla, inclinó el cuerpo de Eva hacia atrás.

—¿Te ha gustado, pequeña?

—Todavía me tiemblan las piernas —se carcajea Eva al ver como Dami levanta una ceja,

mientras esperaba su contestación.

—Esto es solo el principio de los muchos besos de película que te quedan, cariño. En unas

horas regresamos a casa y allí habrá

eclipse, amor.

99

—11—



Después de pasar sus minivacaciones de fin de semana juntos, llegaron agotados a casa, colocaron

un poco las maletas y se acostaron pronto para el día siguiente estar frescos para ir a trabajar. Dami

fue el primero en marcharse a trabajar; le dio un beso a Eva en la frente y la dejó seguir durmiendo.

—¡Hostiaa, que me dormidoo! Ya no llego en el autobús, uff, le pillo la moto a Damián y

espero volver antes de que se dé cuenta, que con los atascos que hay, si no, no llego.

Eva cogió del garaje la moto de Damián. Nunca se la dejaba a nadie; para él, su moto era uno de

sus caprichos más preciados, era su segunda novia y no se prestaba. Cuando Eva llegó al trabajo,

recibió una llamada de Dami; al verla, su cara cambió.

—Buenos días, cariño. Oye, que me acaba de llamar el vecino, que la puerta del garaje se ha

quedado abierta. ¿Tú sabes algo?

—¡No jorobeas! ¿Se ha quedado abierta? He cogidooo un destornillador; me la habré dejado

abierta.

—Y tú, ¿para qué necesitas un destornillador? —preguntó Damián, asombrado.

—¿Qué pasa, Eva? —preguntó Pablo al ver la cara pálida de Eva.

—Pablo, que son unos chivatooooss... No he acabado de salir de casa y ya han llamado a

Damián... No me fastidiees... Seguro que le han dicho que he cogido la motooo... Uuff. ¿Qué hago?

¿Confieso o no?? *Jooeee* con el puñetero vecino... —contestó Eva, tapando el teléfono.

100

—Ni se te ocurra confesar, o vas a tener otra vez movida con tu novio — aconsejó Pablo.

—Damián, cariño, dame el teléfono del

vecino, que yo hablo con él. —Este me cierra la

puerta y se calla lo de la moto aunque me cueste un whisky de los buenos, pensó Eva—. El

destornillador era para... apretar un tornillo... del bolso que estaba flojoo...

Pablo estaba aguantándose la risa, de lo mal que mentía Eva.

— Vaya día llevas —rio.

—Atacaiíta voy todo el día... Esto es estrés, me cagüen... ¡Para un día que cojo la moto!

Dami le dió el teléfono del vecino para que Eva hablara con él. De repente, Pablo la vio irse a por

el abrigo y el bolso.

—¿Dónde vas ahora? —preguntó sorprendido Pablo.

—Pablo, me tienen nerviosita. ¡Que el vecinoo es un capullo! Que me ha dicho que no cierra

el garaje, que él no se hace responsable de lo que pase. Hoy me quedo sin comer, pero me acerco a

casa ahora mismo, que me tienen de los nerviooos...

—No corras, tranquila, yo te cubro con el jefe —Pablo le dio un beso en la mejilla y se

despidió guiñándole un ojo.

— *Joeer*, a correr entre los coches para que me de tiempo a ir y volver del trabajo, cerrar el

garaje... Venga, uufff, qué agobiioooooo y con todo el tráfico que hay. —Iba hablando Eva sola en

la moto, a todo gas y esquivando coches —. Damián me mata si se entera de lo de la moto... Y el

vecino... ¡De dónde sale ese coch...!

Eva iba tan distraída pensando en sus cosas que no vio un coche que venía adelantando y

colisionó con él, quedando media moto metida debajo del coche y su cuerpo, inmóvil, tendido en

la carretera. Los otros conductores corrían a atenderla y a llamar una ambulancia que la trasladara

al hospital. Eva no respondía y la moto había quedado destrozada.

Desde el hospital habían conseguido contactar con alguna de sus amigas que, sin éxito, no hacían

más que llamar a Dami; pero no lo cogía. Le dejaron muchísimos mensajes, pero no lo localizaban.

101

Dami había llegado de un operativo y se encontró mil llamadas perdidas y mensajes en el buzón,

diciendo que Eva había tenido un accidente.

—!!Joder!! Que esté bien, por favor... — dijo, metiéndose rápidamente en el coche dirección

al hospital.

Al llegar allí, se encontró con las amigas de Eva en la sala de espera.

—¡Pero buenoo! ¿Se puede saber dónde estabas? —dijo Montse—. Llevo todo el día

llamandoteee.

—Nos han enviado a Córdoba por un aviso de rehenes. Ha sido un día duro; me entero por el

buzón de que Eva está aquí ingresada y, para rematar, ¡ha sido por coger mi moto! ¡Y sin decirme

nada! Por cierto, ¿alguien sabe algo de mi moto? Tiene arreglo, ¿verdad?

—¿Cómo que tu motoooo? El médico no da parte a nadie que no sea familiar directo y no

localizamos a nadie; ya lo hemos intentado de todas las maneras posible —contestó Elsa.

—¿Dónde está ese médico? ¡Si hace falta le digo que soy su marido! —dijo Dami,

desesperado por conocer el estado de Eva y verla.

—Jodeer, Dami, ni pareja de hecho que sois... No te van a decir nada... Tendremos que

esperar que venga su familia para que nos informen, si es que la localizamos.

—Si hace falta, tiraremos de placa; pero ese tío me dice cómo está ahora mismo.

—¿Han llegado los familiares de Eva Muñoz? —preguntó un médico.

—Sí, soy su marido. ¡Dígame cómo está mi mujer!

—Un momento, por favor —dijo el médico, entrando en la salita de al lado.

—Ostras, ¿que no me habéis invitado a la bodaaa, Damiii? Creía que éramos amigos... —

dijo Montse en broma, para relajar el ambiente.

—¿Lo habéis hecho en secreto? O, ¿es próximamente? —contestó Elsa, siguiendo la broma.

—¿He dicho eso? Joder, el vuelo me ha trastocado, chicas.

—Ya esta reculando... Ooohhh, qué poco duró —rio Montse.

102

—¡QUE YO NO ME CASO! —gritó Dami, nervioso—. Pero ese hombre me va a decir algo,

o se lo tengo que sacar a hostias.
¿Dónde cojones se ha metido?

—Lo mismo ha ido comprobar si es casada antes de informarte —dijo Elsa, sorprendida por

lo que tardaban.

—Joder, dadme un anillo y le enseño un dedo, si me dice algo.

—Eso, Montse, a ver si así cuela.
Déjale tu anillo. Venga, Dami, pónitelo
—dijo Elsa

cogiendo el anillo de Tous que llevaba Montse en la mano.

—No me jodas, Montse, que en cuanto vea ese zoológico que llevas, no se lo traga.

—Le das la vuelta, *jooer*, y cierras la manita, que hay que decírtelo todo — dijo Montse,

poniéndole el anillo con los ositos hacia abajo.

—Pero, ¿alguien ha visto dónde ha ido el médico? —dijo Dami nervioso, mirando a todos los

lados.

—Habrá ido a comprobar datos o a por el informe médico —intentó relajar

Elsa.

—¡Joder! Cualquiera que me vea con esto puesto —dijo Dami mirándose el anillo, viendo

regresar al médico.

—Buenas tardes, soy el doctor Rico. Su esposa sufre varias contusiones y tiene una fisura en

la costilla; no se preocupe. Ya está despierta, pero la tenemos sedada para los dolores; además,

sufre amnesia transitoria debido al fuerte golpe que se ha dado en la cabeza.

—Pero, ¿cómo que sufre amnesia?

—Se dio un fuerte golpe en la cabeza a pesar de llevar el casco y no recuerda algunas cosas

de su vida. Puede volver a recordarlas en unas horas, días o quizás meses.

—¿Le quedaran secuelas, doctor? — preguntó Dami, asustado.

—No tiene nada para que le queden secuelas. Las heridas son de pronta recuperación, con

reposo, y la amnesia, si la ayudan un poco, seguro que también.

—¡Dios, cómo está el médico!, ¡rico, rico! Yo me apunto para un chequeo completo —

susurraba Montse mientras hablaba el médico.

103

—Yo solo quiero que me pase la ITV —
dijo entre dientes Elsa.

—Es aconsejable que no se quede sola y que intenten hacerla recordar —dijo el médico,

mirándolas cómo cuchicheaban las dos.

—Tranquilo, doctor, que no la voy a

dejar sola —contestó Damián—.

¡Madre! ¡Parecéis

gatas en celo! ¿Queréis calmaros? —les dijo Dami por lo *bajini*—. Doctor Rico, ¿puedo pasar la

noche con ella?

—Por supuesto, puede pasar la noche con ella. Necesita que la cuiden y le hablen —dijo el

doctor.

—No se preocupe, doctor, que su marido la cuidará muy bien —dijo Elsa, mirándole y

aguantando la risa al ver la cara de
Damián.

—Me meto para dentro, ¿vale? Os
mantendré informadas —dijo Damián
acercándose a

Montse y dándosele disimuladamente—.
Toma, el anillo.

—Estaremos esperando noticias —
contestaron las chicas.

—¡Gracias, doctor! Por cierto, ¿el bar
está abierto veinticuatro horas? —dijo
Dami,

despidiéndose del doctor.

—¡Madreeee míaa! Doctor, ¿me puede mirar un lunar que tengo muy sospechosooo...? —

dijo Ana acercándose al grupo—. Dami, ¿pasas aquí la noche? ¿O me quedo yo?

El médico se dio la vuelta sin responder a ninguno de los dos y meneando la cabeza hasta que

desapareció por el pasillo.

—Sí, Ana, paso aquí la noche. ¿Te importaría mirar si me puedes conseguir algo para comer?

Que con el operativo, ni tiempo me ha dado.

—Busco un bocata en el bar; ni te muevas, que no me dejan pasar las enfermeras —dijo Ana

dirigiéndose al bar y volviendo con un enorme bocata y una botella de agua.

—Aquí tienes, campeón; ni te separes de ella en toda la noche. De Eva, no de la botella —

dijo Ana sonriendo y despidiéndose de él.

104

—Hasta mañana, Damián, cuida bien de Eva. Mañana pasamos a ver cómo sigue —se

despidieron Elsa y Montse.

Dami se dirigió a la habitación y, al entrar, vio a Eva.

—Joder, qué pinta tienes, cariño —dijo muy bajito, al verla dormida. La besó en la frente—.

Te quiero, preciosa, descansa. —Le cogió la mano y así pasó toda la noche, viéndola dormir y

pensando cuándo y cómo se despertaría.

Después de pasar la noche en vela en el hospital, el médico le informó de que iba mejorando

favorablemente. Así que Dami se quedó dentro de la habitación, acompañando a Eva y dando el

parte a su familia cuando llegó a verla. El hospital era un hervidero que gente que quería visitarla

nada más enterarse; son muchas las personas que le tenían cariño a Eva. Al caer la noche, el

médico pasó a verlos y le dio el parte. Dami, preocupado y con los miles de Whatsapp que tenía

de las amigas de Eva, les mandó un mensaje general.

—¡Buenas noches, preciosas! Eva por fin ha despertado, pero tiene una pérdida de memoria

bastante importante; en fin, espero que la recupere cuanto antes... Apago el móvil, necesitamos

descansar.

A la mañana siguiente, Mario llegó al hospital; es muy temprano.

Vaya dos. Eva está dormida, no la pienso molestar. Y Damián, a su lado, en un sillón, dormido,

intentando coger la postura para descansar. Eva tiene la expresión

relajada, se nota que está

tranquila, pensaba Mario. Luego llamaré por teléfono para preguntar qué ha dicho el médico;

ahora tengo que ir a la base, tengo mucho trabajo pendiente. Dejaré a este par que duerman,

pensó. Le dio un beso a su hermana en el pelo y aspiró su perfume.

—Cuánto te quiero. Dulces sueños, hermanita —dice al besarla.

Sale de la habitación de hospital sin hacer ruido. Es hora de empezar a trabajar.

A las pocas horas, llega Quique para visitarlos antes de entrar a trabajar.

Abre la puerta y ve a Eva

y Damián hablando, cogidos de la mano. Le sorprende el buen estado de Eva, que sonrío al verle.

—Buenos días parejita, ¿molesto? — dijo, entrando a la habitación.

105

—Buenos días, Quique, qué vas a molestar. Pasa, hombre —dijo Dami, alegrándose de verle.

—¿Qué tal está la enferma? —pregunta, mirando a Eva.

—Hoy me siento mucho mejor, aunque un poco dolorida, gracias —dijo Eva, sin saber muy

bien quién era quien le hablaba.

—Quique, si te quedas un momento con ella, aprovecho y bajo a desayunar —dijo Dami,

tocándole el hombro.

—Venga, tira a comer algo que alegres esa cara que se te está quedando de *atontao*, yo me

quedo con ella hasta que subas —contestó Quique, sonriéndole.

—Cariño, Quique se queda un momento haciéndote compañía. Regreso en un momento,

tranquila. Te quiero —dijo, besándola en la frente. Cogió su cartera y salió hacia la cafetería.

Quique siempre era el blanco de las bromas de Dami en la base y, viendo lo bien que estaba Eva,

creyó que era el momento oportuno para devolverle una de todas las que le había liado Dami.

—Eva, tu marido ya me ha dicho lo del bebé. Me alegro que lo lleves tan bien; él está muy

deprimido —dijo, pensando que la broma iba a ser la bomba.

—¿Qué bebé? Con mi marido, ¿te refieres a Dami? No recuerdo nada de la boda, pero ¿qué

me ha pasado? Cuéntamelo, por favor —dijo Eva, súper nerviosa.

—A ver: Dami es tu marido y estábais esperando un bebé. Con el accidente, lo has perdido y

Dami está deprimido porque le hacía mucha ilusión ser padre. Pero tranquila, tú no le digas nada,

porque si se lo nombras se pone muy

triste ¿No has visto la mala cara que tiene?

—La verdad, que mala cara sí que tiene. ¿He perdido mi bebé? —dijo, con lágrimas en los

ojos—. Dios, con razón no me dejan levantarme de la cama. No recuerdo nada de eso, y yo

pensando que estaba mejor y recordaba pequeñas cosas. Y no me acuerdo de algo tan importante

como que estoy casada y embarazada. —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

Quique comenzó a pensar que no había tenido una buena idea, pero ya no había marcha atrás.

106

—Eva, no te pongas así, mujer. Lo importante es que podréis tener más, que tú estás bien y

que Dami, aunque con depresión, está a tu lado y no sabe cómo darte la noticia —dijo, dándole un

pañuelo para que se secara las lágrimas.

—Sí, eso sí es verdad, está a mi lado y podremos tener más bebés —dijo Eva, aceptando el

pañuelo.

—Por eso, Eva, es muy importante que no le digas nada a Dami, no vaya a ser que se hunda

más y, claro, no le digas que he sido yo quien te lo ha contado; si no, no confiará más en mí —dijo

Quique pensando en salvar su culo.

—No te preocupes: tu secreto está a salvo conmigo —dijo Eva susurrando, al oír que la

puerta se abría y Dami entraba.

—Bueno, chicos, tengo que irme a

currar. Mejórate pronto, Eva, pasaré a verte mañana.

Capullo, cuídala mucho —dijo mientras salía.

— Gracias por venir, Quique. Hasta mañana, mamonazo.

Voy pasar mi segundo día con Eva. Me tiene muy preocupado su cabeza. Solo espero que esto no

tenga consecuencias en un futuro y pueda recuperarse bien. Mañana hablamos, escribe Dami en su

móvil a sus padres, después de haberles contado el accidente de Eva.

—Hola, cariño, ¿has desayunado bien?

—Es verdad que tiene mala cara. Será la depresión

que dijo Quique, pensó Eva al ver la cara de Dami.

—Hola, preciosa mía —la besa—. He desayunado como todo un señor. ¿Cómo has pasado

este ratito? —Acaricia su pelo.

—Cielo, lo he pasado bien —Eva no podía dejar de mirarle, se sentía mal ocultándole las

cosas. Pasaban las horas y seguía sin poder quitarle la vista de encima hasta

que, por la tarde,

decidió hablar con Damián.

—Dami, ya sé muchas cosas.... Ya sé que perdí el bebé, ya no tienes que estar preocupado

por cómo decírmelo... —dijo Eva, sin poder aguantar la noticia y creyendo que así daría descanso al

martirio que estaba sufriendo Damián.

107

Dami hiperventila; le falta el aire, se ahoga.

—Per... do... na ca... ri... ño, ¿qué... es... lo... que... estás... di... cien... do?

—Cariño, que con el accidente he perdido el bebé que esperábamos... No te hagas el tonto.

—¡Eva, cariño! Por favor, ¿qué cojones estás diciendo? —Cálmate, Damián, cálmate, que el

golpe la ha dejado desorientada, se repetía mentalmente Dami. Esto no puede ser cierto...

—Oye, háblame bien, que yo también me he enterado ahora y estoy muy nerviosaaa... —dijo

Eva al ver como le gritaba.

—Uuuff— Dami coge aire.

—Cariño, que lo estoy pasando muy mal... Que me lo han dicho esta tarde y estoy que no me

lo creooo...

—¿Tú no te lo crees? Pues anda que yo... ¿Cómo puede ser que me hayas ocultado algo así,

Eva?

—A ver, Dami, te recuerdo que no me acuerdo de nada y sí lo sabías, yo creo que siií... ¿No

te hacía ilusión ser papi?

—¿A mí, ilusión? ¿Llevando tan poco tiempo juntos, ya pensaba en ir limpiando mocos a un

bebe llorón?

—Pues eso me han dicho: que he perdido el bebé. Pero, Dami, podemos intentar tener otro si

quieres, cariño.

—No entiendo nada. Eva, cariño, ¿qué medicación te han metido hoy? ¿Alucinógenos?

—Dami, si no lo querías, primera

noticia que tengo —dice Eva, haciendo pucheritos.

Lo que no entiendo es cómo el médico no me dijo ayer nada del bebé, piensa Dami.

Pobre, está con un *shock* que no puede pensar; pero seguro que quería el bebé. Pero enterarse así, de

sopetón, y encima perderlo... Pensaba Eva.

— Asimíalo, Damián—

—¿Qué voy a asimilar? ¡Pero si esto tiene que ser un error! —No entiendo cómo el médico

no me lo dijo ayer, ni hoy, y llego ahora y me lo dice ella, pensó Damián—. Mira el calmante,

108

buscando si está elaborado con marihuana—. Pues me parece poco profesional por parte del médico

que no me dijera nada. Es muy fuerte — dijo Dami, al no detectar nada fuera de lo común.

—¿Por qué no querías el bebé? Seguro que no lo queríaaass... Y yo como tontaaa aquí,

llorando toda la tarde pensando que sí,

que querrías tener otroooo... Para ser mi marido, me quieres

volver loca —dijo Eva, con lágrimas en los ojos.

Dami se frotó los ojos e intentó calmarse.

—Vamos a ver, ¿sabes qué médico ha estado hablando contigo hoy, mientras yo comía en la

cafetería?

—Respiro, respiro, respiroooo... Ainss, que me daaa algo, ¿eeehh? —dijo Eva, muy nerviosa.

—Eva, cariño, tú y yo no estamos casados, de momento —dijo Dami, al ver cómo

empeoraba.

—El médico me dijo: tu marido ha bajado a comer a la cafetería... ¡De eso me acuerdoo

perfectamenteee! —gritó Eva, desesperada—. Miraaa, no me vuelvas loca, ¿eeehhh? Tú, lo que

quieres es aprovechar mi amnesia para dejarme, ¿nooo?... Claro, como ya no hay bebé, pues me

dejas a mí también...

—Vamos a calmarnos, amor. Tuve que decir que era tu marido porque si no, no me daban

información de tu estado. Las chicas estuvieron contigo toda la tarde y no hubo manera de que les

dijeran nada porque no eran familiares directos, Eva. Lo del bebé lo hablaremos cuando estés dada

de alta, por favor. De momento, no quiero volver a oír hablar del tema, ¿entendido? —dijo Dami,

con autoridad y elevando la voz.

—Ayy, no me gritees... ¿No quieres oír

hablar del bebé? Eso es porque no te hacia ilusión

—dijo, poniéndole una carita como el gatito de Shrek.

—Eva, cariño... No me pongas esa cara, por favor...

—¿Y qué cara quieres que te pongaa?
No entiendo nada, Damián.

—Cariño, necesito que te relajes. Con esta discusión, mira qué hora es y necesitas dormir y

descansar —la regañó Damián.

Después de una noche larga y llena de preguntas, Dami se dirigió a la cafetería a tomar algo y así

no darle vueltas a nada... ¿Cómo podía ser que Eva estuviera embarazada y no me hubiera dicho

nada a mí, como parte interesada? ¿Sería motivo de su amnesia, que se hubiera creado ese mundo

en su cabeza? Porque vale que yo la lié un poco diciéndole al médico que era su marido, pero es

que, si no, no me dejaban estar con ella... En fin, que salga el sol hoy por donde quiera y que, por

favor, recupere su memoria, pensaba
Damián cuando se cruzó por el pasillo
con Quique, Montse y

Ana.

—Buenos días, capullo. ¿Te ha contado
Eva la bromita? —Sonrió Quique, con
mirada

triunfadora.

—¿Eva? ¿Qué broma? —contestó Dami,
sin entender nada.

—¿No te ha dicho Eva nada de que ibas
a ser padre? Esta vez te he superado.

Uno – cero,

chaval —dijo, pletórico, Quique.

Sin decir palabra, Dami le lanzó un puñetazo en toda la cara, alcanzándole la nariz y haciendo que

sangrara. Las chicas se pusieron por medio y agarraron a Dami para que no continuara

golpeándole.

—¿Estáis locos? ¿De qué va todo esto? Dami, para ya —gritó Ana.

—Pedazo de cabrón, ¿has sido tú el que le ha metido todas esas historias en la cabeza a Eva?

Te salvas de que están ellas en medio, si no... Eva lleva llorando toda la noche por tu puta culpa y

yo, volviéndome loco porque no entendía nada —gritó Dami, desesperado.

—¿Te has vuelto loco, tío? Era una broma... —Se justificó Quique, bajo la mirada

estupefacta de las chicas.

—¿Una broma? Una broma es poner pegamento en una silla o echar tinte de colores en las

duchas; esto es una putada para Eva, que

no sabe ya qué es realidad o ficción.

Serás... —Dami se

giró, enfurecido, y se fue a la cafetería.

Las chicas, sin saber todavía muy bien qué había sucedido, acompañan a Quique a que le mirasen

la nariz y le curasen; después pasaron a visitar a Eva.

110

Eva se despertó cansada y vio a las chicas, lo que le hizo sonreír. Al girar un poco la cabeza, vio a

Quique a su lado, con la nariz hinchada

y entre esparadrapos.

—¿Qué te ha pasado, Quique?

—Me ha partido la nariz un gorila —
contestó, cabreado, Quique.

—¿Un gorila? ¿Has ido al zoo? —
Madre mía, ¿qué me pinchan aquí?
Pensó Eva—.

Explicadme qué pasa, chicos, me estáis
asustando... ¿Y Damián? ¿Dónde está?
¿Le ha pasado algo?

—comenzó a ponerse nerviosa Eva.

—Lo siento, Eva, Dami está bien. Yo...
yo creía que tu amnesia no era grave,

que al día

siguiente recuperarías la memoria y me inventé lo de tu aborto.

—Que ¿qué? ¿Que sigo embarazada? —
Eva no entendía nada.

—Tú lo que eres es un *desgraciao* —
dijo Montse sin poder contenerse.

—No, Eva, nunca has estado
embarazada —prosiguió Quique.

—Peee... ro, si tú el otro día me dijiste
que había perdido el bebé, Quique...
¿Qué está pasando?

¿Por qué me dices esto ahora? —Eva se

puso a llorar—. Pero, ¿tú crees que eso es una broma? —

dijo con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Lo de la nariz te lo ha hecho Damián?

Quique afirma, cabizbajo.

—Si quieres, tú también puedes darme —contestó, comenzando a entender que se había

pasado.

—Yo no te voy a pegar, Quique, pero me duele mucho lo que me has hecho —dijo Eva,

aguantado las lágrimas—. Chicos, me

apetece quedarme sola; en estos momentos, solo tengo ganas

de llorar... De verdad, solo quiero estar sola... Por favor —Eva giró la cabeza para que no la vieran

llorar.

—Eva, perdóname —se apresuró a decir Quique, acercándose a la cama.

—Quique, necesito desahogarme, son muchas emociones en un día. Te perdono, pero

necesito estar sola, de verdad... —contestó Eva sin girarse.

Salieron todos de la habitación y las chicas acompañaron a Quique a casa. Eva se quedó sola en la

habitación, llorando; ya no sabía si lo que empezaba a recordar era cierto o inventado.

Damián llegó a la habitación y dio unos toques en la puerta; se sentía eufórico después de

desahogarse con la cara de Quique.

—¿Se puede?

Eva giró la cabeza hacia la puerta, con

los ojos todavía con lágrimas.

— Hola cariño.

—¿Has estado llorando, preciosa? —le besó la frente.

—Un poquito... He estado hablado con Quique y ya sé toda la verdad. Además, he empezado

a recordar alguna cosita. —Intentando sonreír.

—¿Te has enterado de que fue todo una broma de Quique? Para que luego digan que las

putaditas las suelo hacer yo... Al final,

Quique ha cantado como un jilguero... y yo no he comido de

la mala leche que llevo. Con eso te digo todo... ¿Has visto si tenía mucha marca en la cara? Es que

se me ha ido la mano un poco...

¿Empiezas a recordar algo? Dime qué, cariño —dice Dami,

sonriendo.

—Sí me he enterado y he visto lo que has hecho; Damián, eso no ha estado bien, cariño —se

le empezaron a saltar las lágrimas—.

Pues recuerdo que Mario es mi hermano,

que soy periodista,

que no estamos casados, que no quieres niños...

—Eeeyyyyyyyyyyy, sssssssh, cálmate, cariño... Mario es tu hermano, yo soy el novio más

afortunado del mundo y no, no estamos casados porque ninguno de los dos lo queremos de

momento. ¿Los niños? Es muy pronto para hablar de eso todavía; primero quiero disfrutar de ti, así

que tranquilízate y sigue.

Eva se reincorporó un poco y le abrazó fuerte.

—Dami, yo sí que soy afortunada por tenerte todos los días a mi lado. Madre mía, qué lío

tengo. Una pregunta: ¿tengo algún hermano que se llame Pablo?

—No, cariño: Pablo es tu compañero de trabajo.

112

—Ah, vale. Es que lo recuerdo con mucho cariño pero no lo ubicaba, Damián —le dijo,

mirándole a los ojos—. ¿Sabes también qué recuerdo? Tus caricias, tus besos, tus abrazos...

Damián sonrió, la besó y la abrazó.

— ¿Eran parecidos a estos? —acarició su cabeza y su espalda.

—Hummm, tendré que hacer más memoria, a ver, repite —sonrió Eva.

—¿Y si me haces un hueco en esa cama y así te hago cosquillas en la espalda? Eso te gusta

mucho... —le guiñó un ojo Dami.

—¿En serio eso me gusta...? Venga, te

hago un ladito pero ten cuidadito, que me duele todo

el cuerpo —le dijo Eva antes de besarle—. Damián, ¿sabes qué acabo de recordar?

—Dime, cariño: ¿qué acabas de recordar? Me gusta que recuerdes.

—Acabo de recordar que tú eres el motivo de mis sonrisas y que te quiero mucho, mucho,

mucho —sonrió Eva y puso voz melosa.

—Tú también eres el motivo por el cual mis mañanas se llenan de luz y haces que el aire se

convierta en mi oxígeno para respirar.
Yo también te quiero, preciosa...

113

—12—



Damián estaba más tranquilo que ayer.
Después de partirle la cara a Quique por
su pedazo de

«broma», sabía que ambos se habían
pasado tres pueblos; pero así se le
quitarían las ganas de

hacer según qué cosas, pensaba Dami.
Ya tenemos mote para la base: el

Petachos, porque pedazo

de esparadrapo que debe de llevar encima, rió solo mientras lo imaginaba, camino a la habitación

de Eva. Estaba esperando que pasara el médico para que les diera el parte.

Al entrar a la habitación ya estaba el médico allí, acabando de auscultar a Eva entre bromas

y sonriéndole, cosa que no le gustó demasiado.

—Ejeeem, buenos días —dijo Dami, para que advirtieran que había entrado—. ¿Cómo se

encuentra MI mujer, doctor?

—Buenos días. Eva, digo su mujer, se encuentra mucho mejor: ha recuperado casi la totalidad

de la memoria, por lo que le daremos el alta, si ella quiere —dijo el doctor Rico, ayudándola a

incorporarse—. Pero tendrá que venir a verme semanalmente, señorita —se giró, sonriéndole—; si

no, no puedo darle el alta, hay que ver su evolución.

—Siiií, yo quiero el alta ya y volver a casita; yo vengo cuando me diga, doctor

—contestó

Eva, contentísima por volver a su casa.

— Pues entonces ahora te traigo el alta,
Eva —dijo el doctor, saliendo a por el
informe.

—¿Eva? ¿Me voy un rato a casa a
asearme y el doctor te tutea? Además, ¿a
que venían esas

sonrisitas que te estaba echando? —
preguntó Dami.

—Cariño, no te irás a poner celoso del
doctor Rico, ¿verdad? Por muy bueno
que esté, solo

tengo ojos para ti— le picó Eva,
sonriéndole.

—Eeevaaa, no me jodas, que no me
gusta un pelo como te mira.

114

—Señor García: a mí solo me gusta
cómo me mira usted, cómo me besa
usted... —fue

diciendo Eva mientras se acercaba a él,
pero justo en el momento que iba a
besarle, el doctor abrió

la puerta con el informe.

—Perdón —dijo, al ver la escena—.

Les dejo el informe. Recuerden, una vez a la semana, ya

tienen las citas apuntadas —se giró y salió de la habitación. Eva y Dami comenzaron a reír: al fin

regresaban a casa.



Eva, en unas semanas, estaba totalmente recuperada y se incorporaba a su trabajo. Esas semanas,

Damián había estado muy pendiente de ella y habían recordado muchos

momentos juntos. Los días

que le tocaba visita en la consulta del doctor Rico, Dami se ponía súper celoso, aunque Eva siempre

le daba ese toque de humor que le acababa haciendo sonreír.

—Buenos días, colega. ¿Qué tal va mi hermanita hoy? —le preguntó Mario al ver entrar a

Damián a los vestuarios de la base.

—Tu hermana está estupenda, cada día más buena —contestó Dami haciéndose el gracioso.

—No te pases, mamonazo, que es mi hermana...

— Está bien, yo creo que ya recuerda todo. Hoy se incorporaba al trabajo; luego la llamaré

para ver qué tal lleva el día.

— Me parece perfecto, me gusta mucho cómo las has cuidado estas semanas. Por cierto, ¿ya

has perdonado a Quique?

—Sí, yo lo he perdonado; eso sí, ¡me quedé como Dios! Ahora ya se puede decir que el clan

de los payasos de la tele tienen descendencia. ¿Has visto su nariz? —comenzó a reír Dami.

—Macho, le has partido la nariz —dijo Mario, aguantando la risa.

—No se la he partido, se la he colocado —se carcajeó Damián—. Donde las dan, las toman;

era lo menos que podía esperar después de lo que le dijo a Eva.

115

Los chicos seguían bromeando por la base, mientras Eva esta accediendo a ella; su jefe quería que

el primer día de trabajo estuviese controlada por si le pasaba algo, y qué mejor sitio que donde

trabajaban su novio, su hermano y algún que otro amigo.

Menudo sorpresón se van a llevar los chicos, sobre todo Mario y Damián, cuando me vean en la

base entrevistando a sus mandos durante todo el día. Me estoy enterando de cada cosaaa..., pensó

Eva. O sea, ¿que no es obligatorio, ni trae mala suerte, no celebrar el éxito en una misión? Sé de

uno que ya se ha quedado sin cervezas. Prosiga, prosiga... La verdad, no sé por qué dicen que son

unos bordes y mandones, conmigo se están portando genial, hasta me han dado sus teléfonos por

si necesito algo que consultar. ¡Qué ganitas tengo de ver ciertas caras! Me encanta trabajar y ver a

los chicos en acción; en días como hoy me encanta mi curro, seguro que se les cae la mandíbula al

suelo. Eva no lograba concentrarse en la entrevista al cien por cien ya que, por cada pasillo que

iban, se fijaba a ver si veía a su hermano o a Damián.

Creo que, si ahora que soy amiga del alto mando, me lo agrego al Facebook para afianzar y le

pido vacaciones para Dami, ¡se las dará!, rió Eva, solo de pensarlo.

Al entrar en la zona de clases se encontró con Damián, que la miró boquiabierto; toda la mañana

llevaba oyendo hablar y bromear sobre una periodista que estaba en la base, que tenía buen culo,

que estaba buenísima... Y hasta él mismo

había bromeado con el tema.

—¡Buenos días, cariño! ¿Qué te pasa?
¡Damián, mira qué bien escoltada voy
hoy! —

Presumía Eva, agarrándose al brazo de uno de los mandos.

—Buenos días, Eva. ¿Es que no puede avisarme de estas cosas? Que al salir del gimnasio me

encuentro con todos mis mandos haciendo charca de babas alrededor de una periodista y que, para

más inri, descubro entre el tumulto de gente que es mi novia... Ahora, dime

cómo voy a poder dar

la clase teórica, teniendo a todos los mandos detrás de mi chica y soportando esas caras de lobos

116

acechando a su presa... —contestó
Damián, bastante enfadado.

—Cariño, ellos pueden babear y pensar lo que sea, pero eres tú el que me tiene todos los días

y te adoro, así que cambia esa carita y concéntrate en los novatos. Luego hablamos, tengo que

seguir trabajando. Te mando un
Whatsapp cuando termine, ¿vale? —dijo
Eva, sabiendo que se

avicinaba una pelea de celos.

Damián se quedó bastante cabreado; no
le gustaba que miraran así a su chica. Se
acababa de

quitar de en medio al doctor y ahora
tenía media base hablando de su chica.
Vio a Mario y se

acercó a decirle lo que sucedía.

—¿Sabes quién es la periodista de la
que hablan en la base? ¿La que está
haciendo la

entrevista a los mandos? —le dijo
Damián a Mario.

—Pues no, pero no me importaría que
me la presentaran; me han dicho que está
tremenda —

se carcajeó Mario.

—Calla, mamón, es tu hermana —le
cortó Damián.

—¡No me jodas! ¿Tú sabías algo de
esto?

—¿Yoo? Yo acabo de enterarme y
porque la he visto haciendo la visita con
los mandos. Si

vieras cómo la miran... Me dan gana de partiles las boca, joder. ¿Por qué cojones ha tenido que

venir?

—Tú confía en ella, que sabe cómo mantenerlos a raya.

—Ya lo sé, joder, pero cómo me concentro yo ahora en la clase teórica, sabiendo que está

con todos esos y que es la comidilla de la base.

—¿Qué cómo das la clase? Presumiendo de chica, que para eso es la tuya y no la de esos

babosos —contestó Mario intentando, sin éxito, animarle.

—Solo falta que se enteren los mandos de que es mi novia; entonces ya la hemos cagado.

¿Sabrán que es tu hermana?

—Tú no te preocupes que Eva sabe lo que hace. ¿Qué más te da si lo saben?

117

—Si el problema no es Eva, es la gentuza que la rodea y babea a su alrededor pues,

pensándolo fríamente, me da igual que

lo sepan.

—Capullo, qué carita de celos —rio Mario. Tú da solo la teórica y no pases a práctica;

lúcete, que tu chica esté orgullosa de ti y luego presume de novia.

—Si ya no es el hecho de los moscones, sino lo que imaginan sus mentes calenturientas...

—No te fíes de los altos mandos, que tu chica vale mucho —bromeó Mario

—No me jodas Mario, no me jodas

—Eva sabrá mantenerlos a raya

—¿A raya, dices? Avisad a la de la limpieza, porque el reguero de babas que hay, resbala.

—Damián tío, estate tranquilo —dijo Mario, viendo a Damián moverse como un león

enjaulado.

—¿Tranquilo? ¡Pero si andan la mitad cachondos perdidos!

—Colega, te quejas por todo... No seas celoso, que Eva solo tiene ojos para ti. Eva sabe

cuidarse.

—No niego que Eva sepa cuidarse. Pero es que esos parece que no han visto a una mujer en

su jodida vida. Macho, si cuando viene la rubia de inspección, el revuelo que se monta es más

manejable. ¡Lo que ocurre es que estos cabrones llevan toda la mañana tocándome las pelotas con

esas sonrisas de hambrientos que me tienen!

—Mamonazo, cambia esa cara y céntrate en la clase, que no pegas una. Ya hablaremos,

tengo que empezar yo también con mis novatos.

A la que se iba, Mario mandó un Whatsapp a su hermana.

Buenos días, hermanita; creo que tenemos que hablar... ¿Qué haces en la base y sin avisarme?

Tenemos una conversación pendiente. Hablamos cuando puedas, pero estas cosas se avisan,

hermanita.

Eva vio el Whatsapp y le contestó, un poco molesta por el control que su hermano y Damián

querían ejercer sobre ella.

118

Buenos días, hermanito. No sabía yo que tenía dar explicaciones de mi trabajo. Esta mañana

intente localizarte y no hubo manera. ¿Qué conversación tenemos pendiente? ¿No será de la qué

hago aquí? Por cierto, Mario, ya que hoy curro aquí, me podías invitar a un té.

Eva, mejor hablamos luego, que ya veo por dónde vas y en el curro tengo que estar concentrado.

No tengo tiempo de discutir, hermanita.

Contestó Mario, zanjando el tema.

Eva llamó por teléfono a Damián aprovechando que habían terminado y estaban tomando algo en

la cantina.

—Mi sol, cuando me vuelva a cruzar contigo, ¿me darás un besito? —dijo, nada más

descolgar Damián.

—Cariño, ¿cuándo acabas la entrevista? En mi despacho te doy los que quieras. Que en

horas de servicio, uno no puede, ni debe, desconcentrarse.

—¿En serio? ¿En tu despacho? Uuf, qué recueroos me trae eso... Pero va ser que hay que

esperar el Capitán Pérez, digo Alejandro, que se enfada si no le tuteo; se ha empeñado invitarnos

en la cantina a unos cafés y no me puedo escaquear... Pero en cuanto pueda voy y recordamos

cuando nos escondíamos de Mario.

—Cariño, ¿Pérez te ha dicho que lo tutees? —Me cago en todo lo que se

menea, pensó

Dami.

—Cariño, tú has oído lo que te he dicho del despacho, ¿verdad? Pero, ¿por qué te mosqueas

ahora? De verdad, no hay quien te entienda...

—Preciosa, no estoy mosqueado contigo... Ufff.

—Cariño, entonces, ¿qué te pasa? Alejandro, un té, por favor. ¡Si quieres, me puedo

escaquear un momento! ¿Quieres que

hablemos cinco minutos en tu despacho?

—Cariño, ya estoy en el despacho.

Cuando quieras, si Alejandro te da la orden, puedes

acercarte. —Eva no lo dudó ni un segundo: puso la excusa de ir al baño y se fue directamente al

despacho de Damián.

119

—Dami —Eva cierra la puerta—, cariño, te voy a demostrar que tú, celos, no tienes que

tener de nadie —le puso contra la pared

y le besó apasionadamente—. Y ahora, dime: ¿qué te

pasa? —Le siguió dando besitos por el cuello.

Damián rodea su cintura y la mira a los ojos.

—¿Quieres saber qué me pasa? Que ver a mis superiores opinando del culo que tiene la

periodista, no me ha gustado mucho... —
Baja las manos y le aprieta el culo—.
¿Por qué, sabes?

Este culo, al único que le tiene que volver loco, es a mí. —Sin apartar la

vista ni un segundo de sus

ojos.

—¿Sabes qué me vuelve loca a mí? —
No le dejó contestar: devoró sus labios
como si se

fuera acabar el mundo—. Tú y solo tú.
No puedo controlar lo que digan o hagan
los demás; solo

puedo demostrarte cada minuto del día
que a quien deseo es a ti.

—Vayamos a casa, porque como entre tu
hermano y nos pille, yo se de uno que se
queda sin

descendencia. Vamos a terminar lo que acabamos de empezar .

—¿A casa? Mira la hora que es; vamos a tomar algo y después seguimos en casa por donde

lo hemos dejado —contestó Eva.

Llegaron a casa, prepararon una botella de vino, dos copas y...

—¿Dónde lo habíamos dejado, preciosa mía? ¡Ah, sí!, en que me besabas para probar el

sabor afrutado del vino en tus labios —
Dami la besó, saboreando cada rincón de su boca—.

Mmmmm... Habrá que volver a comprar este vino, tiene un sabor muy especial.

—Este vino me vuelve loca —Eva volvió a devorar su boca y le abrazó fuerte—. Ese sabor

afrutado es espectacular.

—Me gusta más beberlo en tu boca, porque endulzas el sabor.

Eva besó sus labios y acarició su pelo.

—Cariño, te quiero —le susurró muy despacio, cerca de su oído.

—Yo también a ti, preciosa mía... —la tumbó encima suyo, mientras le dejaba

un reguero de

besos en su cuello, hasta volver a su boca y devorarla, mientras sus manos comenzaban a moverse

120

por todo su cuerpo—. Y creo que ha llegado el momento de demostrártelo, ¿no crees? Me vuelves

loco.

—Tú sí que me vuelves loca —Eva le ayudó a quitarse la camiseta, le besó por el pecho con

besitos muy, muy pequeños y sonrió.

A Damián se le erizó la piel con cada beso; la ternura que despertaba en él esta mujer era lo

máximo para poder perder la razón como solo ella hacía que la perdiese. Cambió de postura

mientras la desnudaba lentamente y saboreaba cada centímetro de su piel.

— Cariño, hoy creo que no llego a la habitación, así que ponte cómoda.

Eva acomodó su cuerpo para recibir sus caricias que la embriagaban de placer.

— Cariño, me vuelves loca, no dejes de besarme.

—Pues relájate, preciosa, que te noto un poco tensa y así no puedo saborear todos los

rincones a los que quiero acceder.

Cada vez que Dami tocaba su piel, notaba cómo su piel se excitaba; el tacto de sus manos sobre

ella tenía un poder especial. Intentó relajarse y le besó cada centímetro de su cuello.

— ¿Así, cariño?

—No, cariño; tú relájate y déjate hacer. Hoy eres tú la protagonista de la noche. Hoy

jugaremos a que mi chica solo va a sentir millones de descargas y de escalofríos. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo, cariño —Eva cerró los ojos y notó que su piel se erizaba con sus

caricias. Al abrirlos, vio sus labios cerca de su boca y los devoró con pasión; no podía dejar de

mirarle.

—Hummmmm —saboreó su boca hasta saciarse de ella y la miró de esa manera que a ella

tanto le divierte: torció el morro y

sonrió. Para darle más ímpetu al pensamiento, la colocó como él

quería y comenzó a descender por su cuerpo con un reguero de besos dejando, a cada paso, su piel

erizándose—. Adoro tu olor, adoro tu piel, te adoro.

Eva no puedo dejar de mirar esa manera tan graciosa que tiene de hacerla sonreír

121

—Cariño, necesito que me hagas tuya, necesito sentirte en mi piel, no pares —
le abrazó

fuerte.

—¿Ya? ¿Tan prontito? ¿No te apetece que me sacie un poco más de ti? —
ascendió a ella y

la besó, mientras se acoplaba a él y sus cuerpos se unieron por completo, haciendo uno—. Dentro

de ti estoy seguro, dentro de ti soy feliz.

—Cariño, ¿acaso crees que esto acaba aquí? Já —sonrió picarona, mientras sus cuerpos se

estremecían—. Me encanta que seas feliz, porque cada vez que me inundas, me haces feliz a mí. —

No podía dejar de besarle, posó sus
manos sobre su piel y le acarició la
espalda—. Mi vida sin ti ya

no tiene sentido. Tú, mi sol, que
iluminas mis días, mi sonrisa,
engrandeces mi alma y me haces

ver en todo mil posibilidades,
ilumíname cada día, cariño. Solo puedo
dar las gracias por lo

afortunada que me siento al tenerte
conmigo.

—¿Seguimos en la cama, preciosa?
Creo que la noche va a ser muy larga —
Tú eres la calma

que me da el mar cuando decido mirarlo. Mirar tus ojos, es como mirar el mar al que he añorado

tanto. Eres la paz que hasta ahora solo me daban las olas. Eres tú, mi gran mitad. Porque tú eres

capaz de reunir en tu interior, todo lo necesario para que yo pueda seguir adelante.

—Sí, cariño, mejor. Esta noche vas a tocar las estrellas, mientras ves fuegos artificiales en un

cielo eclipsado. ¿Te he dicho que te quiero?

—Yo también te quiero... Hasta la luna y volver. TE QUIERO, EVA.

122

—13—



Era una noche tranquila. Damián jugaba a la Playstation, por lo que Eva había decidido hacer algo

en la cocina; era por todos sabido que sus dotes culinarias brillaban por su ausencia, aunque ella

lo intentara. Aquella noche, se disponía hacer la cena a Damián cuando se dio

cuenta de que, para

hacer la tortilla francesa le hacían falta huevos, y no tenía. Ya estaba todo cerrado y, como Yoli

vivía cerca, decidió acercarse a pedírseles; así, de paso, podría pedirle también uno de los vestidos

tan bonitos que tenía para hacer una de las entrevistas en una gala que iba a tener próximamente.

A ver si Yoli tiene, mira que no acordarme de comprar huevos y tengo la tortilla a medio

hacer... Menos mal que somos vecinas,

iba pensando Eva cuando tocó el timbre.

—¿Quién será a estas horas? —se preguntó Yoli, todavía tatareando la canción *La última*

noche de Luis Miguel, que tenía puesta a todo volumen—. ¡Hola, Eva! ¡Pasa, pasa!

—Buenas noches, Yoli. ¿No tendrás ocho huevos para hacerle una tortillita pequeña a

Damián? Me he puesto a hacerle la cena y me he dado cuenta que no tenía nada más que tres.

—¡Pasa, mujer, que sí tengo huevos!

¿Ocho? ¡Cómo zampa, el tío! Le va a subir el

colesterol al pobre —contestó, extrañada.

—Nada, tranquila, es que hoy no tiene mucho hambre.

—Pues para no tener, no veas como jala. ¿De cuántos la toma normalmente?

—Pues de trece... Por cierto, y ya que estoy aquí... Siempre se me olvida decirte que tengo

un evento próximamente y tengo que ir vestida de gala. ¿Tú no tendrás un vestidito de esos con

nombre y apellidos para prestarme?

123

—¿Trece? ¡La madre que lo parió al muy *joío*; sale más a cuenta comprarle un traje Gucci!

Yo tengo muchos vestidos, pero no sé si tienen el nombre y apellido del que te gusta a ti. Pero

vamos a la habitación y te enseño lo que quieras.

—Venga, enseña, enseña... Que yo esos solo los veo en las revistas de moda y el escaparate

de lejos —rio Eva, emocionada.

Yoli era una adicta a la moda, a las firmas y, sobre todo, a las compras. Su vestidor era enorme,

las chicas decían que te podías perder en él.

—Venga, sube a la habitación y allí te lo enseño, que esta jugando a la Play Martín.

—Ya lo sé... está conectado *online* con Damián y están echando partidas, los *joios*, a la Fifa

Martín era uno de los compañeros de trabajo de Dami; en una cena de amigos

los presentaron y

congeniaron a la perfección, tanto, que a los pocos meses se fueron a vivir juntos.

—Oye, ¿sabes? Podemos llamar a Montse; nena, que ella entiende mucho de moda ¿Qué te

parece?

—Me parece genial, necesito un *personal shopper* gratis —contestó Eva.

—¡Pues nena, estás tardando! ¡Vamos a llamarla, pásame el teléfono!

Al ir a marcar el teléfono de Montse desde el fijo:

—Jodeeer, es muy rosa tu teléfono.

—¿Verdad que es una monada? Martín no lo quiere ni ver.

—Pues... No sé por qué será... Venga, llama a Montse, que vive cerquísima y vamos

subiendo al vestidor.

—Por eso lo tengo en el cuarto de invitados, porque ni de coña lo puedo poner en nuestra

habitación.

—Estoy deseando ver esos modelazooooss —dijo entusiasmada Eva.

Yoli marcó el teléfono de Montse.

124

—Hola, guapísima, soy Yoli. ¿Puedes venir a casa, por favor? Tenemos una emergencia de

ropa.

—Hola, Yoli. ¿De ropa? Pues dame un momento, que me cambio y voy.

Montse trabajaba de *personal shopper*. Le encantaba, al igual que a Yoli, la moda; no había

desfile que se perdieran.

—¿Vamos viendo el vestidor mientras llega? ¡Venga, ven! —dijo, invitándola a entrar—.

Bienvenida a mi santuario de la moda —dijo, divertida al ver la cara de Eva.

—Pero, ¿cuántas comprar has hecho desde la última vez? Ostraaaas, ¡yo quiero uno de

estos! Me encanta —dijo, tocando uno de los vestidos—. Ostras, un bolso Jean Louise Putón...

Oooohhhh, voy a babear.

—¿Cómo lo has llamado? —rio divertida Yoli, con las ocurrencias de

Eva—. Nena, llaman

a la puerta. Debe ser Montse.

—¿No se llama así? Porque, en mi curro, todas lo llamamos así... —dijo

Eva—. Venga, abre

volando.

—Voy, porque Martín no habrá oído la puerta, tiene los cascos puestos. Y se llama Louis

Vuitton —le dijo mientras bajaba las escaleras para abrir la puerta.

—¿Cómo se va llamar así? Eso tú... El resto de las que babeamos por esos

bolsos son

Louise Putón de toda la vida... —dice Eva, mientras se pone a cotillear el vestidor.

—Hola, Montse —dijo, al abrir la puerta—. Sube rápido, que Eva te necesita.

Las chicas subieron y vieron a Eva cómo miraba los vestidos, alucinada; había muchísimos.

—Hola, guapísima, necesito que me ayudes. Tengo una entrevista en una gala de noche y

tengo que ir peripuesta... Así que, venga.

¿Qué vestido de estos me vale para una gala de noche?

Ostras, esa camisa blanca me encanta, ¿me la puedo probar? Porque creo que con unos pantalones

quedaría chulisímaa...

—Sí, Eva, claro, póntela. Es de Prada. Me la regaló mi madre —contestó Yoli.

125

—Esa camisa Prada es una pasada. Además, resaltará el color verde de tus ojos; seguro que

te queda divina —afirmó Montse.

—No acabo yo de verme con la camisa para la gala —dijo Eva, al verse en el espejo—. ¿No

hay un vestido chulo por ahí?

—No, para la gala no te veo yo tampoco; creo que un vestido te irá mejor —dijo Montse,

mirándola de arriba abajo.

—Mira, ¿te gusta este vestido dorado?

—dijo, sacándolo de la percha, Yoli.

—¡Wooww! ¿Me lo puedo probar yo?

—dijo Montse.

—Nanay, ese vestido va para mi *body*

—contestó Eva, arrebatándoselo de las manos a Yoli

—. Hala, fuera camisa —dijo, echándola encima de la cama.

— ¡Evaa, mi camisaa! ¡Ay, Dioss, mi Prada! ¡Llena de maquillaje! —dijo, espantada, Yoli.

—¿Qué? Se ha manchado un poquito, es solo maquillaje. Voy a probarme este vestido...

Montse, súbeme la cremallera, porfa *pleaseee*.

—Sií, poco, pero manchada —dijo, horrorizada, Yoli.

—Eva, tienes que tener más cuidado, que has manchado una camisa Prada carísima; eso es

un sacrilegio —le dijo Montse, creyendo que no se estaba dando cuenta de la importancia que eso

tenía para ellas.

—Peroo, ¿qué pasa? ¿Que esa camisa no se puede lavar? Es una camisa —Dios, cómo se

ponen, si es una camisa blanca como la de los camareros, pensó Eva.

—¿Una camisa, dices? Es Prada, ¿no sabes lo que es eso? Una Prada

auténtica. Porque es

auténtica, ¿verdad, Yoli? —la increpó Montse.

—¡Claro que es auténtica, Montse! ¡Fue un regalo de mi madre! Voy a ponerla en remojo, a

ver si puedo quitar la mancha —dijo Yoli, mientras miraba fijamente la mancha.

—Que sí, que siií, que me subas la cremallera del vestido, que es precioso.

126

—Tranquila, que ya te la subo; pero

cuidado, que tienes puesto un Dior —
dijo, mientras

intentaba subir la cremallera—. Nena,
no te sube; no te pongas nerviosa pero
no puedo subirla más

—dijo, al llegar a la altura del pecho.

—¿Cómo no va subir de pecho? Me
cagüen to... Tú intenta, venga, que no
respiro, pero

vamos que sí entro yo aquí.

—Tranquila, Eva; Yoli será más
delgadita que tu porque no te sube.

—Montse, ¿me estas llamando gorda?

Qué leches más delgada, lo que está es plana, porque

del resto me ha entrado —dijo Eva, decepcionada.

—No respires. Tumbate en la cama y lo intentamos otra vez —intentó complacerla Montse.

—Venga, que voy dando saltitos hacia la cama —dijo Eva, saltando con unos tacones que

había cogido para verse bien el vestido.

—Eva, ¿qué haces saltando con esos tacones? ¿Cuándo te los has puesto? —elevó la voz

Montse, viendo cómo se partía uno de los tacones.

— Dooos, Montse... Que me he cargado un Chimichurri de estos que me he probado —dijo

Eva, espantada.

—¿Chimichurri? Son Jimmy Choo, Jimmy Choo. La madre que te parió, pero, ¿qué has

hecho? Yoli te mata, yo te mataría, me los quería poner yo y ahora ya no puedo —dice,

enfadadísima, Montse.

—¿Que qué he hecho yo? Pero que aguanta más un zapato del chino... Claro, el Chismi

Choo ese también es chino, ¿no? —dijo Eva, en su defensa.

—Pero, Eva, no puedo creer que lo que has dicho —se tapó los oídos, en señal de protesta

Montse—. ¿Cómo puedes decir que los zapatos del todo a cien aguantan más? Pobre zapato, lo

que le has hecho —dijo con cara pena, recogéndolo del suelo.

—¡Qué me estas contando! Que yo no le

he hecho nada al zapato, ha sido el zapato este a

mí, casi me mata. Anda, súbeme la cremallera de una vez —dijo, tumbándose en la cama para

cambiar de tema.

127

—Eva, no te sube la cremallera —dijo, intentándolo, Montse.

—Que sí sube; venga, intenta, que no respiro, sube, sube ahora.

—Eva, no respires —dijo Montse, consiguiendo subir la cremallera—. Te

queda muy

apretadito, no te podrás mover en toda la noche; vamos, que acabarás azul de no respirar.

—Que noooo... Mira, yo me muevo asií y... —¡CRAAAAASH!, el vestido se rajó al lado

de la cremallera—. Uuuuupppsss.

—¡Aaaaaahhhh, por todos los dioses de la moda juntos! ¿Eres antifirmas? No conozco a

nadie que, en menos de una hora, se haya cargado tantas cosas —dijo Montse con aspavientos, sin

poderse creer lo que estaba viendo.

—Ahora sí que me mata, me mata y me remata —repetía Eva.

—No lo puedo ver, otra cosa que no me puedo probar —seguía replicando Montse.

—Es que Yoli está plana, jodeeer, quítameloo, quítameloooo. Que le va dar un soponcio —

se puso Eva nerviosa.

—¿Planaa? A ella le queda monísimo este vestido; bueno, le quedaba. ¿Que te lo quite? Ya

qué más da, es que no puedo verlo —se aceleraba Montse—. Te mato hasta yo.

—Chicas, subo enseguida. ¿Va todo bien por ahí arriba? —gritó Yoli desde abajo, oyendo

demasiados ruidos de arriba.

—Huummm... Siiií, todo perfecto. Hazme un favor y mira si los huevos son de 2 yemas...

—¿Qué me estas llamando ahora? Me cagüen la madre que te... ¿A mí no me quedaba

monoo? —susurró Eva a Montse.

—¿Cómo voy a mirar eso? ¿Quieres que me ponga a mirarlos al trasluz? —Dice unas cosas

tan raras esta Eva, pensó Yoli, sin poder imaginar lo que estaba sucediendo arriba.

—Que me lo quites y ya le doy yo unas puntaditas y ni se nota —dijo desesperada Eva a

Montse—. Claro, si lo pones cerca de una bombilla, se ve —dijo Eva para ahorrar tiempo—. Tú

míramelo, que es muy importante.

—¿Qué puntaditas ni puntaditas? Que es un Dior y esto lo tienen que arreglar en una tienda

de alta costura, que lleva hilos especiales.

—Montse, ayúdame y deja de rezar por lo *bajini* como una vieja.

—¿Cómo te ayudo, Eva? Dime cómo te ayudo, porque me estoy volviendo loca. Ya te has

cargado un Dior de colección. Un DIOR — seguía alucinando Montse.

—Eva, yo no voy a estar aquí mirando huevos, ¿eh? —dijo Yoli, sin acabar de

creer lo que

le estaba pidiendo Eva.

—Deja de hablar, de hiperventilar y coge las tijeras —ordenó Eva a Montse.

—¿Las tijeras? ¿Qué vas hacer ahora? Dime que no estas pensando en... —dijo Montse,

cuando oyeron a Yoli subir las escaleras.

—Pues ahora mismo me cargaría a todos esos diseñadores pero... como no tengo tiempo,

sácame el puñetero vestido cortando la

cremallera.

—¿Te parece poco que ya te has cargado medio vestidor de Yoli?

—Ahora mismo me cargaría a Dior, por la mierda de hilo que usa, y al Chimichurri de los

webs que no veaas, se nota que es chino; pero venga, acaba de cortar.

Al oír abrirse la puerta de la habitación, Montse y Eva se giraron para que no se viera el vestido

por detrás.

—Eva, ¿has encontrado algo ya para tu

gala? La mancha de la camisa está saliendo, ¡menos

mal!

—¿Qué hacéis? ¿Qué escondéis? —dijo, sonriendo, Yoli—. Madre mía, cómo esta la

habitación. ¡Yo tenía una cama!

—Hacer, lo que se dice hacer, quitarme el vestido —intentó sonreír Eva—.

Vamooos, ya —

dijo entre dientes a Montse.

—Ni para arriba, ni para abajo. ¡No hay manera! —dijo Montse por lo *bajini*.

—Eva, ese vestido es un Dior y es bastante pequeño; lo llevé a que me lo estrecharan. ¿Te

lo has podido abrochar?

129

—Corta con las tijeeerass —susurra Eva. Mierda, me he dejado los zapatos al lado de la

cama; la va dar un soponcio cuando los vea, pensó.

—Yoli, ¿me estas llamando...?

Ejemmm —Joder, y tan pequeñoo, sobre todo de arriba,

pensó Eva.

—No puedoo... Que es un Diorrrr. ¡Ay, qué dolorrr! —seguía diciendo bajito Montse.

—No te estoy llamando nada, Eva; es que es muy pequeño y me lo entallaron.

—Ni dolor, ni leches: corta —susurró Eva a Montse—. Yoli, ¿no has oído a Martín? Dice

que bajas.

—¿Me llama? Pero si acabo de estar con él y estaba enganchado a la consola. Ya bajo —

dijo saliendo por la puerta.

Eva le quita las tijeras a Montse y le da un corte.

— Uuufffff, ya no podía respirar, que me estaba poniendo morada... Ostraaas, que no se

había ido y está palideciendo —dijo, al descubrir a Yoli en la puerta.

—¡Aaaaahhh, qué dolor!, ¡Has cortado un Dior, no puedo verlo, no puedo verlo!
—dijo

Montse, tapándose la cara.

—Yoli, esto... Puedo explicarlo. —

Coge a Montse y la pone delante—. Ha sido Montse;

es que es un poco manazaaaas.

—¿Qué has hecho con mi vestido? — dijo, a punto de saltársele las lágrimas.

—¿Qué? ¿Yo, manazas? Me caigo muerta —se sobresaltó Montse.

Yoli miró su vestido Dior, todo roto, y no lo podía creer; cuando se quedó mirando al suelo y vio

uno de sus zapatos roto.

—No te pongas así, que ha sido Montse, que no sabe subir cremallera; bueno, ni

bajarlas,

pero no es temaaa.

—¡Serás perraca! ¿Qué te dije? Que no te subía la cremallera. Me caigo muerta, que te has

cargado un Dior y no me ha dado tiempo a probármerlo y encima me echas las culpas —gritó

Montse.

130

—¿Y mis zapatos? ¿Mis Jimmy Choo? ¿Qué ha pasado? —dijo, con el tacón en la mano.

—Montse, ¿qué has bebido, corazón?
Mira que te dije... No subeee, que Yoli
tiene cuerpazo

y yo nooo... Y tú que sí, que entras... Y
yo, no insiiiiistas... Hasta que te lo has
cargado. Por cierto,

¿tú estás segura de que esos zapatos son
unos Jimmy Choo y no unos Jimmy Xin,
que es el chino

donde Dami compra las rosas?

—¿Será posible? ¡Si hasta la has
llamado plana! —dijo Montse,
sorprendida por ver que

Eva le echaba las culpas.

—¿Que has dicho que estoy plana? —se sorprendió Yoli.

—Los zapatos, llévalos y que te devuelvan el dinero, que son falsos, fijo. ¡Qué diceesss...!

Yo, ¿cómo te voy a llamar eso? He dicho que tú eres de cerca de Castellón de la Planaaa...

Montse, no seas liantaaaaaa... Que te lías con los comentarios pensando en tus cosas y la lías.

—¿Falsos? ¡Cuestan 600 euros! ¿Desde cuándo tengo yo algo falso? ¿Desde cuándo? ¡Me

los compré en Londres! ¡Y yo no uso cosas falsas! —empezó a enloquecer Yoli.

—Yoli, te ha dicho que estás plana, que lo sepas —dijo, colocándose bien el foulard,

Montse.

—Montse, bonita, ¡cuando salgamos no te va gustar tanto tu foulard! Que te lo voy a

colocar yo bien apretadito, para que no pases frío.

—Ni caso, Yoli, que no le he dicho eso. ¿Cuánto has dicho que valen esos

zapatos? Y si se

rompe el tacón, ¿no te hacen reembolso o te los cambian? Te han timado, ¿eh?

—Hombre, la verdad es que por 600 euros, tendrán garantía — empezó a convencerse Yoli

—. Mañana los llevo.

—Y el vestido igual, ¿eeh? Llévalo, que esos hilos debían de estar defectuosos, no han

aguantado nada de nada —dijo Eva, convencidísima—. Por el precio que tiene debería ser súper

resistente. Bueno, ¿hay algún otro modelito que sea decente para dejarme? —se envalentonó a

decir Eva, cuando vio que la había convencido.

Yoli y Montse la miraron, boquiabiertas.

131

—Bueno, ya si eso, me paso mañana mejor... O pasado... O dentro un mes —comenzó a

decir Eva, dirigiéndose hacia la puerta de la calle—. Martín, abre la puerta. ¡Dame los huevos, que

me ha entrado una prisaaaa! Que me he acordado que Damián tiene mucha hambre y yo venía a

por huevooos...

Montse bajaba las escaleras detrás de Eva.

—Yo por un Dior te hubiera matado, Eva —susurraba Montse, sin dejar de bajar.

—¡Y se van y me dejan con todo revuelto! ¡Serán *jodías* las dos! Mañana, a cambiar estos

destrozos —decía Yoli mientras se quedaba arriba, recogiendo.

—Yo matar, no sé si matarás pero, ¿por qué no te callas...? ¿Me acompañas a la puerta,

Montse? Total, te pilla de paso.

—Qué morro tienes, Eva; cómo se nota que eres periodista y tienes don de palabra, *jodía*.

—Uuufffff, mira qué hora; Dami habrá cenado ya y todo. Hasta mañana, Martín, guapo; y

hoy, en observación a Yoli, hazle una tilita, que está un poco nerviosa —dijo Eva al salir y coger

sus huevos. Al llegar a casa, Dami ya

estaba dormido en el sofá. Eva le dio un beso y le tapó con

la mantita. Acariciándole las mejillas, susurró—: Si supieras qué desastre soy... Descansa, mi

amor —le volvió a besar.

132

—14—



Era sábado y habían quedado para comer paella en casa de los padres de Eva. A su padre le salía

buenísima. Ese día, el sol había salido y la temperatura era muy agradable para estar en el

porche. A la comida también se habían apuntado Víctor y Quique. Las chicas, después de comer,

salieron a pasear para que les bajara la comida y los chicos se quedaron en casa, con el padre y la

abuela de Eva, que quería ver el partido del Real Madrid.

—Chicos, que el *vinico* es para saborear, ¿eh? Que vosotros sois muy *lanzaos* y para eso

hay que tener arte —dijo el padre de Eva, sacando un porrón y unos vasitos.

—Antonio, ¿tú te crees que en Ávila no controlábamos esto desde hace años?

Hasta con

los ojos cerrados lo hago. Por cierto, ¿no tendrás un poco de jamón por ahí para acompañarlo?

Que desde que hemos comido, ya hay hueco para llenarlo —dijo Dami.

—Oye, ¿un *cigarrico* no tendréis por ahí? —preguntó la abuela, rondando el porrón.

—Si nos pilla tu nieta dándote tabaco,

nos corta las pelotas —contestó Damián.

—Que se va enterar, ¿se lo vas a decir tú?, ¿o tú? —dijo la abuela, señalando a Dami y a

Víctor, mientras seguía rebuscando el tabaco.

—¿Yo? Por la cuenta que me trae, no se lo digo —dijo Dami, terminando el porrón.

—Padre, ya puedes rellenar el porrón, que la tarde promete —dijo Mario, viendo cómo

bebían sus amigos.

—Antonio, a veces no entiendo a tu hija... Si no fuera porque me tiene enamorado —

acertó a decir Damián intentando tener una conversación con el padre de Eva.

133

—¿Cómo que no la entiendes? Si vocaliza muy bien cuando habla. Eso sí, con el *inglis*

ese, yo tampoco la entiendo.

—Anda, chatungo, que tienes *cigarricos* en ese paquete, te quito uno —le dijo la abuela,

quitándole un cigarro a Quique, que se había dejado el paquete encima de la mesa.

—No, señora Paca; de ese no, que tiene aliño especial —contestó, sorprendido, Quique en

voz baja.

—¡Qué *cojona*! Que para un día que no me controlan, ¿me vais a controlar vosotros o

qué? Que le has *echao*, ¿ajo y perejil? No te jode —dijo la abuela, encendiéndose el cigarro.

—Como se nos ahogue la vieja, le vais a

hacer el boca a boca vosotros dos —se apresuró

a decir Dami, señalando a Víctor y Quique, mientras veía la situación.

—Qué placer es esto; no entiendo por qué el médico dice que esto no me conviene. Trae

pa ca el porrón, antes que salga el Antonio, que no me deja ni echarme un trago. —La abuela

cogió el porrón y, con soltura, se echó un trago sin derramar una gota—. Hala —se rio—, ¡Hala

Madrid! Voy a ver si ha empezado el

partido.

Antonio volvió con un plato de jamón y más vino.

—Y hablando de enamoramientos, tu Damián a mi hija.... ¿bien verdad?

— Eso, cuenta Damián, cuenta— reía Mario.

¿Qué cojones me preguntara el viejo con el todo bien? pensó Damián.

—Sí, Antonio, todo bien. Este finde fuimos de casa rural y descansamos mucho. Calla,

cabrón —le dijo bajito a Mario.

—Pero, ¿dormiste con respeto, verdad?
Mira que mi hija es mucha mujer para estrenar tan

pronto, ¿eh?

—Con todo el respeto del mundo,
Antonio.

—Damián, no la habrás estrenado, ¿no?
—le vacilaba Víctor—. Vaya repaso te
va a hacer

el suegro —dijo entre dientes al pasar a
su lado.

—Tu padre me vacila, ¿verdad? —
preguntó Damián a Mario, bajito.

—Mira que el que estrena, pagaa,
Damián —rio Mario.

—¡Cómo la va a estrenar! Que tu
hermana es una moza de bien y esas
cosas no las hace

—contestó el padre de Eva.

—No, no te está vacilando. Y, a ver,
¿qué coño haces con mi hermana? —se
carcajeaba

Mario con los demás.

—Hay que joderse... Antonio, estamos
en un siglo más avanzado y... Las

parejas ahora

corremos un poco más.

—Creo que Dami se va a esperar hasta la boda. ¿A que sí, Damián? —afirmó Antonio.

—Di que no, hijo; tú disfruta ahora de la vida. *Na* de casarse, que la vida son dos días para

perder el tiempo firmando papeles — intervino la abuela.

—Pero señora Paca, ¿cómo dice usted eso? —se sorprendió Quique.

—Porque yo he *llevao* muy mala vida

con mi difunto Pepe y, si me llega a pillar vuestra

época, otro gallo hubiera *cantao*.

Penaltiíiii, cegatooo, ¿no las visto? So cenutrio, puto árbitro,

está *compra*o —dijo la abuela, mientras veía de reojillo el partido en la televisión.

—Más vale que me la cuides entera o te las tienes que ver conmigo, ¿eh? —dijo el padre

de Eva.

—Colega, sabes que Eva es la favorita de mi padre, ¿no? —sonrió Mario al ver

cómo iba

palideciendo Damián.

—No me seáis cabrones... A ver, Antonio, cómo te explico esto sin que te alteres mucho...

Tu hija y yo dormimos juntos, puesto que vivimos juntos.

—Pues sí, para dormir está bien, mocete; pero de ahí a mirar por dentro, pues va a ser que

no me parece muy bien. Pero que si dices que soy antiguo, explícame dónde está el respeto por

las mujeres ahora.

—Pásalaaaa, chupoón, que eres un chupoón —gritaba la abuela.

—Víctor, ese jamón es del bueno; prueba, hombre —animó Antonio a Víctor.

135

—Con lo de mirar por dentro, ¿habéis entendido lo mismo que yo? —se sorprendió

Damián.

—Damián, explícale a mi padre eso de dormir juntos. Víctor, pásame jamón,

que esto se

pone

interesante —se carcajeaba Mario, mientras pasaba la mano por detrás de la silla y se ponía

cómodo—. Venga, Damián, responde.

—Antonio, el respeto está en demostrarle cada día lo importante que es. Y para eso, a

veces... esto... a veces... pues... eso, ya sabes...

—¡Mozo, qué te pasa en la boca, que ¡te atascas! —rio Quique al escucharlos.

—Falta, eso es falta, que le jodéis la pierna a mi Cristiano, cabroneees, quien fuera balón

pa rodar entre tus piernas. Jesús, María y José, cómo me poneee... —se le oía gritar a la abuela

en el salón.

—Sobre todo María... María Juana... —le dijo bajito Quique a Víctor y comenzaron a reír,

viendo que llevaba medio cigarro especial.

—Joder, Antonio, ¿tú qué hacías en tus tiempos? —sonrió Damián, al escuchar

el

comentario de Quique.

—En mis tiempos, cortejábamos a las mozas y les dábamos paseítos con el tractor; o si

no, la subía en la burra y nos íbamos al cementerio, ahí, *escondíos* y le daba un *besico* en la

mejilla.

—Damián, no te pases que te llevas una hostia con la mano abierta; ojo con lo que vas a

decir —le advirtió Mario.

—Pues, Antonio, los tiempos se han modernizado y mucho, porque yo a tu hija le doy los

besos bien dados y te aseguro que con todo el respeto del mundo. No me iras a decir que nunca

besaste de novios a tu mujer en la boca.

—Di que sí, Antonio, todo un pillín estabas hecho tú, ¿eeh?, con esos *besicos a escondías*

—se cachondeaba Víctor.

136

— ¿Os estáis riendo, verdad? Seréis

cabrones —dijo, entre dientes, Dami, al ver las caras

de sus amigos y de Mario.

— Quique, ¿qué días tenéis libres en fin de semana? Es para cuadrar la boda de este

capullo que, de aquí, va directo a la sacristía —dijo Mario.

—Ayyyyyy, qué tiempos, cuando le robé el beso en la fuente del pueblo. A tres bajo cero

me metió dentro de la fuente del empujón que me arreó y aún recuerdo que me dijo: espero que

te refresques, marrano, que la lengua está para chupar helados. Luego, ya con el tiempo, le

gustaba, ¿eh? —dijo, emocionado, Antonio.

—A mí no me casáis ni a golpe de garrote —dijo Damián—. Pues su hija aún no me ha

metido en la fuente... Vamos, que o yo babeo menos o que ahora los tiempos son otros, Antonio

—se carcajeó Damián.

—Padre, yo creo que huelo a bodorrio —rio Mario—. Damián, te vas ir

calentito a casa y

no por el vino; lo que me estoy
divirtiendo hoy —le susurró en la oreja.

—Lo dudo, porque ni yo, ni Eva,
tenemos pensamiento de vicaría —se
apresuró a decir

Damián.

—Te casaste y la cagaste, Burt Lancaster
—dijo la abuela, bastante perjudicada
ya por el

cigarrito—. Tú no te cases, buenorro,
que los curas solo quieren sacarte los
cuartos y *to* mentira.

A mi Pepe le dijeron que si me cuidaba en la enfermedad, en la pobreza y no sé qué más y el

muy *desgraciao* se murió sin llevarme ni un Gelocatil, ni un triste vaso de agua. Lo único que

cumplió es que la muerte nos separó. Pepico, tú espérame *sentao*, que no tengo intención de

subir; prefiero que suba la copa de la Champions el Casillas mirando al cielo. Qué porterazo el

Casillas, ¿eeeh?

—Abuela, estás muy rara hoy, ¿eh?,

bueno, más de lo normal —dijo Mario,
sorprendido

—. ¿Perdonaa? ¿Que no os pensáis
casar? ¿Eso es ir en serio con mi
hermana?

137

—Yo, después de lo de mi hija Laura,
tengo que pensar en antiguo; y a ti,
Damián, te

digo, que más te vale que el pellejo del
cerdo que te quieras poner en tus partes
tenga garantía,

porque como me preñes a mi hija sin
casarte, no tienes Madrid para correr.

—Mario, no tengo ninguna intención, de momento. Antonio, pero, ¿no has hablado con tu

hija últimamente?

—Yo, con mis hijos, hablo todos los días, Damián.

—Espero que seas de palabra y que de verdad quieras a mi hermana, porque cada lágrima

que eche ella por tu culpa, la vas a pagar bien cara; y que no seas como el mamonazo que dejó

preñada a Laura.

—La Laura es muy suelta, esa sí que sabe, ha salío a su abuela; lo único que ese día no se

puso el chubasquero y la cagó. Ya la dije yo que eso de hacer tanta obra social... Fíjate si la

hizo: le echó uno gratis al bombón de chocolate.

—¡ABUELA! No sea bruta, hombre. Pero, ¿qué le pasa? —dijo Mario, al ver cómo se

soltaba su abuela y cómo reían los demás.

—¡Gooooool! ¡Gooooool! Ese Ramos cómo

mola, se merece una ola —dijo,
abrazándose a

Quique y saltando, ante el asombro de
todos.

—¿Y no te ha comentado la intención
que estamos meditando, de tener
familia? Porque

tenemos intención de ponernos a ello en
breve... Mario, yo jamás le haré eso a
Eva. El poco

hombre que se lo hizo a Laura, no
merece ni llamarse hombre.

—Abuela, te vamos a tener que quitar el
fútbol. ¿Qué? Vas a llegar tan cansado a

casa

todos los días, que no va tener ni ganas de ponerte a la faena —Mario se empezaba a estresar,

con tantos frentes abiertos.

—Válgame Jesucristo con todos sus sacramentos. Pero, ¿vas a preñar a mi hija sin tener

un papel que os haga pareja alguna?

138

—Ya sabía yo, Mario... Que se me había olvidado comentarte algo importante...

—dijo

Dami, con sonrisa de medio lado—.

Antonio, pero para hacer hijos, ¿hay que tener un papel?

Joder, yo pensaba que lo que había que tener es ganas y esperma bueno —dijo Dami.

—Tío, no me jodas, no me jodas... —
acertó a decir Mario, flipando con las palabras de

Damián—. Pero, ¿tú no tienes alergia a los niños?

—Mario, pero es que a tu hermana le hace mucha ilusión y yo, con tal de verla feliz, me

vacuno si hace falta.

—Macho, hoy no sales vivo —dijo Quique, viendo cómo se iban enfadando.

—Quique, algo tendré que decir, ¿no? Ya, de perdidos al río —se resignó Damián.

—Vamos a ver, Damián, que nos conocemos; que tú ahora la haces muy feliz, le haces un

hijo... —La madre que le parió, la gracia que me hace esto, pensaba Mario — Y después te da la

alergia y te piras. Esto no es decisión que se tome a la ligera, capullo.

—¡Damián! Que ya veo a las marujas en la iglesia rezando por los pecados de esta casa.

Pero, ¿te has escuchado hablar, Damián? Que es mi hija la que tiene que preñarse. ¿Y tú, ni

siquiera te vas a unir a ella? Aunque sea ante Bernardo, que es el juez de paz — decía Antonio,

sorprendido.

—Mario, que yo soy un hombre de palabra y te digo que, si voy a ser padre, lo voy a ser

con todas las consecuencias —se

reafirmó Damián.

—Damián, que nos conocemos, y si fuera otra pasaría del tema; pero estás hablando de mi

hermana —dijo Mario, enfurecido.

—Mario, ¿en serio no me ves capaz de ello? Macho, que soy tu colega... ¿Crees que Eva

no me importa?

—Echadme más vino, que hoy estoy flipando sin beber. Chiquito, ¿tú no tendrás otro

cigarrillo de esos de la risa para una

pobre anciana? —le dijo la abuela, aprovechando el lío, a

Quique.

—Paca, por hoy ya está bien, que como se enteren, me matan —dijo Quique muy bajito.

139

—Seraás *cagao*... —dijo la abuela, dándose la vuelta y volviendo al salón.

—Aaaayyy, Dios mío, otra soltera y *preñá* que voy a tener —dijo Antonio, mirando al

cielo y echándose vino del porrón.

—Yo voy a dejar de beber, porque se me está poniendo un mal cuerpo... — afirmó Dami.

—Capullo, que estás viviendo el momento y que, cuando te canses, vas hacer lo de

siempre y te voy a tener que partir la boca —contestó Mario.

—No es cierto, Mario; aunque no me creas, no es cierto. Y con el tiempo lo vas a

comprobar —dijo, indignado, Dami.

—Espero estar equivocándome y que no le hagas daño, Damián.

—¡Lo que voy a pillar es el garrote y te voy a deslomar! Que me vas a volver loco. Qué

derechos ni qué *rejuntamientos* ni *na*. Aquí *to atao*, que no quiero ver a Eva como a Laura —

dijo Antonio.

—No le voy a hacer daño, Mario —
Damián se pasó las manos por la cara, en gesto

desesperado—. Vamos a ver, Antonio: esa decisión no solo es mía. Tu hija está de acuerdo y, si

con el tiempo, decidimos por el bien del

bebé y del nuestro, formalizar la
relación casándonos,

pues tranquilos, porque lo haremos.
Pero, para eso, debemos estar de
acuerdo los dos

protagonistas, ¿no?

—Pero vamos a ver, capullo; me estoy
aguantando porque está mi padre
delante, qué

cojones, que si hijos sin boda, ¿no
puedes hacer, por una puta vez en la
vida, nada bien?

—Entonces, a ver si me aclaro. ¿No vas
a tocar a mi hija, ni nada de eso de hacer

el amor

que decís los jóvenes, de momento? —
decía el padre de Eva, que no se
enteraba ni de la mitad

de la conversación.

— Mario, ¿desde cuando hay que
casarse para hacer hijos? —dijo
Damián.

—Pues tu abuelo y yo en la era, bueno y
en las cuadras y en... Mourinho, déjamee
al

Casillas, pero qué estás pensando,
hombre. ¡Buuuuu! ¡Buuuuu! La madre
que lo parió, que me

va joder el partido —decía la abuela, que entraba y salía echándose vinos y llevándoselos al

salón.

Y yo, ¿qué le contesto al padre ahora para salir vivo de aquí?, pensó Damián.

Mario se pasó la mano por el pelo y soltó un fuerte resoplido.

—Estás acabando con mi paciencia, Damián. ¿Luego quieres que crea en ti y empiezas la

casa por el tejado?

—Mario, ¿por qué no hablas con Eva de todo esto? Creo que ella debe explicarte que

somos los dos los que hemos decidido esto, juntos.

—Porque estoy seguro que estás influenciándola.

—Veamos... Antonio, yo intentaré eso que dices... Pero no prometo nada, ¿vale? Y tu

hermana ya es bastante adulta como para decidir ella misma —decía, desesperado, Damián.

—Esta hinchada, aunque tú pierdas,

loro, lo, lo, no te deja de animar porque
llevamos

muy dentro, loro, lo, lo, el escudo del
Real. —Cantaba la abuela, Quique y
Víctor abrazados en

el sofá; se habían metido en el salón
para ver el partido con la abuela, que
era más divertido que

ver a Damián y Mario discutir.

—Vamos a ver, Damián, que yo sé que
el cuerpo del hombre tiene sus
necesidades, que

de vez en cuando hay que limpiar el
arma para que no se encalle y duela.

Pero que es mi hija, la

mujer que te echas a la cama y es normal que, aunque no te guste, yo tenga que decir lo que pasa

por mi cabeza —dijo Antonio, que no escuchaba la discusión de Mario y Dami.

—Está claro que hoy no vamos a llegar a ningún consenso, así que mejor dejamos el tema

aquí y ya mañana hablas con tu hija, Antonio; y tú, Mario, con tu hermana.

—Eso, ahora el marrón para Eva, tú en tu línea... Con lo gallito que empezaste...

—le

recriminó Mario.

—Pero, ¿ya os vais? Quique, ¿Un cigarrico de esos no tendrás por ahí? — dijo la abuela al

ver como se levantaban los chicos para salir.

—Yo os he dado mi postura. Ahora escuchad la de Eva —zanjó el tema Dami.

141

—¡Abuelaa, que no debes fumar! —gritó Mario, cabreado.

—No, Paca, no tengo más —dijo Quique bajito.

—Por lo que se ve, tienes nuevo nieto sí o sí —dijo Mario, resignado.

—A mí, con tal de que mi nietica esté contenta y feliz, pues otro para adentro. Quique, ¿y

en el coche? —Quique sonrió al mirar a la abuela—. En el coche tampoco, preciosa.

—Cagüen Socrates, la suerte que tengo —dijo la abuela, metiéndose para adentro.

—Yo también me voy, que Eva me está

esperando; me ha mandado un Whatsapp para

que la recoja del centro. Antonio, estate tranquilo, que todo va a ir bien, ¿entendido?

—Vale, Damián, yo me calmo y tu no la metes donde hace calor. Así, los dos tranquilos.

Ve con Dios y dale un besico a mi hija. Ese ya se lo das a tu gusto, que después de lo de hoy ya

no me asusto por nada.

—Hasta mañana. —Joder con el suegro que me he *tocao*, pensó Dami.

—Hasta mañana, Antonio; pasa buena noche y me da que Eva ya ha decidido su pareja...

Abuela, descanse y no me fume, ni le dé al porrón —se despidieron Quique y Víctor.

—No se preocupe, padre, que estos pasan por la vicaría sí o sí —afirmó Mario.

—¿Se han ido todos, Antonio? ¿Y ahora quién me lleva a la Cibeles a celebrar que hemos

ganado? Siempre igual, en cuanto me descuido, desaparecen *toos*.

—Paca, celébrelo acostándose, que hoy ya ha tenido suficientes emociones.

142

—15—



Al llegar a casa, Damián le contó a Eva todo lo sucedido con su familia.

Necesitaba

desahogarse pero no se daba cuenta que de quien estaba hablando era de su familia.

—¿Qué te parece tu padre? Que me dice que nada de mirar para adentro, el tío;

no, si te

parece vivimos juntos y en celibato, no te jode —decía indignado Dami.

—Damián, y ¿qué quieres? ¿Que te dé su bendición por acostarte con su hija?

—Pues mira, no estaría mal. Y tu hermano, ese el peor; estaba ahí, azuzándome a tu

padre, que me atosigaba a preguntas.

—Dami, no lo pienses más.

—¿Que no lo piense más? Eva, que me quieren vestir de pingüino y meterme en una

iglesia por echar tres polvos contigo.

—Dami, te estas pasando. ¿Qué es eso de tres polvos? Ellos te están dando su opinión y

nosotros decidimos.

—Mira, Eva: estamos juntos y vives en mi casa. Les he dicho que quiero estar contigo y

que no me importaría hacerte un hijo, ¿qué más quieren?

Eva, aún atónita por lo que acababa de oír.

—¿Perdona? ¿Tú te estas oyendo? Lo

que estas diciendo no me hace ninguna gracia.

—Eva, acabo decir una verdad como un templo.

—¡Aaaahhh! O sea, que esta es TU CASA, y ¿que no te importaría hacerme un hijo?

Porque total, como hemos echado tres polvos. Hombre, gracias por la parte que me toca, y

143

cuando me hagas el hijo, ¿vas a estar o te lo vas a plantear...? —dijo Eva, cada vez más

enfurecida.

—Cariño, tu familia son unos antiguos, eso de casarse ya no se lleva. No sé a qué

cojones tanta milonga con la boda.

¿Cómo que si voy a estar? ¿Por quién me tomas?

—Dami, estás hablando de mi familia, ¡un respeto!

—¿Respeto? Respeto el que me han tenido ellos a mí antes, haciendo preguntas

indiscretas y obligándome a casarme.

—Damián, a ti nadie te ha obligado a nada. Si vives conmigo es porque quieres, si estoy

en TU casa, es porque no querías que viviéramos en mi piso y si queremos estar juntos sin

firmar papeles, será una decisión que tomemos los dos, al igual que la de tener hijos. Pero no

me vengas con la milonga de que si te obligan o no te obligan; me estás haciendo daño con lo

dices, no olvides que es mi familia.

—Preciosa, yo solo digo la verdad: esta

es mi casa, no tengo intención de casarme y hoy

me he sentido obligado.

—¿Sabes? Pensé que después de la última discusión cambiarías el concepto de TU casa

por el de nuestro hogar, donde criaríamos a nuestro hijo, pero ya veo que no eres capaz ni de

incluirme en tu vida diaria; te tomo como te describes tú mismo.

—Pero, ¿qué he dicho? ¿La verdad duele? Pues es lo que hay, Eva; por cierto, te

recuerdo que mañana no puedo llevarte al trabajo, que entro antes.

—Cariño, la verdad no duele pero el tergiversar las cosas sí, y mucho. Ya sé que mañana

no puedes, le he pedido a Pablo que me lleve él al trabajo.

—¿Cómo? ¿Que el gilipollas baboso de tu compañero va a venir con su caca de moto y

te vas a ir con él?

—Damián, Pablo va a hacerme el grandísimo favor de llevarme a trabajar porque le pilla

de paso.

144

—Claro. Sí, la verdad que sí, Eva, quiere hacerte un grandísimo favor, pero no del que te

imaginas. De verdad, qué inocente eres algunas veces.

—Pero, ¿por quién coño me tomas? ¿Te crees que soy tonta o qué? ¿Qué narices te pasa

hoy?

—Pues ya que estamos, mira, te podría decir varias cositas, preciosa; entre

ellas que eres

una niña caprichosa y consentida que cree en cuentos de hadas.

—Anda, mira, esto es nuevo —dijo, irónicamente, Eva—. ¿Yo, caprichosa y

consentida? Te recuerdo que lo que tengo es a fuerza de mi esfuerzo y mi trabajo. Si lo que te

molesta es que mi familia me apoye y se preocupe por mí, tienes un problema muy grande.

—¿Ves, Eva? Ya te estas posicionando con tu familia.

—Damián, es mi familia, es normal que se preocupen por mi vida y, aunque no comparto muchas de sus opiniones, las respeto. ¿Sabes lo que es el respeto?

—Perfectamente, es lo que no se me ha tenido hoy en tu casa y lo que no me estas

teniendo tú, subiéndote a la moto de ese mindundi.

—¿Cómooo? Que porque mi compañero me lleve al trabajo un día, ¿Te estoy faltando al

respeto? Esto es más grande que el día de la matanza.

—Pues sí, me faltas al respeto
frotándote con él en la moto; a saber qué
más hacéis que

yo no me entero.

—¿Por quién me tomas? ¿Te crees que
vivo contigo por pasar el tiempo y luego
me voy

tirando a todo el que se me cruza?

—Te digo que te veo muy suelta según
con qué personas, y que no quiero que
esas

personas vengan a mi casa.

—¿Pero tú eres idiota o qué te pasa? Me

estoy hartando de esto, Dami: de tu casa,
tu

respeto... Se te llena la boca de pedir
cosas que tú no das. Mañana tengo una
entrevista

importante y esto no me ayuda en nada.

145

—¿A sí? ¿A quién, a Espinete? Eva, es
una entrevista; tampoco veo que se la
hagas a

Álex de la Iglesia, Pedro Almodóvar o a
un premio Nobel en investigación...

—Lo que me faltaba por oír. ¿También

te metes con mi trabajo? Pues que sepas que,

aunque le haga la entrevista a un niño montando en bici, para mí es muy importante porque es

mi trabajo, el que me gusta y el que he decidido hacer el resto de mi vida; porque disfruto con

mi trabajo, con mis amigos y con mi familia. Siento no cumplir tus expectativas, siento no

estar a tu altura, ni tener un trabajo tan emocionante como el tuyo; a veces creo que mi

hermano no se equivocaba contigo, que para ti soy un entretenimiento más.

—Mira, Eva, baja de las nubes. ¿Sabes qué? Quizá no eres como yo había pensado,

quizá tu familia quiera algo mejor pero para ti, quizá te hayas tirado a tu compañero de trabajo

o al médico del hospital y yo no lo sepa...

Eva no pudo aguantarse más y le propinó una patada en la entrepierna, como en los viejos

tiempos.

—¡Se acabó! —dijo, con los ojos llenos de lágrimas y viendo cómo Dami se doblaba de

dolor—. No voy a permitir que me humilles de esta manera; si eso es lo que piensas de mí,

hemos terminado. No quiero volver a saber nada más de ti, quédate en TU casa con tu súper

vida —dijo Eva cogiendo el bolso y saliendo por la puerta.

—Adiós, preciosa: luego no vengas pidiendo perdón, ni llorándome por las esquinas.

Ahora ya puedes irte a gusto en la moto de tu amigo —contestó Dami, lleno de rabia y todavía

doblado por el dolor que le había causado la patada de Eva.

Eva caminaba llorando por la calle, no podía creer lo que había pasado. En un momento, su

vida había dado un giro de 180 grados. No podía dejar de ver la cara de Dami diciéndole

todas esas cosas horribles. Quizá su hermano tuviera razón y Dami, por mucho que ella lo

quisiera, no era el hombre de su vida.
Harta de dar vueltas por las calles de
Madrid y de

llorar, se decidió a llamar a su hermano
para poder pasar la noche en su casa.
Había hecho

tiempo por si Dami la llamaba para
disculparse, pero su teléfono no había
sonado en varias

146

horas, ni siquiera un Whatsapp para
preguntar cómo estaba. Eva cogió el
teléfono y marcó a

Mario, que ya se iba a la cama;

enseguida fue a buscarla, pero Eva no quería hablar del tema.

Solo le dijo que ella y Dami habían roto, que necesitaba pasar la noche en su casa. Mario, al

ver su estado de nervios y que no paraba de llorar, la abrazó fuerte intentando tranquilizarla y

la llevó a casa para que descansara, sin volver a preguntarle más.

Al día siguiente, Pablo fue a buscarla a casa de Mario; Eva le había mandado un mensaje

diciéndole que la recogiera allí y se

fueron juntos a trabajar.

—Vaya careto que llevas, Eva. ¿Has cambiado de maquillador? —preguntó Pablo,

intentando hacerla reír al verle la cara de haber llorado toda la noche.

—Pablito, hoy he cogido el del Lady Gaga —sonrió Eva, sin ganas.

—¿Me vas a contar qué te pasa y por qué he tenido que recogerte en casa de tu

hermano? —dijo Pablo en voz baja y poniéndole la mano en el hombro.

—Dami y yo hemos roto y no quiero

hablar del tema, ¿vale? Venga, vamos a la reunión,

a ver qué nos asignan hoy.

—Vale, Eva; pero si quieres desahogarte, estoy aquí, ¿de acuerdo? — dijo, abrazándola

antes de entrar a la reunión.

Eva no tenía ni fuerzas para responder, solo quería llorar. No paraba de imaginarse a Dami

como antes de conocerse, con unas y otras, besándose por las calles, llevándoselas a su casa,

dándoles las caricias que antes eran
suyas. Eso le provocaba un fuerte
pinchazo en el pecho,

pero no podía llorar; intentaba
concentrarse en la reunión pero solo
podía concentrarse en

aguantar las lágrimas. Se sentía
decepcionada, rabiosa, dolida,
enfurecida...

Mientras estaban en la reunión
repartiendo los trabajos de la semana,
entró uno de los

directores, interrumpiendo la reunión.

—Buenos días a todos: tengo una gran

noticia para la revista —dijo, captando la

atención de todos—. Vamos a incluir una nueva sección en la revista: se llamará “Mi diario de

Guerra”, por lo que tendréis que estar en primera línea en Irak durante al menos un año —dijo,

147

esbozando una sonrisa—. Y ahora viene lo mejor: necesito ya un voluntario, porque sale esta

tarde de viaje.

Eva, sin pensar lo que estaba haciendo, levantó la mano. Solo pensaba en escapar de allí y en

no tener que ver a Dami. Otro compañero, Carlos, también había levantado la mano pero, al

ver que Eva la levantaba, la bajó cediéndole el puesto.

—Pero, ¿qué haces, Eva? ¿Tú has oído Irak, un año? —le susurró Pablo.

—Calla y déjame —dijo Eva, cortando la conversación.

—Perfecto, creía que iba a ser más complicado —rio el directivo—.

Señorita Muñoz,

acompañeme a mi despacho y hablamos de las condiciones y del proyecto.

Eva se levantó como hipnotizada y le siguió bajo la atenta mirada de todos sus compañeros.

Al salir de la reunión, Eva se dirigió a casa para preparar su maleta y llamó a su hermano

Mario para darle la noticia; no quería enfrentarse al resto de su familia.

—Hermanito, me traslado: tengo que cubrir noticias de guerra. Así soluciono varios

problemas: no trabajo con Pablo y
Damián se queda libre, tranquilo y sin
dolores de cabeza,

pensaba Eva.

—¿Cómo? Hermanita, como muevas un
solo papel para el traslado, te las verás
conmigo

y sabes que no puedes. Es una amenaza;
espera a que salga de la base y
hablamos. Ese curro

no es fácil; además, tú no te vas por el
trabajo. Estoy empezando a cabrearme
mucho.

—Mario, ya soy mayorcita para tomar

mis decisiones. Esto ya lo hemos
hablado mil

veces, ser corresponsal de guerra sé que
no es fácil. La decisión está tomada:
salgo esta tarde, a

las 20.00 horas.

—Eso no te lo crees ni tú, me cagüen la
puta leche, he dicho que te esperes; voy
a hablar

con mi superior para salir de la base y
lo hablamos...

—Mira, Mario, no quiero enfadarme
contigo, la decisión está tomada. Los
motivos

ahora no son importantes.

148

—Eva, esa no es la solución. Así demuestras que te ha vencido la maldad de un hombre de un hombre

que quizás no te merece. Tómate tu tiempo, reflexiona; esto es solo una pataleta, Eva. Y no te

preocupes, que todo en esta vida tiene solución; solo tienes que tomar la correcta.

Eva no le dejó seguir hablando, colgó el teléfono y siguió preparando su maleta.

—Necesito alejarme, verlo desde otra perspectiva, tengo que alejarme, no quiero verlo

en mi vida, esto es lo mejor —se repetía Eva unas mil veces.

A Mario le concedieron el permiso para salir y abandonó la base en dirección al aeropuerto;

iba muy justo de tiempo y sin saber cómo encontrarla.

—Tengo que encontrarla como sea... — iba diciendo en el coche.

Bueno, ahora a esperar que salga mi avión con mi nuevo destino. No son las

islas Fidji, como

me hubiera gustado; me voy de
corresponsal de guerra a Irak. A Irak.
Bueno, allí podré pensar

en mis cosas, se decía cuando sonaba
por los altavoces que ya podía embarcar
en su vuelo.

Mario iba corriendo por el aeropuerto
buscando la terminal de Eva, como le
habían dicho

en información, cuando la vio a lo lejos
y se dirigió hacia ella...

Eva, al notar que la agarraban del brazo,
se giró y vio a Mario.

—Peroooo... ¿qué haces aquí?

—¿Dónde te crees que vas? Te dije que te esperaras para hablar conmigo —dijo Mario

cabreado.

—Me voy a trabajar. ¿Sabes? Es una parte de mi trabajo que siempre he tenido ganas de

explorar... No puedo seguir aquí ni un minuto más.

—De eso, nada. ¿Crees que puedes huir y esconderte como un animal asustado? ¿Y la

familia?

—Me da igual lo que penséis todos:
necesito irme y me voy a ir. Ya llamaré a
la familia

para explicarles, no quería despedirme
de nadie, sabes que eso no va conmigo.

149

—Claro que no va contigo, desde luego
no eres así, no soportas las despedidas
pero,

¿sabes una cosa, hermanita? Que si te
vas, tampoco eres tú. Mi hermana tiene
garras y no se

esconde; si quieres una guerra, móntala aquí y ahora conmigo. Vamos, atrévete...

—Mario, ¿qué quieres?, ¿que me ponga aquí a dar gritosss? —dijo Eva, gritando

—
¡PUES LOS DOY, ESTOY HAAARTA!
¿Y sabes qué? Voy a coger ese puñetero avión, te

guste o no.

—De eso, nada, señorita Muñoz: ese avión se irá sin ti —dijo Mario, muy enfadado—.

No te vas a salir con la tuya. ¿Quieres gritar? Pues grita, da puñetazos, enfrenta

las cosas de

frente, pero no te vas a ninguna parte.

Eva, llena de rabia, empezó a gritar más.

—¿No ves que no quiero quedarme aquíiii? ¿No te das cuenta de que no quería que

vinieras? Tú eres mi hermano, pero mi vida la manejo yo.

—Conmigo tienes las de perder y lo sabes, hermanita. Tu vida, manéjala como quieras,

pero sin huir de nada, ni nadie; mi hermana no es una cobarde, ¿te queda

claro? —gritó

también Mario.

Con tantos gritos y forcejeos se acercaron los de seguridad del aeropuerto.

Eva, al verlos, pensó: y estos, ¿qué quieren ahora? Se subió a uno de los bancos del

aeropuerto y empezó a gritar.

—Información gratuita: quiero embarcar en mi avión y aquí, el señorito de mi hermano,

no le apetece que lo coja. —Miró a

Mario y le dijo, un poco más bajo—:
¿Tú crees que irme a

la guerra es de cobardes?

—Maldita sea, Eva, ¡baja de ahí ahora mismo! —dijo Mario, muy cabreado, viendo

cómo los de seguridad se les echaban encima.

—Buenas tardes, ¿qué está pasando aquí? —dijo uno de los guardias.

—Nada, tranquilos, agentes: estoy hablando con mi hermana. —Sacó la placa

disimuladamente y se identificó—. Es un problema familiar.

150

—¿Un problema familiar ? Y una mierdaaaa, que no me deja subir al avión.

—Cálmate, Eva, no me da la gana dejarte ¡Y por mis cojones no subes al avión! ¡Joder,

qué cabezota eres! —dijo Mario, bajo la atenta mirada de los de seguridad que seguían allí al

lado, observando.

Eva se puso a hacer aspavientos como una loca, sin parar de gritar.

—¿Y qué más quieres? ¿Qué no trabaje? Tengo que coger ese avión porque necesito

salir de aquí... MARIO, APÁRTATE, QUE ME VOY.

A Mario ya le superaba esa situación; tenían a medio aeropuerto mirando el espectáculo. Le

quitó el pasaporte y el billete que tenía en la mano.

—Agentes, por favor, ¿me dejan unas esposas?

Uno de los agentes le ofreció sus esposas; al fin y al cabo, son compañeros y ya se había

dado cuenta de qué iba la historia.

—PEROOO, ¿QUEÉ COÑOOOOO HAACEEEES? —se enfureció más aún Eva, al ver

cómo le colocaba las esposas por la fuerza.

Mario la cogió, se la echó al hombro como si de un saco de patatas se tratara y cogió su

maleta en dirección a la salida del aeropuerto, dando las gracias a los

agentes.

—Hermanita, te dije que no puedes conmigo. Vamos a casa y arreglaremos esto como

familia que somos... Mañana hablaremos con tu jefe de este grave error que has cometido y

ahora, relájate, porque no te van a servir de nada tus gritos —dijo Mario, metiéndola en su

coche y esposándola dentro, no sin antes darle un beso en el pelo, acariciando sus mejillas—.

Esta noche vas a pasarla en mi casa.



Eva pasó la noche en casa de Mario, llorando; la mezcla de sentimientos encontrados que pasaban

por su cabeza no la dejaban descansar, no podía dejar de hacerse mil preguntas. El cansancio pudo

con ella a las seis de la mañana por lo que, cuando Mario fue a su habitación, estaba dormida. Él la

había oído llorar durante toda la noche,

por lo que decidió dejarla descansar e ir a la redacción él

solo, para hablar con el jefe de Eva y solucionar el problema de su viaje. Eva no estaba en

condiciones de enfrentarse a esa situación, pensó Mario.

Llegó a la redacción y, durante varias horas, estuvo hablando con sus jefes que, al principio, se

negaron a aceptar que dejara ese artículo; pero cuando Mario les dijo que las condiciones físicas

y mentales de Eva, ahora mismo, no

soportarían aquella presión y en una semana la tendrían de

vuelta, les hizo recapacitar. Recordaron que había otro joven que también se había ofrecido

voluntario para aquel trabajo; le localizaron y enseguida acepto el trabajo, así que tema zanjado.

Eva se quedaba en casa.

—Justo a tiempo —dijo Mario, entrando por la puerta de la base y encontrándose con

Damián.

—No me toques los cojones de buena mañana, que no tengo el día —contestó Damián,

bastante serio.

—Disculpe usted, caballero — respondió, irónicamente—. ¿Que tú no tienes el día? ¡Serás

capullo! Solo quería decirte que ya me ha quedado claro que YO tenía razón en lo de la relación

con mi hermana: para ti ha sido una más y lo has acabado demostrando. Todas tus bonitas

palabras de ayer delante de mi padre y haciéndote el gallito de que tu nunca la dejarías y que la

ibas a dejar preñada... Todo eso... ha quedado en agua de borrajas. Eres, has sido y serás un cabrón

con las tías.

—Tú no sabes nada, no eres quién para juzgarme, ni para meterte en lo que yo tenga o no

con tu hermana —dijo Damián, sin parar de caminar.

Mario puso la mano en el pecho de Damián y le hizo parar, poniéndose

delante de él y

hablándole cara a cara.

—¿Yo no soy nadie? Yo creía que era tu amigo, el hermano de tu novia, el que iba a ser el

tío de tus hijos y con el que siempre has tenido la suficiente confianza como para contarle lo que

te pasaba por la cabeza cuando tenías problemas. Pero veo que las cosas cambian, ¿verdad? Ni

siquiera te ha importado que Eva se fuera a marchar a Irak —dijo, girándose y continuando el

paso.

—¿Que Eva qué? —dijo con la cara desencajada, adelantándose al paso de Mario y

deteniéndole ahora él—. Pero, ¿qué cojones le pasa a Eva? ¿Dónde está? ¿Se ha ido? —Su

corazón latía a mil por hora. ¿A quién quería engañar? No había dormido en toda la noche, no

dejaba de pensar en ella, había dormido abrazado a su almohada, esa que olía a su perfume, a

flores frescas, a jazmines con rocío de

la mañana y cáscara de naranjas, como ella decía. Solo

pensar que le pudiera pasar algo, que se hubiera ido...

—¿No decías que no te importaba? A la primera de cambio la has dejado tirada; no quiero

que te acerques a ella.

—Déjate de gilipollecas y dime si esta bien y dónde está —gritó Damián.

—No voy a permitir que le hagas más daño, Dami, por muy amigos que seamos. No quiero

que mi hermana haga más tonterías porque a ti te siente mal un comentario o una opinión que se te

da. Si huyes por un comentario, entonces, imagina que tengas un hijo: siempre habrá algún

problema. ¿Huirías también, Dami? No te acerques a ella —zanjó Mario, mirándole a los ojos y

apartándose de él en dirección al vestuario.

153

Damián se quedó inmóvil. ¿Qué cojones había hecho ayer? Empezó a darse

cuenta de la que

había liado por sentarle mal un comentario; lo había pagado con Eva. Notó un nudo en el pecho

y le daba como un latigazo, cada vez que lo recordaba. Soy un gilipollas, un auténtico gilipollas,

se repetía una y otra vez. Cogió el móvil y llamó a Eva pero tenía el móvil apagado.

—¡Miiiiieerda!— gritó, con rabia.

Intentó durante toda la mañana hablar con Eva pero, para su desesperación, el móvil seguía

apagado.

La mañana se hizo eterna, no lograba concentrarse en el trabajo; las palabras de la discusión le

retumbaban por la cabeza. Cada segundo se sentía más culpable, sabía que le había hecho mucho

daño a Eva y sin motivo. Mario le veía bufando toda la mañana y restregándose la cara con las

dos manos. Sabía que estaba intranquilo y siguió observando en la distancia.

Al llegar a casa, Damián volvió a llamar a Eva, pero siguió sin suerte. Llamó a

casa de sus

padres.

—Residencia de la Barbie geriátrica, dígame —contestó la abuela de Eva.

—Señora Paca, soy Damián. ¿Está Eva ahí? —dijo Damián, esbozando una sonrisa por la

ocurrencia de la abuela.

—No, buenorro, aquí no está. ¿Me la has perdido? —dijo la abuela, en tono jocoso.

—No, Paca, solo que no sé dónde me dijo que iba esta tarde —intentó parecer

tranquilo

Dami

—Ten cuidado, que mi nieta está de muy buen ver, que como se la encuentre otro... Bueno,

salao, que me has *pillao* en plena partida de mus y mis amigas son un poco tramposillas; hasta

más ver —dijo la abuela, colgando.

Bueno, un sitio descartado, pensó Damián. Se fue a la ducha y no paraba de pensar en lo que

había dicho la abuela (mira que como se la encuentre otro): solo imaginarla en brazos de otro le

hacía sentir ese nudo en el pecho que llevaba todo el día arrastrando. Salió de la ducha, se tumbó

en la cama y, con el mando, dio al *play* del equipo de música. Comenzó a sonar la canción de Ed

154

Sheeran, *Thinking Out Loud*, la canción que, noches antes, Eva le había susurrado al oído

mientras sucumbían en besos y caricias. Damián, con los ojos llenos de lágrimas, comenzó a

tararear.

...Que estoy pensando cómo

la gente se enamora de maneras

misteriosas.

Tal vez todo esto es parte de un plan.

Me caigo en amor con usted todos los días.

Solo quiero decirte qué soy,

así que ahora, la miel,

llévame en tus brazos amorosos,

dame un beso bajo la luz de miles de estrellas,

coloca tu cabeza en mi corazón que late...

Recordaba los besos y las caricias que ella le dio mientras sonreía pícaramente, haciéndole reír,

iluminando la habitación y, a la vez, se vio él la noche de la discusión, gritándole. ¿Cómo podía

haberla tratado así? Se sintió vacío, solo, triste y justo, justo en ese momento, se dio cuenta de lo

que Eva significaba para él. Se limpió las lágrimas, se vistió y salió a buscarla: no podía estar un

segundo más sin ella.

Eva había pasado la mañana tumbada en

la cama; su hermano había llamado a la casa diciéndole

que ya había solucionado lo del trabajo, que estuviera tranquila y que tenía todo el día para

recuperarse. Había intentado leer, pero cada frase romántica que leía le recordaba a Dami, así

que dejó la lectura. Tenía el estómago cerrado, no tenía ganas de comer; básicamente, se pasó el

día tirada en la cama escuchando canciones románticas, que le hacían llorar sin cesar. Decidió

desahogarse con su amiga Ana por teléfono y le contó lo sucedido. Después de pasarse varias

horas poniendo verde a Dami, Ana la invitó a pasar la noche con ella, para ver pelis de llorar y

comer helado; según ella, eso curaba cualquier herida de amor. Así que Eva habló con su

hermano, que la tenía bajo vigilancia, y le pareció buena idea que saliera a casa de su amiga.

155

A las once de la noche, Damián llegó a

casa de Mario, aporreando la puerta.

—Abre, sé que Eva está aquí —decía Dami al golpearla.

Mario abrió precipitadamente la puerta.

—¿Tú eres idiota? ¿No sabes que tengo un niño pequeño, al que acabas de despertar? —dijo

cabreado, empujando a Damián, que trataba de colarse en la casa.

—Dile a Eva que estoy aquí, que tenemos que hablar —dijo nervioso, sin atender a razones.

—Te he dicho que Eva no está aquí.

Además, creí dejarte bien clarito esta mañana que no

quería que te acercaras a ella.

—Mario, por favor —dijo, poniéndose se rodillas—, necesito verla, necesito hablar con ella,

no puedo localizarla en el móvil y me estoy volviendo loco —dijo, totalmente desesperado.

—Te repito que Eva no está aquí —dijo Mario, esta vez más tranquilo al ver a Damián

desesperado y de rodillas. Nunca le había visto así.

—Mario, necesito verla, soy un gilipollas con todas las letras y en mayúsculas —dijo,

echándose a llorar.

Al verle en ese estado, Mario le ayudó a levantarse y le invitó a pasar a la cocina, donde le

ofreció un vaso de agua para que se tranquilizara.

—Gracias, pero necesito que me digas dónde está Eva, tengo que hablar con ella —repetía

Dami.

—Dami, relájate, tío. Eva no está aquí, pero mañana por la noche estará, no puedo decirte

nada más —Mario quería que los dos se relajaran: Damián tenía que pensar bien las cosas y Eva

desahogarse y aclarar sus ideas.

Damián dejó el vaso de agua encima de la mesa, dándose por vencido. Tendría que esperar a

mañana para hablar con ella.

—Dami —dijo Mario, cuando salía por la puerta—: Piénsate bien lo que le vas a decir

mañana, no habrá más oportunidades.

156

Damián levantó la mano dando su aprobación y, cabizbajo, regresó a casa sin Eva. La noche se

le hizo eterna: se puso el disco de soul de Eva. Esa noche, Aretha Franklin, James Brown y Etta

James le acompañarían. Volvió a abrazar la almohada de Eva, inspirando fuerte su aroma y

recordando su sonrisa. Nunca antes se había sentido así, nunca había llorado así por una mujer.

A la mañana siguiente, cuando Mario llegó a la base, vio a Dami en la sala de deporte,

ensañándose con el saco de boxeo. Era una de las maneras más cómodas de quitarse la rabia que

le quemaba por dentro y que no saliera por sus ojos y sí por sus manos...

El día se hizo larguísimo pero intentó cumplir con su deber y, aunque más serio de lo normal,

dio sus clases a los novatos.

Eva se incorporó a su trabajo después de una noche de helados, confidencias y

lágrimas, muchas

lágrimas. Se disculpó mil veces con su jefe por lo del trabajo pero, como el problema estaba

solucionado, el jefe no le quiso dar más importancia; tenía cosas más importantes que atender.

La mañana se hizo eterna e intentó evitar a Pablo y a sus cientos de preguntas.

Regresó a casa de Mario; aún no tenía fuerzas para enfrentarse a su familia y contarles la verdad.

Se tiró en la cama y, entre música y lágrimas, pasó la tarde.

Ya había anochecido y le sonó en el móvil: un Whatsapp de Dami. Le mandaba un enlace a

Youtube y debajo ponía:
«PERDÓNAME». Eva abrió el enlace y comenzó a sonar la canción de

Bryan Adams, *Please Forgive Me*. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Por favor, perdóname.

No sé qué hacer.

Por favor, perdóname.

No puedo parar de amarte.

No me niegues.

Este dolor está siguiendo.

Por favor, perdóname.

Si te necesito como ahora,

157

por favor, cree que cada palabra que digo es cierta.

Por favor, perdóname

No puedo parar de amarte .

Al escuchar esa parte, Eva se rompió y no podía dejar de llorar, pero decidió no

contestar al

Whatsapp. Si Damián creía que todo el daño que le había hecho lo iba a solucionar con una

cancioncita, lo llevaba claro.

Damián, al ver que no le contestaba, mandó otro mensaje al móvil: «¿Sabes? Me estoy

acordando de ti tarareando esa canción que me pedías que te cantara una y otra vez,

chantajeándome con tus besos y una copa de vino en la mano, sonriéndome cuando me hiciste

aprenderme la canción de Bisbal cuando yo la que te quería cantar era la de Marea; al final, no

puedo sacarla de mi cabeza porque esa canción se ha vuelto realidad.

PERDÓNAME». Y, a

continuación, el enlace de Youtube de la canción de David Bisbal, *Mi princesa*.

Qué milagro tiene que pasar para que me ames,

qué estrella del cielo ha de caer para poderte convencer

que no sienta mi alma sola.

*Quiero escaparme de este eterno
anochecer.*

*Dice mucha gente que los hombres
nunca lloran,*

*pero yo he tenido que volver a mi niñez
una vez más.*

Me sigo preguntando,

*por qué te sigo amando y dejaste
sangrando mis heridas.*

*No puedo colmartarte ni de joyas ni
dinero,*

*pero puedo darte un corazón que es
verdadero.*

Mis alas en el viento necesitan de tus besos.

Acompáñame en el viaje, que volar solo no puedo...

Y sabes que eres la princesa de mis sueños encantados.

158

Cuántas guerras he librado por tenerte aquí, a mi lado.

No me canso de buscarte, no me importa arriesgarte

si al final de esta aventura yo lograra conquistarte...

Eva lloró desconsoladamente; se tapó la cara con las manos mientras, entre sollozos, intentaba

tararear la canción... Sintió una mano tocándole las suyas.

—No llores. Tómes la decisión que tomes, siempre serás mi princesa.

Eva miró hacia arriba y vio a Dami allí, a su lado. No podía creerlo, Mario le había dejado

entrar. Ella no podía hablar.

—Eva, necesito hablar contigo —le dijo, besándole las manos—. Porque te quiero

demasiado como para renunciar a algo contigo, porque jamás me he visto en esta situación con

ninguna mujer: solo contigo, Eva.

Porque a tu lado el tiempo pasa tan rápido que al segundo

necesito volver a verte. Porque me pones el corazón a mil con cada sonrisa. Porque siento que no

puedo vivir sin ti. Porque nos miramos y sobran las palabras. Porque, hasta en los malos

momentos, consigues sacarme un sonrisa. Porque me gustan hasta tus defectos, que te hacen tan

especial. Porque estos días me he dado cuenta de que, si te pierdo, pierdo mi vida, mi alegría y mi

ilusión —dijo Dami, sin quitarle la vista.

—Dami —dijo Eva, reprimiendo las lágrimas—: no puedes dejarme tirada a la primera de

cambio, no puedes descargar tus malos días conmigo, no puedes ignorar las discusiones y cerrarlas

con un «ya se acabó la relación», porque no quieras enfrentarte a ellas. No tenemos quince años,

Dami, no puedes ponerte celoso porque
hable con un amigo. ¿Cuándo vas a
meterte en la cabeza

que solo tengo ojos para ti?

—Cariño, tienes razón. —Le acaricia
las manos y las pone entre las suyas—.
Uno de los

placeres de mi infancia fue dormir entre
los brazos de mi abuela, siempre me
cantaba y hoy

recordé esto...

A un cariño verdadero,

siempre tienes que querer,

*que el jardín que bien se cuida,
no deja de florecer...*

—Ahora entiendo qué decía mi abuela cuando cantaba. Si me das la oportunidad de

demostrar que eres importante para mí, prometo hacerte el jardín más bonito, con las mejores

flores... Eva no puedo vivir sin ti, perdóname. Te demostraré cada día, cada segundo, lo que te

quiero, pero déjame compartir mi vida

contigo —dijo Dami, con los ojos vidriosos.

—Dami, yo... —dijo Eva, mirando hacia otro lado. No soportaba verle llorar.

—¿Necesitas tiempo? Yo te lo doy, Eva. Si necesitas espacio para pensar, también te lo

doy. Lo que yo siento por ti no va cambiar. Estoy enamorado hasta las trancas, Eva —dijo,

cogiéndola por la barbilla, haciendo que le mirara a los ojos y sintiendo cómo ese nudo que

llevaba todo el día en el pecho le

apretaba cada vez más. Sentía que se le rompía el corazón de

amor, nunca había sentido esa sensación con nadie

—No necesito tiempo, Dami, no necesito espacio, porque los espacios en los que no estas

tú, para mí están vacíos. Porque si tú no estás cerca, mi sol, los días están tristes y apagados,

porque tú eres la luz que me iluminas con tus sonrisas y enciendes mis días — dijo, a la vez que las

lágrimas brotaban de sus ojos.

Damián no la dejó continuar; llevaba días soñando con besarla, con tenerla entre sus brazos.

Acercó los labios y la rozó, le mordió el labio superior levemente, pasó su lengua por el inferior

y poseyó su boca.

Eva le cogió la cara entre sus manos y le correspondió con el beso, se abrazó fuerte a él.

—¿Te he dicho que te quiero más que tocar las estrellas?

Damián sonrió por primera vez en días y, atrapando el cuerpo de Eva debajo

del suyo:

— No sabes lo que me gusta cuando arrugas tu naricilla —dijo, pasándole a mano por la

mejilla y dándole un toque en la nariz, mientras volvía a besar su boca.

160

Eva pasó las manos por debajo de la camiseta de Damián y le acarició la espalda; sentía cómo

Dami le iba dejando un reguero de besos por el cuello dirigidos hacia su escote que provocó que

se le erizara la piel.

—Cariño, ¿esto significa que volvemos a estar juntos? —dijo Dami, mientras besaba

alrededor del ombligo de Eva y le hacía estremecer.

—Mi sol, ¿acaso podría ser de otra manera? —contestó Eva, con la voz entrecortada y

revolviendo el pelo de Dami.

—Pues prepárate, cariño: a partir de hoy, me tomo en serio la labor de convertirme en padre

—dijo, desabrochándole el pantalón, deslizándose por su tersa piel y echándolo al suelo.

Eva separó las piernas para que el cuerpo de Dami se acomodara al suyo. Mientras le abrazaba

fuerte y le quitaba la ropa, le susurró, rozándole con los labios:

—Tener un pedacito tuyo creciendo dentro de mí será el mejor de los regalos que podrías

hacerme.

Dami sonrió y comenzó a penetrarla; entraba una y otra vez, mientras besaba

su piel. Sus

gemidos de pasión le estaban volviendo loco, entraba y salía de ella con movimientos rítmicos y

cada vez más fuertes.

Sus cuerpos se dejaban dominar por el momento y se estremecían con cada caricia y beso. Eva

se abrazaba al torso de Dami y acompasaba sus movimientos, besaba su boca a cada embestida,

disfrutaba por cada poro de su piel, de cada caricia en su espalda.

—No sabes lo que te he echado de menos, pequeña —dijo Damián, sonriendo y dándole un

azote en el trasero.

—¡Auuucchss! —dijo Eva, sonriéndole —. Tú no sabes la de veces que he vivido en sueños

este momento. Te necesito, Dami —dijo, dando un pequeño mordisco en la barbilla y moviéndose

para darle más profundidad.

Se mordían los labios húmedos. Se perdieron entre sus caricias.

La habitación se llenó de gemidos de placer.

161

Eva cerró los ojos y un escalofrió los inundó al llegar al clímax.

Sus cuerpos continuaron abrazados durante unos minutos. Dami comenzó besarla por el cuello.

—Me has hecho tocar las estrellas, Dami —dijo, sonriendo, Eva.

—Esto no ha hecho más que empezar, pequeña: hoy habrá más eclipses, amor.

162



La noche había sido larga, intensa, llena de caricias y besos. Había sonado el despertador para

irse a trabajar y, al despertar, Damián vio que Eva le estaba observando.

—Buenos días, pequeña. ¿Qué miras?
—dijo Dami, sonriendo.

—Buenos días, cariño. Estaba observándote mientras dormías porque me desvelé; me gusta

ver cómo arrugas la naricilla entre

sueños, cómo das esos ronquiditos y después sonríes. Me gusta

abrazarte fuerte mientras poso mi cabeza en tu pecho y se me escapa un suspiro, mientras te beso

rozándote los labios para no despertarte y al final... con una sonrisa tonta... acabo besándote.

—¿De verdad hago esos ruidos? Será porque estoy un poco acatarrado. A mí me encanta de

ti esa sonrisa juguetona que se te pone en cuanto mis labios rozan tu piel por las mañanas y

aparecen esos puntitos, que son la señal de que te está gustando —dijo Dami, haciendo dibujitos en

la piel de Eva con su dedo.

—Al final, llegamos tarde. Venga, perezoso, levanta de la cama y vamos a desayunar.

—¡Ostras, estamos en casa de tu hermano! Mierda, ese solo compra el As; ya me he

quedado sin ver las noticias.

—Venga, no pongas excusas y vamos a bajar, que tengo hambre.

—Voy a la ducha primero, a ver si puedo quitarme hoy esta cara de alelado, ya que la

felicidad invade mis entrañas. Hay que joderse... Si hasta empiezo a hablar como un pringadillo

amoñao —sonrió Damián.

—Pues entonces te dejo, que no llego. Pasa un maravilloso día, mi sol. Te quiero mucho —

contestó Eva, dándole un largo beso en los labios.

—Que tengas un feliz día. Te quiero, pequeña; voy a ponerme las pilas. —La agarró por la

cintura y mordisqueó sus labios, para después recibir tan ansiado beso.

Eva salió corriendo de la casa, no quería llegar tarde a trabajar.

Damián, después de tomar una ducha, bajó a la cocina a desayunar donde ya se encontraba

Mario.

—¡Buenos días, cuñaaaooo! —dijo Damián, dándole un palmadita en el hombro a Mario.

—Buenos días, capullo. Que sepas que es la última vez que te ayudo con mi hermana; como

haya una próxima vez, haz cuenta que te quedas sin miembro. ¿Entendido?

—Joder, qué positivo te has levantado, Mario.

—¿Entendido, Dami? —volvió a preguntar Mario.

—Que siií, entendido: no habrá próxima vez.

—Por la cuenta que te tiene, machote —respondió Mario, dándole ahora él las palmaditas en

la espalda a Damián.

—Que sí, venga, vámonos a currar, que hoy hasta tengo ganas —se carcajeó Damián.

—Yo hoy estoy nervioso, tengo el examen de ascenso —contestó Mario.

—Colega, tranquilo, seguro que lo bordas y te tengo dándome por culo y mandando más que

López —bromeó Damián, intentando que Mario se relajara.

—Eso espero, bordarlo; llevo un montón de meses sin dormir bien para prepararlo —esbozó

una sonrisa Mario.

—Bueno, tú haz el examen lo mejor que puedas y pronto lo estaremos celebrando —afirmó

Damián.

—Venga, deja de comer y vamos, que al final llego tarde, zampabollos —rio Mario.

Los meses siguientes fueron pasando rapidísimo; la pareja nunca había estado tan bien,

disfrutaban cada segundo de estar juntos, de la familia y de los amigos.

Mario había aprobado el examen de ascenso: ahora era jefe de sus amigos. Había llamado a Inés

para contárselo; estaba en un curso en Barcelona y se puso súper contenta. A su regreso lo

164

celebrarían como se merecía. Después llamó a Eva para darle la noticia; llevaba días sin saber de ella.

—Hola, preciosa, te tengo un notición
—le dijo Mario nada más descolgarle.

—¿No me digas que te ha tocado la lotería? —dijo Eva, con tono alicaído.

—Va ser que no, no suelo jugar mucho yo a eso —sonrió Mario—. Es algo mejor. ¿Estás

bien, Eva?

—Sí, hermanito, estoy bien; es que acabo de vomitar un poco, creo que no me ha caído bien

el desayuno. Venga, dime, que me tienes intrigada —contestó Eva, impaciente.

—Tienes que cuidar lo que comes, Eva. Bueno, redoble de tambores...: he aprobado el

examen, he subido de teniente a capitán.
Ahora puedo putear a tu novio —rio
Mario.

—Eso lo hago yo sin exámenes —rio
Eva—. No sabes lo que me alegro,
hermano, te lo

mereces porque te lo has currado. Eres
un crack, hermanito. ¿Vas a celebrarlo?

—Sí, esta noche he quedado con los
chicos para tomarnos unas birritas.
Miguel se queda con

papá y mamá, Inés sigue de curso en
Barcelona.

—¡Qué bien te lo montas! Disfruta de

esas birritas, capitán; a tu hermana le debes una

mariscadita de las buenas —rio Eva.

—Eso está hecho, hermanita. Tengo que dejarte, el deber me llama. Chao, preciosa —dijo,

antes de colgar.

— *Chauu, bakalauu* —le dijo Eva riendo y colgó el teléfono.

Los chicos decidieron salir de cervezas, para celebrarlo.

Las chicas decidieron darle una sorpresa a Eva. Fueron a buscarla a

casa, la hicieron vestirse y

maquillarse y se la llevaron de marcha.

—¿Dónde me lleváis, locas? —rio Eva, tan emocionada como una quinceañera.

—¡Sorpreesaaa! —se carcajeó Ana, guiñando un ojo a las demás.

—¡Te va a encantar, hermanita! —contestó Laura, cogiéndola de la mano.

165

—Señorita Muñoz, ha llegado a su destino —rio Elsa, parando el coche justo delante de un

local de Arguelles llamado *Marcus Boys*.

—¿En serio? ¿Me traéis a un *boys*? — dijo Eva, con los ojos como platos.

—No, guapa, tú eres la excusa para que nosotras vengamos. Venga, ¡baja yaa! — le dijo

Laura, ayudándola a bajar del coche.

—Peeroo... —dijo Eva, cuando la interrumpió Montse.

—Ni pero, ni pera. Tira para adentro — la empujó Montse.

Un chico guapísimo, todo musculado, sin

camiseta, con pajarita, bien bronceadito
y repeinado,

las invitó a entrar.

—Buenas noches, soy Paolo.

Acompáñenme —dijo, señalándoles el
camino hacia el interior

del local.

—Ma-dre-mí-a —logró balbucear
Montse, haciendo reír a todas y sin
poder quitar ojo del

culo de Paolo, que iba delante de ellas.

Paolo las acompañó a una mesa, donde
las acomodó.

—Espero que disfruten de la noche —
dijo, antes de despedirse.

—Si todo es tan visible como tú, dalo
por hecho —dijo Laura, guiñándole un
ojo.

—Oye, pues el local está muy chulo —
dijo Eva al entrar.

—Joder, te traemos a un sitio lleno de
tíos buenos sin camisa y ¿solo se te
ocurre decir que el

local está muy chulo? —dijo Ana en
tono sarcástico.

—La madre que la parió —rio Elsa.

—Eva, ¿pero tú has visto qué *ganao* hay aquí? —dijo Montse, al ver pasar a los chicos de

una mesa a otra.

—Morenazo, cinco mojitos para esta mesa —gritó Laura a uno de los chicos que pasaban

por delante, a lo que él respondió levantando el pulgar y yendo a buscarlos.

—¿Yoli por qué no ha venido? —preguntó Eva, de repente.

—Martín ha conseguido entradas para *El Intérprete*; ya sabes la ganas que tenía de ir —le

dijo Elsa.

—Ella y todas; me encanta Asier. Ya podía haber avisado, el jodío de Martín —dijo Eva,

decepcionada; nunca había conseguido entradas para esa obra, por más que las buscaba.

—¿Te imaginas a Martín con todas en el teatro? Creo que ya sé porqué no ha dicho nada —

comenzó a reír Montse.

—Pues la próxima salida, al teatro, chicas. También tengo ganas de ver *El Eunuco*; a ver si

con esta tenemos más suerte y pillamos entradas —dijo Eva, riendo, imaginando a Martín con

todas.

La sala comenzó a llenarse, el espectáculo estaba apunto de comenzar. Paolo les llevó sus

mojitos a la mesa.

—Perdonad, preciosas —dijo, esbozando una sonrisa Profident.

—Estás perdonado: hazme lo que quieras —cortó Montse, sonriéndole. Paolo le sonrió y

prosiguió con lo que estaba diciendo.

—Me gustaría saber si alguna de vosotras se ofrece voluntaria para subir al escenario —dijo,

mirándolas a todas.

—¿Cómo? ¿Con un buenorro?

Apúntanos pero ya a esa lista —dijo Ana, con la boca abierta.

—¿Pero estáis locas? —dijo Eva.

—Loca estás si no aprovechas esta

oportunidad, hermanita —dijo Laura, animándola.

—Explícanos qué tendríamos que hacer, guapo —preguntó Elsa, intrigada.

—Está el espectáculo del *striper*; ahí solo puede subir una, y un espectáculo cómico en el

podríais subir todas —explicó Paolo.

—Mejor el cómico, ¿no? Así vamos todas juntitas... —contestó rápidamente Eva.

—Aguafiestas —replicó Laura.

—Venga, hermanita, no te enfades;

seguro que encuentras la manera de ver
más de cerca

esos cuerpos —guiñó Eva.

167

—Os aviso cuando tengáis que subir —
dijo Paolo, desapareciendo entre las
mesas.

Las luces de la sala bajaron y comenzó a
sonar la canción *Black in black* de
AC/DC al ritmo de

un rubio de pelo largo con cuerpo
escultural, vestido de bombero, comenzó
a desmelenarse por el

escenario.

Las chicas de la sala enloquecieron cuando comenzó a quitarse ropa al ritmo de *You can leave*

your hat on, de Joe Coker.

—¿Esta canción es la de *Nueve semanas y media*? —preguntó Elsa.

—SSSSHHHH, ¿tú crees que estamos escuchando la canción? —rio Ana.

Paolo apareció en su mesa.

—Chicas, acompañadme, que os vamos a necesitar ya —dijo sonriendo.

—Jodeeer, me voy a perder el final del bailecito —replicó Montse, mirando de reojo al

escenario mientras acompañaban a Paolo.

—¿Te has apuntado los pasos, Eva? —rio Laura.

—Sí, los tengo grabados en mi mente, graciosa —contestó Eva.

Antes de entrar al escenario les hicieron disfrazarse con pelucas, gafas gigantes, boas de plumas

y demás enseres propios de un carnaval.

Subieron al escenario y estaban dos chicos guapísimos, también con un pantalón negro, sin

camiseta y con pajarita al cuello. El espacio cómico era dirigido por una *drag queen*, que las hizo

llorar de la risa. Hicieron «el baile del huevo», el de «¿cómo se mata el gusano?», con el que

Laura casi se queda sin cadera, el «pollo loco» e infinidad de locuras que jamás hubieran pensado

que harían sobre un escenario con público.

Cuando acabó el *show*, las chicas volvieron a su mesa y las invitaron a otra copa por colaborar en el espectáculo.

Vieron los demás pases de los chicos, entre risas, gritos y silbidos. La noche era perfecta.

Al salir del local, les dieron invitaciones para volver otro día. Las chicas reían a carcajadas al recordar cómo lo habían hecho sobre el escenario.

—Bueno, ¿vamos a tomar unas copas ahora al *Doblón*? —Animó Ana a las chicas.

—Venga, me apetece mucho mover el esqueleto —dijo Laura.

—Sií, siií... Tú lo que quieres es ver al camarero de siempre y que te ponga mucho hielo —

dijo Montse, provocando la risa entre las chicas.

—Me has pillado, pero también quiero mover el esqueleto, ¿eeh? —rio Laura con todas.

Las chicas entraron en el local, que

estaba decorado como un barco pirata;
había buen ambiente y

buena música ¿Qué más se podía pedir?

Las chicas se movían al ritmo de Pitbull
con *Fireball* cuando, de repente, Laura
notó cómo

alguien la cogía por la cintura y le
susurraba al oído.

—El destino ha vuelto a unirnos,
preciosa.

Laura se giró rápidamente; esa voz hizo
que se le erizara el vello.

—¡Alberto! ¿Cómo tú por aquí? —dijo,

sorprendida, y sin pensárselo dos veces
le plantó un

beso en la boca.

Las chicas los miraban con la boca
abierta.

—Si llego a saber este recibimiento, te
hubiera buscando antes —dijo Alberto,
correspondiéndole el beso.

—¡Ya tu sabes, mi *amool*, Laura es una
caja de sorpresas! —dijo Montse al
escucharlos.

—¿Algo que contar, hermanita? —dijo
Eva, todavía sorprendida por cómo le

había besado.

—¿Qué queréis saber, cotillas? ¿No os acordáis de Alberto? El chico del karaoke —dijo

Laura, haciéndose la tonta.

—El chico de la sintonía del baño —rio Ana al recordar la situación.

Alberto se iba poniendo cada vez más colorado.

—El chico del placer —se carcajeó Montse.

—Vale, chicas, que me lo acobardáis —
Laura intentó, sin éxito, cortar las

bromas sobre la

situación del karaoke.

—Voy a por una copa, ahora vuelvo —
dijo Alberto y desapareció entre la
multitud.

169

—Cuenta, cuenta Laurita... ¿Qué
escondes? —dijo Elsa.

—¿Esconder? ¿Tú me has visto a mí
esconderme? —contestó Laura.

—No te desvíes y contesta, Laura —dijo
Eva.

—Alberto y yo hemos quedado un par de veces después del karaoke. Eso es lo que queríais

saber, so lagartas —se envalentonó Laura a decir.

—¿Que habéis quedado? ¿En plan novios? —interrogó Ana.

—En plan amigos con derecho a... pasar un buen rato juntos — rio por lo bajini Laura.

—¿Y? —preguntó Eva.

—¿Y qué? —contestó Laura, un poco agobiada por las preguntas.

—¡Que si vais en serio —volvió a preguntar Eva.

—Eva, corazón: a mi edad, con un hijo y sin pareja, de momento a lo que voy a es a dar una

alegría a mi cuerpo —dijo, sonriéndole.

—Entonces, ¿no voy mirando modelito para el bodorrio? —dijo Ana.

—¿Estáis locas o qué? Que solo hemos quedado un par de veces; unas cenitas, buen sexo y

él a su casa y yo a la mía —dijo Laura seriamente.

—Vamos, que os estáis conociendo —
sonrió Elsa.

—Digamos que sí, y se acabó el temita,
que viene ya —cortó Laura.

Las chicas rieron y bailaron hasta altas
horas de la mañana.

Laura se retiró con Alberto entre las
bromas de las chicas, que les decían que
donde estuviera el

romanticismo de un baño público, se
quitara una cama.

Las demás regresaron juntas.

Al llegar a casa Eva se encontró a

Damián esperándola en el sillón.

—Jodeer, qué susto me has dado. ¿Qué haces ahí, a oscuras? —dijo Eva.

170

—¿Que qué hago? Eva, ¿tu móvil es de adorno? Te he llamado mil veces, estaba preocupado. He vuelto a casa y no estás, no has dejado ni una nota y no contestas el teléfono. ¿Qué

quieres que haga? —dijo, muy serio, Damián.

—Lo siento, cariño; las chicas vinieron de repente y... ¿Me perdonas? —dijo,

abrazándole.

—Estas tres horas de espera se me han hecho eternas, Eva; he pensado que te podía haber

pasado cualquier cosa —dijo, besándola por el cuello.

—Lo siento, cariño —dijo Eva, deleitándose con cada beso que recibía.

—Tendrás que demostrarme cuánto lo sientes —sonrió pícaramente Damián.

—Se me ocurren mil maneras de demostrártelo —contestó Eva, mordisqueándole el lóbulo

de la oreja.

—¿En serio? Empieza —consiguió decir Dami, cada vez más excitado.

Eva le rozaba con sus labios esas partes que sabía que eran sus puntos débiles: cuello, lóbulos,

barbilla. Las mordisqueaba y las besaba.

Damián no podía dejar de besarla y acariciarla; a veces pensaba que le tenía hechizado.

—Cariño —dijo Damián, atrapándola entre sus brazos—, hoy hay eclipse, amor.



Eva llevaba varias semanas vomitando, pero no quería ir al médico; pensaba que era un virus de

gastroenteritis como el que había pasado su compañero Pablo y que se lo había pegado. Llegó

cansada a casa y, mientras esperaba a Damián, se dio un baño relajante.

—Holaaa, ya estoy en casa —dijo Damián al entrar.

Eva salió de la bañera y se puso sus braguitas y su camiseta de algodón blancas.

—Hola, cariño, enseguida salgo —gritó desde la habitación—. Mmmm... Qué bien huele —

dijo, entrando en la cocina.

—Sí, pequeña, hoy libramos de cocina. He encargado una tortilla de patatas a Esteban, el

del bar; llevo todo el día con antojo, y una racioncita de oreja en salsita... — dijo, relamiéndose

solo de pensarlo.

—Huele que alimenta. ¿Cenamos ya? —
dijo Eva, hambrienta.

—Espera un momento, primero me
ducho, que luego me da pereza y así,
después de cenar,

nos tumbamos en el sillón un rato —dijo
Dami, dirigiéndose a la ducha.

—Venga, espabila, que no se cuánto
resistiré —contestó Eva sonriendo.

Pero no mentía Eva cuando lo dijo;
apenas había subido Dami a ducharse,
comenzó a probarlo.

—Huuuummmm, ¡qué bueno está, por
favooooor! —decía mientras cortaba

trocitos pequeños

de tortilla y los engullía sin apenas masticar—. HUUUUUMMM y esta orejaa... Esto debería ser

pecado comerlo, pensaba Eva, dando cuenta de ella.

Damián salió de la ducha y bajó a la cocina.

—Perooo, peee... Pero, ¿Eva? —dijo, sin podérselo creer.

172

—¿Siiií? —dijo Eva mientras estaba concentrada mojando pan en la salsita

de la oreja.

—¿Cómo que siií? Que te has comido tú solita la oreja y la tortilla de cuatro huevos... Eva,

esto no es normal —dijo Dami, intuyendo lo que podía pasar.

—Ostraaas, lo siento, cariño, no me he dado cuenta; he empezado y estaba tan buena que ni

me he enterado de que me la terminaba —dijo, un poco asombrada de no haberse percatado de

que había terminado con todo.

—Mira, no quiero mosquearme, Eva; voy a por otra antes que cierre el bar. Ahora vuelvo.

Dami cogió las llaves del coche y salió por la puerta a buscar, otra vez, la cena.

No había pasado ni una hora cuando estaba de vuelta en casa.

Dejó la comida en la cocina, la traía reciente. Había tenido que esperar a que se la hicieran otra

vez.

—¡Evaaaaa! —La llamó, al ver que no estaba en la cocina.

—Estoy arriba, en el baño, echándome un *serum* que me he comprado para las arruguitas de

la cara —dijo, sonriendo, al ver cómo la miraba echándose los potingues en la cara.

—Eva, cariño —comenzó a decir Damián, serio.

—¿Qué pasa? No me asustes, Dami —contestó Eva, soltando todo al ver la voz que ponía

Damián.

—Pasa que creo que tus vómitos no son una gastroenteritis, creo que mis

soldaditos han

dejado de ser de fogueo, así que... —
dijo, sacando una bolsa de la farmacia
—, quiero que te

hagas la prueba de embarazo.

—¿Pero estás tonto o qué? —dijo Eva
mirándole, asombrada—. Que no estoy
embarazada,

hombre... Lo notaría; esto es el virus que
ha tenido Pablito, que me lo ha pegado y
por eso me

paso el día vomitando, pero no estoy
embarazada.

—Bueno, pues hazlo y nos quedamos tranquilos —dijo, sacando el test de embarazo de la caja.

—Te he dicho que no, déjame tranquila —insistió Eva.

173

—Pero, mujer, que no te cuesta nada echar aquí una meadita —decía Dami mientras la

seguía con el test en la mano por toda la casa.

—Que eso vale mucho como para usarlo

sabiendo que lo que tengo es una gastroenteritis,

pesaooo —dijo Eva llegando al sillón.

—Me da igual lo que digas, Eva; te lo vas hacer sí o sí —afirmó Damián.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a obligarme? —sonrió Eva maliciosamente.

—Pues así —dijo Damián, abalanzándose sobre ella y haciéndole miles de cosquillas a las

que sabía que Eva no podía resistirse, hasta el punto de hacerse pis.

Dami no paró de hacerle cosquillas, los

dos estaban tirados por los suelos hasta que, al final,

Dami consiguió su propósito: Eva se hizo un poco de pis justo al tiempo que Dami ponía el test

y conseguía activarlo.

—¡La madre que te parió, Damián! Que has hecho que me meara —dijo Eva, muy

enfadada.

—Cariño, ha sido por una buena causa —dijo, dejando el test sobre la mesa del salón—.

Además, ahora te das una agüita en la ducha y solucionado. Pone que entre cinco y diez minutos,

te da tiempo a esa ducha —dijo Damián, nervioso.

Eva subió a ducharse y, cuando salió de la ducha, oyó a Dami gritar de alegría.

—¡Tomaa! Soy un machote, dos rayas, ¡gemelooos! Pero qué macho que soy, cagüen la

hostia —decía Damián mientras Eva bajaba rápidamente por las escaleras.

—¿Qué dices, Dami? —preguntó Eva, al llegar al salón.

—¡Hostia! ¡Hostia, qué fuerteeee! ¡Pero si al final sí sirven mis soldados!

¡Cariñooooo, estoy

tan emocionado! Vamos a ser padres —
Damián abrazó a Eva y dio vueltas con ella—. ¡Al final lo

hemos conseguido, pequeña!

—Pero, ¿cómo me dices esto así? ¡Sin anestesia ni nada! Aiins, Dooos, qué emoción...

¡Cariño, que voy a ser mamá! —Eva no podía dejar de abrazar y besar a Damián.

—¡Sí, cariño! ¡Por fin, después de unos meses intentándolo, me acabas de hacer el hombre

más feliz del mundo! ¡Te quiero, cariño!
¡Gracias, gracias...! —la besó Damián.

—Te quiero, cariño; gracias por hacerme tan feliz. Ahora ya sí que voy a tener un pedacito

de ti —sonrió Eva—. Te quiero, soy inmensamente feliz. ¿Se lo decimos a la familia ahora?

—No, cariño; ahora solo quiero disfrutar de esta gran noticia contigo y celebrarlo los dos

juntos, como nos merecemos... Ya mañana les diremos... —Dami volvió a besarla.

—Está bien, Dami; se van a volver locos de alegría cuando se enteren — dijo Eva,

emocionándose.

—Cariño, puedes comerte la tortilla otra vez, si quieres. Estoy tan feliz que se me ha

quitado hasta el hambre —dijo Damián, tocándole la barriguita y besándola.

—Ahora ya sé que este pequeño *alien* es el causante de mis vómitos —sonrió

Eva.

—¿*Alien*? Me gusta, aunque creo que en el registro no nos van a dejar ponérselo —rio

Dami.

—Sí, cariño, es nuestro *alien*; lo llevaré en la barriga hasta que quiera salir, será el causante

de mi mal humor, de que acabe con todos los platos habidos y por haber y el causante de los

vómitos. Un alienígena que me invade dentro de mi ser y del que estoy orgullosa de llevar en mis

entrañas, porque ese pequeño *alien* es la muestra de nuestro amor, es un pedacito de cada uno de

nosotros y, estoy segura, la mayor alegría de nuestra vida.

—Cariño, no te puedes imaginar lo inmensamente feliz que me has hecho. Llevando ese

alien en tu interior, ahora tengo que cuidarte por dos —dijo Dami sin poder parar de sonreír,

acariciarla y besarla por todo el cuerpo.

—Cariño, abrázame fuerte —dijo Eva, cerrando los ojos.

Damián la rodeó con sus brazos y la apretó fuerte contra su pecho, besándola en la cabeza y

después en los labios.

—No quiero olvidar nunca este momento —sollozaba Eva, aferrándose al cuerpo de

Damián—. No me sueltes, cariño.

175

—Tranquila, pequeña, no te soltaré.

Pasaron la noche abrazados, imaginando cómo sería su bebe, hasta que Morfeo les atrapó en un

sueño profundo que fue interrumpido por el horrible ruido del despertador.

Damián se despertó temprano, le preparó un zumo natural de naranja a Eva, con tostadas y café

y se lo llevó a la cama.

—Buenos días, pequeña. Te dejo aquí el desayuno; yo me tengo que marchar ya o no llego

a la base —dijo, mirándola embobado.

—Huuuummmm, qué bien huele —dijo Eva, incorporándose en la cama y mordiendo una

tostada.

—Luego te veo, pequeña. —Damián se acercó a ella y la besó en los labios antes de

marcharse a trabajar.

Eva tardó menos de cinco minutos en expulsar ese maravilloso desayuno por su boca. Se dio una

ducha, se vistió y se fue a trabajar.

Damián llegó de los primeros a la base; estaba pletórico.

¡Qué mujer, por favor! Aparte de tenerme loco, ha conseguido que un

servidor, aquí presente, ¡la

deje preñada!, pensaba sonriendo
Damián. Nadie se puede hacer idea de
cómo me siento, ya que

cada día veía más y más difícil
conseguirlo y no porque no pusiera
empeño, sino porque tanta

juerga en mi juventud, creo que tenía
emborrachados a mis soldados y, en vez
de ir en línea

recta, se torcían para todos los lados.
¡Pero por fin he dado en la diana!, rio
Damián,

dirigiéndose al despacho de Mario.

Voy a ver si encuentro a mis compañeros y les doy el notición. ¡Seguro que Mario se va a

alegrar un montón!

Damián golpeó la puerta del despacho de Mario y entró dentro.

—¡Buenos díaaaaas! ¿Se puede?

Mario vio entrar a Damián con una sonrisa de tonto en la cara.

—¿Qué pasa, mamonazo? ¿Vienes a tomar el café? Vamos...

—Venga, vamos, que hoy el café viene con sorpresa —dijo Damián.

A Mario le sonó el busca justo cuando estaban saliendo del despacho; lo miró y golpeó la

espalda de Damián.

—Lo siento, colega, el café tiene que esperar; tengo una emergencia que resolver.

—No te preocupes; esta tarde quedamos para tomar una birrita en casa de Víctor y os

cuento una cosita —se despidió con la mano y fue a buscar a sus compañeros

para quedar.

Eva había quedado con Mario para comer; quería darle la noticia, aunque no sabía cómo sería la

reacción de este.

Mario entró en el bar y pidió un par de cervezas para que se las sirvieran en la terraza mientras

esperaba a su hermanita, impaciente; hacía tiempo que quería estar con ella un rato a solas. La

vio venir; estaba preciosa, como siempre.

Eva entró en el bar corriendo y vio a Mario.

—Holaaa, hermanito, qué ganas tenía de verte... —Mario abrazó a Eva con todo el amor

del mundo.

—Qué ganas tenía de verte a solas. ¡Estas increíblemente guapa! —la besó en las mejillas.

—Uy, uy, uy... Eso suena a que quieres hacerme un tercer grado... —le besa Eva,

sonriendo.

—Pero qué dices, hermanita —Joder, se nota que me conoce. A ver cómo hago para que no

se note, pensó Mario—. Solo quería verte, hace mucho que no quedamos...

Esa sonrisa le está delatando, como que no le conozco yo... pensó Eva.

Me tiene calado, pero tengo que hablar con ella, pensó Mario.

—Tu sobrino está estupendo —sonrió —, con ganas de ver a su tía, ya sabes. ¿Y tú?, ¿cómo

estás? ¡Te veo radiante!

—Yo me siento genial... Pásame un trozo de queso azul de ese... y de patatas... — dijo Eva,

mirando los aperitivos.

177

—Ya veo que estás genial y con un apetito enorme ¿Qué pasa?, ¿se te pega de ese

mamonazo o qué? —rio Mario.

—Mmm... Con Damián estoy genial, la verdad es que cada día nos entendemos mejor;

bueno, tiene sus días, para qué nos

vamos a engañar... ¿Vas a comerte esa gominola? No,

¿verdad? —dice Eva, quitándosela de la mano.

—Pero bueno, ¿hasta de las manos me quitas la comida? Me alegra saber que estáis bien; si

yo no digo que no haya amor entre vosotros, sino que debéis formalizar las cosas para evitar

problema. Pero no me gusta estar enfadado contigo y lo sabes, no lo soporto.

—Tengo hambre, hermanito... Mmm,

pulpo en vinagreta. —Qué rico, pensaba
Eva mientras

bebía cervecita—. Estamos bien como
estamos, no hay nada que formalizar,
Mario. Yo tampoco

quiero enfadarme, tienes que
respetarnos...

—Joder, sí que tienes hambre, te vas a
comer todos los pinchos del bar... Ya sé
que tengo

que respetar vuestra decisión, pero
sabes mi manera de pensar y la de la
familia también. Mira

cómo se puso papá la última vez.

—Pero no podéis dirigir mi vida y la de
Damián enfadándoos... Déjame que
coma, que

tengo hambreee... Son... los nervios.

—A ver: yo no dirijo la vida de nadie,
pero entiende las cosas y no seas tan
cabezota. Las

vidas pueden seguir igual, pero mucho
mejor si lo haces bien. Y déjame algún
pincho, que vengo

de hacer maniobras y también tengo
hambre.

Si tenía yo razón con el tercer grado,
pensó Eva.

—Deja de ponerme nerviosa y te dejo comer algo, que si estoy nerviosa me da por comer...

¡Camarero! Traiga otras dos cervecitas y seis pinchos.

A ver si así se olvida del temita boda, suspiró Eva.

—Venga, vamos a brindar. ¡Por nosotros! —dijo Mario, alzando la jarra de cerveza—.

¡Venga, de un trago! ¡Camarero, otra ronda de cervezas! Y deja de estar nerviosa, que no tienes

porqué estarlo.

—Vaaaa, de un trago, que no se diga que los Muñoz no tenemos ovarios, bueno, pelotas,

bueno... Tú me entiendes... ¿Nerviosa yoo? *Naaaá* —dijo Eva, pensando que contarle lo de su

embarazo después de tener esta charla, no era lo más adecuado. Ya encontraría el momento.

—¡Venga, que no se diga! ¡Otra ronda más! Ya veo que no estas nerviosa. ¡Bah! Yo invito,

que he subido de rango, hermanita —

dijo, pellizcándole el moflete y sonriendo—. ¿Te apetecen

unas raciones? Ya que veo que tienes hambre... —dijo, acercando una ración de jamoncito a la

mesa.

—Ostraaas, qué bueeenoooo, trae para acaaaaá; si lo ve uno que yo me sé...

¡Otraaa ronda!

—¡Qué manera de comer jamón! ¡Venga, a brindar otra vez, me encanta estar contigo de

cañas, hermanita! ¡Por nosotros y por estos buenos momentos juntos!

—Hermanito, te voy a invitar a unas bravas que lo vas a flipar —dijo Eva, pidiéndolas—.

Brindemos por nosotros, hip.

—¡Me encantan las patatas bravas!
¡Vamos, otra ronda, hermanita!

—Mario, ¿se mueve el suelo? Me encuentro un poco mareada.

—¿El suelo? Qué dices, hermanita; creo que no estás bien... Debería llevarte a casa.

—Aiiins, creo que voy a... Creo que...
¡Buuuuuuuaaaaggggg, buuuuuaaaaggg! —
Eva, sin

poder evitarlo, comenzó a vomitar.

—¡La madre que te parió, Eva! ¡Me has vomitado encima de los pantalones!
Será mejor que

nos vayamos. —Mario la cogió en brazos y se la llevó hacia el coche; la sentó y le puso el

cinturón—. Vamos, te acerco a tu casa; quiero asegurarme de que estás bien.

—Siiií, por favor, llévame a casa.

179

—19—



Mario dejó a Eva en casa para que descansara; creía que había bebido demasiado. Después

se dirigió a casa de Quique, donde habían quedado para tomar una birras fresquitas. ¿Qué

mejor que disfrutar con los amigos después de un duro día?

—¡Diooos, qué fresquitaaa! —dijo Mario, dando un trago largo a la cervecita que le

había ofrecido Quique—. ¿Qué será eso que quiere contarnos Dami y que le

cambia la cara?

—Será que ha traído callos de su madre
—sonrió Quique—. Eso le cambia la
cara

siempre que viene con esa comida.

—Joder, esperemos que los haya traído,
son los mejores que me he tomado en la
vida

— contestó Víctor, dando otro largo
trago a la cerveza.

—Buenas, colegas, ¿hay alguna cerveza
fresquita? Vengo asado en el coche —
dijo

Mario nada más entrar.

—Yo siempre tengo las cervezas fresquitas, mamonazo —respondió Quique.

—¡Eso se merece un brindis! —dijo, alzando la jarra helada, Víctor.

—¡Qué pasa, colegaaas! —sonrió Damián, entrando por la puerta.

—¡Ya era hora de que aparecieras, capulloo! —le palmeó la espalda Quique.

—Venga, saca los callos y alégranos el día —se apresuró a decir Víctor.

—Con lo que os tengo que decir, vais a flipar —Damián no podía dejar de sonreír.

Quique miraba a Víctor

—Tío, este viene con las manos vacías.

Damián se giró hacia Mario y abrió los brazos.

180

— ¡Mariiiiiioooo!

—Joder, para que venga con las manos vacías, ya tiene que ser importante — dijo

Víctor, siguiendo con la mirada a
Damián.

—Entonces, ¿por qué cojones está tan
feliz? —susurró Quique.

—Joder, al final estamos todos —sonrió
Mario— ¡Venga, jarras arriba!
Brindemos.

¿Qué pasa, mamonazo? ¿A qué viene el
abrazo?

—Eso, eso, primero brindemos por
nosotros —decía, sin parar de sonreír,
Damián.

—Hostiaa, ¿ya viene borracho? —dijo,
boquiabierto, Quique.

—No lo sé, mamonazo, pero que no traiga los callos no es buena señal — dijo, entre

dientes, Víctor.

—Colegas, Mario —sonrió Damián—. ¡Que he preñado a tu hermana!

—¿Qué? —dijeron Quique y Víctor al unísono.

—¡La madre que te parió, cabrón! ¿Qué dices? —Y, sin pensarlo dos veces, Mario le

dio un rechazazo directo en toda la nariz a Damián.

—Hostiiaas, Mario, tranquilo —dijo Quique, agarrándole el brazo.

Damián intentaba levantarse del suelo. Vaya puñetazo me ha metido, pensó.

—¡Joder, Mario! Ya veo que no te alegras.

—Mario, colega, relájate —dijo Quique mientras intentaba volver a sujetar a Mario,

que hacía el amago de darle otro puñetazo.

—¿Cómo cojones quieres que me alegre? —gritó Mario.

—¿Pero qué cojones te pasa, Mario? —
Damián se tocó la nariz; la tenía
sangrando—.

¡Lo menos me la has roto!

—¡Verás cuando se entere el resto de la
familia! En vuestra situación y después
de lo

que habíamos hablado... —El cabreo de
Mario iba en aumento.

—Deja que te mire, tío —insistió
Víctor, tocándole la nariz.

— Joder, es que no tienes cabeza.
¡Maldita sea! —seguía gritando Mario.

—Capullo, la has liado; voy a la cocina a por un poco de papel para limpiarte la sangre

—se retiró Víctor, al ver que no dejaba de sangrar.

—Mario, ahora ya no te libras de éste ni de coña... Damián, la has cagado tío — intentó

relajar el ambiente Quique.

—Pero, ¿cómo cojones dices que no tengo cabeza? Macho, encima de que me ha

costado un huevo preñarla! —dijo, en tono sarcástico, Damián.

—Venga, Mario, tranquilízate —dijo Víctor, dándole otra cerveza.

—¡No, si encima eres un machote! ¡No te jode! ¡Nenaza! —El cabreo de Mario no le

dejaba relajarse.

—No entiendo cómo estás tan feliz. Se te han acabado las cervezas, las salidas con los

colegas... Vas a vivir en el mundo pañal —contestó Quique, horrorizado.

—Macho, ¿es que no te quedó claro la última vez que hablamos? Si ni siquiera te

quieres casar, ¿cómo vas a ser responsable de un hijo? —le increpó Mario.

—Qué dices, Quique. ¿Cagarla? — contestó Damián, tapándose la nariz con un trapo

de la cocina que le había llevado Víctor.

Víctor se quedó mirando a Quique y le susurró:

— Mamonazo, tú encima animando la fiesta.

—Y dale con casarme... Pero si para tener hijos, lo único que hay que tener es ganas,

¡no papeles! —intentó sonreír Damián.

Quique se acercó al oído de Damián.

—¿Tú has visto cómo están Mario y Almudena de pringaos con los niños?

—Mario, en eso le voy a dar la razón al capullo: no hacen falta papeles para tener hijos

—intentó posicionarse Víctor.

—Lo que hay que ser es responsable y, vamos, Damián no es precisamente un

buen

ejemplo —contestó Mario.

182

—Solo dirás: siií, cariñooo y venga hacer horas extra para comprar pañales —seguía

diciendo Quique.

—No seas egoísta; si no piensas en ti, por lo menos piensa en proteger a mi hermanita

y al bebe, ¿no? —dijo Mario, sin poder dejar de pensarlo.

—Quique, no me jodas, que ya tenemos una edad y a mí me apetecía mucho — dijo

Damián, ignorando a Mario.

—Macho, como dice la señora Paca: «la cagaste, BurtLancaster» —contestó Quique.

—Pues yo le voy a dar la razón a Mario: creo que os toca casaros y dejar asegurados y

protegidos a Eva y al bebe. Últimamente estás muy torpe —rió Víctor.

—¡Vamos, que tengo razón! —No se me pasa el cabreo, todavía le vuelvo a dar

como

siga por ese camino, pensó Mario.

—Yo, te digo lo que veo... Ojeras te esperan, macho —seguía Quique picando a Dami.

—¡Y dale con proteger y proteger! Pero que yo quiero a tu hermana y por supuesto, al

bebé también. Eso, para mí, es proteger —se defendía Damián.

—Quique, tampoco te pases, que no es para tanto. Y Damián, ya veo cómo la proteges; me refiero en el caso de que tú

no puedas. ¡Egoísta! Yo también lo hago con mi

familia, pero el día que no pueda hacerlo, ¡sé que seguirán protegidos, mamonazo!

—Que yo no tengo que casarme por embarazar a tu hermana, eso es algo que viene

cuando dos personas se... Vamos, que no te voy a explicar ese tipo de teoría a estas alturas —

sonrió de medio lado Damián—. ¿Y a ti quién te dice que no voy a estar? ¡Pero si yo no me

voy a ir a ninguna parte!

— Capullo, que todo hay que explicártelo: que se refiere a si te pasa algo en el trabajo,

que a Eva y al niño les quede algo — intervino Víctor.

—¡Vete a la mierda, Damián! Ya sé que quieres a mi hermana, no soy gilipollas, pero

piensa un poco, por una puta vez en tu vida; y piensa en qué pasaría, teniendo en cuenta

nuestra profesión. ¡Somos soldados profesionales de los cuerpos especiales! Y estamos en

alto riesgo todo los días. ¿Dónde los dejas a ellos si te pasara algo?

—¡Aaaaaaaaah! Bueno, si lo que quieres, Mario, es que ponga mi casa a nombre de tu

hermana, vas listo; en todo caso la pondré a nombre del bebe, que ella también tiene una

casa.

Quique se acercó a Víctor riendo.

—Colega, a éste se le acabaron las juergas.

—Joder, si la abandonas estoy yo, mamonazo; además, te corto los huevos. Pero me

refiero a si te pasa algo, ¿entiendes? — resoplaba Mario, a punto de perder la paciencia.

—Mirad, os veo muy tensos. ¿Por qué no nos corremos una juerga de las gordas? —

improvisó Quique.

—Hombre, Mario... El caso... Es que si lo miramos por ese lado... Pues igual un

poco,

pero solo un poco de razón sí llevas...

—cedió Damián, pensándolo—.

Vosotros dos os

divertís, ¿verdad?

—Pero como las de antaño, ¿no,

Quique? —se animó rápidamente Víctor.

—¡NENAZA, tengo toda la razón! —se

iba calmando Mario. A ver si entra en

razón

este cabezota, pensaba mientras bebía

otro trago de cerveza.

—¿Que si me divierto con lo que veo?

Claro: tienes la nariz hinchada, me habéis

alegrado la tarde con el combate de boxeo —se carcajeó Quique—.

Mamonazo,

enhorabuena, se te acabó el dormir.

—Entonces, ¿qué? ¿Brindamos? Porque quiero ir a cambiarme de ropa, ¡que mira

cómo me has puesto la camiseta!

—Lo del dormir no se me acaba; seguro que hay un montón de gente que se va a

ofrecer a ayudarnos, capullo —sonrió

Damián.

—Entonces, ¿quién vota por juerga? —
vitoreó Víctor.

Quique cogió su cerveza para brindar.

184

—Capullo, te dejo una mía, si quieres.
Venga, brindemos por lo poco que vas a
dormir.

—¿Brindar? Te casas, ¿no? Si es así,
¡brindamos! —interrumpió el brindis
Mario.

—Yo voto por la juerga —dijo,

levantando la jarra, Víctor.

—¡Qué manía con la jodida boda! ¡Que yo no me caso! Que solo te he dicho que tenías razón. No confundas términos.

—¿Qué dices, mamonazo? —se volvió a enfadar Mario—. ¿Me estás vacilando?

—Yo no te estoy vacilando, solo que oyes lo que quieres. Mario, métete en la cabeza

que Eva y yo no nos queremos casar — contestó Damián, ya un poco cansado del tema.

—¡A tomar por culo! Me voy porque no

creo que sea capaz de controlarme... —
Salió

de la casa dando un portazo.

—¡Halaaa, qué portazo! Bueno, ¿más birrita...? —dijo Quique.

—Joderrrrr, qué cabreo lleva Mario —
afirmó Víctor.

—¿Será capullo, el tío? Viene, me parte
la nariz, me deja la camiseta como un
Cristo

de sangre y encima se larga —dijo,
indignado, Damián.

—Venga, capullo, tómate unas

cervecitas y se te pasa el mosqueo —
dijo, ofreciéndole

otra, Víctor.

—Andaaa, mira, ¿cómo era eso que
decías hace tiempo, Damián...?

¿Petachoo?

—Pues dos quehaceres tiene Mario.
Porque mira mi camiseta, ¡ya no sirve
para nada!

¡A tomar por culo la sorpresa, a tomar
por culo las cervezas y a tomar por culo
la tarde! Hala,

me voy a casa a limpiarme —salió
Damián por la puerta, dando otro

portazo.

—¡Otro que da portazoo! ¡Coño, van a dejar sin tabique la casa! —se quejó Quique.

Joder, si al final me dejan sin puerta.

—Venga, otra birra, Quique. Que se me ha ocurrido un fiestón que no veas, para que

se lleve una alegría el capullo para lo que le espera —se animó Víctor.

185

—Sí, mejor otra birra porque si nooo...
Creo que el que da los puñetazos voy a

ser yo,

con tanto portazo —contestó Quique.

—Pero, de esto, ni muuú a las tías, que si se enteran nos lo joden —se envalentonó a

decir Víctor, con las cervezas que llevaba.

—Mamonazo, ¿quieres dejar de beber y decir lo que se te ha ocurrido?

—Pues organizar un fiestón de varios días, fingiendo que es un operativo con todos los

colegas y convencer a Mario para que

no diga nada y se invente un operativo o algo para

pirarnos. Sin tías, claro; si no, van a jodernos las birras.

—Hummm, eso me gusta: una juerga como las de antes, todos los colegas juntos. Lo

de Mario nos va a costar convencerlo, pero nada que tú y yo no podamos conseguir —dijo

Quique, levantando la mano y chocándola con Víctor—. Mamonazo, esta vez me gustan tus

pensamientos.

—Venga, déjate de gilipolleces y vamos a tomarnos otra birra mientras planeamos esto

bien...

—Vamos, que tengo la nevera llena.

186

—20—



Damián no quiso contarle a Eva lo del incidente con su hermano; lo que menos quería ahora

mismo era que ella estuviese

preocupada.

Eva había pasado la noche revuelta y Damián no sabía qué hacer para que pudiera descansar. A la

mañana siguiente, aunque ambos estaban cansados, se fueron a trabajar.

Damián, después de que se le asignara su tarea, fue derecho al despacho de Mario, se acercó y

entró sin llamar.

—Mira, Mario: como colega, eres lo mejor, pero como jefe... ¡Eres un jodido cabronazo!

¿Cómo se te ha ocurrido dar la orden de tener el almacén de archivos ordenado por fechas y de la A

a la Z? Macho, vale que no quieras verme la jeta, pero me has dado hoy un curro que ni un novato

por castigo tendría! Me va a llevar todo el día hacer eso y ni siquiera voy a poder comer! ¿Pero tú lo

ves normal?

—Damián, déjame en paz o no respondo. ¡Y termina tu trabajo, que no es para tanto, vamos!

—contestó Mario, echándole del

despacho.

Al terminar la jornada, Mario se fue a casa. Eva había quedado con la familia, quería

comunicarles la noticia. Damián todavía tenía trabajo para todo el día, por lo que no podría

acompañarla.

—¡Hola, familia! —dijo Eva, entusiasmada, viendo a toda la familia reunida en el patio de la

casa y fue besándolos uno a uno.

—Mira qué carita de felicidad que trae mi nieta; lo mismo te ha *tocao* cubrir un partido del

Madrid y por eso estás tan contenta — dijo la abuela, sonriéndole.

—Casi, casi, abuelita —contestó Eva, besándola y guiñándole un ojo.

Laura y Mario seguían con la mirada sus movimientos y sus padres la observaban, esperando que

empezara hablar. Nunca sabían qué noticia podían esperar de Eva.

—Bueno, no sé cómo empezar a decir esto —comenzó a decir Eva.

—Uuuuy, eso suena a mala noticia —
dijo la abuela.

—Noo, abuela, es una noticia muy buena
—dijo, acariciándole la mejilla.

—Tengo que comunicaros que, en breve,
mi cuerpo comenzará a cambiar —
prosiguió Eva.

—Aiins, Dios, ains, Dios, Eva, con lo
guapa que estás de mujer, no me digas
que te vas

operar para ser hombre. Mira que la
barba pica y eso colgando, digan lo que
digan, ni tiene que ser

cómodo ni hace contrapeso —dijo la

abuela, echándose las manos a la cabeza.

—Hermanita, suéltalo ya, que estás poniendo a todos nerviosos. Abuelaaa, tranquila —dijo

Laura.

Mario la observaba con cara de cabreo y los brazos cruzados; no había abierto la boca y sus padres

seguían esperando que hablara, claro.

—Abuela, no voy a ser ningún hombre —rio Eva—; lo que voy a ser es madre. Damián y yo

pensamos que ya era el momento y ...

—¿Cómo que ha llegado el momento?
No me jodasssss... Pero, ¿piensas
casarte y sentar la

cabeza? —la interrogó Mario, sin poder
resistir más.

—¿Perdona? ¿Casarmeee? Nosotros no
queremos casarnos, queremos estar
juntos con

nuestro bebé —contestó Eva.

—Toma ya, encima de estar buenorro,
parece que funciona de primera —rio la
abuela.

Laura no paraba de decir «madre mía, Eva, madre mía, Eva», mientras se echaba las manos a la cabeza y se atusaba el pelo.

Su madre se acercó, la besó en la mejilla y la abrazó.

188

—Cariño, ¿estás bien? Sabes que nosotros siempre vamos a estar aquí pero, en esto, tengo

que dar la razón a tu hermano: hubiera preferido boda.

—¿Que hubieras preferido? —cortó

Antonio—. Se casarán, digo yo; no pienso ser la

comidilla de toda la familia.

—Me estoy cabreando y mucho, hermanita... ¿Cómo que no vas a casarte? ¿Es que no piensas

las cosas? ¡Las cosas hay que hacerlas bien desde el principio! Y lo primero ¡es el compromiso! —

Mario ya conocía la noticia y eso hacía que su cabreo fuera mayor; ya había madurado sus ideas en

la cabeza.

—Vamos a ver, escuchadme todos:
Damián y yo ya llevamos mucho tiempo
viviendo juntos

y la boda no entra en nuestros planes.
No sabía yo que para tener un hijo había
que casarse.

—Y no hay que casarse, pero yo no
quiero volver a pasar por lo mismo que
con tu hermana y

la familia, tampoco. Lo mejor para no
tener problemas es hacer las cosas bien
—cortó su padre.

—Ya me ha tocado —dijo Laura,
poniendo los ojos en blanco.

—Eso es, papá lleva razón; Eva, acuérdate de cómo estaba ella y cómo lo pasó. Laura,

podrías apoyar un poco, ¿no? —dijo Mario, enfurecido.

—La diferencia entre lo que le pasó a Laura y mi situación, es que yo estoy con Damián y no

tiene pensamientos de dejarme; además, hemos ido adrede a por este bebé —los cortó Eva.

—Pero qué *atrasaos* que estáis todos, luego decís que la vieja soy yo... Mira el Cristiano y el

Ramos, que no se han *casao* y tienen hijos. Dejad a los chicos, coño —dijo la abuela, que se iba

al salón a ver la tele.

—Eva, te mereces lo mejor y creo que la boda hará que los dos sentéis la cabeza. ¡Que para

tener un hijo hay que ser responsable, cojones! —gritó Mario.

—Hombre, Damián no tiene pinta de ser tan cabronazo como mi ex —dijo Laura.

—Laura, así no ayudas —la increpó Antonio.

—¡Mario, que no me griteees! Creo que somos lo suficientemente mayores como para tomar

nuestra decisión y una boda no hace sentar la cabeza.

189

—¡Pero hace tener más claras las ideas, hermanita! Y te grito ¡porque tengo un cabreo de

narices! —siguió gritando Mario.

—Hijos, vamos a hablar esto tranquilos. Eva, cuando seas madre, entenderás que quieres lo

mejor para tus hijos y, sobre todo, estabilidad —dijo su madre.

—Madre, casarme no me da estabilidad; me puedo divorciar igual, eso es solo un papel —

contestó Eva.

—Qué equivocada estás, Eva. ¿Y si le pasa algo a Damián en el trabajo? ¿Cómo te deja a ti y

al bebé? —interrumpió su padre.

—Yo te lo digo, Eva: SOLOS, desprotegidos. ¿Quieres que siga? — dijo su hermano,

mirándola fijamente.

—No, Mario, no sigas, ni tú, ni ninguno, porque no entendéis que venía a daros una buena

noticia que me hace feliz y es que voy a ser madre y ¿solo os preocupáis de si me voy a casar? —

Eva cada vez estaba más cabreada—. Pues grabaos esto: no pienso casarme, ¿vale?

—Eva, corazón, yo no quiero que le pongáis mi nombre si es una niña, ¿eeh? Que es muy feo

—dijo la abuela, gritando desde el

salón.

—Es mejor que dejemos la conversación para otro momento, porque no sé cómo va a

terminar esto hoy —dijo Mario, viendo el estado en que se encontraban todos.

—Eva, tranquilízate —dijo, tocándole el brazo, Laura.

—Pues ¿sabes qué te digo? Que sí, que es mejor que me vaya a casa —Eva se giró, fue a dar

un beso a su abuela, Mario la siguió para decirle algo pero Eva ni le miró: salió dando un portazo.

—¡LA MADRE QUE LA PARIÓ! Pues ¿no te jode? ¡Me da un portazo en las narices y me

deja con la palabra en la boca! ¡Manda cojones con la madurez!

La familia se quedó hablando de lo que les acababa de decir Eva, pero estaban casi todos de

acuerdo: querían boda y les daba igual su opinión. Mario se pasó toda la tarde y noche llamando a

Eva pero no la localizó. Al día siguiente, lo primero que hizo Mario fue llamar a Eva al móvil.

—¿Se puede saber dónde estabas ayer?
Te estuve llamando toda la tarde —dijo
Mario, nada

más descolgarle.

—¿Ayer? Salí un ratito con las chicas,
necesitaba despejarme —contestó Eva,
tranquila.

—¿Con la que tienes liada en la familia,
te vas de juerga? ¿Ves lo responsable
que eres?

—Que salga un rato con las amigas no
tiene nada que ver con la
responsabilidad; necesitaba

despejarme. Damián llegó cansadísimo porque alguien... le está puteando en el curro.

—A ese ni me lo nombres. Quería que supieras que vaya disgusto que tiene la familia, por tu

decisión. Espero que reflexiones —dijo Mario y colgó el teléfono, cabreado.

Increíble: llama, me echa la bronca y me cuelga, pensó Eva.

¿Cómo no quieren que me descontrole? El mamonazo me dice, tan feliz, que ha dejado

embarazada a mi hermana y, encima, no

entra en razón, pensaba Mario en su despacho. Por más

que intento calmarme y ver cómo hago con mi familia, para que no se lleve el disgusto, no

encuentro solución... Necesito descargar adrenalina y tenerle lejos de mí y con castigos que le

hagan recapacitar, es lo mejor, se repetía Mario, solo. La cosa está que arde... Después de la

reunión familiar, mejor no recordarlo más, que no respondo de mí. Uuuff. ¡Estoy muy cabreado!

¡Este se va a enterar de quien es el JEFE! Le voy a poner firme.

Mario bajó a buscar a Damián.

—Damián, hoy te tengo un entrenamiento ¡Para que no olvides que eres un MOE! Te quiero

en la pista de obstáculos y en la sala de tiro, se acabo la tontería. Vas a morder el polvo, a trabajar

—dijo gritando a Damián, delante de todos.

—Jefe, te puedo asegurar que jamás olvido que pertenezco a este cuerpo — Será cabrón,

pensó Damián, comenzando el entrenamiento bajo la atenta mirada de Mario.

—Vamos, no hay descanso —le increpó Mario cuando vio que paraba un momento.

—¡Cabronazo! Cuando me dijiste que iba a morder el polvo, ¡no me dijiste nada de comer

barro! ¡Puag!

191

Mario le había mandado a la charca que había en la base y daba asco; la de mierda y bichos que

había allí.

No pienso claudicar, pensaba resoplando Dami, así que ya saldrá el sol por donde quiera.

—¡Veo que te estás entrenando a fondo!
—reía Mario, viéndolo sumergirse—.
Así me gusta,

que me demuestres lo que es un MOE.

—Aaaaah, me ha entrado agua al oído y me ha parecido escuchar que decías que estabas

siendo un capullo. Menos cachondeo, Mario. Menos cachondeo... —
contestaba Damián desde la

charca.

—Nenaza, no te quejes tanto y ponte a entrenar. ¡Ya!

—¿Encima no me puedo quejar? ¡Ya lo que faltaba, tío! ¡Esto no va a quedar así!

—Desde luego que esto no queda aquí, menudo día te espera... ¡Vamos, no pierdas más

tiempo!

—¿Que no pierda el tiempo, dices? Serás ca...

El día fue duro para Damián pero logró

superarlo y marcharse a casa.

Al llegar a casa, se dio una ducha y se puso cómodo. Eva ya estaba al corriente de lo que estaba

sucediendo en la base; estaba furiosa con su hermano.

Después de cenar, se sentaron juntos en el sillón. Dami se tumbó poniendo su cabeza sobre el

regazo de Eva.

—Cariño —le besaba Eva en el cuello —, después de otro día como el de hoy, necesitas

sesión de besoterapia, con extra de caricias. Te quiero —le susurró al oído y continuó con su

merecida sesión de mimos. Era la única manera que tenía de demostrarle que, pasase lo que pasase

en la base, ella estaba de su lado.

—Eva, para mí ha sido uno de los días más puteados. Llegar a la base y ver la cara tu

hermano Mario, que parecía como si estuviera necesitado de All-Bran, que sus buenos días hayan

sido igual que el gruñido de un oso y

recibir órdenes de entrenar duro dentro de una charca llena de

mierda al sol y oliendo fatal; todo eso me hace pensar que el cabreo que lleva es monumental. Pero

192

me da igual, a mi no me achanta porque no pienso cambiar mi decisión —dijo Damián, mientras

Eva le hacía cosquillitas y caricias por su cuerpo.

—Cariño, siento todo lo que está haciendo, sabes que estoy de tu lado. Te quiero, Dami —le

intentaba sonreír Eva sin dejar de acariciarlo.

—Gracias, cariño, por estar conmigo en estos momentos —Damián le dio un beso y cerró los

ojos hasta que cayó rendido de cansancio y sueño.

193

—21—



Eva se había levantado muy temprano, con un hambre atroz, y había tomado un desayuno

espectacular; se había esmerado en hacer todo lo que a ella le gustaba: frutas, cereales, zumo

recién exprimido, unas tostaditas... Pero le duró poco: al alien que llevaba dentro parecía que no

le gustaba nada de lo que comía.

Aunque tardó un poquito en recuperarse, decidió ir a trabajar; hoy quería solucionar un tema con

su hermano que no podía demorar más, así que le envió un Whatsapp.

Mario, si estas libre esta tarde me gustaría hablar contigo.

Mario le contestó al momento, pensaba que ya habría recapacitado.

Si quiere, s a las 18.00 horas en la Tasquita, hermanita, respondió Mario con una enorme sonrisa.

Perfecto, te veo luego. Besos.

Por la tarde, Eva se presentó en el bar que le había indicado su hermano. Vio a Mario al final de

la barra y se acercó hasta donde estaba.

—Hola, hermanito. ¿Nos sentamos en una mesa, mejor? —dijo, dándole un abrazo y dos

besos.

Mario la abrazó con fuerza. Tenía sentimientos encontrados: por una parte, estaba enfadado por

lo cabezota que era su hermana en el tema de la boda y, por otra, se sentía feliz de ser tío y de

verla feliz, aunque fuera con el capullo de Damián.

194

—Vamos a esa del fondo, así podremos charlar tranquilamente —indicó Mario, señalando

una mesa solitaria cerca del ventanal.

—¿Qué quieres tomar, Eva?

—Una cervecita con limón en vaso de caña —sonrió Eva.

—Eva, no puedes tomar eso, estás embarazada —afirmó Mario, torciendo el gesto.

—Joder, que solo es una, eso no hace daño a nadie —protestó Eva.

—Me quedo más tranquilo si es 0,0.

Eva no quería discutir con su hermano y, aunque le parecía la mayor tontería del mundo y, en

cualquier otra ocasión jamás hubiera dado su brazo a torcer, claudicó.

—Valeee, pide una cerveza 0,0, pero con limón, ¿eh? —sonrió Eva al acabar la frase.

Una vez que los dos tenían sus bebidas y su aperitivo, el cual duró diez segundos porque Eva

engullía todo lo que se ponía por delante, comenzaron hablar.

—Bueno, dime, hermanita. ¿Qué querías contarme?

—Mario, no podemos continuar como estamos. Ahora mismo estoy

embarazada de Damián

y tú, encabezonado en putearle en el curro, para que nos casemos.

Mario no pudo evitar esbozar una sonrisa al oír aquel comentario y recordar la cara de Damián

en la charca, escupiendo agua como un pez.

—A mí no me hace gracia, Mario. Damián lo está pasando mal, no quiere que me entere de

la mitad de las cosas para que no discuta contigo, ni con la familia —dijo Eva con los ojos llenos

de lágrimas. Pero, ¿qué me está pasando? ¿Por qué lloro?, pensaba. Tenía los sentimientos a flor

de piel.

—Eva, cielo, no llores. Entiende mi posición.

—¿Qué posición? ¿Ser un jefe cabronazo? O ¿mezclar la vida privada con el trabajo? Ahora

es cuando más necesito a Damián a mi lado y tú le tienes chupando guardias y dándose palizones,

que cuando llega a casa lo único que puede hacer, el pobre, es tirarse en el

sofá. Eso sí, sin una

triste queja de lo pedazo de capullo que eres, hermano.

195

Mario no sabía qué decir, su cara iba cambiando a cada frase de Eva.

—Damián te considera su amigo y, ahora, su familia. ¿Y cómo se lo pagas? No apoyándole,

ahora que vamos a ser padres y todo, por no firmar un puto papel. Mario, creo que te estas

pasando y así, lo único que vas a

conseguir, es el efecto contrario: que me deje o que pida otro

destino. —Eva dio un trago a la cerveza, terminándola.

La cara de Mario palideció.

—¿No seréis capaces de pedir otro destino? —No se imaginaba lejos a su hermana, ahora

embarazada. No podía suceder y Damián llevaba con él muchísimos años. No podía consentirlo.

—Mario, ni a Damián, ni a mí nos gustaría tener que alejarnos, pero eso es lo que vas a

conseguir —dijo Eva, muy seria, y le hizo un gesto al camarero para que les sirviera dos de lo

mismo.

—Vamos a ver, hermanita: yo, lo único que quiero, es que reaccionéis, que si mañana le

pasa algo a Dami, tú te quedas desprotegida por el Estado, por ese puto papel, como tú dices —

dijo Mario, terminando su cerveza y empezando la que le habían traído.

—Mario, sé que lo dices por nuestro bien, pero esa decisión es nuestra. Sabes

que nos

queremos y ahora que tengo un *alien* creciendo en mi interior, sé que vamos a ser muy felices.

Olvida los papeles: si tiene que suceder, sucederá —dijo Eva, mientras comía las patatitas con

mejillones que les habían traído.

—Eva, no te prometo nada. Intentaré que la vida personal no influya en el trabajo, pero tú

sabes tan bien como yo que llevo razón.

—Y luego la cabezota soy yo... Hay que

joderse —dijo Eva, sonriendo.

Los dos se quedaron un rato más hablando de cómo llevaba Eva el embarazo, de si prefería que

fuese niño o niña y de qué tal estaba Miguel.

Cuando se fueron, se despidieron con un fuerte abrazo y cada uno se fue a su casa.

196

Al llegar Eva a casa, se encontró a Damián dormido en el sillón y con la televisión encendida;

le dio un suave beso en los labios, le apagó la tele y le dejó dormir.

No quería decirle nada de la charla que había tenido con su hermano; quería que Mario le

demonstrara todos los días que podía cumplir lo que había dicho.

A la mañana siguiente, además de hambrienta y atracar la nevera para terminar acabando en el

baño, vomitando, Eva se había levantado pletórica. Si había logrado convencer al cabezón de su

hermano para que cediera, podría

conseguir lo que se propusiera.

Al llegar al trabajo, no había acabado de acomodarse en su silla, cuando su jefe la llamó al

despacho.

—Eva Muñoz, a mi despacho, inmediatamente —gritó, como los Picapiedra, su jefe.

Eva entró en el despacho, cerró la puerta y, después de casi dos horas, volvió a salir pálida. Fue

al baño, vomitó y se fue a su mesa, donde Pablo la estaba esperando.

—¿Se puede saber para qué te quería el jefe? ¿Estás bien? —la interrogó Pablo, al verla

más blanca que la cal.

—Pues pasa, que nuestro amado y querido jefe se ha empeñado en que, como luego no voy

a poder viajar a cubrir las noticias internacionales, pues tengo que viajar ahora.

—¿Que te vas de viaje? ¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó Pablo.

—Pues me voy a Nueva York a cubrir una noticia y me voy en unas horas; aquí,

como

siempre, te avisan con mucha antelación —dijo Eva en tono irónico y todavía en estado de *shock*.

—Vamos, te llevo a casa a que hagas la maleta y me vas contando —le propuso Pablo.

—Sí, por favor, ahora mismo no podría ni conducir —agradeció Eva.

Eva le fue contando por el camino a Pablo todo los detalles del viaje, pero estaba preocupada:

sabía que, a Damián, esta noticia no le iba a gustar.

Se despidió de Pablo, metió su ropa en la maleta y pidió un taxi al aeropuerto.

Mientras llegaba, había intentado llamar a Damián sin éxito. Ya habían empezado a coger

197

vacaciones algunos mandos en la base y estaban a tope de trabajo, por lo que Damián, si le

tocaba entrenamiento, dejaba el móvil en la taquilla.

Joder, en unas horas salgo destino Nueva York para cubrir, de momento, una conferencia de

las Naciones Unidas y después ya veremos... Espero estar prontito de vuelta, pensó Eva. Uuff,

estoy súper nerviosa y todavía no se lo he contado a Damián. Le envió un Whatsapp al llegar

al aeropuerto: *Cariño, malas noticias. En unas horas salgo dirección a Nueva York a cubrir*

unas noticias; estaré fuera varios días. Ya estoy en el aeropuerto, luego te cuento. TQM.

Damián le contestó, cabreado, nada más ver el mensaje: *Joder, Eva, ¿cómo que te vas, en tu*

estado? Cariño, con la gente que se ha ido de vacaciones fuera, mi superior no me va a dejar

acompañarte... ¿Cuándo sale tu vuelo? Voy a hablar con Mario para que me cubra y pueda ir a

despedirte.

Hoy, el día se ha torcido en cuestión de segundos. Eva tendrá que salir de viaje y me ha pillado

de imprevisto, con toda la gente que hay de vacaciones no puedo pedir días personales, así que

no puedo acompañarla. Voy a intentar

terminar estos informes cuanto antes,
para poder

despedirla como ella se merece,
pensaba Damián, repasando los
informes rápidamente.

Eva contestó: *Cariño, no te preocupes.
Ha sido todo muy precipitado, mi vuelo
sale a las*

*14.00. Tranquilo, ya sé que estáis muy
liados con los superiores rondando por
la base. No te*

*preocupe,s Damián, solo serán unos
días y me encuentro bastante bien.*

Las horas pasaban y Damián no

avanzaba con los informes. Eva, impaciente, no podía dejar

de mirar la hora cuando, de repente, oyó por megafonía la salida de su vuelo.

Bueno, hora de embarque, pensó Eva, nerviosa. No podía esperar más a Dami, se iba sin

despedirse. Puso el móvil en modo avión, el viaje se le hizo eterno. Nada más desembarcar,

Eva mandó un mensaje a su Dami.

Cariño, ya he llegado a NY. Siento no haber podido esperar más en el aeropuerto... No

*sabes lo que te echo ya de menos...
TQM.*

198

Damián recibe el WhatsApp de Eva y contesta: *Cariño, me alegro de que hayas llegado bien.*

Siento mucho no haber llegado a despedirte. Te echo mucho de menos...TQ.

Eva pasó seis días fuera de casa. Dami, preocupado, no paraba de llamarla para interesarse por

su estado y saber si comía o si vomitaba; no podía creer que la echara

tanto de menos.

Damián se pasó la semana comiendo en casa de unos y de otros, llevándose la cena del bar de

la base. La casa parecía una leonera: toda la ropa por en medio, lavadoras sin poner, platos sin

lavar, ropa sin planchar y aspirador sin pasar...

Uuff, hoy en la base ha habido tanto curro como ayer, pensaba Dami mientras se recostaba en

el sofá. ¡Qué dura es la vida de Rodríguez! ¡Y cuánto echo de menos a

Eva!

Mientras estaba añorando a Eva, le dio por abrir su armario. Cogió unas medias de red y se las

puso en la cabeza; la verdad, no comprendo cómo las mujeres pueden usar estas cosas, ¡con lo

que aprietan! Además, ¿esto abriga? ¡porque entre estos agujeros se ve todo!, pensaba Damián

sonriendo e imaginándose a Eva con las medias puestas. Bueno, voy a dejar de hacer el payaso

y

a ver cómo me quito esto sin que se me quede la cara a cuadros, que Mario me ha invitado a

cenar y pasará a recogerme ahora y cuando le da por preguntar, somete a tercer grado...

Al día siguiente, y después de una agradable cena con Mario y su familia, Damián se fue

temprano al bar de la base; tenía la nevera vacía y quería tomar un buen desayuno para

enfrentarse al día con energía.

Se sentó en la mesa con sus compañeros

y se dispuso a a desayunar entre las conversaciones

típicas de hombres, aunque Dami no dejaba de pensar en Eva y su pequeño *alien*. ¡Lo que echo

de menos a Eva! ¡Aunque presiento que ya no le queda nada para volver!, pensaba mientras

engullía las tostadas.

Mientras, Eva llegaba a la base en taxi. Le dijeron que Damián estaba en el bar, desayunando,

como no podía ser en otro sitio, pensó, poniendo los ojos en blanco y

sonriendo. Al entrar al

bar, lo vio jugando con el móvil, comiendo y hablando con los compañeros, a los que hizo

199

gestos para que disimulasen y no dijeran nada. Se acercó despacio por detrás hasta situarse

justo detrás de su cabeza, le tapó suavemente los ojos, acercó sus labios a su oído y le dijo,

muy bajito:

— Señor García, está usted

terriblemente *sexy* esta mañana.

A Damián se le erizó la piel al escuchar su voz y se giró, levantándose de la mesa para poder

abrazarla y besarla.

— ¡Cariño, cuánto te he echado de menos!

Eva se abrazó muy fuerte, lo miró y sonrió.

— ¿Sabes? No pensé que se pudiera extrañar tanto a alguien que estuviera tan cerquita...

—lo besó.

Damián vuelve a besarla sin importarle que los esté mirando toda la base.

—Opino lo mismo, cariño, pero ya sabes que de todo esto sacaremos algo positivo, jeje...

Te voy a tener para mi solito tooooda la tarde y tooooda la noche. No creí que te fuera echar

tanto de menos, a ti y al *alien*.

—Mmmm... ¿En serio me has echado de menos? Soy como un roscón de reyes — rió Eva

—. Creo que voy a necesitar más de un día de secuestro contigo —le dio un

largo y apasionado

beso en los labios.

—Creo que hoy voy a tener mucho trabajo atrasado contigo y mucho amor para sacar de

mis entrañas. Los vecinos van tener que subir el volumen de sus televisores esta noche —dijo

Damián, cuando se percató de que todos los compañeros que estaban en el bar los estaban

mirando. Cuando estaba con Eva, se sentía como si no hubiese nadie más en el mundo.

—Damián, creo que con tanto trabajo atrasado tendrás que empezar a echar horas esta

misma tarde —sonrió Eva.

—Cariño, eso está hecho; ahora deberías ir a casa y descansar hasta que yo llegue —

susurró Damián.

200

—Es una buenísima idea. Necesito una ducha y poner los pies en alto —
contestó Eva

quitándole una de las tostadas y dándole

un mordisco.

—Intentaré terminar lo antes posible.
Descansa, pequeña; quiero que tú y esa
cosita

nuestra que tienes en tus entrañas os
encontréis muy bien. Te quiero. —No
acababa de decirlo

cuando se dio cuenta de que lo había
dicho en mitad de la base; no quería ni
mirar.

Eva, con los ojos abiertos como platos y
sonriendo, viendo que eso le iba a
costar más de una

semana de cachondeo en el trabajo, le

cogió la cara entre las manos y le besó
como nunca

antes lo había hecho.

— Te quiero cariño y, ¿sabes? Yo te
quiero más —se carcajeó Eva.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? —rio
Damián, mientras salían del bar a buscar
un taxi.

—Porque yo te quiero de aquí a la luna,
ida y vuelta y... en tacones —rieron
ambos.

201

—22—



A la mañana siguiente, Eva estaba feliz, no podía pedir nada más. Iba a tener un bebé, estaba con

el chico de sus sueños, su trabajo le encantaba... Puso música en la cadena y comenzó a sonar

Thunderstruck de AC/DC, versión granjeros, y se puso a bailar como una loca al ritmo de la

música.

Bueno, ha llegado el momento de deshacer la maleta, se dijo Eva; pero cuando fue a abrirla, no

podía. Al fijarse bien, se dio cuenta de que no era la suya, pero su vena periodística cotilla pudo

con ella y forzó el candado hasta que consiguió abrirla para ver lo que había en su interior...

AAAAHHH, soltó un suspiro, sonrió tapándose la boca y cogió rápidamente el teléfono. Mandó

un Whatsapp al grupo de las amigas: *Chicas vais a flipar. Esta tarde a las cinco en mi casa.*

Estoy deseando veros las caras.

Yoli y Laura confirmaron la asistencia;

las demás tenían cosas que hacer pero les hicieron

prometer que más tarde les contarían a qué venía tanto misterio.

Al llegar las cinco de la tarde todas subieron arriba, mientras los chicos estaban en el sótano,

donde se reunían a tomar cervezas, jugar al fútbolín, al billar, a la diana, a la Play y ver la TV;

vamos, que estaban en su cueva de hombres disfrutando como niños.

—¡Vamos, chicas! —rio Eva solo de pensar en las caras que iban a poner—.

¡Rápido, pasad

y cerrad la puerta, que no quiero que
Damián vea esto! Me he puesto a
deshacer la maleta y los del

202

aeropuerto se han equivocado; antes de
cambiarla, quiero que lo veáis porque
no os imagináis lo

que he encontrado dentro... Vamos a
reírnos un rato.

—Cierra la puerta, Laura, y vamos a ver
qué hay. Si hay un bolso Prada, para mí
—sonrió

Yoli.

Laura cerró la puerta.

—Yoli, mira que eres, ¿eh?

—Si, si, pero si hay un bolso de esos, para mí —volvió a contestar Yoli, sin saber lo que se

iban a encontrar.

—Mira que sois pedorriis. Que de eso no hay nada —dijo Eva, abriendo la maleta—. Mirad,

la mitad de la maleta es de hombre... —dijo, sacando lo de dentro. Había camisas muy formales,

americanas, corbatas, unos zapatos y hasta un chalequito .

—Entonces, ¿qué hay de bueno? —dijo Laura..

—¿A que parece de un señor Grey? —rio Eva, mientras sacaba toda la ropa.

—Pues es de marca, parece de un tío con pasta, ¿no? —afirmó Yoli, mientras miraba

detenidamente las marcas de la ropa.

—Hombre, no me veo con un tío con esa corbata —dijo Laura, cogiéndola como con asco.

—Noo, yo a Damián tampoco lo veo con esa corbata; pero yo no os he llamado por esto, os

he llamado por la otra mitad. —Eva sonreía y ponía los ojillos en blanco, haciendo el ganso.

—¡Dime que hay un Prada! —decía Yoli, entusiasmada y nerviosa.

—Tariro, tariiiroooooooooo... Un Prada va ser que nooo... Pero con esto, te ponen mirando para

El Prado, fijo —se carcajeó Eva, sacando de la maleta un disfraz de *catwoman* estilo sado.

—¡Con látigo y todo! —dijo, con la boca abierta, Laura.

—Laura, quédate el látigo para jugar con Alberto —rio Yoli.

—Quédatelo tú para jugar con Martín, no te fastidia —contestó Laura.

—No te veo yo de *catwoman*, Yoli —rio Eva.

—Es que no es de Prada, ni el látigo, así que paso —dijo, rodando los ojos, Yoli.

203

—¡Aaaahhh, no os peleéis por el látigo! Mirad la cajita mágica —les enseñó un

neceser con

esposas, máscaras y lazos de seda para atarse—. Yo, del látigo, paso, que lo de zurrar no me

molaaa.

—Eva, ¿te has probado el traje? —dijo Laura, asombrada al ver la cara de su hermana.

—Anda la lecheeeeeeee —abrió los ojos como platos Yoli.

—Yo, como las esposas ya las tenía Dami... Corbata, también y las máscaras, no veo yo

diferencia con la de *Halloween* o con el antifaz para dormir pues, como que esta cajita, a mí, no me

va mucho —dijo Eva, esbozando media sonrisa.

—Pues esposas, Martín también tiene ya, así que nada —añadió Yoli.

—Hermanita, claro que me he probado el disfraz de *catwoman*. ¿Tú crees que yo me iba a

resistir? —respondió Eva.

—Nena, ¿y no te has hecho un *selfie*? ¿Cómo te queda? —la interrogó Yoli.

—Clavadito me queda —dijo Eva—. Ve ese *selfie* el señor García y le da un patatús.

—Si te ve Damián con el traje puesto, le da un algo —rio Laura solo de imaginarla.

—Laura, pruébate tú —insitía Eva.

—¿Quién?, ¿yo? ¡Estás loca! —desistió Laura—. ¿Hay algo más, Eva?

—Uuuf, pero si esto está lleno —dijo Eva, abriendo la maleta.

—Nena, saca más cosas, que Laura se está animando —dijo Yoli, a la vez que le hacía

cosquillas.

—A mí me ha gustado esto —dijo Eva, sacando un bote para pintarse de chocolate, unos

polvitos con un pluma para aplicarlos por el cuerpo y unos geles de frío calor —. ¡Pooochoolateeee!

—Perooo... No sé yooo esto... — meneaba la cabeza Laura.

—¿Chocolate? ¿Chocolate en ese bote tan pequeño? ¿Y para qué? Ahí no cabe un churro —

dijo Yoli. Eva y Laura comenzaron a reír.

—También hay plumasss —dijo Eva, haciendo cosquillas a Yoli.

204

—Pero cualquiera prueba eso...
¡Imagina que está caducado! —dijo
Laura, mirándolo de
reojillo.

—Pues mira la fecha de caducidad.
Dame, que lo miro —Yoli le quitó el
bote a Eva—. Aquí
dice 2025.

—Yo quiero mi maleta; esto luego se
guarda todo y mañana al aeropuerto, que

me devuelvan

la mía con mi ropita normalita. Aunque ese traje de *catwoman*... pensó Eva—.
¿Habéis oído? Se

guarda todo, que os veo ojos golosones.

—Que sí, cansina, saca otra cosa —le pidieron las chicas.

—¡Aaaaaaaiiiiiins, que me da! —dijo Eva, sacando el disfraz de la ratoncita Minie *sexy*.

—Yoli, con esto puedo hacer tralariií, tralaraaá —le dijo Laura..

—Ostras, este de Minie para mí, me

encanta —dijo Yoli, cogiendo el traje para verlo mejor.

—Martín, que te espera tu ratoncita —rio Laura al verle la cara.

—Pero, ¿con eso echas un *kiki* o bailas una sevillana? ¿O le vas a enseñar el Miniii? —

bromeó Eva.

—¡Aiins, que me meooo! —gritó Laura.

—Mi Martín me ve con este traje y me quita todo, menos las orejas —dijo Yoli, tronchada de

la risa y tirada en la cama.

—Estaría bueno que te las quitaraaa...

—rió Laura, pensando en otra cosa.

—Chicaaaas, yaaaaaaa ¿eeeh?, que me duele la tripa de reír —cortó Eva—.

Que como nos

oigan, suben a cotillear.

—Es que me estoy meando de la risa, imaginándome a ti de *catwoman* y a Yoli de ratona —

reía Laura sin poder parar—. Saca más, hermanita.

—Laura, hermana —reía Eva—: Tú eras alérgica, ¿nooo? ¿Al polen? o ¿al polvo? —dijo,

sacando otro disfraz sado de abejita con alas y antenitas pero suúper corto y con medias y ligüero a

juego—. Hermana, con este te van a polinizar... —le dio un ataque de risa a Eva.

205

—Por Dios, ¿esta maleta no trae orinal? Porque me estoy meando de la risa —dijo Yoli.

—Laura, en un país multicolorrrrrr —entonaron Eva y Yoli.

—Laura, ¿le habéis explicado a Nico cómo se hacen los niños? Una

abejitaaaa... —siguió

bromeando Eva, sin parar de reír.

—Nico es pequeño para eso todavía;
cuando le llegue la hora, le diré a papá
que se lo

explique. Ya sabes: cosas de hombres
—dijo Laura, sonrojada.

—Esperad, esperaaaad —dijo Eva,
sacando un mini vestido ajustado de
color fresa y con un

gorrito que parecía el rabito de la fresa
—. Yo, de *fruitiis* no me veo.

—¿Eso qué es? ¿Una fresita? —preguntó

Yoli.

—¿Y eso es *sexy*? —preguntó,
extrañada, Laura.

—Lo mismo es para esto el chocolate,
para hacer *fondue* de esas, ¿no?—
contestó Eva.

—Aah, es para que se coman la fresita
—dijo Yoli, comenzando a reír de
nuevo.

—¿Será para mojar en chocolate? —
dijo Laura.

—Este también me gusta y creo que ya
es el último —dijo Eva, sacando un
vestido de falda y

top con estampado de tigresa, diadema con orejitas y rabo de gato para incluir a la falda—. Tú lo

que quieres es que te comaa el tigre...
Que te comaaa el tigreeee —comenzó a cantar Eva,

haciendo que las chicas no pudieran parar de reír.

—¿Lo vas a devolver todo, Eva? ¿Me puedo quedar con el traje de ratona? —suplicó Yoli.

—Yo pensaba devolverlo. ¿Tú qué quieres? ¿El traje de ratona? A mí me encanta el de

catwoman. Laura, ¿tú quieres algo? Puedo poner dentro de la maleta mi teléfono para pagárselos,

¿no? Así, el dueño de los trajes no se enfadará.

—No, nena, es broma. Si aparezco así, con el traje de ratona, Martín se descojona de verme;

pues no tiene guasa el *joío* —rio Yoli.

—¿Tú te quedas el de *catwoman*? A ver quién se ha puesto eso —dijo Yoli.

—Upps, eso no lo había pensado —dijo Eva, poniendo cara de asquito.

—Además. ¿cómo vas a poner tu teléfono dentro de la maleta?, ¿estás loca? —dijo Yoli,

sorprendida.

—Hermanita, no quiero nada. Digo como Yoli: a saber quién se ha puesto eso. Anda, déjalo

todo ahí dentro y devuélvelo mañana — aconsejó Laura.

—Vaaaleee, pero mañana nos vamos de compras. Ahora me he quedado yo con ganas de un

trajecito de estos —guiñó el ojo Eva.

—Eso, eso, nos vamos de compras y venimos cargaditas, de abejas, de ratonas y de

catwoman o mejoor, de policías malotas —dijo Yoli.

—Y de chocolate... —recordó Eva.

—Y de plumas de esas de hacer cosquillas —se emocionó Yoli.

—Venga, a guardar todo y de esto ni muúí, que no quiero que lo vea Damián; ya sabéis que

luego le da a todo mil vueltas y esto me

lo cambian mañana en el aeropuerto... sí
o sí —dijo Eva,

metiendo cosas en la maleta.

—Sí, Eva, mejor que no sepa nada, que
estos hombres le dan mucha vuelta a
todo —dijo

Yoli ayudándole a recoger.

—Chicas, me he reído mucho, gracias
por esta tarde tan divertida —les dijo
Eva, cuando

escondieron la maleta y las acompañó a
la puerta.

—Lo he pasado genial y, tranquila, que

no le decimos nada a Damián; bueno, a ninguno. Yo

ni a Martín, que luego estos se lo cuentan todo —dijo Yoli, despidiéndose.

—Hermanita, lo que no te pase a ti... Mañana al aeropuerto y que te den tu maleta —se

despedía Laura.

207

—23—



Los chicos, mientras habían estado en la cueva, habían tramado un plan para escaparse de fiesta

sin que las chicas se enteraran. «La última juerga» decían todos, riendo; liaron incluso a Mario

para que les cubriera.

El plan era decir que tenían un operativo y marcharse de fiesta a los Sanfermines unos días para

correrse la última juerga. Vamos, como en una despedida de solteros, pero para decir hola a

nueva paternidad de Damián y las

noches que le esperaban de insomnio.

—Mario, tú eres la pieza clave —dijo Martín, entre risas.

—Eso, eso: si decimos operativo y Mario, con lo serio que se pone, seguro que cuela —dijo

Quique.

—Qué capullos sois... Si decimos que lo organizáis vosotros, no cuela; con la fama que

tenéis —sonrió Mario, dando un trago a su cerveza.

—Sobre todo, si lo dice Damián —dijo

Quique, provocando la risa de todos.

—Bueno, entonces pasado mañana nos marchamos, que yo no quiero perderme el

chupinazo. Pillad algo de ropa y la vais llevando a la base; con un par de pantalones y camisetas

blancas, valdrá. Lo demás podemos comprarlo allí. Saldremos desde la base —organizó Mario.

208

—Mírale, pero si es *apañao* hasta para preparar una juerga —se carcajeó Damián, dándole

una palmadita en el hombro.

—En eso reside el que no te pillen, so
mamonazo —le dio un empujoncito
Mario a Damián,

quitádoselo de la espalda—. Todavía
no me creo que vaya hacer esto; como se
entere mi

hermana, me castra.

—Que no nos van a pillar, no seas
agorero —dijo Quique.

—De momento, te doy una tregua estos
días con el tema de la boda. ¡Para que
no diga que

no me alegro de ser tío! Solo espero que las chicas no se enteren o se liará buena —dijo Mario,

despidiéndose de los chicos.

Llegó el día del operativo falso; los chicos cogieron el avión y, en poco más de una hora, estaban

en Pamplona. El ambiente era buenísimo, todo el mundo era amable y las calles estaban teñidas

de gente de blanco y rojo; se respiraba buen rollo en las calles.

—Dioos, todavía no me creo que estemos aquí— dijo Mario, sonriendo al

ver aquel

ambiente.

— Créetelo, Mario. ¡Vamos a divertirnos! —dijo Quique.

—Colegaaaaaaas, ¿os he dicho alguna vez que sois los mejores? —dijo Damián, echándose a

los brazos de sus amigos.

—Capullo, para que luego digas que no nos portamos bien; te recordaré esto cuando me

toque guardia —rio Martín.

—Vamos a la plaza, al chupinazo. Joder, estoy donde ha estado Hemingway — dijo Damián,

emocionado—. Colegas, recordad enviar el Whatsapp a las chicas si queréis conservar las pelotas

—dijo, mientras escribía en el móvil: *Cariño... ¡Lo siento! Nos vamos a un operativo urgente.*

Salimos en breve. Cuida del alien. ¡No olvides que te quiero!

Eva recibió el Whatsapp, al igual que las demás chicas, y se quedó muy preocupada.

Respondió rápidamente: *Cariño, ten mucho cuidado, por favor. Volved rápido y enteros.*

TQM.

209

Los chicos disfrutaron del primer día como niños pequeños: bebieron, tiñeron sus ropas de rosa

del calimocho que volaba por las calles, se rieron, se divirtieron y no pararon de bailar, saltar y

gritar ni un segundo.

Al día siguiente querían correr el

encierro desde Telefónica hasta la plaza de toros. Desde que

llegaron no habían parado ni un momento, hacía mucho que no se divertían tanto. La gente era

muy acogedora. Cuando llegaron a la plaza de toros, comentaron la carrera.

—¡Joder, chicos, que casi nos pillan! Quique, menuda cara tienes, ¿no? —les dijo Mario a

los chicos.

—Jodeer, qué cerca han pasado... —dijo Víctor, un poco acojonado.

—¡Vamos! Que no habéis corrido tanto en toda vuestra vida. Además, creo que nos

merecemos unas birras fresquitas —dijo Damián, sonriendo.

—¿He oído birras? ¡Creo que he sido de los primeros en entrar! —sonrió Quique.

—¡Uffff, de qué poco me he librado en la Estafeta! ¡El asta me ha peinado hasta una cresta!

¡Vamos, que aún tengo los huevos de corbata! —dijo Damián, recordando la carrera mientras salían de

la plaza—. ¿Almorzamos en ese bar?

¡Que tienen una pinta esos callos...!

—¡Joderrrr, he visto el toro cerca!
Damián, capullo, ¿se te han bajado ya
los huevos? —rio

Mario, al recordar cómo le había
pasado el toro de cerca—. Yo, del
almuerzo me voy a dormir,

¡eh! ¡Que llevo despierto más de 24
horas!

—Yo también me iré: estoy que no me
aguanto y huelo a cabrales. ¿Será por
eso que me

quería tanto ese toro? —dijo Víctor.

—Qué hambre me esta entrando, cabrones. ¿Queréis dejar de hablar de comida? —dijo

Martín.

—Víctor, tu hueles así porque te tiraste encima el cubata. ¡La verdad es que el calor ha sido

insoportable! Si no llegamos a beber, nos deshidratamos. Qué manera de sudar —dijo Quique —.

Y tú, Damián, tú comete unos huevos, que dicen que lo que se come se cría.

—¡No sabéis correr! Venga, os invito a unas cervezas, que estáis deshidratados —dijo

Martín.

—¡Joder! ¡No me vais a dejar dormir! —rio Mario.

—A ver, nenitas... ¡Que vinimos de fiestas, no a dormir, Mario! Yo quiero otro vaso de

calimocho. Alcohol, alcohol, alcohol —entonó Quique.

—¡Que rulen esos *katxis*! ¡Que estas alemanas tienen sed! —dijo Damián, acercándose a

ellas y ofreciéndoles un vaso de calimocho.

—Alcohol, alcohol, alcohol, hemos venido a emborracharnos, lo demás ya nos da igual... —

entonaron los chicos, ya bastante contentos.

—Joder con Quique, no sé qué les da, pero todo el día rodeado de tordas. ¿Alguién sabe qué

colonia usa para atraerlas? —dijo Damián, observándole.

—Vamos a pedir más mojitos y calimochos, que hace mucho calor y esto

no dura nada. Las

vacas del pueblo ya se han *escapau* —
dijo Martín, riendo.

—Joder, vaya vasitos ponen aquí, ¿no?
—rio Mario, señalando el vaso de litro
que le había

puesto al pedir un vasito—. Entonces, si
pedimos vaso grande, ¿nos sacan el
barril? ¡ *Rediós*, que

pedal llevo!

—Colegas, ¡estos días no los voy a
olvidar en la vida! —dijo Damián, sin
poder parar de

sonreír.

—Chicos, preparaos, que esta noche vemos los fuegos desde primer fila, con las mejores

vistas y luego a seguir con las fiestas; estas chicas me han dicho dónde tenemos que ir —dijo

Martín, que estaba hablando con unas lugareñas.

—Quique, ¿para quién cojones has pedido el agua? ¿Acaso has visto peces en la calle? —le

regañó Damián.

—Mario, ¿has visto el cebollón que llevan esas que están hablando con Martín? Bufff, si

hay que atenderlas, yo me hago pasar por médico, ¿eh? —rio Víctor.

211

Mientras los chicos disfrutaban del día y la noche por las calles de Pamplona, las chicas estaban

en casa, preocupadas. Era el segundo día y no habían vuelto a recibir noticias de ellos.

Eva estaba un poco nerviosa, incluso había notado algún pinchazo en la zona

de los ovarios;

intentaba relajarse, pero el hecho de que
Damián estuviera de operativo y no
hubiera dado

señales de vida, no la ayudaba mucho.

Los chicos seguían viviendo su fiesta.
Desde el primer día, se hicieron colegas
de los integrantes

de la «Peña 9 de Julio», que les
consiguieron entradas para ir a la plaza
de toros; no para ver la

corrida, sino por el ambiente que había
allí, con las peñas, los cánticos, la gente
pasándose la

comida de unos a otros, compartiendo bebida y hablando como si se conocieran de toda la vida.

—¡Yo estoy de muerte! ¿Has visto los langostinos que trae ese de abajo? Con este calor,

hay que hacerles hueco pronto en el estómago. No vaya a ser que se pongan malos —dijo Damián,

que parecía tener la solitaria, por lo que comía.

—Mirad, chicos, lo que me han pasado: unas señoras majísimas dicen que nos están viendo

muy ojerosos, que comamos de la fuente albóndigas —dijo Mario, pasándoselas a los colegas.

—¿Tan mala cara tenemos? —dijo Martín, cogiendo una—. Esto hay que solucionarlo:

¡vamos, un poquito de calimocho del bueno, que ruleeee...!

—¡Eh, Mario! Pide a esas chicas un poco de magras con tomate, que a mí me miran mal y,

por lo visto, a ti bien —rio Damián.

Mario pidió a las chicas un poco de carne y, encantadas, se la pasaron.

—Toma, Damián; pero no te acostumbres, que no soy tu camarero.

—Gracias, Mario; ya me dirás cómo lo has conseguido, porque a mí me han ladrado —dijo

Damián, intentando picarle.

—Esto se está saliendo de madre. ¿Qué hace Quique en el ruedo con el culo al aire? —rio

Víctor—. Va a acabar en el calabozo.

—¡Dejadlo tranquilo! ¡Si aquí luego nadie se acuerda! —dijo Mario, involucrado en el

ambiente.

212

—¡Esta ha sido la mejor fiesta que podíais hacerme! ¡Sois los mejoreeeeees! Esto no lo

olvido ni borrachooooo. ¡Esto es un homenaje a la paternidad en toda reglaaaa! —dijo Dami,

emocionado por su estado de embriaguez.

Y siguieron pasando el día bailando con las peñas y recorriendo las calles llenas de la ciudad,

que estaba iluminada en blanco, rojo y risas.

Al día siguiente, Eva se había levantado temprano; no podía dormir, entre los nervios y el mal

cuerpo que le dejaba el *alien*. Decidió desayunar por segunda vez en el salón, viendo las

noticias, antes de ir a currar.

—Anda, mira por dónde retransmiten los encierros y toros de ayer —dijo Eva, quedándose

boquiabierta cuando, en las imágenes del televisor, salían los chicos.

Inmediatamente, envió un Whatsapp al grupo de las chicas: *Mirad la televisión, salen los chicos*

en su operativo de correr los encierros. Estoy furiosa, nos vamos a Pamplona... Y me voy a

cargar a más de uno.

Eva se encontraba fatal y, encima, había descubierto que la habían engañado su novio y su

hermano. No se lo podía creer y más, sabiendo en el estado en el que se encontraba.

—Me van a pagar las noches en vela

que he pasado —dijo Eva, enfurecida.

Yoli vio el mensaje: *La madre que los parió, Martín se va enterar cuando le pille. Voy para tu*

casa, Eva.

Cuando Inés recibió el Whatsapp de Eva, no se lo podía creer. Mario era bastante responsable

pero había puesto la televisión y lo había visto.

—¡A este le hago una cara nueva! —
dijo.

—Yo, directamente, sin pistola ni

hostias, se queda sin huevos. Que llevo dos días con

ansiedad y sin dormir, pensando que le podía pasar algo y mira donde está, el capullooo... A mí

me da algo pero vuelvo con el trofeo en la mano, como los toreros... ¡Me *caguen toooo*. Este se va

enterar de lo que es mentir; bueno, y mi hermanito, por liarla con él... —dijo Eva, rabiosa.

213

—Eva, tú tranquila, ¿eh?— contestó Laura—. Yo no tengo nada que ver; son

esos

sinvergüenzas pero, si me necesitáis, me apunto a darle a mi cuñadito y a mi hermano.

—Laura, necesito mejor que te quedes con Miguel, quiero darle una sorpresita a tu hermano

—contestó Inés, cabreada.

—Perfecto, Inés, cuenta con ello —
contestó Laura.

—Chicas, en dos horas os quiero en el aeropuerto; me han dicho que hay billetes —

confirmó Eva.

Las chicas estaban preparando sus bolsas de viaje; en unas horas, llegarían a reunirse a la fiesta

por sorpresa. Los chicos se levantaron pronto; la noche anterior la habían pasado con los de la

peña, de garito en garito, bebiendo cubatas, mojitos y calimocho. Lo habían pasado en grande

bailando y bebiendo y habían hecho muy buena amistad. Les habían dicho los locales que tenían

que visitar y les habían invitado a tomar

el almuerzo con ellos en el bar Askartza;
no se podían ir

sin probar ese almuerzo que veían a los
lugareños tomar en mitad de la calle,
acompañados con

cánticos como el *riau riou* y que se
tomaban bien temprano, para pasar el
día fuertes. El

almuerzo consistía en carne, patatas y
huevos fritos con tomate y, para
empujarlo hacia dentro,

pan y vino.

—Chicos, vamos a ver si espabilamos,
que llegamos tarde al almuerzo y

después, si queréis,

seguimos un poco más la juerga; que no se diga que los madrileños somos impuntuales y menos

para comer —dijo Mario.

Ya se empezaba a notar el cansancio en los cuerpos y algunos llevan horas inconscientes y

dormidos.

Los chicos se acomodaron en las mesas que habían preparado a lo largo de la calle. Estaban

como en casa.

—¿Habéis probado este *pintxo* de morcilla? ¡Qué bien entra por la mañana! Víctor, dice

Juana que tiene una hija en Madrid, lo mismo te interesa —dijo Damián, después de acabarse el

almuerzo, sonriendo.

214

—Juana, dame el teléfono, que yo te la cuido. Elena, qué bien te sienta el blanco, resalta

esos ojazos —bromeaban en la mesa.

—Yo he pedido unas cervezas para que

brindemos por otra fiesta así —dijo Quique,

brindando con sus nuevos amigos de la peña—. Nandy, Iñaki, Alfonso, Jorge, Elena, Martita y

todos los demás... Qué grandes sois, coño, presi... El año que viene, regalito —dijo, alzando la

copa y brindando con ellos.

Las chicas de la peña les invitaron, antes de que se fueran, a unos mojitos; era una tradición que

tenían ellas y querían compartirla. Los chicos no se negaron y compartieron

esos mojitos con sus

nuevas amigas.

—Joder, Marta, siempre sales divina en todas las fotos —dijo Quique, que no paraba de

hacerse *selfies* con aquella morenaza de ojos impresionantes y sonrisa encantadora. Esa sonrisa se

le había clavado en el corazón.

—Vamos, Don Juan, deja a la muchacha, que es mucha hembra para ti, aunque haya bailado

toda la noche contigo —le decía Martín,

tirando de él, después de verle despedirse mil veces.

—¡Marta, preciosa, hablamos por teléfono! —consiguió decirle Quique antes de que se lo

llevaran a empujones. Uuff, qué pedazo de mujer, pensó.

—Hoy no me hagáis volver a los toros, ¿eh? ¡Que otra como ayer y me muero!
—dijo

Víctor, acordándose del dolor de estómago que le dio por la noche, de tanta bebida que llevaba en

el cuerpo.

Las chicas aterrizaron y se dirigieron al centro de la ciudad. Eva bromeaba.

—Ya estamos aaaquiiiiii-ii-í —rio—. Ahora, a buscarlos. Qué ganitas tengo de encontrármelos.

—Esee, ese moreno... ¡Aaah, noo! Pues se parecía a Mario, ¿eeh? —dijo Inés.

—Busca a los más borrachos y seguro que aciertas —dijo Eva, cabreada.

—¡Qué sed tengo, quiero un batido de fresa! —dijo Yoli.

—Yoli, ¿quieres beber ahora? —
preguntó, asombrada, Inés. Ella solo
pensaba en encontrar

a Mario y matarle.

—Pues sí, me apetece un batido, que no
he desayunado y tengo calor —dijo,
entrando a una

tienda y comprando uno para cada una
—. Chicas, hay que hidratarse; venga,
coged uno.

Los chicos se habían despedido de la
gente encantadora de la peña, eso sí,
intercambiando antes

teléfonos por si querían visitarlos en

Madrid o ellos volvían al año siguiente.

Y se fueron

paseando hacia la plaza del Castillo.

—¿Alguno me puede decir qué pasó ayer? No recuerdo nada, solo que estoy destrozado —

dijo Víctor

—Víctor, el pedal que nos cayó ayer en la plaza de toros a mí también me tiene confundido

—rio Martín.

—Lo de ayer no se me olvida en la vida; entre el licor, la comida y el calor, al

final

acabamos todos bastante perjudicados, aunque unos más que otros —dijo Mario, señalando a

Víctor.

—Chicas, ¿cómo los vamos a encontrar con tanta gente? ¡Esto es una tarea muy difícil, la

verdad sea dicha! En estas fiestas se ve cada cosa... —dijo Inés, sorprendida por todos los

espectáculos dignos de un teatro que había por la calle.

—Bendito operativo que te has organizado, Mario. Ya podían ser todos así de divertidos —

bromeó Damián.

—Capullo, no te quejarás de la que te hemos organizado, ¿no? Mira que como se enteren

unas que yo me sé, nos los van a cortar en pedacitos a todos —rio Quique.

—Chicas, ese de allí se parece a mi hermano... —dijo Eva, señalando al grupo de chicos a

lo lejos.

Quique se quedó mirando a unas chicas que parecía que le sonaban de algo.

—Colegas, mirad qué buenas están las del grupo ese que viene por ahí...

216

—Joder, pero si van ciegos todos, no se salva ni unoooo... Se van a cagar estos...

—repetía

Inés.

—Y tanto que son ellos; mira mi Martín, qué feliz está —dijo Yoli, que aceleró el paso para

seguir a Eva.

Eva fue directa hacia ellos, le tocó el brazo a Damián y se giró hasta ponerse enfrente.

—Cariiiiño, seraaás capulloooooo, ¡toma cascanueces, gilipollas! —dijo, golpeándole con

todas sus fuerzas con su rodilla en la entrepierna.

—Joder, Damián, qué dolor. Hostias con tu chica —dijo Quique al que, por empatía, le

dolía también la entrepierna solo de ver cómo Eva había golpeado a Damián.

—Jodeer —se echó las manos a los

huevos, dando saltitos—. ¿Cómo nos han pillado?

Yoli se acercó a Martín.

—¿Cariño, tienes sed? ¡Toma mi batido!
—dijo, lanzándoselo encima.

—¡Esto os pasa por sinvergüenzas!
Dejarme en casa, embarazada, nerviosa
perdida y

decirme que estás en un operativo...
Seraaaaaás... ¡Capullo, gilipollas...! Lo
menos que te va doler

hoy son los huevos —dijo Eva,
cabreada.

Damián se retorció en el suelo, de dolor.

—¡Joder, cariño! ¡Me acabas de poner los huevos de corbata! No te enfades, que esto tiene

una explicación... Pero ahora no me salen las palabras... Creo que se me ha cortado el pedo de

golpe —dijo, a media voz, Damián.

—¿De corbata? Hoy me los llevo de trofeo en la mano... ¿Que no te sale explicación? Me

cagüen tooo lo que se meneaaa...

Pedazo de padreee, valiente sinvergüenza, mentiroso... No

quiero ni que me toques —dijo Eva, viéndole retorcerse de dolor por la patada en la entrepierna.

—Estoo... Princesa, si ese color ya lo llevaba... Si no te gustaba, yo me lo hubiera bebido,

qué manía con tirar las cosas... Ahora viene cuando me lo rechupeteas del cuerpo, ¿no? Estás muy

guapa —dijo Martín, con voz melosa, intentando camelarse a Yoli.

217

—Vas a estar tres meses durmiendo en la bañera con agua fría, para que te

arrugues y se te

quede pequeña, chulito —le contestó, indignada.

Inés se acercó como si fuera a besar a Mario y, cuando este sonrió, le arreó un bofetón.

—Maldita sea, Mario. Yo en casa, preocupada con el niño, ¿y tú de fiesta? ¿En qué estabas

pensando?

—Yoo... Me liaron —dijo Mario, sin saber qué decir para salir del lío.

—¿Para esto utilizas tu puesto de

trabajo? No me esperaba esto de ti,
creía que eras

responsable —le dijo, enfadada, Inés,
girándose.

—Eso, hermanito, me has decepcionado
—dijo Eva, al escucharlos discutir.

—Eva, ya hablaremos, déjame ahora
que resuelva con Inés. Preciosa, no
saques las cosas de

quicio, ahora no estoy despejado para
afrontar esta bronca —dijo, sin
pensarlo.

—Mario, nos vamos ahora mismo a casa
y cuando se te pase la borrachera

hablaremos. Así

te enterarás mejor de todo lo que te tengo que decir —Inés le cogió de la mano, se despidió de

todos y se fue camino de la estación de tren, para volver a casa.

—Chicas, en nuestra defensa, ¿podemos alegar algo? Es que... Con tanta gente había que

aumentar la seguridad... Pero hacía mucho calor y pedimos la bebida con mucho hielo. Luego

conocimos gente estupenda que se encargó de enseñarnos a amar la fiesta

y... —dijo Damián

intentando arreglarlo.

—Mira, Damiancito: a alegar te vas al juzgado, bonito... —dijo Eva, a la vez que le daba

otra patada en la entrepierna—; y a vacilar, a tu madre. Y a mi hermanito ya le explicaré yo eso de

llamarme irresponsable a mi... ¡Vaya ejemplo!

Damián se agachó, del dolor de huevos que le había entrado e, intentando cortar el mal rollo, se

giró hacia sus amigos.

—¡Eh, colegas! ¿Creéis que es buen momento para decirles que nos dejen correr mañana el

último encierro antes de irnos? Ya que nos han cortado el rollo...

218

—Todavía te hago otro cascanueces. ¿Te dueleeee? Pues te jodes. No me das ni pizca de

pena... Como yo a ti estos días. Marca un perímetro de dos metros a mi alrededor y ni te acerques,

ni me hables, ni me toques, ni me mires... O atente a las consecuencias — dijo Eva. Al ver que

todavía le quedaban ganas de vacilar, se giró y se sentó en un banco de la plaza.

¿Y cómo soluciono esto ahora?, pensó Damián, sentándose en el banco de al lado de Eva.

Los demás se sentaron por el césped y siguieron hablando del tema para encontrar una solución.

Estaba atardeciendo. Yoli y Martín ya se habían perdonado; fueron a tomar un helado antes de

volver a casa. Víctor y Quique habían decidido quedarse un día más; total, era viernes, estaban

solteros y no tenían guardias.

Eva seguía sentada en el banco sin hablar, mirando al infinito. Damián no podía dejar de mirarla,

le estaba sentando tan bien el embarazo que cada día la veía más guapa.

Se acercó sigilosamente por detrás a Eva. Aún se escuchaban sus bufidos, así que se lo tendría

que currar bien.

—Cariño, aún no me has dado un besito... —dijo en voz baja.

—¿Un besito? Que me dejes tranquila, que hueles a chistorra ... —dijo Eva, sin mirarle.

—¿A chistorra? Pero si la almorcé esta mañana —dijo Damián, sorprendido de que se le

repitiera e intentó abrazarla.

—No seas pulpo, que no quiero que me toques, ni me abrases —dijo Eva, evitando que la

abrazara. Damián se quitó de la muñeca la pulsera de tela del todo incluido.

Total, creo que ya

tengo que dar por terminados los Sanfermines, pensó Damián; cogió la mano de Eva y enlazó la

cinta en su dedo anular.

— Cariño, sé que estás muy enfadada conmigo, sé que en estos momentos tienes ganas de

matarme, pero antes de que tus ganas te superen —tocó su vientre—, y dejes a esta criatura tan

deseada por ambos sin padre... —se agachó y clavó la rodilla en el suelo pegajoso de la plaza del

Castillo de Pamplona—: Mi amor, mi vida y mi mujer... Eva Muñoz, ni el toro me ha dado un

219

golpe, ni tampoco estoy tan borracho como crees... Pero acabo de darme cuenta de que te necesito

más que a mi vida y que tu hermano Mario tiene razón... ¿Quieres casarte conmigo?

La madre que lo parió, pensó Eva quedando boquiabierta; le abrazó fuerte y le miró a los ojos.

—Cariño, claro que sí, pero... ¿tú estás

seguro de lo que me estás pidiendo?

De lo que estoy seguro es que tengo un hambre..., pensó Damián, pero prefirió guardarse el

comentario.

—Sí, cariño, claro que estoy seguro.
¿Me puedo levantar ya? Es que el suelo está muy

pegajoso.

Eva le cogió del brazo y le ayudó a levantarse; le besó en los labios.

—Cariño, solo dos cosas más: una —le dio una patada en los huevos otra vez—,

que ese

dolor no se te olvide nunca, porque es lo que vas a sentir como me hagas daño; y dos —le agarró

la cara con las dos manos y le besó como si fuera el último día—: te quiero y no entiendo mi vida

sin ti.

Damián tenía la entrepierna en estado de vibración, debido al dolor de huevos que le había

dejado; se abrazó a Eva, para no caerse del dolor, y la besó profundamente.

—Te prometo, cariño, que jamás volveré a provocar tu ira contra mis pelotas... —dijo, sonriendo.

—Te quiero tanto... Cariño, vamos a ver los fuegos, que van a empezar —dijo Eva,

satisfecha porque hubiera pillado la indirecta.

—Yo también te quiero, mi amor... ¿Te importa si nos sentamos? Es que me estoy

mareando un poco... —dijo, dolorido, Damián.

—Anda, venga, ven aquí, que nos
sentamos abrazaditos —sonrió Eva.

—¿Cariño? ¿Hoy habrá eclipse? —
preguntó Damián rodeándola con uno de
sus brazos

mientras, con la otra mano,
disimuladamente se cubría las pelotas.

—Hoy habrá eclipse, amor —dijo Eva
abrazándose a su cintura y apoyando la
cabeza en su

hombro.

220

—24—



Al día siguiente, Eva y Damián volvieron a casa. Eva no se encontraba muy bien después del

viaje pero prefirió no decir nada; era sábado y necesitaba descansar, solo eso, pensó.

El sábado se lo pasaron tirados por casa. Eva aprovechó para hablar con su amiga Rosi, que

vivía en un pueblecito de Coruña; hacía mucho que no hablaban pero, cuando lo hacían, era

como si se hubieran visto el día anterior.

Se conocían de pequeñas desde que, un año, los padres

de Eva fueran a veranear allí y, desde entonces su amistad, se había vuelto inseparable. Se

podían pasar horas y horas hablando de sus cosas. Eva la puso al día de su vida, de su chico y de

su embarazo, cosa que a Rosa le alegró enormemente. Rosa le contó que había abierto su propia

pelu, La pelu de Rosa, y le iba genial. Cuando Eva colgó el teléfono esbozaba una gran sonrisa.

—Cariño, este año tenemos que ir, aunque sea una semanita de vacaciones, a que conozcas

a Rosa —dijo sonriendo.

—Este año vamos donde tú quieras, preciosa. Además, allí se come bien, ¿no? —dijo

Damián.

—Zorza, pulpo, grelos, empanadas y esos pedazos de panes... Mmmm... Solo de pensarlo

me da hambre; te va a encantar.

—Estoy deseando probarlo. Por cierto, hablando de comer. ¿Vamos mañana a comer paella

con tus padres?

—Siiiií, verás la carita que ponen cuando les cuente que nos vamos a casar —dijo Eva,

pletórica.

—Eso, eso, y hay que dejar muy claro que no es por la iglesia, ¿eh?, que a tu familia le das

la mano y quieren el brazo y, por ahí, no paso —aclaró Damián.

—Que siií, cansino, que ya se lo explicamos mañana. Hoy te quiero para mí y solo para mí

—susurró Eva mientras le dejaba un reguero de besos por el cuello.

—Eva, no sigas que no respondo — contestó Damián, abrazándola por la cintura y

acariciando su espalda.

—Eso es lo quiero, señor García — sonrió pícaramente Eva mientras le mordisqueaba la

barbilla—. He dicho que le quiero solo para mí.

—Futura señora García, soy todo tuyo
—sonrió de medio lado.

—Mmm... Señora García... Me gusta
cómo suena —sonrió Eva, repartiendo
cientos de

besos por su cuerpo. El sábado se les
hizo corto para todas las caricias que
querían darse el uno al

otro, no podían dejar de sonreír. El
domingo ya habían quedado para ir a
comer con la familia de

Eva y darles la noticia de la boda. Así
que, después de un contundente
desayuno, se ducharon y se

arreglaron para ir a casa de los padres de Eva.

—Buenaas, familia —dijo Eva, entrando de la mano con Damián.

—Hola, hija, ¿cómo estas? —la besó su madre, interesándose por su estado.

—Bueno, si obviamos que el *alien* se ha vuelto selectivo con lo que ingiero, bastante bien

—sonrió Eva.

—Hermanita, el *alien*, en vez de hacerte engordar y dejarte un cuerpo de jota como el mío,

te está dejando un cuerpazo de escandalo —rio Laura—. Mirad, os presento a Sofía, una antigua

compañera de la ONG, que ha venido a verme.

—Encantada, Sofía, un placer conocerte —le dieron dos besos Eva y Damián.

222

—¿Has visto, Eva? Se llama como la antigua reina, Mari Sofí, como le decía Juancar —dijo

su abuela, besándola y sonriendo—. Buenorro, un besito a la abuela *pa* alegrarle el día.

Damián sonrió y besó a la abuela, siempre tan cariñosa con él.

—Cómo voy a dejar yo sin beso a la mujer más guapa del patio...

—Qué adulator eres, chatín —dijo la abuela, dándole un toquencillo en la nariz con el dedo

índice—. Sabes que me ganas con esas cosas, *joíooo* — se carcajeó.

Eva y Damián saludaron a toda la familia. El padre de Eva ya estaba preparando la paella para

comer y Mario e Inés, con el pequeño Miguel, habían decidido no bajar este

fin de semana a

comer porque estaban muy cansados.

Normal, pensó Eva cuando se lo dijeron; con la fiesta que se metieron en Pamplona, como para

no estar cansados.

—¿Y Nico? —dijo Eva, sorprendida por no verle por el patio.

—Está dentro; la abuela se ha comprado la Playstation para jugar al FIFA y me tiene al niño

enganchado desde que ha llegado —dijo Laura, señalando al salón.

—¿En serio tiene la Play, señora Paca?

—dijo Damián, sorprendido.

—Pues claro: yo me pido al Casillas, R7, a Ramos... Vamos, que voy del color limpio, de

blanco impoluto, como el Real Madrid de mis amores; solo nos falta que nos entrene Del Bosque

otra vez y seré feliz —dijo la abuela, contentísima por su nueva adquisición.

—Sofía, ¿te gusta el fútbol? —preguntó Eva, para integrarla en la conversación

—. Por

cierto, ¿de dónde eres?

—Soy de Valencia y el fútbol es un deporte que no me va mucho, ni practicarle, ni verlo,

¿sabees? —contestó Sofía.

—Uuuuuh, pues te quito un punto por no gustarte el fútbol, otro por no saber jugar a la Play

y otro por ser del Valencia —dijo la abuela, ojiplática, bajo la atenta mirada de todos, al no

entender cómo no era del Real Madrid.

223

—Uuuuiss, señora Paca, no se enfade

usted conmigo por no ser del mismo equipo de

fútbol ¿eh? No he tenido tiempo de aprender a jugar a la Play, es que tengo mucho trabajo. ¿El

baño dónde está, por favor? —preguntó Sofía, con cara de apuro.

—Al fondo a la derecha, monina —dijo la abuela, mirándola entera.

En cuanto Sofía dio dos pasos, se le escapó una enorme y sonora ventosidad, que hizo que todos

la miraran.

—Coño, que la valenciana se ha traído las fallas incorporadas —se descojonaba la

abuela, al mirar la cara que se le había quedado.

Los demás, como pudieron, aguantaron la risa ante tal circunstancia.

—Uiiis, disculpad, que se me ha escapado un pun —dijo Sofía, un poco sonrojada.

—Un pun, dice: se te ha escapado un pedo y, por el sonido, debe de ser de los que pesan,

hermosa —la corrigió la abuela.

—Señora Paca, no me diga eso, mujer

—Sofía intentó arreglar el comentario de la abuela,

cuando vio que todos comenzaron a reír sin poder aguantar ni un minuto más.

—Bonita, pero si se te ve la zurrapa desde aquí... —dijo la abuela, mirándola seria.

—¿Una zurrapa? Quitadme eso, quitádmelo que no me piqueeee —Sofía comenzó hacer

aspavientos y a moverse como loca, pensando que una zurrapa era como una garrapata u otro

bicho similar.

—Ay, la madre que me parió. Pero Laura, ¿tú dónde te buscas las amigas, hija mía? —dijo

la abuela, echándose las manos a la cabeza y partiéndose de risa, como Nico y el resto de la

familia.

—Anda, Sofía, que te acompaño al baño y te explico el humor de mi abuela — dijo Laura,

acompañándola cuando consiguió parar de reír.

—Me da a mí que ésta es muy pija, pero no de la realeza; más bien será tenor, por el tono

que usa la chiquilla —dijo la abuela, volviendo a hacer reír a todos.

224

Entre las risas y los saludos, Damián y Eva todavía no habían podido dar la noticia de la boda.

Eva comenzaba a impacientarse; no se encontraba muy bien, le dolía la zona abdominal, quizá

de las risas que se había echado. Su abuela era la caña.

La paella ya estaba lista, todos se sentaron en la mesa y se dispusieron a comer. La comida

transcurrió tranquila y, cuando iban a traer los postres, Eva se puso en pie.

—Familia, tengo que contaros una cosita —dijo, sorprendiendo a todos.

—Eva, ya sabemos que estás embarazada —rio su padre.

—Que no es eso, papá.

—Pues venga, suelta prenda, que se me derrite el *helao* —dijo la abuela, impaciente.

Damián se puso en pie con ella.

— Le he pedido a Eva que se case conmigo —dijo Damián, mirándola a los ojos.

—¡Ooooh, qué bonito!— dijo Sara, la madre de Eva, mirando a la parejita y dándoles la

enhorabuena.

—Al final has recapacitado, Damián. Muy bien, estoy orgulloso de esa decisión —dijo

Antonio.

—Felicidades, chicos —dijeron Laura y

Sofía.

—Me has decepcionado, buenorro, al final has *claudicao*, se te han caído los huevos, hijo

mío; con lo a gustito que está uno *rejuntao*, diciendo con ochenta años que tiene novia —dijo la

abuela, mirándolos.

—Señora Paca, que yo quiero mucho a su nieta y al *alien* y, si uno tiene que casarse, se casa

—dijo Damián, sonriéndole.

—Vaya nombrecico le habéis puesto al

bebé; va ser el más *nombrao* del colegio
y *pa*

quererse, no hace falta casarse.

Alégrame diciendo que es en la Vegas,
Eva de Marilyn y tú de

Elvis, como la Alaska y el Mario
Vaquerizo, que también se casaron allí.
Lo que me gusta a mí

esa parejilla —dijo la abuela,
mirándolos seriamente.

225

—Pues va ser que no, abuela; nos
casaremos aquí, aunque no por la iglesia
—dijo Eva,

mirando a sus padres.

—Todavía no tenemos muy claro lo que vamos hacer, pero lo que es seguro es que no hay

cura — dijo, convencido, Damián.

—Bueno, yo, mientras haya banquete y fiesta después, me va bien, aunque sigo diciendo

que en Las Vegas molaría más —sonrió la abuela—. Venga, Nico, que te voy a dar una paliza al

FIFA —dijo, saliendo hacia el salón para jugar con la Play.

—Chicos, ¿estáis seguros de que no vais a querer casaros por la iglesia? La ceremonia es

muy bonita —dijo el padre de Eva, volviendo a la carga.

—Papá, en caso de que queramos cambiar de opinión, te lo comunicaré, pero no entra en

nuestro planes —dijo Eva, cortando en seco la conversación.

Sofía estaba sentada al lado de Eva y se quedó mirando su silla.

—Eva, corazón, ¿te has hecho pis en la silla? Está toda mojada —dijo,

susurrándole en el

oído. Eva se acercó, extrañada, a su silla. Era de plástico negro y no se apreciaba bien; cogió una

servilleta de papel y, al pasarla, se quedó mojada, pero no de pis, sino de sangre.

—¡Ay, Dios!, ¡ay, Dios...! —no podía dejar de decir, mirando la servilleta; quedó

paralizada. Damián, al oírla, salió disparado a su lado y, al ver la servilleta, quedó blanco.

—Eva, ¿qué pasa? ¿Y esa sangre? dijo,

mirándole el vestido.

El vestido que llevaba Eva esa noche era negro y vaporoso, por lo que no se había apreciado que

estaba manchado pero, fijándose bien, y aunque no se veía el color rojo de la sangre, se podía

apreciar que había una gran mancha.

—No sé qué pasa, Damián, el *alien*, estoy sangrando, Damián... —Eva no podía coordinar

las palabras, estaba muy asustada y cayó al suelo de rodillas, llorando, lo que alertó al resto de la

familia.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron todos, acercándose a Eva.

226

Su madre le acariciaba el pelo intentando calmarla; su padre no sabía qué pasaba; Sofía se quedó

inmóvil, al ver la situación.

—Venga, Eva, levanta. Damián, hay que llevarla al hospital ahora mismo, tienen que

mirarla. No os preocupéis; a veces es normal sangrar en el embarazo —intentó

calmar Laura a

todos, tomando las riendas de la situación.

Eva estaba agobiada; se había tocado el vestido y se había llenado las manos de sangre. Al

mirárselas, se desmayó.

—¡Evaaaa, Evaaaa...! Cariño, no, no me hagas esto, te necesito —dijo Damián, cogiéndola

del suelo, besándola, intentando que despertara y con los ojos llenos de lágrimas.

Eva abrió los ojos, pero no tenía fuerzas. Damián no la soltó de sus brazos, la besó suavemente.

—Gracias, cariño; sé fuerte, vamos al hospital. Laura, coge sus cosas y acompáñame, por si

se vuelve a desmayar y voy conduciendo.

Rápidamente, Laura cogió el bolso de Eva.

—Sofía, lo siento, tengo que marcharme; espérame aquí con mis padres, hay una habitación

donde puedes alojarte esta noche. Lo

siento mucho, mi hermana de necesita.

—Tranquila, esto es más importante —
dijo Sofía, todavía abrumada por lo que
estaba

viviendo en esos momentos.

—Laura, Damián, llamadnos y decidnos
lo que le digan a Eva, por favor —dijo
Antonio.

—Tranquilos, eso haremos —dijo
Damián, saliendo por la puerta para
acoplar a Eva en el
coche.

La abuela salió del salón al oír alboroto

y, cuando le dijeron lo que había sucedido, se puso triste

y preocupada.

—Con las ganas que tenía de ver yo a mi bisnieto el *alien*, cojona —dijo, cabreada.

Damián conducía como loco, deseaba llegar al hospital lo antes posible; estaba muy preocupado

por Eva y por su bebé.

227

Al llegar a urgencias del hospital y explicar lo que le pasaba a Eva, la

metieron para adentro para

hacerle pruebas, dejando fuera a Laura y Damián, que cada vez estaba más nervioso.

Cada treinta minutos se acercaba al mostrador a preguntar si se sabía algo y, todas las veces, la

respuesta era la misma: tranquilos, le están haciendo pruebas; en cuanto termine, el doctor saldrá

a comunicarles los resultados.

Damián no paraba de pasarse las manos por la cara, subiéndolas hasta la nuca, suspirando. Si le

pasaba algo a Eva o al bebé, no se lo podría perdonar. Quizá había sido por la tensión que pasó

por el falso operativo o por el viaje para buscarle... No podía dejar de pensar que Eva podría

perder el bebé y eso le estaba matando.

—¡Eh, tranquilo! Verás que solo ha sido un susto —intentó tranquilizarlo Laura.

Damián esbozó una pequeña sonrisa, agradeciéndole el gesto, pero no podía relajarse; necesitaba

ver a Eva y saber cómo estaba.

Las horas en la sala de espera pasaban muy lentas; parecía que el reloj se hubiera detenido.

—Dos horas, dos horas sin saber nada de Eva —acertó a decir Damián, a punto de estallar por

los nervios que tenía. En dos horas le había dado tiempo a culpabilizarse de muchas cosas, a

pensar que iba a pasar lo peor.

Por los altavoces, se oyó: Familiares de Eva Muñoz, pasen a sala número 3.

Laura y Damián se levantaron rápidamente y se dirigieron a la sala

indicada, donde ya les estaba esperando el médico.

—¿Y Eva? ¿Dónde esta Eva? ¿Cómo se encuentra? —no paraba de preguntar Damián, que

esperaba encontrársela nada más entrar.

—Tranquilo, la señorita Muñoz está descansando —dijo el médico.

—Pero, ¿está bien? ¿Y el bebé? ¿Cómo está el bebé? —dijo Damián, cortando al doctor.

—Hemos hecho una ecografía para verificar el desarrollo del bebé, los

latidos cardíacos y la

cantidad de sangrado. También hemos realizado un examen pélvico para revisar el cuello uterino

y un completo análisis de sangre. Eva ha sufrido una amenaza de aborto. Tiene que guardar

228

reposo, las próximas horas son vitales para que el embarazo pueda seguir su curso; si no tenemos

cuidado, podría perder el bebé —
informó el médico, bajo la atenta mirada de Damián y Laura.

Damián empalideció por momentos.
Podían perder el bebé; esas palabras le
retumbaban en la

cabeza, esto no podía estar pasando.

—¿Puedo ver a Eva? —dijo, con la voz
entrecortada.

—Sí, claro, pueden verla; pero
recuerden que necesita descanso —dijo,
acompañándoles a

la habitación donde estaba.

Cuando Damián vio a Eva medio
dormida, con esa bata tan horrible azul,
tirada en la cama con

un montón de cables y la vía puesta, se le cayó el alma a los pies. La vio tan frágil que los ojos

se le inundaron de lágrimas.

Se acercó despacio a ella, acarició su cara suave y, lentamente, con la yema de sus dedos,

intentando contener las lágrimas, posó las manos en la barriguita de Eva. Las movió muy

despacio, haciendo círculos, intentando acariciar al bebé que había dibujado en su cabeza.

—Sé fuerte, tu mamá y yo queremos

conocerte —dijo, soltando una lágrima que

rápidamente se limpió con la mano.

Miró a Eva y la besó suavemente en los labios—. Descansa

cariño. Tú eres fuerte; lo vamos a conseguir, yo voy a estar aquí, a tu lado. Te quiero, pequeña —

susurraba sin poder dejar de mirarla, cogiéndola de la mano y con los ojos aún llenos de lágrimas.

Laura miraba la escena; no podía parar de llorar, al ver a Damián cómo estaba y escuchar lo que

decía.

Esa noche se quedaba Damián con Eva en el hospital. Laura iría por la mañana, para que él

pudiera asearse y desayunar. En cuanto llegara a casa, pondría al día a la familia, incluidos

Mario —que no sabía nada de lo ocurrido— y las amigas de Eva.

229

—25—



Damián había pasado la noche al lado de Eva; no la había soltado de la mano, no había dejado

de acariciarla y mimarla toda la noche. Aunque no quería, no podía apartar los malos

pensamientos de su mente.

Laura llegó temprano para que Damián pudiera desayunar, asearse o irse a descansar, pero

Damián no quería separarse de Eva, ahora no, no podía dejarla sola ni un segundo y le pidió a

Laura que le trajera algo de la cafetería;

él se asearía un poco en el baño del hospital.

Eva oía ruidos, pero los párpados le pesaban mucho; estaba adormilada, atontada por la

medicación.

—Buenos días, cariño. ¿Qué tal te encuentras? —dijo Damián, besándole la mano, al verla

abrir un poco los ojos.

—Deseando saber que nuestro *alien* está bien —susurró, con la voz partida de dolor y

bajando los ojos.

A Damián se le caía el mundo al verla así.

—Pequeña, tú eres fuerte, sé que lo vas a conseguir, sé que ese bebé, nuestro *alien* —dijo,

sonriéndole—, no va querer marcharse de este mundo. Estoy seguro de que quiere ver la preciosa

230

sonrisa de su madre y ese bonito brillo de ojos que ilumina de alegría los días de su padre —la

abrazó fuerte al ver cómo los ojos se le llenaban de lágrimas—. Cariño — prosiguió Damián,

intentando consolarla—, cada día estoy más convencido de haber elegido a la mujer de mi vida.

Me siento afortunado porque son muchas las personas que se emparejan cada día, pero solo unas

pocas, las más afortunadas, son las que encuentran a su alma gemela y yo soy una de esas

personas —la besó en los labios, despacito.

—Dami, yo siempre he envidiado a las parejas de abuelitos que veía por el parque paseando

de la mano, que llevan toda la vida juntos y, aunque tengan noventa años, se miran y se acarician

como si se acabaran de enamorar. Sé que contigo eso me va pasar, me enamoro de ti cada día, a

cada segundo —dijo, sin poder parar de llorar y abrazándole fuerte.

Damián le acarició el pelo y, con los ojos llenos de lágrimas y sin poder hablar, la besó en la

frente y la abrazó muy fuerte.

Laura llegó con el desayuno y abrazó a su hermana, interesándose por su estado.

—Ya verás como solo ha sido un susto, hermanita. Tú, tranquila, que el médico tiene que

pasar ahora a verte; relájate y respira hondo. Por cierto, las chicas querían venir a verte pero les he

dicho que necesitabas tranquilidad; cuando te encuentres mejor ya organizábamos las visitas. Tu

jefe dice que te mejores y que no te preocupes; por cierto, tu artículo de NY

es espectacular. ¿Qué

más, que más...? ¡Ah, sí! Por supuesto, papá y mamá, que luego pasan o te llaman. Y Mario, que

pasaría en cuanto pudiera a verte.

—Madre mía, qué secretaria más eficaz tengo —dijo Eva, aún entre sollozos.

—Hombreee, me hubiera gustado más llevar la agenda de una Mata Hari pero bueno... la

tuya también es entretenida —le guiñó un ojo.

Damián las miraba, callado, mientras

tomaba el desayuno.

—¡Ehh, cuñado! Creo que el café lo hacen en el infierno porque sabe a demonios, el *jodío*.

—Y que lo digas, Laura; no he tomado uno peor en mi vida —afirmó Damián, poniendo

cara de asco recordando ese sabor.

231

El médico entró en la habitación.

—Buenos días, pareja y compañía.
¿Cómo te encuentras hoy, Eva? —dijo el doctor,

tomándole la temperatura y auscultándola.

—Bueno... Si me dice que mi bebé está bien, creo que me encontraría mucho mejor. —Eva

intentó sonreír pero no podía.

—Eva, ten en cuenta que acabas de tener una amenaza de aborto... Hasta que no pase un

tiempo no estaremos seguros de que todo está bien. Tu bebé, ahora mismo, necesita que tú estés

bien, que estés fuerte. Hemos decidido que hoy te vamos a dar el alta del

hospital, pero debes de

continuar en casa siguiendo las pautas, a rajatabla, que te voy a dar como, por ejemplo:

- Evitar mantener relaciones sexuales.
- Reposo absoluto, en cama si es posible.
- Evitar comer embutidos o alimentos cárnicos no procesados.
- No tomar medicamentos que no te haya prescrito un médico.

También es recomendable, Eva, que lleves un estilo de vida saludable, con una

alimentación variada que aporte todo los nutrientes necesarios, así como que evites el consumo de

drogas, alcohol y tabaco. Tener una amenaza de aborto, no significa que el aborto se vaya a

producir seguro, Eva; debes estar tranquila y relajada. El apoyo emocional en estos momentos es

muy importante, Damián. Si lleváis a cabo todas las pautas que os hemos dado, es muy probable

que el embarazo salga a delante y tengáis un bebé sano —sonrió el doctor.

—Doctor, yo voy a poner todo de mi parte para que este bebe nazca —afirmó Eva, notando

cómo Damián le apretaba la mano, mostrando su apoyo. Había sido un poema la cara de Damián

al escuchar al médico decir que tenía que evitar tener relaciones sexuales.

—Oiga, doctor, una dudita que tengo —dijo Damián, dando vueltas a su cabeza —: Lo de no

tener relaciones sexuales... ¿Por cuánto tiempo es? —preguntó, un poco apurado, Damián.

—De momento no puedo determinar por cuanto tiempo será, Damián; dependerá de cómo

vaya avanzando la situación.

232

Eva le cogió la mano y sonrió.

—Cariño, no te preocupes, seguro que encontramos una solución —dijo, mirándole—.

Venga, que voy a vestirme, estoy deseando llegar a casa.

—Recordad: al mínimo síntoma extraño, tenéis que regresar y ya tenéis la cita

para la

revisión de los tres meses.

—Sí, doctor, no se preocupe que no se nos va a olvidar —dijo Damián, emocionado.

Damián ayudó a Eva a recoger las cosas del hospital y se marcharon a casa.

En casa recibieron varias visitas de sus amigas y de la familia, para interesarse por el estado de

Eva. Damián estuvo muy preocupado en todo momento por ella; la cuidaba y la mimaba

muchísimo.

—Cariño, deja de escribir en el ordenador y ve al sillón a descansar — le regañaba Damián

cada vez que la veía que intentaba trabajar.

—Dami, que me aburro muchísimo, todo el día tumbada —refunfuñaba Eva.

—Lo sé, cariño, pero el médico ha dicho reposo y eso es lo que tienes que hacer.

—Reposo, reposo... Digo y, que porque esté una horita reposando sentada escribiendo y

cotilleando por el ordenador, no pasa nada, ¿no?

—Eva, no quiero mosquearme, así que no hay ordenador.

—Joder, ni que fueras mi padre para estar mandándome todo el día.

—No soy tu padre, soy el futuro padre de la personita que llevas ahí dentro — dijo,

acercándose a ella y acariciándole la barriga—; así que, por favor, por tu bien y por el de nuestro

pequeño *alien*, haz caso a las indicaciones del médico y quédate

tranquilita y tumbadita y prometo

ser tu esclavo durante este tiempo —
sonrió Damián.

—¿En serio? ¡Se me ocurren un montón
de cosas que mandarte! —sonrió Eva.
Su mente

perversa y sus hormonas, ahora mismo,
solo la dejaban pensar en una cosa...
Agarró de la mano a

Damián y tiró hacia ella, comenzando a
besarle.

233

—Lo siento, cariño, pero en eso, muuuy

a pesar mío, tampoco puedo
complacerte: órdenes

del médico —dijo, alejándose un poco.
Sabía que si se quedaba cerca de ella y
continuaba

besándole, no podría resistir la
tentación.

—Empiezo a odiar a ese médico —dijo
Eva, frustrada.

—Eva, solo unas semanas y te
recompensaré por este tiempo o, bueno,
mejor dicho, me voy

a cobrar estos días así que, coge fuerzas,
que las vas a necesitar —le dijo Dami,

mientras le

acariciaba las mejillas—. Te quiero,
cariño: hasta la luna y volver —sonrió.
Sabía lo que le

gustaba que le dijera esa frase.

Eva sonrió y le besó en los labios
suavemente, agarrándole la cara y
mirándole a los ojos.

— Yo te quiero más porque te quiero
hasta la luna, ida y vuelta, con tacones
—rieron

ambos.

Aunque los días se hacían interminables

para Eva, Damián siempre intentaba sacarle una sonrisa

y mimarla; las visitas le hacían más amenos los días. Así consiguieron llegar al tercer mes de

embarazo y llegó el día de la revisión.

—Venga, Eva, espabila, que no llegamos —dijo Damián, corriendo por los pasillos del

hospital buscando la sala de obstetricia.

—Ya voy pero, ¿qué prisas llevas? Llegamos media hora antes, no me hagas correr, que se

me va a salir el desayuno.

—Y si nos llaman antes, ¿qué? Vaya nombre más rarito le han puesto ahora al ginecólogo

de toda la vida, que manía de complicarnos la vida con nombres raros.

—Dami, deja de quejarte. Mira, es ahí, en la sala 13 —dijo Eva al ver el cartel que Dami,

con los nervios, se había pasado.

Se sentaron en la sala de espera y esperaron un ratito a que los llamaran. Damián estaba muy

nervioso por lo que les pudieran decir y estaba poniendo nerviosa a Eva.

Se abrió la puerta de su sala y una enfermera llamó a Eva. Entraron en la sala.

234

—Buenos días. Eva, ve a la camilla, te desnudas de cintura para abajo que ahora viene el

doctor a verte.

—Vale —dijo Eva, haciendo lo que la enfermera le había dicho.

—Cariño, ¿te ayudo? —dijo Damián.

—¿A qué? Esto sé hacerlo solita, Dami
—rio Eva.

El médico entró en la sala y les dio los buenos días.

—Eva, vamos a hacerte una ecografía transvaginal. Tienes que doblar las rodillas, poner los

pies en los estribos; notarás un gel frío, pero esta prueba es indolora —dijo el doctor mientras

ponía un preservativo en la sonda y echaba el gel, bajo la atónita mirada de Dami, que no había

visto eso nunca.

—¿Y eso para qué es? —dijo Dami, señalando la sonda con el preservativo.

—Esto es la sonda para ver cómo está su bebe y el gel es para facilitar su introducción en la

vagina. Eva, tienes que estar relajada.

—¿Que le va meter eso por...? —dijo Damián, ojiplático.

—Por la vagina —cortó el médico—. Relájate, Eva.

—Estoy relajada; ya puede empezar, doctor —dijo Eva.

Damián no quitaba ojo a lo que hacía el

médico. ¿Qué le estaba metiendo a Eva?
¿La dolería

eso? ¿Dañaría al bebé? No podía dejar
de preguntarse mil cosas que pasaban
por su cabeza.

El doctor introdujo la sonda, Eva se
estremeció un poco al principio, pero
después no tuvo

ninguna molestia. En la pantalla del
ordenador se empezaron a ver imágenes.

—Mirad, estoy tomando las medidas del
bebé: mide seis centímetros y pesa
catorce gramos

—dijo el doctor, apuntando los

parámetros.

—Pues sí que es pequeño todavía. No será enano, ¿no? —preguntó Dami, asombrado.

—No, está dentro de lo normal, irá creciendo más —rio el doctor—. Mirad: eso es la

cabeza, los brazos y las piernas —decía, mientras lo señalaba en la pantalla.

235

—Pero si apenas se distingue... A mí me sigue pareciendo un *alien*, doctor, no le veo el

cuerpo definido todavía —dijo Eva, intentando ver algo en la pantalla.

—¿Un *alien*? —rio el doctor—. No os preocupéis: todo es normal y está bien —subió el

volumen del monitor—. Escuchad.

De repente, se empezó a oír un ruido que inundó la sala. Dami le cogió la mano a Eva.

—Ese es el sonido del corazón de vuestro bebé. —A Eva se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No llores, cariño; mira cómo bombea de rápido, el *jodío*. Hoy tenemos que

estar más

alegres que nunca —dijo Dami,
limpiando las lágrimas a Eva,
emocionado—. ¿En serio eso es el

corazón de nuestro *alien*?

—Sí, esos son sus latidos —confirmó el
médico.

—¿Y sabemos si va ser niño o niña? —
preguntó Eva.

—Cariño, claramente es un niño. ¿No
ves lo grande que la tiene?

—No, todavía no se ve el sexo del bebé;
para eso tendréis que esperar a la

semana veinte, a

ver si se deja ver. Damián, eso que estás viendo es el cordón umbilical por donde se alimenta —

explicó el médico.

—¡Aaaah, ya decía yo que era enorme!

—sonrió Dami—. Mirad, se está chupando un dedo

—dijo Dami, mirando el monitor y provocando la sonrisa de Eva.

—Eso es que va salir tan *zampapanes* como su padre —rio Eva.

—Y no para de moverse, como tú, Eva

—dijo Dami, sin poder dejar de mirar la pantalla.

—Lo importante es que está todo bien. Ya puedes ir vistiéndote, Eva —dijo el doctor—. Os

veo en la semana veinte y vemos cómo va todo. Ahora os dará la enfermera la cita y enhorabuena,

papas — dijo el médico, despidiéndose.

La enfermera les dio la cita y salieron de la consulta.

—Cariño —dijo Damián—: gracias, gracias por insistir en que fuéramos padres, gracias por

convencerme de que no debía perderme este momento. No sabes lo feliz que estoy de saber que

236

nuestro *alien* y tú estáis bien —la levantó en el aire y giró con ella en brazos y, al bajarla, la besó

en los labios.

—No tienes que darme las gracias, Dami; sé que vas a ser el mejor padre del mundo y que

nos vas a cuidar. Gracias a ti por dejarme llevar este pedacito nuestro. Te quiero, cariño.

—Eva, eso que te ha hecho el médico, ¿da gustillo? —preguntó Dami, sonriendo.

—¿Como va dar gustillo eso? Estás muy gracioso hoy, ¿no?

—Ostras, espera, que se me ha olvidado hacer una pregunta —dijo Dami, volviendo a la

sala.

Eva le esperó donde estaba. ¿Qué se le habrá olvidado?, pensó Eva.

Damián regresó con una sonrisa de oreja a oreja, se acercó a Eva despacio, la besó en lo labios y

la abrazó fuerte.

—¿Qué pasa, Dami? —dijo Eva,
extrañada.

— Que hoy habrá eclipse, amor.

237

—26—



Eva se sentía feliz, se encontraba de
maravilla, ya no tenía que hacer reposo,
su bebé se

encontraba bien, en el trabajo se sentía
cómoda y, con Damián, cada día era

mejor.

Por las tardes, se dedicaba a organizar los preparativos de la boda; ni siquiera había tenido

tiempo de mirar ni un vestido y todavía no habían decidido dónde lo iban a celebrar.

No paraba ni un segundo, por lo que Dami le regañaba; no quería que enfermara o tuviera otra

amenaza de aborto porque se estresara.

—¿Sabes qué te digo? Que nos vamos de fin de semana —dijo Damián, sorprendiendo a

Eva.

—¿Cómo? ¿Con todo lo que tenemos que organizar?

—Eva, a partir de ahora, los fines de semana vamos a descansar. Venga, elige destino: el

Arrecife de las Sirenas de Almería, Nacedero de Urederra o ver unas vistas espectaculares desde

el banco más bonito del mundo en Ortigueira.

—Jolín, qué difícil me lo pones, todos esos destinos me encantan; son preciosos parajes

naturales y quiero ir a todos.

—Venga, no te enrolles y elige uno para este fin de semana, los demás irán después.

238

—Pues... El banco más bonito del mundo, pero me tienes que llevar a los demás sitios,

¿eh?, que me han dicho que el nacedero es una pasada, con aguas de color turquesa, con pozas y

cascadas y del arrecife he leído unas historias preciosas, de marineros y sirenas, además de que

las calas son preciosas e íntimas y del mar cristalino, como un espejo, con un fondo marino

espectacular.

—Tranquila, pequeña, que lo vas a ver todo; pero este fin de semana nos vamos a Coruña.

Prepara la maleta, que vamos a relajarnos.

Eva daba saltitos por la casa, besuqueándolo y abrazándolo; estaba emocionada.

—Venga, espabila —dijo Dami, dándole un azote en el culo mientras la veía

sonreír—.

Mañana, en cuanto salgamos de currar, nos vamos; ahora mismo reservo los billetes y el hotel.

Eva se fue hacer la maleta, estaba tan emocionada como una niña pequeña.

—Cariño, para dos puñeteros días, ¿voy a tener que llamar a un camión de mudanza? ¡Pero

si te sobra más de la mitad! Yo he metido dos gayumbos, unos pantalones y dos camisetas,

vamos, lo fundamental. ¡Y todo en una mochila! —Mujeres, pensó Damián,

mirando la maleta

enorme que estaba llenado Eva.

—¿Y si llueve? ¿Y si hace calor? —dijo
Eva, rebuscando todavía algunas
prendas en el

armario.

—Eva, son dos días.

—Cariño, anda, ven: ayúdame a cerrar
la maleta y deja de refunfuñar —le cortó
Eva,

poniendo ojitos de pena.

—Venga, anda y vamos a dormir

prontito, que mañana tenemos un largo viaje —se quejó

Dami mientras cerraba la maleta.

Al día siguiente, al salir del trabajo, Dami se puso una de sus canciones favoritas en el coche *No*

cars go de Arcade Fire y se fue a buscar a Eva, con las maletas ya en el coche, para ir al

aeropuerto. No querían perder el vuelo.

239

—¡Vamos, que nos vamoos! ¡Por fin llegó el finde! —rio Eva, mientras

bailaba antes de

abrir la puerta del coche.

—Eva, date vida que pillamos caravana al pasar por el centro de Madrid y ya sabes lo que

me encabrona eso.

—Yaaaa voooooyyyy, cansiinoooo.
Venga, va, no te enfades; piensa en la recompensa de

tenerme estos días.

—Mmmm, eso me gusta más —Damián se acercó y la besó en los labios—.
Estoy

deseando pasar estos días contigo...

—Si tengo que escuchar tu música, prefiero tu *cd* de The Fugees, aunque esta canción que

suenas me encanta —se quejó Eva, correspondiéndole con un beso.

Viajaron hasta el aeropuerto, donde tomaron un avión con destino a La Coruña; después se

trasladaron al Hotel Spa Relais & Chateaux A Quinta da Auga, en un pueblecito cerca de

Santiago de Compostela.

—¿Sabes, Eva? El origen de este impresionante edificio se sitúa en el siglo XVIII, cuando

se construyó para ser la fábrica de papel de Laraño, que fue la fábrica más grande de Galicia en la

época preindustrial. Posteriormente fue batán de lana, aserradero, fábrica de cerveza y, por

último, fábrica de hielo, hasta los años 40, que es cuando quedó abandonado. En el año 2003 se

empiezan a convertir las ruinas en este hotel con encanto de Galicia, en que vamos a disfrutar de

estas impresionantes vistas, del spa... — se carcajeó Damián, escondiendo el folleto del hotel.

—El hotel es una pasada, las paredes de piedra y el enclave en el que se encuentra... El

finde promete. Me siento feliz, feliz — Eva no podía dejar de abrazarle y sonreírle.

—La verdad, no entiendo cómo la gente viaja fuera, teniendo en nuestro país lugares como

este... —la besó Damián apasionadamente le gustaba verla tan emocionada y risueña.

Damián no había escatimado en gastos, quería que Eva se sintiera tranquila y feliz; desde el

principio de su embarazo no habían disfrutado de una salida romántica y, esta vez, esperaba

240

acertar con la impresionante suite del hotel, de cien metros cuadrados, donde los espacios eran

remansos de tranquilidad.

Estaban elegantemente amuebladas con antigüedades. El dormitorio estaba separado de la zona

de estar y de la impresionante cama *king size*, donde Eva, nada más verla, se tiró encima y

empezó a mover los brazos y piernas.

—Dami, ¿has visto el cuarto de baño? Es de mármol, entra luz natural y tienee... tiene

jacuzzi —Eva recorrió la estancia sonriendo.

Al pasar al lado de Dami, con la respiración entrecortada de correr de un lado a otro de la

habitación, se paró enfrente de él, le cogió la cara entre sus manos y le besó

suave y lentamente,

como si el mundo fuera a terminar en ese momento. Dami la abrazó y la levantó entre sus

brazos, dando vueltas con ella.

—¿Te he dicho lo feliz que me haces?

—dijo, bajándola y volviéndola a besar.

—Mmmm, si, pero lo puedes repetir tantas veces como quieras —sonrió Eva pícaramente y

le guiñó un ojo.

La pareja pasó la tarde paseando por los alrededores del hotel; después de cenar

se subieron a su

impresionante habitación, donde tomaron un baño en el *jacuzzi* y disfrutaron de su habitación.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien? Yo, como un lirón ¡Y tengo un hambreeeeee!

—dijo Dami, besándola.

—Buenos días, amor; entre tus brazos siempre duermo estupendamente. —Le besó—.

Venga, a levantarse, que quiero ver ese banco.

—Vemos el banco y... iremos a surfear,
¿no?

—Dami, cariño, primero el banco y
luego un rato de surf pero, veremos algo
más, ¿no?

—Cariño, a ver monumentos no te he
traído... Que para monumento ya estás tú
—le dio un

cachete en el culo—. ¡Arrea, jacaaaa!

—rio Dami, acordándose de su pueblo

—. Vamos a

desayunar, que necesito nutrientes; me
apetece una tostada en pan de pueblo
con tomate.

—Damián, cariño, qué burrito eres a veces —le dijo Eva, besándole y partiéndose de risa

—. Vamos a desayunar, que pareces tú el embarazado, con tanto hambre y tanto antojo.

—Oye, que así hablaba mi abuelo a las vacas y no veas lo cachondas que se ponían —la

besa, sonriéndole—. ¡Vamos, vaquita guapa, a comer!

—Creo que me ahorro el comentario, que no me apetece discutir. Mira que

llamarme vaca

y compararme, en el estado en que me encuentro... —dijo Eva, con el gesto torcido.

—Sabes que es broma, estás preciosa, aunque dentro de poco vas a dar leche.

—Nada más

terminar de decirlo, salió corriendo; sabía que Eva le perseguiría hasta darle una colleja.

—Seraaás.... —Eva le alcanzó y le arreó un pescozón despacito y ambos comenzaron a reír

—.

Después de un buen desayuno, cogieron el coche que habían alquilado y, en una hora, llegaron a

un pueblecito de Ortigueira llamado Loiba, donde estaban esos preciosos acantilados y se

encontraba el famoso banco.

Eva se sentó en el banco junto a Damián, que la rodeó con uno de sus brazos; ella apoyó la

cabeza en el hombro de Dami.

—Este banco que ves, cariño, con estas espectaculares vistas, tiene fama de ser el mejor del

mundo, el más bonito. Mira, desde aquí se pueden contemplar unas impresionantes vistas que van

desde cabo de Estaca de Bares a cabo Ortegal —comenzó a decir Dami.

Eva sonrió.

—Esta vez te has preparado el viaje, ¿eh? Sigue contando, cariño —Damián sonrió y

prosiguió:

—Por muy sencilla que pueda parecerle su estructura de madera, este banco ha llegado a

protagonizar incluso anuncios. El banco funciona como una perfecta atalaya.

Desde él y hacia el

oeste, se extienden toda una serie de acantilados que conviven de una manera perfecta con

hermosos arenales salpicados de estas rocas afiladas. Al otro lado, la mirada se topa de frente con

un paisaje que oculta un antiguo embarcadero.

242

—Incluso cerrando los ojos, este sitio es perfecto, perfecto para ver el infinito,

para

reflexionar o para perderte cualquiera de sus parajes —suspiró Eva, respirando ese aire tan puro.

—Hace tiempo, alguien escribió en el banco, a boli: *The best bank in the world*. Según

Google, es un lugar de culto... Y mira... si te fijas aún se puede ver— señaló Damián en el banco

el sitio donde se veían aún las letras marcadas.

Eva tocaba con la yema de sus dedos las letras del banco, intentaba grabar en su

retina todo lo

que Dami le explicaba.

—¿Sabes para qué es también perfecto el banco? —la cogió de la mano.

—Sorpréndeme.

—Para decirte que estoy enamorado de ti hasta las trancas, que te quiero con locura, Eva.

Has conseguido hacerme el hombre más feliz del mundo y ahora, que esperamos al *alien*, más

todavía —Eva se emocionó al escucharlo. Con el embarazo estaba más

sensible de lo normal.

—¿Pero no me lo escribes a boli? —
dijo, para que no se le escaparan las
lágrimas y hacerle

sonreír.

—Anda, preciosa, ven aquí —dijo
Damián, abriendo los brazos y
rodeándola por la cintura

—. Vamos a recorrer un poco estos
acantilados.

Pasaron unas horas disfrutando de aquel
maravilloso paisaje entre risas y
caricias y después

fueron a una de las maravillosas playas a disfrutar de una tarde de surf.

—Venga, Damián, vamos un poquito más adentro que voy a enseñarte cómo hago el

boquerón —se carcajeó Eva, adentrándose en el mar.

—¿El boquerón? —rió Damián.

—Que muevo las aletas y el culo mogollón.

—¡Qué ocurrencias tienes! Espérame, no te adentres sola.

—Vamoos, lento, te enseñaré también a

hacer la ballena.

—¿Ah, sí? ¿Y eso que es? —dijo
Damián, alcanzándola.

243

—Quitarte la tabla y que corras como
una nena —dijo, haciéndolo. Los dos
rieron,

bromearon y surfearon en el mar durante
horas.

—Cariño, ¿salimos ya del agua? Me
estoy quedando *arrugaíta* como un
garbanzo... Vamos

a darnos una ducha y a cenar esa

mariscadita de la que no dejas de hablarme.

—Venga, preciosa, aunque no tengo muy claro que tú puedas tomarla, por mucho que

insistas en que sí.

—Que sí, que sí que puedo —dijo Eva, relamiéndose solo de pensarlo. La pareja se fue a

cenar; Dami todavía le tenía una sorpresa.

Cuando llegaron al hotel después de la cena, Dami no la llevó hacia la habitación, sino al *spa*; le

había reservado masaje con piedras volcánicas y un tratamiento de chocolaterapia. Quería que

se relajara al máximo; mientras, é, la esperaba en el *jacuzzi* de la habitación.

Eva subió a la habitación como si flotase; estaba esperando agradecersele a Damián con mil

besos y caricias pero, cuando llegó a la habitación, Dami ya estaba dormido. Le besó en los

labios y le acarició las mejillas.

—Buenas noches, mi amor. Te quiero —
le volvió a besar.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en el hotel, planearon las pocas horas que les

quedaban para estar en ese sitio tan espectacular.

—Podemos ir a pasear por Santiago de Compostela y ver la catedral —dijo Eva.

—Eva, sabes que las iglesias y yo no nos llevamos muy bien.

—¿Qué tendrá que ver eso? Es historia, es un monumento más, míralo por ese lado —

intentó convencerle Eva.

—Hacemos un trato: visitamos el casco histórico, tú entras a ver la catedral y luego, un

poco más de surf, que no sé cuándo podré volver. ¿Vale?

—Bueno, no era lo que había pensado pero el plan tampoco está mal. Venga, vámonos, que

vaya noche me has dado por pasarte con el albariño...

—Vamos a aprovechar el día a tope antes de regresar.

Pasaron la mañana por las calle de Santiago y, a mediodía, se fueron a playa para seguir surfeando.

—Cariño, ¿no quieres salir del agua y descansar un rato? Quizá te apetezca comer y beber

algo que no esté tan salado como el agua del mar. Que a este paso se va a ver el fondo antes de

que finalice el día —rio Damián.

—Dami, es que se está tan a gustiito y a saber cuándo volvemos... Veenga, va, quejica, que

pedí un pisco labis para traer del hotel.

—Tenemos que salir de viaje, cariño, así que date prisa, que no quiero llegar a Madrid de

noche, que no hay quien aparque.

—Joooo, me quedaría aquí contigo siempre... —Eva le abrazó fuerte y le besó—. Vamos,

cariño, que ya salgo.

—Y yo también me quedaría, mi amor, pero hay que volver a la rutina. Además, si te das

prisa en apañar las maletas, a la vuelta

cogemos cena para llevar y finalizamos las vacaciones con

un buen eclipse, de esos que tan bien se nos da. ¿Qué me dices? —la besó apasionadamente.

—Cariño, te digo que... Maleta hecha, maleta hecha —se carcajeó Eva—. Vamos, que

llevamos retraso y al final no llegamos al aeropuerto, pisa a fondo que quiero llegar prontito... —

Eva le correspondió con el beso y le abrazó—. Estoy deseando poner ese final tan bonito.



El tiempo volaba. Eva ya tenía un poco de barriguita, el *alien* le había dado una pequeña

tregua con los vómitos, casi sin darse cuenta habían llegado a la semana veinte del embarazo y

les tocaba revisión en obstetricia. Habían llegado pronto y se sentaron a esperar su turno en la

sala de espera.

—Dami, ¿tú crees que nos dirán hoy si es niño o niña?

—Eso espero, pero estoy seguro de que es un niño —dijo, emocionado.

—¿Un niño? Pero, ¿qué dices? Seguro que es una niña.

—Eva, tengo el presentimiento de que va a ser un niño; además, así ya tengo quien me

acompañe al fútbol y, cuando sea mayor, hará desfiles de modelos por casa y alegrará la vista de

su padre —rio Damián.

—Pero... —Eva le golpeó en el brazo con la carpeta en la que llevaba su historial—. Será

una niña y tendrá tu sonrisa y mis ojos: será preciosa.

—Eso no lo dudes, nada que salga de ti puede salir feo —dijo Damián mientras la besaba.

—Además —sonrió Eva—, estoy deseando hacerle coletitas y comprarle mil vestiditos.

246

—¿Ves? Otra razón por la que tiene que ser un niño. Si saliera niña, iba a tener

que tirar de

arma cuando fuera mayor, para que no se le acerquen los moscones.

Salió la enfermera de la consulta y les llamó para que entraran.

—Eva, esta vez la ecografía es abdominal; solo necesitamos que te tumbes y te descubras la

barriguita —dijo, a la vez que entraba, el doctor.

Una vez Eva estuvo tumbada y acomodada, el doctor comenzó con la ecografía.

—¡Felicidades, ya estás a mitad del embarazo y tu bebé está bien grandecito! Es tan largo

como un plátano. Mide unos 24 centímetros.

—¿Eso es mucho? —dijo Damián, asombrado.

—Pues para el tiempo que tiene, está bastante bien. Ya empiezan a aparecer los surcos

característicos de cada persona en palmas de las manos, dedos y plantas de los pies. Los

principales órganos del bebé ya se han

desarrollado.

—¡Ooooh, mi bebé ya está creando sus huellas dactilares! —dijo Eva, emocionada.

—En esta etapa también es habitual sentirse cansada y con mucho sueño, debido al

aumento del volumen sanguíneo y el mayor tamaño del útero, Eva.

—Vamos, que vas a ser una marmota barrigona —rio Damián—. ¿Eso no traerá

consecuencias, doctor?

—Pues, puede ser que aparezcan palpitaciones, sofocos o mareos, sobre todo en situaciones

estresantes o al acostarse boca arriba.

Al recostarse sobre la espalda, el útero puede comprimir la

vena cava inferior dando una bajada de tensión y mareo. Si esto ocurre, se recomienda acostarse

sobre el lado izquierdo y suele pasar el mareo. Por lo tanto, también se aconseja tumbarse sobre el

lado izquierdo al dormir o estirarse.

Para prevenir los mareos, también se aconseja beber

abundantes líquidos y una dieta rica en hierro (carnes rojas magras, aves, pescado, espinacas,

lentejas y otras legumbres) para prevenir la anemia.

—¿Ves, Dami? Ahora ya sabes por qué estoy tan cansada; no por lo que como, sino por eso

que te ha dicho el doctor.

247

—Para qué habré preguntado... Ya no quedarán más efectos, ¿no?

—Es habitual también que las encías

estén más sensibles o sangren al cepillarse los dientes.

Los cambios hormonales, junto con el aumento de flujo sanguíneo, facilitan este sangrado y

también predisponen más a infecciones, por lo que se recomienda mantener una buena higiene

dental durante el embarazo.

—Joder, cariño, pareces un Gremlin; solo falta que el doctor diga que no puedes mojarte, ni

darte la luz solar, ni comer, a partir de las doce —bromeó Damián.

—Mira qué gracioso...

—Bueno, ¿queréis saber el sexo del bebé? O ¿preferís esperar a que nazca?

—dijo el

doctor, conociendo de antemano la respuesta.

—Queremos saberlo —dijeron al unísono, impacientes, cogiéndose de las manos.

—Pues vais a tener una niña —dijo el doctor.

—¿Una niña? ¿Está usted seguro de que no tiene algo larguito entre las piernas, entre dos

aceitunillas?

El médico sonrió.

—Estoy segurísimo, es una niña.

—¿No estás contento, cariño?

—Sí, preciosa; lo único es que me había hecho a la idea de que iba a ser un niño y me ha

sorprendido, pero que me hace muchísima ilusión, ¿eh?

Salieron de la consulta. Cada uno tenía que reincorporarse a su trabajo; aún les quedaba trabajar

un ratito por la tarde. Durante el trayecto habían estado hablando de todas las recomendaciones

que les había hecho el médico. Dami acercó a Eva a su trabajo y quedó en recogerla a la salida,

para seguir hablando del tema.

—Capullo, vaya careto de alelado que tienes ahora mismo; estoy por hacerte una foto y

subirla a Facebook o ponerla en el tablón de anuncios de la base —dijo Quique al verle.

—¿Me lo dices tú? A ti, que con el carteo que llevas te van a rebautizar como San Valentín,

que desde que volvimos de Pamplona estas *agilipollao*.

—¿Tanto se me nota?

—¿Qué tengo que notarte? Que eres gilipollas ya lo sabía y se te notaba, lo único que te

noto es bastante ojeroso. ¿Algo que contar?

—Pues que desde que vi a la navarrica morenaza, no duermo por las noches.

—¡No jodas! ¿Que te has pillado por ella? ¿Cómo se llamaba?

—Marta, se llama Marta —dijo Quique, soltando un suspiro inconscientemente.

—Pero, ¿tú has vuelto a hablar con ella?

—Sí, claro, todos los días. Le pedí el teléfono y creo que es la mujer de mi vida, pero la

distancia...

—Quique, en el amor no hay distancias, colega: si te gusta, ve a por todas.

—¿Seguro? Mira que si le digo que se venga aquí a vivir conmigo y luego no

funciona...

—Pues si no funciona, al menos lo habrás intentado, ¿no? Mira yo con Eva: nadie apostaba

un duro por nosotros y ya no puedo vivir sin mi morena.

—Bueno, ya veré qué hago yo. ¿Y tú, por qué traes esa cara? Por cierto, recuerda que tu

despedida es este fin de semana.

—Mi cara... Nada, que nos han dicho que vamos a tener una niña y yo esperaba un niño,

por eso de perpetuar mi apellido, tener con quien jugar al fútbol... Ya sabes, cosas de machos —

rio Dami—. Estoy deseando ir a Ibiza de despedida, habéis acertado de pleno.

—No podía ser otro destino —Quique palmeó la espalda de Dami—. Si te sirve de

consuelo, dicen que las niñas quieren más a los padres que a las madres.

—Eso ya me gusta más. Venga, vamos a hacer una revisión de armarios sorpresa a los

novatos.

La tarde se les hizo corta. Damián fue a buscar a Eva y se fueron a casa.

Después de cenar

se acomodaron en el sillón.

249

—Cariño, llevo toda la tarde pensando en el nombre que le podemos poner a la niña —dijo

Eva, mirándole.

—¿En serio? Pues a mí me gustaría que se llamara Asunción, como mi madre y como mi

abuela.

—Sí, o Fernanda como la vaca, o Marisa como la cerda. Estás de broma, ¿verdad?

—Pues no estaba de broma. Esos dos no me gustan porque eran nombres de las ex de mi

tío, pero el de mi madre es bien bonito y ha pasado de generación en generación.

—Dami, no puedo creer que lo estés diciendo en serio. A mí ese nombre no me gusta y no

se lo pienso poner.

—Joder, Eva, ¿qué nombres te gustan a ti?

—Pues más normalitos y originales:
Nerea, Bela...

—Pues sigue pensando, porque a mí,
esos, no me gustan nada.

—Jolín no estas conforme con nada.

—¿Y si le ponemos Eva, como tú?

—¡Sí, hombre! Y cuando llamen a casa
preguntando por ella, decimos eso de:
¿Eva madre

o hija? Vamos, que no, que mi nombre
tampoco.

—¿Y Paca, como tu abuela? Seguro que
le hace mucha ilusión.

—No dudo que le haga mucha ilusión a mi abuela, pero que con ese nombre, la niña se lo

cambia en cuanto tenga la mayoría de edad.

—Entonces, ¿qué tipo de nombre quieres ponerle, cariño?

—Pues uno bonito y original. Si hubiera sido niño, me gustaba Daniel.

—Vamos, ni de coña le hubiese puesto Daniel. El capitán que nos tuvo amargados a tu

hermano y a mí en la instrucción se llamaba así y era un rancio, el tío. Pero

vamos a centrarnos en

los nombres de niñas, que es lo que vamos a tener.

—¿Y a ti qué nombre original y modernito te gusta de niña?

250

—Mira, hay uno en la base que su novia se llama Umaima, ¡es más maja la chavala!

Además, es guapa, ¿eh? ¿Te parece bastante original?

—Damiii... No empecemos. Es un nombre bonito pero quiero algo original

y más cortito.

—Eva, ¿esto tiene que ser ahora? Es que estoy muy cansado y todavía quedan muchos

meses para que nazca.

—Pues cuanto antes la llamemos por su nombre, mejor.

—Si *alien* es muy bonito, mujer —rio Damián—. Por cierto, te recuerdo que este fin de

semana tengo mi despedida de soltero.

—Ya lo sé, la mía será un poco más adelante. Pórtate bien, que todavía te

quedas

compuesto y sin novia...

—Que sí, voy a ser un angelito en Ibiza; solo vamos a disfrutar del ambiente, tú tranquila y

si necesitas algo, me llamas salgo volando.

—Estoy por ponerme de parto solo por jorobarte —dijo, besándole en los labios.

—No me des ese susto; prometo que voy a ser muy bueno —la abrazó por la cintura.

—¿Sabes que cambias muy bien de tema? —le susurró Eva, besándole suavemente en el
cuello.

—¿Sabes que te quiero hasta la luna, ida y vuelta? —Dami le pasó un brazo por debajo de

las piernas y otro por la espalda, levantándola y dirigiéndose a la habitación sin dejar de besarla.

—Yo te quiero más, porque te quiero hasta la luna, ida y vuelta, con tacones —dijo Eva,

mordisqueándole el labio, mientras se

abrazaba fuertemente a él.

251

—28—



Los chicos le habían organizado a Damián la despedida de soltero en la isla de Ibiza. El viernes

por la tarde, todos se dirigieron al aeropuerto; estaban como quinceañeros en su primera fiesta.

Damián llevaba muchísimo tiempo queriendo ir a los cierres de Ibiza, esta iba a ser su

oportunidad y, ¿con quiénes mejor que con sus amigos?

Al pisar el aeropuerto de Ibiza, Martín saco una bolsa con camisetas de color blanco para todos,

que ponían:

AC / DC

JA DE JÉ ESTAMOS DE

DESPEDIDA Y LA VAMOS

A LIAR BIEN

Excepto la de Damián, que ponía:

!!!ME CASO!!!

Y TENGO ESTA LISTA DE COSAS
POR

CUMPLIR:

DAR UN BESO A UNA CHICA RUBIA



HACERME UN SELFIE CON UNA
MORENA

SER ABRAZADO POR LA
CAMARERA

CANTAR EN LA CALLE

HACER QUE TRES COCHES
TOQUEN EL

CLAXON □

A ELECCIÓN DE LOS AMIGOS □

—La madre que os parió, seréis
cabrones —rio Damián, al ver su
camiseta.

—Prepárate, no sabes el finde que te
espera, pollito —se carcajeó Víctor.

—Esto es el solo el principio,
cuuuñaoooo —le daba collejas Mario,
haciendo el tonto.

—No me jodáis, que hemos venido a

pasarlo bien —contestó Damián,
empezando a

asustarse.

—No te nos acojones tan pronto, colega,
que todavía queda mucho —rio Quique,
poniendo

un Whatsapp.

—Pero, ¿a quién cojones escribes tú,
Quique? ¿A tu madre, para decirle que
has llegado?

—dijo Damián, intentando mirar lo que
había puesto—. No me jodas, no me
jodas, estás diciendo

que has llegado a la navarrita.

—Boodaaa a la vista —se burlaron de él.

—Capullos, dejadme tranquilo; Marta se preocupa por mí —se defendía Quique.

—Siii, siií... Así se empieza —le decían a Quique, mientras le *collejeaban*.

—Tú calla, que has hecho la despedida un montón de meses antes por si te arrepientes,

capullo —contestó a Damián.

— Por si me arrepiento, no: por si luego no puedo. Imagina que se pone Eva de

parto. Me

jode la fiesta, con las ganas que tengo.

—No te metas con mi hermanita, que todavía pillas; lo mismo ella no puede ni hacerla, con

el barrigón que se le está poniendo — dijo Mario.

—Yo le dije que la hiciera antes, pero ya sabes lo cabezona que es; dice que no quiere

hacerla tan pronto.

—Bueno, menos palique y vamos a divertirnos —los cortó Martín.

—Primero vamos a dejar las cosas en el hotel —dijo Quique—. Por cierto, ¿quién es el que

comparte habitación conmigo?

—¿Roncas? —preguntó Damián.

—Creo que no.

—¿Pero tú qué clase de hombre eres? Que ni roncas, ni na, yo no duermo contigo —rio

Damián.

—Cuñadito, tú conmigo, que te voy a

tener bajo vigilancia —le contestó Mario a Dami.

—Joder, si no he hecho nada.

—Pues por eso, porque quiero que siga así y a veces, cuando bebes, te pones muy

gilipollas; por eso vas a dormir conmigo, para que no hagas tonterías de las que luego tengas que

arrepentirte.

—Esto es confianza y lo demás tontería... Me cagüen la hostia —se resignó Damián.

Los chicos llegaron al hotel, se repartieron las habitaciones y se prepararon para salir de fiesta.

Damián no se lo podía creer: estaba en Ibiza.

—Idos preparando, que tengo entradas para la emblemática discoteca Amnesia —se vitoreó,

eufórico, Quique.

—¿En serio? —dijo Damián, abrazándole—. Voy a cumplir un sueño, macho.

—¿Sí?, pues prepárate, porque mañana sábado hacen la fiesta de la espuma más

grande del

mundo —continuó Quique.

—Qué ganas tengo, jodeer, venga, vámonos, que quiero ver a las gogós moviéndose —se

impacientó Damián.

Los chicos disfrutaron de la noche como nunca: la sala era impresionante; la música, para todos

los gustos; las bailarinas, preciosas y el ambiente, inmejorable.

—Rediós, cumple mis expectativas y las supera, este local. Mañana, en la fiesta

de la

espuma, lo vamos a pasar en grande —
dijo Damián cuando salieron del local
medio borrachos.

254

—El local, dice... ¿Pero tú has visto las
tías que había? Si yo no sabía para
dónde mirar, de

lo buenorras que estaban todas —rio
Víctor.

—Venga, a dormir todos, que mañana
tenemos muchas cosas que hacer —
ordenó Mario.

Al día siguiente se levantaron, comieron algo y se fueron a la fiesta de la espuma, una de las más

legendarias; además, ese día se iba a convertir en *Foam and Diamonds*, ya que la fiesta iba a ser

presentada por Paris Hilton, quien no solo actuaría desarrollando unas animadísimas sesiones de

DJ sino que sería ella misma quien protagonizaría el espectáculo de la espuma con su

destacadísimo estilo propio.

—¿Esa es la Hilton? Pues está

buenísima —dijo Martín.

—Dicen que es una tía muy enrollada; además, hace de *DJ* también —contestó Mario.

—Mira, Quique, esta sí que es un buen partido como novia —bromeó Víctor.

—Dejadle, que Quique ya esta enamorado de una navarrica —intentó picarle Damián.

—¿Una navarrica? ¿Y la conocemos? —preguntó Martín.

—Y tanto: nos hemos tomado mojitos con ella. ¿Sabes quién? —se apresuró a decir

Damián.

—No me fastidies que este pedazo de capullo se ha enamorado de Marta, la de los ojos

verdes. Tío, no tienes nada que hacer — dijo Martín, asombrado.

—¿Que no? ¿Por qué te crees que no suelta el teléfono? —rio Damián.

—Has triunfado como el Avecrem, Quique. Míralo y parecía tonto cuando lo compramos

en el rastro —rieron todos.

Mientras hacían el loco, bailando y

cantando por la pista llena de espuma,
iban cumpliendo los

objetivos de la camiseta de Damián.

—Morenaza, ¿un *selfie*? Mira que, si no,
me toca pagar las copas a mis colegas y
no sabes

lo que beben, los mamonzos —sonrió
Damián, intentando cumplir un objetivo
bajo la atenta

mirada de sus amigos.

255

Damián consiguió su *selfie* y los chicos
iban aplaudiéndole y vitoreándole cada

vez que cumplía

un reto.

Lo peor fue cuando intentó abrazar a la camarera, que le tiró todo el cubata que tenía en la mano

por la cabeza, además de una hostia con la mano abierta por la que Damián vio las estrellas.

—Venga, colegas: ahora vamos a la fiesta en catamarán que nos llevará hasta isla de

Formentera —sonrió Mario.

—¿Estáis hablando en serio? He oído

hablar de esas fiestas y ahora voy a protagonizar

una... —flipó Damián.

—Dami, invita a Paris Hilton, que se venga —se burlaba Martín.

—Sí, claro y a Tom Cruise, por si es Misión Imposible, no te jodee —lo miró Damián,

riendo.

Los chicos llegaron al catamarán donde ya había algunos grupos de chicas y el *DJ* esperando.

—Martín, ¿has dicho que había barra

libre de lo que yo quiera? —preguntó Víctor, mirando

a las chicas que había en el barco.

—Sí, barra libre de beber, *saliorro* —lo miró de reojo Martín.

—Oye, ¿y de comer? —preguntó Damián.

—En un ratito hay parrillada —contestó, pacientemente, Martín.

—Oye, rubia: ese es el novio de la despedida. Si quieres sobar a alguien, yo estoy soltero y

entero —dijo Víctor, acercándose hacia

Damián, al que una rubia había empezado a tocar su

torso.

—Rubia, que me jodes la boda; si no, ya te hubiera enseñado yo un par de pueblos de

Castilla-La Mancha, preciosa —dijo Damián, recordando viejos tiempos y viendo cómo la chica

se daba la vuelta y se iba.

Los chicos no paraban de bromear y divertirse.

—Colega, este barco es todo tentación.
¿Has visto esas tías, cómo están? —dijo
Dami,

mirando a las chicas del barco.

—Yo solo he visto que tiene unas *bubus*
tremendas y bien colocadas —dijo
Víctor,

siguiéndolas con la mirada.

—Unas ¿qué? —se carcajeó Damián,
intuyendo la respuesta.

—Las *bubus*, las lolas, las brevas, las
peras, los limones, depende del tamaño
—reían.

—Damián, ¿tú no sabías que una despedida de soltero consiste en poner al novio delante de

las tentaciones, para saber si está realmente preparado para casarse con una mujer? —le dijo

Mario, dando un trago a su ron con Coca-Cola.

—Yo estoy totalmente preparado, Mario, no me vengas con la jodienda; que he tenido

muchas a tiro estos días y estoy resistiendo. Yo quiero a tu hermana, cabronazo —le contestó

Damián, convencidísimo.

—Por la cuenta que te trae —rio Mario, haciéndole con la mano una tijerita como si le

cortara las pelotas.

—Vamos, Damián; deja de darle al palique y haz otro reto de la camiseta. Mira que tener a

esa rubia a tiro y no darle el beso... — bromeó Quique, que venía cargado de bebida y los estaba

observando desde la barra .

—Eso digo yo. Venga, dejaos de charla,

a bailar y pasarlo bien, que me han dicho que la

barbacoa está apunto y yo muerto de hambre; aquí, mucho beber y poco comer —le siguió Martín.

Los chicos lo estaban pasando genial. Cuando terminó el viaje en catamarán regresaron al hotel

para darse una ducha, descansar un poco y volver a salir pero, esta vez, de locales por la playa.

Habían oído hablar de las fiestas que montaba Pocholo en la playa, con su caravana, y no

querían perdérsela. Se vistieron todos de blanco y se fueron a la playa donde se celebraba la

fiesta.

—¿Dónde estaaaá mi mochilaaa? —
bromeaban los chicos, al son de la
música.

257

El alcohol ya había empezado hacer mella en ellos; llevaban dos días sin parar de beber y no

comían, ni dormían mucho.

—Vamos, Damián, que no se diga que tu

espíritu fiestero se ha esfumado. ¿O es la edad? —

se acercó a él bailando Martín, viéndole sentado en la orilla de la playa.

—Pues será la edad; creo que me he acomodado tanto a vivir con Eva y ahora... saber que

voy a ser padre... No sé, creo que he bebido demasiado —dijo, sin dejar de mirar al infinito.

—Eso es que estás enamorado, macho. Eso no es malo, ¿no?

—¿Malo? Es lo mejor que me ha pasado nunca. Saber que tienes alguien que se

preocupa

por ti, que te espera cada noche y que te entiende y ahora saber que voy a ser padre de una

criatura... Yo creo que me ha hecho ser responsable y sentir miedo.

—¿Miedo? ¿Qué cojones dices? Tú no sabes lo que es eso.

—Miedo a no estar a la altura, a fallarles, a no poder darles lo que necesitan, a que les pase

algo...

—Eso es la vida, colega; pero estoy

seguro de que vas a estar a la altura y, tanto Eva como

el *alien*, estarán orgullosos de ti. Ahora deja de amargarte, ahí, tirado en la playa y vamos a

disfrutar de la última noche, que cuando estés en Madrid lo vas a echar de menos —le dijo,

tirando de él para que se levantara y provocando que sonriera al recordarle a su *alien*.

—Sí, vamos, que me estoy poniendo muy moñas —contestó Damián, levantándose.

Martín le puso una corona de flores que le habían dado antes unas chicas con las que había

estado bailando y se lo llevó a la fiesta, donde bailaron descalzos, rieron y bebieron hasta altas

horas de la madrugada.

—Vengaaaa, a levantarse todo el mundo

—Mario golpeaba una cucharilla contra un vaso de

crystal—. El que no valga para gallo, que lo capen —rio, recordando los refranes que decía su

abuela.

—¡Calla, hombre! —Le tiró la almohada Quique.

258

—Vamoos, que solo nos quedan unas horas aquí y no os voy a dejar que las desaprovechéis

durmiendo.

Los chicos se levantaron, se vistieron y tomaron un potente desayuno para tener fuerzas durante

todo el día.

—Víctor, ayer triunfaste como el Avecrem con la pelirroja, ¿eeh,

cabronazo? —le dijo

Martín.

—Cuenta, cuenta, que de eso no nos hemos enterado —le palmeó la espalda Damián.

—Pues será porque estáis sordos, porque me he pasado la noche en el pasillo mientras el

colega se lo pasaba en grande. Se ha debido enterar medio hotel —contestó Martín.

—¿No será la pelirroja esa con la estabas bailando, arrimando cebolleta? ¿La de las

pequitas?

—La misma. Estaba buena, ¿eh? Andrea es puro fuego, no te digo más que se te cae la

baba. Uno, que tiene *sexapeal* —rió Víctor.

Los chicos salieron del hotel. Para el último día que iban a pasar en la isla, se habían dejado lo

mejor para sorprender a Damián.

—Bueno, te tenemos una sorpresita hoy, Damián, para que no digas que tu cuñado no se

alegra de que te vayas a casar y que soy un capullo, que no te dejo divertirme en tu despedida de

soltero... —dijo Mario, indicándole que entrara a un local de *striptease*, donde habían contratado a

una chica para que bailara.

—Hostia, cuñado, eres el mejor; no creía yo que fueras a ser tan enrollado

—le abrazó

Damián.

—Venga, pasa; no hagas que me arrepienta y no te pases —dijo Mario, empujándolo hacia

dentro del local, donde ya los esperaban.

Los llevaron a una sala privada donde les sirvieron bebida mientras esperaban a la chica. Los

asientos estaban en semicírculo y, delante, había uno para el novio.

259

Comenzó a sonar *Lady Marmalade*, de Christina Aguilera, Lil'Kim, Mya y Pink. Apareció una

rubia impresionante, con curvas de escándalo y medidas espectaculares; llevaba unas botas

negras de caña alta y tacón fino, unas medias hasta los muslos que se unían mediante un ligero

al corpiño rojo y negro muy ajustado y de gran escote. Los chicos quedaron impresionados al

verla.

Cogió a Damián de la mano y lo puso en la silla del centro donde empezó a contonearse delante

de él, acercándose cada vez más y consiguiendo que la temperatura y otras cosas de su cuerpo

comenzaran a elevarse.

Los demás miraban, atentos, cómo la chica bailaba encima de Damián y cómo él disfrutaba con cada movimiento.

La rubia se puso de espaldas a Damián, le cogió las manos y comenzó a recorrer todo su cuerpo

con ellas, comenzando por los pechos y bajando lentamente.

Damián no podía creer lo que estaba pasando; realmente estaba muy excitado por la situación.

La rubia se sentó encima de él, notando su erección, mientras seguía con las

manos de Dami

recorriendo su cuerpo, hasta llegar a la zona de la entrepierna, donde fue bajando muy

lentamente.

—¡Me cagüen en la puta! —dijo Damián, dando un salto y levantándose de la silla, dejando

de pie a la rubia y viendo cómo sus amigos se morían de la risa.

—¿Algún problema, Damiancito? —rio Mario.

—¿Ya no babeas, ni quieres seguir

disfrutando del espectáculo?

—Seréis cabrooneees... Que casi me da un infarto cuando... ¡Cabroones, eso no se hace!

—Casi te da un infarto porque la sangre la tenías en otro sitio —dijo Quique, sin poder

parar de reír

—Damián, ¿ya no quieres seguir sobando a la señorita? —dijo Mario, tirado por el sofá, de

la risa.

—Señorita, dice... Pero si tiene una
polla como una olla y encima estaba
bien duro, el *jodío*

o *jodía* o como se diga; se había puesto.

Los chicos no podían parar de reír; se
echaban las manos a la tripa del dolor
que tenían de tanto

reírse, aunque a Damián no le estaba
haciendo tanta gracia.

—Entonces, ¿lo has *sobao* bien,
Damián? Para saber que estaba así, lo
has tenido que sobar

bien —se carcajeó Quique.

—Eso te pasa por listo: te he dicho antes de entrar que no te pasaras... —rió Mario.

—Ya me extrañaba a mí que no dijeras nada viendo el espectáculo y que fueras tan

enrollado, pedazo de capullo.

—Cuñado, date una ducha fría —se burló Mario.

—¡Qué dices! Si al tocar la *mandanga* que tenía se me ha bajado todo —dijo Damián,

volviendo a provocar la risa de todos—. Una cosa os digo a todos: lo que pasa en

Ibiza se queda

en Ibiza, ¿eh? —repetía Damián, que no quería que ese suceso fuera motivo de mofa en la base.

—Venga, vamos a preparar las maletas, que hay que regresar —dijo, entre risas todavía,

Mario—. Seguro que el aeropuerto está lleno y tenemos que llegar con dos horas de antelación

para facturar; bueno, un poco antes si a Damián le apetece que le cacheen los Nacionales, que lo

mismo le ha cogido gusto.

—Seréiss cabrones... Esta me la pagáis
—contestó, riéndose hasta él—.

Vámonos, capullos,

que me habéis dejado con ganas de ver a
mi morena.

Eva había pasado el fin de semana
mirando y organizando los preparativos
para la boda. Había

estado viendo vestidos, pero no acababa
de decidirse por ninguno; verse la
barriga frente al espejo

en un vestido de novia, hacía que no
acabara de convencerse, por mucho que
las chicas le dijeren

que todos le quedaban genial, que el día de la boda ya no tendría barriga y que estaría preciosa.

—Holaaa, ¿hay alguien en casa? —dijo Damián al abrir la puerta.

Eva salió corriendo, dio un salto y se abrazó a Dami, devorándolo a besos y tirándolo al suelo.

261

—No sabes lo que te he echado de menos, cariño —siguió besándolo—. ¿Lo has pasado

bien? —dijo, dejándolo respirar un poco.

—Me encanta cuando me recibes así,
preciosa. Lo hemos pasado genial —
dijo, sin poder

dejar de besarla—. ¿Y tú? ¿Cómo te
encuentras?

—Yo, ahora que estas tú, genial. He
estado un poco cansada pero he
aprovechado el finde a

tope para preparar cositas para la boda.
Por cierto, quiero que vayamos a ver un
par de sitios

preciosos para celebrarla y...

—Para, para... Que acabo de llegar y
solo puedo pensar en lo preciosa que

estás y en lo que

te he echado de menos —dijo Damián, mientras le acariciaba la tripa.

—Sí, seguro que me has echado muchiiísimo de menos —sonrió Eva, despeinándole.

—Pues sí, señorita Muñoz, la he echado mucho de menos, me he acordado de usted y de

nuestro *alien* más veces de las que piensas —Dami le acarició la cara con ternura.

—Yo también te he echado mucho de menos, cariño —dijo Eva, besándolo.

Damián la cogió entre sus brazos mientras no paraba de besarla.

— Vamos a terminar este finde como se merece: con un perfecto eclipse, amor.

262

—29—



Las semanas pasaban volando y Eva se sentía torpe, ya que su barriga era bien grande; tenía

problemas para dormir y estaba un poco cansada estos días. Se encontraba en la semana

treinta del embarazo, aproximadamente siete meses. Damián había empezado a notar sus

cambios de humor y sus altibajos emocionales; tan pronto no soportaba una broma o se

planteaba si sería buena madre y se ponía a llorar, como le daba la risa sin venir a cuento.

Las chicas habían decidido celebrar la despedida de soltera de Eva ese fin de semana. Ya lo

tenían todo preparado. Se celebraba en Madrid, por el estado de Eva, y todas estaban

deseando ver su cara cuando viera
dónde la iban a llevar.

—Cariño, ¿tú estas segura de querer
celebrar tu despedida en tu estado? —
preguntó

Dami.

—Convencidísima. Todavía me puedo
mover; si no, luego tendremos a la niña
y me

costará más despegarme de ella.

Además, las chicas me han dicho que
tienen muchas

sorpresas, están ilusionadísimas y, como
va ser en Madrid, si me encuentro mal

solo tengo que

volverme.

—Me parece bien; pero si te encuentras mal, me llamas y yo voy a buscarte donde estés.

—Siiií, no te preocupes, cansino: he hecho un pacto con el *alien* y me va dejar tranquilita

esa noche —bromeó Eva.

263

—Podrías hacer otro para que te dejara descansar por las noches; bueno, nos dejara,

porque cada vez que te pones a dar vueltas en la cama me despiertas a mí también.

—No seas quejica, que la que lleva la barriga soy yo. Por cierto, tenemos una conversación

pendiente: el nombre de la niña está aún sin decidir y, a este paso, me veo registrándola como

Alien García Muñoz.

—Tranquila, en estas semanas le buscamos un nombre a nuestro *alien* aunque, a mí,

Alien me está empezando a gustar —rio Dami.

—Pero qué tontito eres —le besó Eva—. Bueno, me voy a arreglar que en unas horas

han quedado las chicas en venir a buscarme.

A las 21 hrs en punto sonó el timbre de la casa. Las chicas habían llegado a buscarla. Eva

bajó rápidamente las escaleras; estaba nerviosa, mientras Dami ya había abierto la puerta y

no se movía de allí.

—Pero, ¿qué pasa? —dijo Eva al llegar la puerta y, al abrirla un poco más, vio una

limusina blanca aparcada delante de la puerta de la casa y dentro estaban las chicas, que salían

por las ventanillas y por el techo.

—Vamoos, Eva, mira que te gusta hacerte de rogar. Venga, sube —le gritaba Montse.

—Estáis locas y me encantaaaa —reía Eva, le dio un beso a Dami para despedirse de él y

se subió a la limusina.

—Tened cuidadito y pasadlo bien—dijo
Damián al despedirlas y envidiando
montar en

limusina. Las chicas iban bebiendo
champán y haciéndose *selfies* en la
impresionante limusina

Chrysler, iluminada en tonos morados.

Mientras, en el interior sonaba *Me
encanta (I love it)* de Nancys Rubias.

Les dieron una vuelta por el centro de
Madrid y ellas iban asomándose por las
ventanillas del

techo, cantando y saludando a la gente,
que no paraba de hacerles fotos.

—Chicas, me encanta esta sorpresa. Ya sabéis lo que me gustan los coches y este es una

pasada —reía Eva, todavía sin poder creérselo.

—Esto no nada, Eva, para lo que te espera —le contestó Ana, alzando las cejas repetidas

veces. Al cabo de un rato, la limusina paró delante de un restaurante y las chicas bajaron.

—El Templo del Placer. Pero, ¿qué me vais a hacer? —bromeó Eva.

—Aquí solo te van hacer cositas buenas.
Venga, baja del coche, barrigona — le
dijo

Yoli, ofreciéndole la mano para
ayudarla a bajar.

—Hermanita, esto es un templo de
placer: relajate y disfruta —rió Laura.

Nada más entrar tenían un *photocall*
donde se podían hacer fotos con las
drag queens, que

alucinaron al enterarse de que la novia
era Eva, cuando le vieron la barriga.
No paraban de

bromear y de decirle que parecía un

bollo *preñado*, un Kinder y mil cosas más.

Las chicas bajaron a cenar a la parte de abajo; habían reservado mesa vip, estaban al lado del

escenario y les pusieron otra botella de champán. No pararon de beber sangría y cerveza

durante toda la noche y, aunque Eva controló la bebida al principio, acabó tomándose un par

de vasitos. Empezó el espectáculo.

Salió una chica *stripper* y comenzó hacer su número. Las chicas no estaban

prestando mucha

atención; preferían hablar de sus cosas y seguir con sus copas.

—¿No os habréis equivocado y me habéis traído a un local de lesbianas? — bromeó Eva.

—¿Cómo nos vamos a equivocar? — dijo Yoli—. Porque no nos hemos equivocado,

¿verdad, chicas?

—Noo, no nos hemos equivocado, estás en el sitio perfecto. Relájate y disfruta, que

todavía queda mucha noche.

Al ratito comenzó a sonar *Purple Rain*, de Prince. Salió un chico guapísimo al escenario,

vestido de motero; era muy musculoso y se movía de manera muy sexy.

—Madrecita de mi vida, qué calores me están entrando —dijo Montse, abanicándose con

una servilleta.

265

El motero se acercó a Eva y la cogió de la mano para que le acompañara al

escenario.

—Pero chico, si yo no puedo ni moverme, voy a ir rodando —rio Eva—. Mejor que vaya

Montse, que creo que lo va aprovechar más.

Montse se puso de pie nada más oír su nombre.

—Vamos, guapo, que yo te acompaño al fin del mundo —dijo, dándole un pellizquito en

el culo.

Las chicas reían al ver el espectáculo y

vitoreaban a Montse, que ponía caritas cada vez que

el chico se quitaba una prenda o se acercaba a ella.

Al finalizar el *striptease*, el chico agradeció a Montse su colaboración y la acompañó hasta su

mesa.

Las chicas estuvieron un buen rato bromeando con Montse sobre lo que ellas hubieran hecho

con el chico y de las caras que había puesto.

—Tengo que ir al baño —dijo Laura—. ¿Alguién me acompaña?

—Yo, hermanita, que tú en los baños tienes mucho peligro —dijo Eva, provocando la

risa de todas cuando recordaron como la pillaron con Alberto en el baño del karaoke.

—Por cierto, cuando vuelvas nos cuentas qué tal con el galán del baño. ¿Cómo os va? —

dijo Ana, cotilleando.

—Nos va genial, pero hoy no he venido aquí para hablar de eso —dijo, riendo y

echándose la melena hacia atrás, como una diva del cine.

—¿Qué tal, hermanita, cómo vas? —le preguntó Laura cuando estaban solas en el baño.

—Bien, un poco cansadita, con alguna molestia pero bastante bien —contestó.

—¿Te está gustando la noche?

—Me lo estoy pasando genial, sois las mejores.

—Pues venga, espabila, que éstas son capaces de beberse toda la sangría ellas solitas.

Eva y Laura regresaron a la sala y, en su mesa, estaban dos chicos muy simpáticos

hablando con ellas, que no paraban de reír.

266

—Laura, Eva, ellos son los animadores de la sala y, después de cenar, nos van a invitar a

un chupito — dijo Yoli, encantada.

Los animadores las saludaron y las dejaron que cenaran tranquilas.

Las chicas habían pedido unas ensaladas

césar y unos solomillos de cerdo con confitura de

cebolla; de postre tenían *mousse* de mango.

—Mmmmm... Qué rico está todo, me encanta —dijo Eva, devorando el postre.

—Eva, vas a tener que bailar mucho ahora para todo lo que has comido —le contestó

Ana.

—Deja, deja, que mi *alien* también se alimenta.

Mientras les acababan de retirar los platos, comenzó el espectáculo de las *drags queens*. Las

chicas no podían parar de reír con las ocurrencias que tenían y cómo gastaban las bromas,

con tanta picardía, a la gente de la sala.

Las animaron a salir a bailar la conga y no se lo pensaron: se engancharon a las *drags*, que no

paraban de bromear con ellas.

Las disfrazaron con pelucas y boas de plumas; las chicas posaban como los Ángeles de

Charly y Eva, en vez de posar como un Ángel de Charly, posó con los brazos en jarras y

sacando barriga. Se prestaban a cualquier locura que se les ocurriera, estaban siendo el alma

de la fiesta.

Cuando acabaron las actuaciones, los animadores, encantados por el espectáculo que habían

dado, se sentaron con ellas para charlar e invitarlas a otro chupito.

—Vamos, chicas, que ahora hay discoteca y más espectáculo.

—Espectáculo va a ser levantar a Eva de la silla —rieron.

—Qué graciosillas estáis; aunque ahora mismo no sepa a qué altura de mi cuerpo están

mis caderas y parezca un Conguito de chocolate blanco, bailar no se me ha olvidado, ¿eeh?

—Vamos, hermanita; tu baile ahora mismo es el de San Vito, que pareces un tententieso

de esos que no vuelcan nunca —contestó Laura, provocando la risa de todos.

Eva se puso de pie y comenzó a moverse como una loca. Las chicas y los animadores se reían

por cómo se contoneaba. De repente, se quedó quieta y se echó mano a la tripa.

—Eva, deja de bromear; esta vez no nos engañas —dijo Yoli.

—¡Auuch, aaaauuuchhhh! ¡Me dueleee!

—Sí, claro ¿Qué te va doler? Deja de vacilarnos —dijo Ana.

—¡Chicacaas, de verdad, me duele mucho! Me ha dado como un pinchazo —dijo Eva,

con carita de dolor.

Al verle la carita, las chicas y los animadores se acercaron a ella. Los animadores buscaron

una silla donde se pudiera sentar.

—Eva, tranquila; seguro que se te pasa en un momento —le dijo Laura.

Pero, en menos de diez minutos, le había dado otro pinchazo.

—¡Diiiiiooos, qué dolor...! —volvió a gritar, Eva agarrándose la barriga con las dos

manos.

—Chicas, creo que deberíamos llevarla al hospital —aconsejó Yoli.

—Sí, yo también creo que es lo mejor y nos quedamos tranquilas; después del susto de la

amenaza de aborto, yo no me arriesgo a dejarla sin ir al médico —contestó Laura.

Los animadores les ofrecieron pedir una ambulancia; era lo mejor para su estado y, si sucedía

algo en el trayecto, ellos sabrían qué hacer.

—Sí, por favor, llamad a una

ambulancia y que venga rapidito —les dijo, muy nerviosa,

Ana, al ver que Eva palidecía por momentos.

—Chicas —dijo, susurrando, Laura, para que no la escuchara Eva—: creo que

deberíamos avisar a Damián en cuanto sepamos al hospital que la llevan.

—Estoy de acuerdo; le pase lo que le pase, Dami debe saberlo —contestó Ana.

En un momento llegó la ambulancia y subieron a Eva; solo admitían un

acompañante y

decidieron que fuera Laura. Las demás les seguían en un taxi.

268

Los sanitarios dijeron que se la llevaban al hospital Doce de Octubre; las chicas, desde el taxi,

llamaron a Damián para avisarle de la situación.

—Hola, Damián, perdona por las horas. Soy Ana, la amiga de Eva.

—¿Qué le ha pasado a Eva? —contestó nervioso; sabía que, si le llamaban ellas,

era

porque Eva no podía hacerlo.

—Eva ha comenzado con pinchazos y con dolores, la llevan en ambulancia al hospital

Doce de Octubre.

—Pero, ¿está sangrando? ¿Sabéis si está el bebé bien? —la noticia le había pillado por

sorpresa, medio dormido, y estaba aturdido.

—Damián, no sabemos nada. Creo que no ha sangrado pero tiene muchos

dolores. Va en

la ambulancia; cuando lleguemos al hospital y la exploren, nos dirán algo, imagino.

—¿Quién va con ella? ¿No la habréis dejado sola en la ambulancia? —decía, cada vez

más nervioso, Damián.

—Tranquilo, no va sola: Laura la está acompañando para que esté más tranquila.

—Pues me visto y voy para allá.

—Nosotras todavía no hemos llegado;

quedamos en la sala de espera.

—Gracias por avisar chicas. Os veo allí.

269

—30—



Damián volaba por la casa; cogió lo primero que pilló para vestirse, las llaves del coche y salió

dirección del hospital.

Ya sabía yo que no era buena idea lo de la despedida, en su estado, se repetía

mientras

conducía.

Al llegar a la sala de espera del hospital, vio a las amigas de Eva, que ya estaban allí.

—Hola, ¿dónde esta Eva? ¿Sabemos algo? —dijo al saludarlas, muy nervioso.

—Laura está con ella; todavía no nos han dicho nada.

Damián se acercó al mostrador de información para interesarse sobre el estado de Eva y pedir

que le dejaran entrar a verla. Al decir que era su marido y que estaba por amenaza de parto, le

dejaron entrar de inmediato.

Llegó a la sala de monitores, donde estaba Eva; estaban mirando la frecuencia cardíaca del

bebé.

—Hola, cariño, ¿cómo estas? —dijo, acercándose a ella y besándola.

—Hoola, Dami —dijo, en tono triste—. Tengo muchos dolores, dicen que pueden ser

contracciones; ahora pasará el médico.

270

—¿Contracciones? No puede ser, es muy pronto para que nazca el bebé —dijo Damián,

sorprendido.

—Ha dicho la enfermera que ahora hay muchos partos prematuros, que no nos preocupemos —contestó Laura, saludando a Damián—. Chicos, yo salgo fuera un rato y os dejo

que habléis. Si necesitáis algo, mandadme un Whatsapp y entro en un

momento.

—Gracias, Laura —contestó Damián.

—Hermanita, muchas gracias; ya te dije que la noche de hoy iba a ser inolvidable y va a

ser así —sonrió Eva.

Cuando los dos se quedaron solos, Damián se sentó en una silla al lado de Eva, la cogió de la

mano y no paraba de acariciarla.

—Cariño, tranquila, no pienso moverme de tu lado, seguro que está todo bien — consiguió

decir, con un hilo de voz.

—Dami, tengo tanto miedo de que pueda pasarle algo a nuestro bebé... —Eva tenía los

ojos llenos de lágrimas.

—Seguro que está bien, cariño, no pienses en negativo. Va ser una niña fuerte y guerrera

como su madre —la besó en la frente.

—Pues yo me siento hasta mala madre: ni siquiera le hemos puesto un nombre y lleva

conmigo siete meses.

—Eso lo vamos a solucionar ahora mismo. Además, creo que tengo un nombre que te va a

encantar. El otro día, cuando me fui de cañas con los compañeros, en el bar había una niña de

unos doce años; era guapísima y cuando la llamó su madre, me encantó el nombre.

—¿Ah, sí? Venga, sorpréndeme, pero ya sabes que los nombres antiguos no me gustan y

los largos, tampoco.

—Este te va encantar, lo sé; en cuanto lo

oí, supe que nuestra niña se llamaría así.

—Vengaa, suéltalo de una vez.

—Halai. ¿Te gusta?

271

—Halai. Suena bien, es original, corto...
Me encanta.

—Pues ya tenemos nombre para nuestra
pequeña: Halai García Muñoz. Suena
bien,

¿verdad? —sonrió Dami, antes de
besarla en los labios.

—Suena genial y más de tus labios —

contestó Eva apretándole la mano
porque le vino

una contracción.

—Tranquila, tranquila, ya pasa —dijo
Dami, acariciándole la cara.

El médico llegó para revisar a Eva. Le
dijo a Dami que saliera de la habitación.
Después de

una exhaustiva exploración, volvió a
llamarle para contarles el diagnóstico.

—Eva está con contracciones de parto.
Vamos a intentar retrasarlo un poco;
para ello, le

pondremos una inyección intravenosa y le daremos antibióticos para impedir que el bebé

contraiga una infección. También le daremos medicación para intentar detener las contracciones

durante suficiente tiempo como para administrar corticoesteroides al bebé y acelerar el

desarrollo de sus pulmones, intestinos y cerebro.

—Doctor, ¿el bebé está bien? — preguntó Dami, sin poder esperar.

—Sí, el bebé está bien, pero sería

conveniente conseguir que naciera, al menos, con un par

de semanas más para que esté bien formadito. Eva, tienes que ser paciente y aguantar un poco.

—Sí, doctor, lo intentaré, intentaré aguantar lo máximo posible.

—Durante todo este tiempo, el bebé y tú vais a estar bajo observación, así que tranquila.

En un rato os daremos habitación para que os encontréis más cómodos.

Damián salió a informar a las chicas para que no se quedaran allí. Esperaron

a que le dieran

habitación a Eva y subieron a darle un beso para animarla. Laura se encargaría de avisar a la

familia de lo ocurrido.

—Me van a sacar un abono como vip en el hospital —bromeó Damián.

Las siguientes semanas fueron duras. Eva sentía muchos dolores y la obligaban a hacer reposo.

Ella recordaba lo que le dijo el médico, que tenía que aguantar, que era lo mejor para el bebé y

así lo estaba haciendo.

272

Damián se sentía fatal viendo como Eva sufría y él no podía hacer nada, por eso intentaba

hacerla reír y mimarla a todas horas.

Toda la familia y amigos pasaron por el hospital en cuanto se enteraron, pero Eva se sentía tan

mal y tan dolorida que no quería ver a nadie.

Habían pasado tres semanas; Eva estaba desesperada. Le pidió a Damián que la

ayudara a

levantarse para ir al baño: tantos días en la cama hacían que se mareara al intentar ponerse en

pie.

—Venga, dame la mano, que yo tiro de ti o, si lo prefieres, te llevo en brazos — contestó

pacientemente Damián.

—¡Noo! En brazos, ni de broma, que puedo ir andando. Solo ponte a mi lado por si me

mareo —contestó Eva.

Según iba camino del aseo, Eva notó cómo se le empapaban las piernas.

Damián, al ver cómo

caía todo ese líquido al suelo, se quedó asombrado.

—Cariño, ¿no te podías aguantar? Si ya casi habíamos llegado —dijo, mirando todo el

líquido que había en el suelo.

—Dami, que no me he hecho piiiis... Creo que he roto aguas —dijo Eva, paralizada por los

nervios.

—¿Cómo? ¿Qué? Ahora mismo llamo a una enfermera.

Damián salió corriendo a buscar a una enfermera para informar de lo que había pasado;

enseguida llegaron y se ocuparon de Eva.

—Bueno, ya ha llegado el momento que tanto estábais esperando. En unas horas podréis

verle la carita a vuestro bebé —dijo la enfermera, sonriéndoles.

Damián sintió un vuelco en el corazón; no lo podía creer, iba a poder tener en

brazos a su niña

en unas horas.

273

—Perooo, ¿marchará todo bien? ¿Me dolerá mucho? ¿Cómo puedo ayudar a mi bebé a

salir? ¿Durará mucho el parto? —Eva estaba muy nerviosa y, de repente, le empezaron a acudir

mil dudas.

—Tranquila, todo va salir bien — contestó la enfermera—; solo tienes que relajarte y vivir

ese momento único.

Eva soltó un gran suspiro, intentando relajarse. Las enfermeras la prepararon y la

monitorizaron para saber cómo estaba el bebé en cada momento.

—Eva, comienza tu trabajo: tienes que dilatar para que pueda salir el bebé y ahora

empezará a subir el nivel de dolor de las contracciones. ¿Vas a querer ponerte epidural?

—Pues había pensado tener un parto natural.

—Bueno, si ves que te duele mucho, nos avisas y llamamos al anestesista para saber si te

la puede poner.

—Vale, pero yo creo que aguantaré.

Damián había salido a avisar a la familia de que había llegado el momento y a comerse un

bocadillo de tortilla de patatas; los nervios le daban hambre.

Damián se reunió con Eva en la sala de dilatación, cerca del paritorio.

—Cariño, ¿te das cuenta de qué poco

queda para poder ver a nuestra
pequeña? Yo quiero

vivir esto como si fuera tú —dijo,
mirándola.

—¿Como si fueras yo? Yo, si pudiera,
me cambiaba ahora mismo por ti —
sonrió Eva,

mirándose todos los cables que tenía y
pensando en los dolores que iba a pasar.

A cada contracción que le daba, daba un
respingo, apretaba los puños y cerraba
los ojos.

—¡Auuuuchhh, qué dolooooor! ¡Esto ya no
puede doler más! —gritaba en voz alta.

—Eva, la enfermera ha dicho que solo llevas cuatro centímetros de dilatación; hasta diez,

creo que todavía queda mucho.

—Jodeer, pues como duela más me va dar algo, parece que se me rompen las entrañas

por dentro —aprieta fuerte la mano de Dami.

274

La siguiente contracción fue fuerte y Eva se puso a gritar.

—¡La epiduraaal! Dami, llama a la

enfermera y que me la ponga en vena directa, esto es

insoportable.

—Cariño, ¿no querías un parto natural?

—A la miiiiieerda el parto natural; lo que quiero es que no me duela —dijo, apretando con

fuerza la mano de Dami—, y la quiero yaaa. Busca a la enfermera, jodeeer.

Damián salió a buscar a la enfermera y le contó lo que ocurría. La enfermera, sonriendo, se fue

a buscar al anestésista. Eran muchas

primerizas las que decían que no querían anestesia pero,

al sentir los fuertes dolores, cambiaban de opinión.

Entre los dolores y las hormonas a mil, a punto de dar a luz, Eva estaba hecha una furia; no

controlaba lo que salía por su boca.

—¿Quieres salir yaaa? Ahora entiendo a mi madre cuando me decía que, desde el día del

parto, se empieza a sufrir con un hijo...

Uuuuuffff —intentaba controlar la respiración pero los

nervios y el dolor no la dejaban.

Llegó el anestesista y le puso la epidural y, aunque el pinchazo le dolió, la calmó bastante.

—Dios, esto ya es otra cosa; creía que me moría de dolor —dijo Eva, más relajada.

—Yo creía que tenía que llamar a un cura para que te practicara un exorcismo. Madre

miía, cómo te has puesto.

—¿En serio? Eres un exagerado; me gustaría verte a ti con estos dolores.

Al cabo de tres horas, Eva comenzó a notar otra vez una presión muy fuerte y dolor se volvió

intenso.

—¿Otra vez? Uuuufff. Dami, llama a la enfermera, noto la cabeza del bebé ahí abajo —

Dami se puso muy nervioso y levantó la sábana que cubría a Eva.

—¿A veer...?

—Pero, ¿qué coño haces? Deja la sábana y llama a la enfermera, joder —
Damián fue otra

vez en busca de la enfermera y volvió con ella rapidísimo.

275

—Eva, ya estás preparada: tu bebé quiere salir ya, así que vamos a paritorio. El papá tiene

que acompañarme a ponerse un traje verde antes de entrar.

Damián se puso la bata, los patucos y el gorro. Joder, parezco una tortuga ninja guerrera, rio

solo acabándose de poner el traje y entrando al paritorio, como le habían indicado. Se colocó

al lado de Eva, cogiéndola de la mano.

Eva ya se encontraba en la camilla; estaba agotada por todo el tiempo que llevaba allí.

—Vamos, Eva: un esfuerzo más y tendrás a tu peque en brazos —le dijo el doctor.

Eva empujó y sintió una fuerte contracción.

—¡Uuuufff, duele mucho!

—Venga, cariño, que esto no es nada; mi madre me parió a mí en el campo y sin epidural

—dijo Damián, intentando animarla.

Eva, al escuchar el comentario, le soltó la mano y le cogió de las pelotas.

—Cariño, ¿no querías vivir el parto como yo? Pues mira, esto no es ni la décima parte de

lo que me duele a mí —dijo, apretando fuerte.

A Damián se le llenaron los ojos de lágrimas por el dolor.

—Indirecta captada, cariño. ¿Podrías soltarme? No puedo respirar.

Eva le soltó y sintió que le venía otra

contracción, con la que se retorció de dolor.

—Eva, en la siguiente contracción tienes que empujar; el comadrón te va a ayudar apretándote la barriga para que el bebé baje, pero tienes que avisarnos tú.

Eva notó que le iba a venir la siguiente contracción.

—Yaa —dijo, apretando fuertemente la mano de Damián que le estaba acariciando el pelo para tranquilizarla.

—Venga, empuja —dijo el doctor,

mientras el comadrón le apretaba la tripa.

Eva empujó con todas sus fuerzas, sintiendo cómo salía la cabeza de su bebé.

—Vamos, Eva, ya no queda nada; unos empujones más y tendrás a tu bebé en brazos —la

animó el doctor, invitando a Damián a que se pusiera a su lado para ver salir al bebé.

276

Eva empujó con fuerza y notó cómo el cuerpo del bebé resbalaba por su

interior y salía fuera,

haciéndole soltar un suspiro hondo que la relajó al oír el llanto de su bebé.

—¿Quiere el papá cortar el cordón umbilical? —preguntó el médico a Dami que, en ese

momento, tenía los ojos llenos de lágrimas al ver a su bebé por primera vez.

—Como me hagas daño, no tienes Madrid para correr —dijo Eva al escuchar al médico

pedírselo a Dami—. Por cierto, quiero donar el cordón umbilical.

—Pues entonces no puede cortarlo el papá; hay que hacer un corte especial y sacarte una

muestra de sangre.

—Pues adelante; total, ya tengo mil banderillas puestas.

Las enfermeras limpiaron al bebé y se lo dieron a Damián para que se lo pusiera Eva encima

de ella; así podría sentir su calor y su olor.

Damián estaba tan emocionado que apenas podía hablar; no podía dejar de besar la cabeza de

su bebé.

—Cariño, es preciosa, se parece a ti —
dijo, poniéndole el bebé encima—.

Gracias,

gracias, Eva, por hacerme el hombre
más feliz del mundo.

Eva, emocionada por tener a su bebé y
por las palabras de Dami, no pudo
contener las

lágrimas; se sintió la mujer más feliz del
mundo. Ahora sí que tenía todo lo que
podría desear.

Besó a su bebé, lo acarició y se lo puso
al pecho, como le habían dicho las

enfermeras.

—Sabes, creo que la naricilla es tuya —
sonrió a Damián, que se acercó a
besarla.

—Cariño, te quiero hasta luna, ida y
vuelta, aunque ahora tienes que
compartime con otra

pequeña mujercita —sonrió Dami,
mirándolas embobado.

—Creo que esta pequeña va estar muy
mimada por su papá. Yo te quiero más,
te quiero

hasta luna, ida y vuelta, en tacones.

Las enfermeras se llevaron al bebé para hacerle las pruebas, pesarlo y medirlo, mientras el

doctor acababa con Eva.

277

—Eva, solo te he dado un punto, que se caerá solo. Para acabar con el trámite de la

donación del cordón umbilical, tenéis que rellenar un formulario; ya estará todo, lo puede hacer

el papá tranquilamente. Ahora te subirán a la habitación y te reunirás con tu bebé; mañana

pasaré a revisarte . Enhorabuena a los dos.

Eva estaba emocionadísima. Ya se le habían pasado todos los dolores; solo deseaba estar con

su bebé y con Damián, que no dejaba de abrazarla y besarla ni un minuto.

—Espero que nos den a la niña pronto; esto de parir me ha abierto el apetito — dijo Dami,

haciendo sonreír a Eva.

Cuando les subieron a la habitación, les entregaron a la niña para que Eva le diese de mamar,

como la habían indicado.

Eva se la puso en el pecho, la acarició la cabeza y miró a Dami, que no podía dejar de mirarlas

con un nudo en la garganta, de la emoción.

—Halai García Muñoz, bienvenida al mundo, pequeña.

278

—31—



Al cabo de los tres días en el hospital,

le dieron el alta a Eva, se encontraba genial. Damián no

paraba de hacer los miles de papeleos para inscribir a la niña en todos los sitios.

—Joder, con lo fácil que es que mande la partida de nacimiento el hospital a la seguridad

social y todos los organismos, y no que me tengan a mí dando mil vueltas con los papeles; no voy

a tener bastante con los días de paternidad —decía Dami, cabreado por no poder estar disfrutando

de sus chicas.

—Tú no te quejes; a mí me duele mucho el pecho y sabes que la niña, en el tema comida,

ha salido a ti: se pasa el día comiendo, me siento la central lechera —dijo Eva, cansada.

Sonó el timbre de la puerta. Damián fue a abrir y se encontró con toda la familia de Eva, al

completo, que habían ido a ver a la pequeña de la casa.

—¡Vaya sorpresa! Pasad, pasad, Eva se alegrará de veros.

—Ay, morenazo, vete poniendo unos cafelicos para estos y para mí, una copilla de anisete

con mucho hielo —dijo la señora Paca según entraba por la puerta.

—¿Anisete, Paca? No sé si tendremos de eso —contestó, asombrado, Dami.

—Acabo de llegar y ya estás poniéndome pegas; quien dice anisete, dice whiskete,

roncete... Eso sí, lo del hielo lo mantengo —sonrió la abuela.

Los padres de Eva, la abuela, su hermana y Nico tomaron asiento en el salón, esperando que

Eva bajara de darle el pecho al bebé.

Mientras, Dami les puso café y charló un ratito con ellos de cómo se portaba la pequeña Halai.

Solo había que hacerle nombrar a su pequeña para que se le iluminara la cara y se olvidara de

todo.

—Entonces, ¿no os deja dormir? —dijo Laura.

—Esta niña debe tener el sueño cambiado; así estamos, con unas ojeras...

—Pues mojadle el chupete en anís, verás que bien duerme —soltó la abuela, sin inmutarse.

—¡Abuelaaa! ¿Cómo le van a mojar el chupete en alcohol? —contestó la madre de Eva.

Eva bajaba las escaleras con su bebé en brazos y Nico salió corriendo: quería ver a su nueva

primita.

—Tita Eva, tita Eva, ¿puedo coger a la

prima? —repetía Nico.

—No, cielo, es muy pequeña todavía.
Cuando tenga un par de meses más, yo te
dejo

cogerla. Ahora la voy a poner en la
hamaca para que puedas verla y
hablarle, para que te vaya

conociendo —dijo Eva, tranquilamente,
mientras dejaba a la niña en una hamaca
que tenía de

bebé, muy colorida, con juguetitos
colgando.

—Vale, tita Eva, yo le voy a cantar un
rato —dijo Nico, mientras empezaba a

tararear la

canción del elefante—. Un elefante se balanceaba...

Eva besó a todos los que habían ido a visitarla y se sentó con ellos a charlar un rato.

—Eva, guapa, las tetas te chorrean y a tu madre ya le han puesto suficiente leche en el café

—rio la abuela al verla empapada.

—Jodeer, es que se me han acabado los discos del pecho. Ahora iba a mandar a Dami a

comprar; estas semanas me siento un desastre —comenzó a gimotear.

—Cielo, ¿y por qué no os habéis venido a nuestra casa y allí os hubiéramos echado una

mano hasta que os organizárais? —contestó su padre.

280

—Papá, porque sé que puedo hacerlo pero necesito organizarme y dormir y que Halai sepa

qué es el día y la noche.

—Sabes que puedes llamarme,

hermanita, y vengo a echarte una mano.

—Lo sé, Laura. Ahora mismo estoy un poco agobiada: la leche no me acaba de subir, me

duele el pecho, no he dormido mucho y la pequeña nada más quiere comer todo el día. Además,

Dami está todo el día de papeleos y yo no sé por qué llora la niña; no sé si tiene hambre, sueño o

qué.

—¿No tiene un horario para comer? — se sorprendió Laura.

—¿Horario? En el hospital me dijeron que a demanda, y yo ya no sé si tengo leche o no

porque no me suelta ni un segundo.

—Yo, a Nico, le tenía horario desde el primer día; cada tres horas, aproximadamente, le

tocaba y así se acostumbró genial. Tú fíate de tu instinto, Eva.

—Eva, eres el Seven Eleven ese de la leche. La nena ha salido al padre en lo que come —

sonrió la abuela, echándose un poco más, en la copa, de ron que le había

puesto Damián antes de

irse a comprar.

—Aiiins, abuela, no lo sabes tú bien; yo creo que come más que el padre.

—Mira que está rebonita la niña, tiene los ojos verdes de la familia y esa naricilla tan

graciosa; ahora, lo de los mofletes es lo peor que le ha podido pasar, se va llevar cada pellizco, la

pobre —decía la abuela, haciéndole carantoñas a la niña mientras Nico seguía cantándole.

—Cambiando de tema hermanita, ¿cómo llevas los preparativos de la boda? Ya no te queda

nada...

—Bueno, ya está casi todo preparado, la verdad es que lo tenía casi todo antes de que

naciera Halai, porque ahora no he podido hacer nada.

—¿Y el vestido? —preguntó su madre, intrigada.

—El vestido, tengo que elegir entre tres, pero hasta el mes que viene no voy. Me tiene que

bajar un poco todavía la tripita.

281

—Pero ¿qué dices? Si te has quedado perfecta; ya quisiera yo haberme quedado como tú

cuando tuve a Nico.

—De aquí a la boda espero quedarme perfecta, que luego esas fotos son para toda la vida

—sonrió Eva.

—¿Yo puedo llevar acompañante? — dijo la abuela, llamando la atención de todos.

—¿A quién quieres llevar, abuela? ¿Qué me he perdido? —dijo Eva, sorprendida.

—Pues a Manolico, que me ha pedido ser mi noviete y le he dicho que sí.

—Abuela, ¿a tu edad, novio? —
interrumpió Laura.

—Pues, ¿no dicen que el amor no tiene edad? Pues eso me ha pasado a mí, que me he

enamoraao.

—A ver, abuela, que le va a dar un jamacuco a mis padres —dijo Eva, viendo abanicarse a

sus padres por la noticia—. ¿Cuándo y de qué conoces tú a ese hombre?

—Manolico es el que pone los cafés y los chupitos en el bar de la tercera edad. Yo voy con

mis amigas y le digo: Manolo, dos con leche y uno solo, que es lo que solemos tomar, y él

siempre me invita a un chupito de hierbas. Más bueno que está...

—Abuela, no te enrolles, que nos conocemos. ¿Cuántos años tiene el maromo? —dijo

Laura, viendo que se iba por las ramas y

no contestaba.

—Maromo, no: Manolo. Pues un poco más jovencillo que yo, pero dice que soy tan guapa

y tan resalá, que le dan igual mis setenta años.

—Abuela... Tú no tienes setenta años, tienes unos cuantos más.

—¿Ves cómo me echan menos? Si es que soy un bombón *deshidratado* —dijo la abuela,

sonriendo.

—Abuela, ¿quieres responder de una

vez? ¿Cuántos años tiene Manolo?

—Que pesadicas estáis con la edad. Pues tiene sesenta y dos, ¿qué pasa?

282

—¡Ay, la madre que la parió! Abuela, eres una asaltacunas; tú tienes ochenta y cuatro y él,

sesenta y dos. ¡Que os lleváis más de veinte años, joíaaaa! —comenzó a reír a carcajadas Eva, al

imaginarse la situación.

—Vamos, no me jodas, abuela. Te has echado un novio que podría ser tu hijo;

vamos, que

es más joven que papá —decía, cada vez más asombrada, Laura—. ¡Nico!
¿Quieres dejar de

cantar? ¡Que llevas ciento ochenta elefantes y eso no hay tela de araña, ni oído que lo aguante!

No, si todavía me apago el Sonotone y se acaba la conversación, pensaba la abuela.

Los padres de Eva no hacían más que beber agua, abanicarse y echarse las manos a la cabeza.

—Esta madre mía me va matar a

disgustos —decía la madre de Eva.

—Tranquila, mamá, que ya conoces a la abuela, lo tremenda que es.

—Laura, pues no te sorprendas tanto, que yo el otro día te vi a ti comerle *to* el morro a uno

en la puerta de la casa y no quise molestar para que lo disfrutaras, hija mía —dijo la abuela,

consiguiendo poner colorada a Laura.

—Madre mía —rio Eva; todo lo que estaba pasando le parecía surrealista —. Entonces,

¿qué? ¿Pongo dos cubierto más? —
bromeó.

—Yo voy sola, hermanita —consiguió
decir Laura, abochornada.

—Y la abuela también —dijo su madre.

—Siempre jorobando, hija; claro, como
mi novio es más joven que tu marido, te
ha *dao*

envidia —contestó la abuela,
enfurruñada.

—Bueno, tranquilos todos, que todavía
quedan tres meses y, lo mismo, con el
ritmo de esta

niña, no llego viva y no hay boda.

—No digas tonterías, Eva: vas a ser la novia más guapa del mundo —la besó su padre en la

cabeza y le guiñó un ojo.

—¿No estas nerviosa? —preguntó Laura.

—Pues la verdad es que mucho, estoy hecha un flan. Espero que salga todo bien, que me

quede bien el vestido, que la comida este buenísima y que se presente Dami.

—Eva, estas loca —rio Laura—. ¿Cómo no va ir Dami, si ya vivís juntos y tenéis una niña

preciosa? Va a salir todo genial y perfecto, así que no te preocupes por nada.

—Déjate de asegurar que va ir, que con los días que llevamos, lo que no sé es cómo no se

ha ido ya de casa.

—Pues porque la niña es cosa de los dos y Mario le corta los huevos; básicamente por eso

—se carcajeó Laura.

La niña comenzó a llorar.

—Eva, deja que coja yo a mi bisnieta preciosa —dijo la abuela de Eva, tomándola en

brazos y meciéndola.

—Abuela, si le cantas algo se calma un poco —le dijo Eva, colocándole el vestido que

llevaba puesto y atusándole el pelo.

—Una vieja y un viejo van *pa* Albacete, van *pa* Albaceteee y en mitad del camino y va y se

la met...

—Abueeeelaa, esa canción no —cortó
Laura, mientras Eva estaba muriéndose
de la risa

tirada en el sillón.

—Coñeee, que no me dejas hacer *na*; si
la niña no entiende, *joeeer*.

—Pero Nico, siií —dijo, señalándole al
niño que estaba en el suelo, mirando
atentamente a

Paca cómo cantaba la canción.

—Nico, otro día que no esté tu madre
dando por saco y juguemos al FIFA, me
lo recuerdas

y te la canto —le susurró al niño.

Damián regresó de la compras y se sentó con la familia a charlar un rato.

Le contaron lo del novio de la abuela y, con la gracia con la que lo contaba Paca, le hizo reír

muchísimo.

—Pero que sepas que, aunque tenga novio, tú seguirás siendo mi buenorro favorito, ¿eeh?

Si tú me dices ven, dejo al Manolo — bromeaba la abuela, entonando la canción.

—Dami, ¿tú también tienes preparadas tus cosas para la boda? —preguntó la madre de

Eva.

—¿Qué cosas? ¿No es suficiente con que yo vaya? —sonrió Dami.

—Damián, no le gastes bromas a mis padres que ya por hoy han tenido demasiadas

emociones —rio Laura.

—Ya tengo las bermudas preparadas y la maleta para el viaje de novios.

—Pero qué tonto que eres, *cuñao*. ¿Y el traje de la boda?

—¿Qué traje? ¿Tengo que ir con traje?
¿Quién ha puesto esa norma de que para un evento

importante hay que llevar traje?

—Eso digo yo —saltó la abuela—, porque para la presentación de los jugadores del

Madrid, van en pantalón corto y camiseta y no pasa nada; van bien guapos de blanco nuclear. Y

¿qué evento hay en el mundo más importante que ese, eeh?

—Ninguno, abuela, lo más importante es la presentación y luego, la boda . Si Ramos va de

corto y todos le aplauden, ¿por qué yo no puedo? —le seguía el rollo Damián.

—Eso digo yo. Con esas piernas que tiene el buenorro tiene que estar guapísimo y, si

quieres, yo te regalo de mi paguilla el traje de la equipación del Madrid, el blanco, ¿eh?, que el

rosa no sé a quién cojones se le habrá ocurrido, para que te cases así.

—Pues mira que me voy a pensar la

oferta, Paca —dijo, sonriéndole y dándole un beso en

la mejilla.

—Di que sí, hijo, y a mi bisnieta le voy a sacar el carnet de socia; ya veo que los pañales se

los pones de su equipo —se animó la abuela al ver los pañales blancos que llevaba puestos la

niña, sin saber que todos eran así.

—Diga usted que sí —la seguía animando Damián, provocando la risa de todos y

envalentonando a la abuela.

—Y la pena es que no podamos aclarar a Nico, que el *joío* me ha salido oscurillo, aunque

ahí sí que le resalta la equipación — dijo, rascándole la cabeza al niño.

285

—Abuela, no te pases con el niño — dijo Laura, viendo que se aceleraba la abuela.

—Si es oscuro, es oscuro; pero vamos, que se pone la equipación y está guapísimo, el zagal,

que el *jodío* es guapo como su bisabuela.

—Anda, anda, que no tienes carrete, abuelita —rio Laura.

—¿Y el viaje de novios, chicos? ¿Dónde os vais? —preguntó el padre de Eva.

—Pues Dami quería ir a su pueblo, pero va a ser que no. Seguimos pensándolo porque, con

la niña tan pequeña, tampoco podemos hacernos un súper viaje.

—Eso es lo que tiene preñarse antes de casarse, pero que os quiten lo bailao —dijo la

abuela, mirando el reloj.

La tarde estaba siendo amena y se estaban riendo mucho juntos, pero llegaba la hora de que la

pequeña Halai comiera otra vez.

—Lo siento, pero tengo que darle otra vez de comer o se pone a llorar como loca —dijo

Eva.

—No te preocupes, nietecita; nosotros tenemos que irnos que en veinte minutos empieza un

partido que no pienso perderme.

La familia se despidió quedando en volver a visitarlos en unos días. Eva estaba feliz de que

hubieran ido; las risas le habían hecho salir de la monotonía de los días que llevaba ocupándose

solo y exclusivamente de su niña.

—Eva —dijo Dami, cuando se fueron.

—¿Qué, cariño?

—Me acabo de dar cuenta de una cosa.

—¿Sí? ¿De qué? —dijo, sonriendo, viendo la cara de pillo que estaba poniendo al acercarse

a ella.

—Que cuando nos casemos se habrá terminado la cuarentena: prepárate para una perfecta

noche de bodas, con maravillosos eclipses, amor.

286

—32—



Pasaron los tres meses y llegó el tan ansiado día de la boda. El lugar elegido para tan

maravilloso acontecimiento había sido
El Complejo La Cigüeña, situado en el
Parque Regional

del Sureste de Madrid. Un entorno
natural, donde había un gran lago que
rodeaba parte de la

finca entre árboles, jardines, *bungalows*
para sus invitados, restaurantes y carpas.
Es este un

magnífico enclave natural, que toma su
nombre de la nutrida colonia de
cigüeñas que puebla

dicho parque. Habían elegido la finca El
Olivo donde, sobre su césped, ya estaba
dispuesta una

alfombra roja que iba desde la entrada,
pasando entre las filas de sillas situadas
bajo los grandes

y robustos árboles que lucían con un
verde espectacular, hasta llegar a un
arco de flores

naturales bajo el que se celebraría la
unión civil de Eva y Damián.

Los invitados eran solo los familiares y
los amigos más íntimos de la pareja.

Las chicas lucían preciosos vestidos
largos de diferentes colores y los
chicos, traje de chaqueta;

todos estaban contentos y felices por el

enlace.

Primero llegó el novio, con su coche. Llevaba con elegancia un traje de Armani negro, con

camisa blanca y chaleco; en la solapa de su chaqueta había prendida una original flor de algodón

que le había elegido Eva y que lucía, mientras sonreía con la mayor naturalidad. Saludó a la

familia y amigos. Mientras esperaban que Eva llegara, sonaba de fondo *Petenera*, de Marea.

Damián se acercó al grupo de amigos donde se encontraba su hija con Nico y Laura; parecía una

princesita con el vestido de tules rosas y blancos que le había puesto.

—Colega, son las 11,15. ¿Se habrá arrepentido Eva? —bromeó Quique.

—No me pongas más nervioso de lo que estoy —dijo Damián, mirando su reloj y acariciando las mejillas a su hija.

—No le hagas ni caso, Dami; las chicas siempre llegan tarde a la boda, es tradición —

intervino Ana.

—Pues vaya tradiciones que tenéis más raras —contestó Dami, comenzando a impacientarse.

A los pocos minutos, el coche de la novia hizo su entrada hasta la puerta. El padre de Eva,

Antonio, abrió la puerta trasera del coche para ayudarla a salir: estaba preciosa. Llevaba un

precioso vestido de Alicia Rueda, una diseñadora de Bilbao a la cual Eva había conocido en una

de sus entrevistas y de la que quedó enamorada de su colección. El vestido era sencillo, en

blanco roto con corte romántico, de escote redondo y un poquito de encaje que le tapaba los

hombros y se deslizaba por la espalda, haciendo juego con un cinturón del mismo encaje. Era

femenino, ligero, muy vaporoso y tenía una caída espectacular. En la espalda llevaba un escote

en uve muy pronunciado, dándole un toque muy sensual y acabando en una cola no muy larga.

En el pelo llevaba un semi recogido decorado con una preciosa flor de algodón, igual que la que

llevaba el novio.

Damián, al verla, empezó acelerar su pulso; nunca la había visto tan guapa y tan dulce.

Eva pasó una de sus manos por el brazo de su padre, para agarrarse; en la otra mano llevaba un

original ramo de flores en tonos rosas y blancos donde destacaba la flor central, que era la

Protea, una extraña y bonita flor de la

que Eva llevaba tiempo enamorada.

Comenzó a sonar la música *You're beautiful*, de James Blunt y la novia comenzó andar hasta

donde la esperaba Damián, que ensanchaba su sonrisa según la veía acercarse y bajo la atenta

mirada de sus invitados, a los que sonreía sin cesar.

288

Mario y Laura miraban cómo Eva recorría la alfombra; estaban muy emocionados.

La señora Paca, que se había situado en uno de los laterales más escondidos, terminaba su

cigarrillo mientras veía cómo se acercaba su nieta, a la que lanzó un beso cuando la miró.

Al llegar bajo el gran arco de flores, Dami le dio un beso en la mejilla.

—Hola, cariño, estás preciosa —le susurró, guiñándole un ojo.

—Gracias, tú estás espectacular —le contestó Eva, nerviosa.

El alcalde del pueblo de Damián, Faustino, iba a obrar la ceremonia civil.

Era uno de los amigos

con los que se echaba Dami la partida de mus cuando iba al pueblo, y tenía mucho cariño a la

pareja.

Dami cogió de la mano a Eva, la miró a los ojos y le sonrió.

—Tranquila, estás temblando.

De repente, comenzaron a pitar los buscas de algunas personas que estaban en la boda, incluido

el del novio.

Damián se echó mano al bolsillo y miró el busca; los chicos comenzaron a levantarse

rápidamente, incluidos Mario y Damián.

—¿Qué pasa? —dijo Eva, atónita.

—Lo siento, preciosa; ha habido un secuestro. Me tengo que marchar.

—Damián, si quieres, tú puedes quedarte y continuar con la ceremonia

—dijo Mario,

mirando el reloj.

—No puedo dejar solos a mis compañeros, ni casarme sin que estéis

todos. Eva, te prometo

que no tardaremos. Por favor,
entiéndeme.

Damián besó a Eva en los labios y, sin
mediar ni una palabra más, se giró y fue
detrás de sus

compañeros; se subieron en un coche y
desaparecieron rápidamente.

—A la mierda, se jodió el espectáculo:
se van los buenorros —dijo la abuela,
volviendo a

encender otro cigarro.

Eva todavía no se podía creer lo que había pasado: justo en el momento en el que comenzaba su

boda perfecta, desaparecieron la mitad de los invitados, su hermano y el novio.

Sin más, cogió el micrófono, con su hija Halai en brazos, y se dirigió los invitados:

—Bueno, ¿qué puedo deciros?
Empezaremos la fiesta antes de la celebración: podéis tomar

el cóctel hasta que regresen el novio y el resto de invitados. Es lo que tiene intentar casarse con un

cuerpo especial —suspiró Eva—.

Gracias a todos —dijo, en tono preocupado. Saber que estaban

de misión no la tranquilizaba nada.

Los chicos llegaron a la base, se pusieron sus trajes y fueron a la sala de reuniones donde se les

informó de la situación del operativo.

—Una persona desconocida, siendo perseguida por la policía local tras haber perpetrado un

robo en un banco de la zona, ha entrado en un local de copas del centro de Talavera de la Reina,

donde los empleados se encontraban limpiando. Tiene a tres rehenes: dos mujeres de treinta y dos

y treinta y cinco años y un varón de treinta y tres. El secuestrador lleva dos armas de fuego, varias

armas blancas y afirma poseer varios artefactos. En el helicóptero que les llevará a la zona del

conflicto recibirán el resto de información y mapas de la zona. Señores, a trabajar. Buena suerte.

Después de revisar los planos del operativo y recibir las órdenes oportunas, los chicos

comenzaron a bromear para relajar el ambiente.

—Damián, tienes otra oportunidad para pensarte lo de casarte, lo mismo es una señal —rio

Quique.

—No digas gilipolleces, Quique. ¿Quién es la amiga de Eva que iba de verde? —preguntó

Víctor—. Está impresionante.

—Esa era Montse, su amiga de toda la vida. ¿No la has reconocido? —sonrió Mario.

—¿Montse? ¿Esa era Montse? Joder, pues nunca la había visto así —contestó, sorprendido,

Víctor.

—Eso es porque siempre que la has visto, o estabas dándote el palo con otra, o ibas ya

ciego, pedazo de mamón —sonrió
Damián.

290

—Pues tendré que concederle un baile
—bromeó Víctor.

—Eso será si ella quiere bailar con un

sapo como tú —se carcajeó Quique.

—¡Eeeh, que yo tengo mucho *sexapeal*!

—contestó Víctor, provocando la risa de todos.

—Señores, se acabaron las bromas.

Hemos llegado y comienza el trabajo.

Todos atentos,

frecuencia 34; los grupos, como dijimos

—ordenó Mario.

Los chicos habían llegado en un

momento con el helicóptero; se

disponían a colaborar con las

fuerzas del orden que estaban allí. Había

un gran despliegue policial; habían

acordonado la

zona, ya que se había llenado de curiosos que querían saber qué estaba pasando. Mario se dirigió

al mando de la policía que se encontraba allí para que les dieran el último parte y poder

colaborar juntos.

—Quique, a la azotea de enfrente. Toma posición e informa cuando llegues. Cada vez que

esté a tiro, avisa.

Quique cogió a su ayudante y se dirigió

donde le había mandado Mario.

—En posición y a la espera de órdenes.
El campo de visión desde aquí no es
muy bueno;

solo si se acerca a la ventana —dijo
Quique.

—Víctor, prepárate por si hay algún
artefacto y estate atento a las órdenes.
Martín y

Damián, preparad vuestros equipos para
intervenir; intentaré negociar con el
secuestrador.

Todos obedecieron las órdenes de
Mario; cada uno tomó sus posiciones y

esperaron.

Marcaron el teléfono del local para intentar negociar con el secuestrador, pero no contestaba;

horas antes lo había estampado contra el suelo, puesto que no llegaba a ningún acuerdo con la

policía .

—Chicos, no tengo respuesta. Necesito tener ojos dentro de allí, no sabemos lo que está

pasando —dijo Mario por la radio.

—Yo me ofrezco a entrar —dijo Damián

rápidamente.

—¡Tú no! —contestó Mario.

—No me jodas, Mario. Tengo el mismo derecho que los demás a entrar. ¿Qué coño pasa?

291

—Tú tienes que casarte hoy.

—Y eso espero hacer, en cuanto terminemos y saquemos a ese cabrón de ahí.

Mario suspiró; sabía que esto iba a suceder, no podía estar protegiéndolo todo el rato.

—Adelante, Damián, con mucho cuidado —decidió decir Mario.

Damián se colocó una pequeña cámara en el chaleco, casi imperceptible para la vista. Se quitó

de encima las armas y se dispuso a entrar.

—Chicos, atentos. Cubridle, Damián está entrando —advirtió Mario, viendo ya las

imágenes que retrasmítía la cámara.

Damián se acercó a la puerta del local con los brazos levantados. Tenía una perfecta visión del

lugar. El secuestrador cogió a una de las rehenes y, apuntándole con el arma en la cabeza, se

acercó un poco.

—¿Quién eres? ¿Vienes armado? Fuera de aquí; no he dado permiso para que nadie entre

—gritó, nervioso, el secuestrador.

Damián no dejaba de avanzar hacia dentro, lo que hacía que el secuestrador se pusiera más

nervioso aún.

—He dicho que te pares o le disparo —

ordenó el secuestrador.

—Tranquilo —dijo, parando en seco pero ya dentro del local—. Vengo a negociar. Parece

que te has cargado el teléfono y no podemos comunicarnos contigo —dijo, en tono conciliador,

Damián.

—¿Negociar? ¿No ha quedado claro lo que quiero? Quiero que me dejéis salir de aquí de

una puta vez, un billete a Cuba, un coche para ir al aeropuerto... —comenzó a exigir el

secuestrador sin dejar de apuntar a la chica.

Damián había visto a las cabezas de los otros dos rehenes que estaban confinados en el almacén.

—Tú has visto muchas pelis, ¿no? Deja de apuntar a la chica y vamos hablar en serio.

Esa respuesta desconcertó al secuestrador e hizo que captara por completo su atención.

Mientras, sus compañeros rodeaban el local bajo las ordenes de Mario.

—Vamos a ver: deberías dejar salir a los rehenes y salir por tu propio pie.

Has robado un

banco y has secuestrado tres personas.

No tienes delitos de sangre; te caerán unos añitos y, si el

juez ve que has colaborado, quizá te lo rebaje un poco.

—He dicho que quiero un coche, un billete de avión...

—Deja de pensar en las películas, macho, que estamos en la vida real.

Aquí tienes dos

opciones: o sales por tu propio pie o te

sacamos nosotros —le dijo Damián, en tono chulesco—.

Deja salir a algún rehén como acto de buena voluntad y seguimos hablando.

El secuestrador vio tan convencido a Damián que decidió dejar salir a los dos rehenes que había

confinado en el almacén.

—Atentos: salen dos rehenes. Ayudadlos a tomar una posición segura. Mando a los

sanitarios en cuanto los tengáis.

—Ya los tenemos, jefe. El varón sufre

un ataque de nervios. Los dejamos en manos de los

sanitarios y recuperamos posición — dijo Quique.

Mario miraba, nervioso, cómo Damián seguía delante del secuestrador con las manos abiertas, el

cual todavía apuntaba en la cabeza con el arma a la mujer que continuaba retenida y que no

paraba de llorar.

—¿Quieres parar de llorar? —gritó el secuestrador a la mujer.

La mujer bajó el tono de su llanto, pero seguía estremeciéndose y sollozando bajito.

—Bueno, ya has dado el primer paso. Ahora baja el arma y deja que salga ella —dijo Dami,

señalando a la mujer—. Luego saldremos los dos tranquilamente.

—¿Quién me garantiza a mí que cuando la suelte no me deis a mí un tiro en la cabeza? Ella

no se va.

—Si ella no sale, no habremos hecho nada. Te aseguro que, si haces lo que

estoy diciendo,

nadie va salir de aquí herido.

Todos escuchaban atentamente la voz de Damián por la radio. Estaban en tensión; sabían que,

en cualquier momento, el secuestrador podría perder los nervios y tendrían que intervenir.

293

—Cámbiame a mí por ella —dijo Damián, viendo que no avanzaba.

—¿Cómo? —se sorprendió el secuestrador.

—Que me tomes a mí de rehén y que dejes salir a esta mujer. Llevas cinco horas aquí

encerrado y no has conseguido nada. Esta pobre mujer está a punto de sufrir un ataque de ansiedad

que puede derivar en un ataque al corazón; como le pase algo, será culpa tuya y no será fácil

convencer a nadie. Cámbiame a mí por ella y déjala marchar.

Las palabras de Damián hicieron recapacitar durante unos segundos al secuestrador, que le

ordenó que se acercara de espaldas; en un segundo, cambió el arma de cabeza y se la puso en la

sien a Damián, dejando que la mujer saliera del local.

—Esto no me gusta, atentos todos. El último rehén está saliendo. Llévala a posición segura

y preparaos para actuar —dijo Mario, viendo cómo se estaba complicando la situación por

momentos—. Quique, ¿lo tienes a tiro?

—No; si no se acerca más a la cristalera, no puedo verlo —dijo

Quique, desesperado.

—Ya has hecho lo más difícil; ahora solo queda que sueltes el arma y salgamos fuera, para

que termine toda esta historia —dijo Damián al secuestrador, que estaba muy nervioso.

—No me fío, no me fío de vosotros —el secuestrador se estaba poniendo muy nervioso,

viendo a tanta policía fuera.

Cargó su arma rápidamente y se la puso otra vez en la sien a Damián.

—Si me voy de este mundo, no va ser solo —dijo, muy alterado, el secuestrador,

posiblemente por la falta de drogas y por ver moverse a tanta gente fuera.

Todos los compañeros, incluido Mario, oyeron por la radio cómo cargaba la pistola.

Damián levantó el codo, dándole un fuerte golpe en el pecho al secuestrador y cayendo los dos

al suelo, a la vez que se oía un disparo.

Víctor y Martín entraron rápidamente con sus hombres al local, nada más oír

el disparo. Vieron

tirados en el suelo a Damián y al secuestrador.

—Me cago en la puta, decid qué pasa. ¿Qué pasa? —gritaba Mario por la radio.

294

Se acercaron donde estaban los cuerpos. Al secuestrador le faltaba el aire, no podía respirar; el

golpe que le había dado Damián le había cortado la respiración y por eso había caído al suelo.

Damián estaba tirado a su lado, boca abajo. Martín se acercó rápidamente a él.

—Dami, Dami —le agitó.

En esos instantes, el silencio se hizo por la radio.

—¿No me dejáis ni descansar un momentito? —dijo, con un hilo de voz.

Por toda la radio se oyeron los suspiros aliviados de todos sus compañeros.

—Capullo, este no es sitio para descansar, espabila —dijo Martín, dándole una palmada en

la espalda. El disparo le había dado en el chaleco, esta vez había tenido suerte. Todos sus

compañeros le felicitaron por lo que había hecho, mientras la policía se llevaba al detenido.

—Hoy es tu día de suerte, colega —dijo Mario, abrazándolo, emocionado todavía.

—Vamos, tenemos una novia preciosa esperando; creo que me merezco llegar en

helicóptero —sonrió Damián, alzando las cejas.

Se despidieron de las autoridades con las que habían colaborado y todos fueron rápidamente al

helicóptero. Eran casi las seis de la tarde.

—No hay tiempo de volver a la base: directos a la boda —dijo Damián a Mario.

—Pues vamos; las chicas estarán preocupadas y, conociendo a Eva, estará subiéndose por

las paredes —rio Mario—. Colega, nos vamos de boda —dijo Mario, dirigiéndose al piloto.



El ruido del helicóptero era enorme pero, para Eva, parecía que sonara una orquesta sinfónica.

Los chicos regresaban a casa sanos y salvos; esas horas se le habían hecho eternas.

Vio bajar a todos los invitados; los últimos eran su hermano y Damián. Se arremangó el vestido

de novia y corrió hasta ellos,

abalanzándose a los brazos de Dami, el cual la cogió entre sus

brazos, la levantó y giró con ella en el aire. Al bajarla, le dio un apasionado beso.

—Mira que sois empalagosos —rio Mario—. Venga, dejaos de carantoñas y casaos, que

traigo un hambre atroz.

Eva no podía dejar de mirarlo, estaban tan *sexy* con el uniforme...

—Al final, te vas a salir con la tuya y no te casas con traje —sonrió.

—Pero has visto la que he tenido que montar, ¿no? —bromeó Damián.

Todos los invitados ya estaban otra vez sentados en las sillas dispuestas para ver el enlace.

Faustino cogió el micrófono.

Limpiándose con las manos, se restregaba el carmín que llevaba en

los labios y guiñaba un ojo a la abuela de Eva, que se encontraba detrás de ella.

—¡Abuela! ¿Tienes algo que contarme? ¿Qué pasó con Manolico? —susurró Eva.

—Ayy, nietecica mía, pasó la vida —rio

la abuela, saludando a su nueva conquista.

—Tú si que sabes, abuela —dijo Laura, que estaba a su lado.

—Cuando quieras te enseñó tácticas de seducción, Laurita —le guiñó un ojo. Comenzó a

sonar de fondo Maroon 5, *She Will Be Loved*.

296

—Buenas tardes. Me siento muy honrado al poder officiar esta boda. Conozco a Damián

desde que era un crío y corría por las calles del pueblo. Espero que todos puedan llevarse un

recuerdo inolvidable de esta boda y no lo digo porque el novio y la mitad de los invitados se

hayan ido antes, ni por los chuletones a la leña que vamos a degustar, ya que el hecho que nos

reúne hoy aquí es unir en matrimonio a Eva y Damián. Primeramente, voy a proceder a dar lectura

al acta matrimonial, no vaya a ser que os arrepintáis:

Siendo las 18 horas, comparecen quienes acreditan ser Eva Muñoz y Damián García, al

objeto de contraer matrimonio civil en virtud a autorización recaída en el expediente número, un

momento que cojo las gafas, que es muy pequeño —dijo Faustino, rebuscando las gafas— número

2615...

Cuando Faustino terminó de leer el acta, se acercó Mario para leer unas palabras que les había

dedicado.

—Hoy me siento feliz, extremadamente feliz. Mi mejor amigo y mi hermana han decidido

pasar el resto de sus vidas juntos y, aunque al principio me costó un poquito asumirlo... —

comenzó diciendo, emocionándose tanto que las lágrimas inundaron sus ojos de alegría; Eva se

levantó de la silla donde estaba y le dio un beso en la mejilla. Sus miradas lo dijeron todo. Eva

regresó a su sitio para que siguiera con la lectura— Soy testigo de que estas dos personas, por

encima de todo, se aman, se quieren y no ocultan sus sentimientos, manifestándolos públicamente

con sinceridad y con amor y de cuyo amor ha nacido mi preciosa sobrina Halai —suspiró para

poder seguir, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Uuuff, no pensé que me fuera a costar tanto

este discurso —dijo, sonriendo—. Hermanita, sabes que siempre tendrás ese hueco en mi casa

donde contarnos nuestras confidencias, ese momento para nuestros cafés o cervecitas donde

echarnos nuestras risas. Damián,
cuídame la mucho o tendrás guardias
para aburrir —dijo,

provocando la risa de todos—. Os
deseo, de corazón, todo lo mejor.

Mario se acercó a los novios, los besó
en las mejillas y los abrazó.

297

—Te quiero, hermanita —dijo Mario,
todavía emocionado.

—Yo a ti te adoro, Mario —contestó
Eva, antes de besarle.

Faustino leyó los artículos civiles y dio

paso a la segunda lectura.

Comenzó a sonar de fondo *The reason*, de Hoobastank; otra de las canciones favoritas de los

novios.

La segunda lectura iba a ser a cargo de Quique, compañero de Damián y amigo de la pareja.

—Buenas tardes. Yo creo que no voy a ser tan llorón como Mario —rio, mirándole—,

aunque también estoy emocionado. Aún recuerdo el día en que Damián me dijo que se casaba:

creía que me estaba vacilando —sonrió, mirándolos—. El antibodas ha caído en los brazos de una

mujer maravillosa; pero ojo, Eva, que tú también te llevas a una gran persona, un gran amigo en el

que se puede confiar, con un gran corazón y aunque a veces se ponga cabezota.. siempre acaba

arreglándolo todo con ese gran don que tiene. Sé que seréis muy felices juntos y me alegro por

ello. Os deseo lo mejor en nombre de todos los amigos. Felicidades, pareja —acabó diciendo, un

poco emocionado.

Eva y Dami no se habían soltado de la mano y la ceremonia transcurría entre sonrisas y miradas

entre ambos.

Faustino les dijo que se levantaran y se pusieran bajo el arco de flores.

—Así pues, os pregunto: Damián, ¿quieres contraer matrimonio con Eva y efectivamente lo

contraes en este acto? —preguntó Faustino.

—¡Sí, quiero! —dijo, mirándola a los

ojos y aún sin soltarla de la mano.

—Y tú, Eva, ¿quieres contraer matrimonio con Damián y efectivamente lo contraes en este

acto? —preguntó Faustino.

—¡Sí, quiero! —contestó Eva, mirando a Dami, emocionada.

—Pues ahora procederemos al intercambio de anillos —prosiguió Faustino.

Mientras sonaba *All of me*, de John Legend y Lindsey Stirling.

Eva cogió la alianza para ponérsela a
Damián.

—Nuestra historia se inició hace
muchos años, pero no era nuestro
momento. Antes de ser

mi pareja fuiste mi amigo, mi amante
eterno. Te quiero como eres porque me
complementas. Me

haces ser una mejor persona, una mejor
madre y una mejor compañera. Prometo
quererte como si

cada día fuera el último y nunca
acostarnos enfadados. Prometo una
sonrisa y besos diarios. Eres

la persona con la que quiero compartir el resto de mis días. Te quiero, Damián.

Eva, con un nudo en la garganta y ante las lágrimas de varios de los asistentes, puso la alianza en

el dedo de Damián. La alianza era sencilla, de oro blanco con un filo en oro amarillo muy

discreto y sencillo. Damián sacó la pulsera de Sanfermines que había atado a Eva en su pedida

de matrimonio, lo que provocó una sonrisa en ella al recordarlo.

—Eva, mi amor, mi vida: sabes que

siempre he sido una calamidad con estas cosas, todavía

me sorprende que me dijeras que sí cuando te lo pedí con esta pulsera —rio, mirándola a los ojos

—. Solo tú puedes entender mis locuras y mis excentricidades. Eres la compañera perfecta para

vivir este viaje y la única que yo quiero como madre de mis hijos. Eres quien me orienta, quien

me indica la dirección cuando más lo necesito; por eso quiero ser tu incondicional amante fiel, tu

balsa, tu timón y tu mochila. Te quiero hasta luna, ida y vuelta, cariño —dijo, sacándose la

verdadera alianza del bolsillo y colocándosela en el dedo.

—Yo os declaro unidos en matrimonio —dijo Faustino.

Los dos se fundieron en un dulce y apasionado beso.

—¡Vivan los novios! —gritó la abuela de Eva y, enseguida, todos los invitados lo corearon.

El cielo se tiñó de confeti de colores, corazones rojos de papel y granos de

lavanda que los

invitados lanzaban al aire al paso de los novios, al grito de vivan los novios.

Eva se dispuso a lanzar el ramo de novia; detrás de ella, todas las invitadas casaderas, mientras

sonaba *Sugar* de Maroon 5.

—Tres, dos, uno... —Eva lanzó el ramo al aire y lo cogió su amiga Ana.

299

—Ja, no os lo creéis ni hartas de vino. ¿Casarme, yo? — rió Ana.

—Ana, si ha caído Damián, puede caer cualquiera —le guiñó el ojo Laura.

Todos los invitados tomaron otro pequeño cóctel y mientras los novios se hacían las fotos con

familiares, amigos y con su pequeña Halai.

Cogieron un carrito de golf y comenzaron hacerse fotos y videos muy divertidos.

Para los niños habían puesto un castillo hinchable, una pantalla gigante donde poder jugar a la

Wii y cantar al karaoke, además de un

photocall donde podían elegir si querían disfrazarse con

el atrezo que habían disponible: pelucas, boas de plumas y gafas gigantes. Así podían tener una

copia de la foto para ellos y otra para el libro de firmas de los novios.

Después, todos pasaron a la carpa donde la cena fue amenizada con música como *It must have*

been love, de Roxette, *All you need is love*, de The Beatles, *Solo en ti*, de Enrique Iglesias, *El*

roce de tu cuerpo, de Platero y Tú, y *Ya*

no me acuerdo, de Estopa, entre otros y donde pudieron

degustar un delicioso menú en el que se incluía el chuletón, tan apreciado por Damián, una

deliciosa mariscada, fuentes de chocolate y frutas, entre otras cosas.

Toda la celebración estaba siendo muy divertida; todos estaban felices.

Llegó el momento del baile nupcial. La pareja era muy especial con su música, así que no

sorprendió a nadie que, en vez del típico vals, sonara *Mi princesa* de Bisbal; esa

canción con la

que Dami le había pedido mil veces perdón. Damián y Eva, con la alegría y arte que les

caracterizaba, se pusieron a bailarla delante para todos, cantándola a duo, terminando el baile

con Eva entre los brazos de Dami.

Después comenzó a sonar *Stand be my*, de Bin E. King; los invitados invadieron la pista de

baile. Damián cogió del brazo a Eva y la apartó a un lado.

—Cariño, me has hecho el hombre más feliz del mundo —la besó, devorándole la boca.

—Mmmm, Dami, yo también soy muy feliz. Te quiero —sonrió Eva, haciendo que Damián

ensanchara su sonrisa dos centímetros más.

300

—Hoy, en el operativo, por un breve momento, he pensado que jamás iba a volverte a ver;

ni a ti, ni a mi pequeña y he sentido como si se me punzara el corazón —

dijo, mientras le dejaba

un reguero de besos por el cuello—. Te quiero hasta luna, ida y vuelta; por eso, cuando hoy sentí

el disparo... —vio la cara de susto de Eva, no había tenido tiempo de contarle nada—. Bueno, eso

ya te lo contaré. El disparo me hizo plantearme muchas cosas en décimas de segundo; entre ellas,

que tú y Halai sois lo más importante de mi vida y que, cuando Halai tenga unos mesecillos más,

pues... podríamos plantearnos buscar la

parejita. ¿Qué te parece, cariño? —dijo, apretándole las

manos con emoción.

—Creo que, aparte de que tienes muchas cosas que contarme —sonrió—, tener un niño con

la sonrisa tan bonita como la de su padre es una de las cosas más preciosas que me podías pedir en

el día de hoy. Yo a ti te quiero más, cariño: te quiero hasta la luna, ida y vuelta, en tacones —

sonrió Eva—. Dami, presiento que nuestra vida va estar llena de bonitos

eclipses, amor.

FIN

301

302

AGRADECIMIENTOS



♥Quiero dar las gracias toda mi familia, por el apoyo incondicional, por acompañarme en cada

aventura que inicio y mantenerse siempre a mi lado. A mis padres por estar siempre ahí, a mi marido

y a mis dos pequeños grandes apoyos Elsa y Miguel.

♥Al actor Hugo Silva: gracias por inspirarme cada día con tus trabajos. Sin

ti, Damián no existiría.

No puedo darte un premio pero te dedico este libro, eres grande.

♥A Ana Lizarraga, mi brujita: gracias por animarme desde el primer momento sin dudarlo. Gracias

por ser siempre tú. Esta es también tu historia.

♥ A Laura Casas, por esas noches en vela de risas, lecturas y confidencias. Y por releer hasta la

saciedad.

♥A Vanesa Herrero, por contagiarme su

energía, su ilusión y sus sonrisas
mañaneras.

♥ A Montse García, por estar siempre en
los buenos y malos momentos, toda la
vida.

♥ A la peña 9 de Julio, por enseñarme a
vivir sus fiestas.

♥ Gracias a todos los que me seguís cada
día en las redes sociales y me animáis a
continuar con

vuestros comentarios.

♥ Ahora sí puedo decir: Sueño cumplido.
Deseo que se cumplan los vuestros. **¡OS
QUIERO!**

Booktrailer

<https://www.youtube.com/watch?v=LQ50vHpO8Jo>

303

304



BIOGRAFÍA

Raquel Plaza nació en Madrid el 09 de septiembre 1976, donde también cursó sus estudios y

decidió dar rienda suelta a su inquietud por escribir. Le gusta escribir comedia romántica, cómica y

diversos géneros . Amante de las letras y el arte en general, tras su primera novela publicada “Hoy

hay eclipse, amor” y tras muchos trabajos que quedan en la intimidad, nos presenta su segunda

novela, “ Cartas a la luna”.

● **Ganadora en los Premios Infinitos**

en la categoría Mejor Escritora 2016

305

306